ALFAGUARA

Evelio Rosero

Lluvia de frailes en la selva



Narrativa Hispánica

Evelio Rosero

Lluvia de frailes en la selva

ALFAGUARA

A Ximena Ruiz

Libro I

1

Primero llegaron en barco.

Eran mil cuatrocientos noventa y dos frailes que se desperdigaron como sombras por la tierra, esparcieron el bautismo a diestra y siniestra y clavaron en el corazón de cada aldea la cruz como una estaca mortal —según cuenta en su *Historia de las misiones* el monje sevillano Augusto de Jesús Recto Pacífico, y todavía añade—: Estos frailes eran la inteligencia, la soterrada cabeza de otros miles de barbudos trepados en sus equinos que asaban indios y los freían, los empalaban y desollaban, los reventaban y crucificaban en nombre de Dios.

Después llegaron en mula.

Después en tren.

Después los trajo el avión —como caídos del cielo.

Un 12 de octubre a las doce de la mañana arribó al aeropuerto un avión, y brotó de su puerta una horda de frailes hambrientos.

Eran frailes oscuros como sus hábitos y corrían ávidos en busca del restaurante. Y se sentaron a la mesa con impaciencia de niños, y masticaban las cabezas de pollo con todo y sus picos, lamían las rabadillas, trozaban patas y uñas, pulverizaban costillas, quebraban pescuezos y los chupaban ruidosos, sorbían los ojos que flotaban en

el caldo y se mamaban los dedos y se frotaban los testículos y eructaban y pedorreaban y arremetían de nuevo hasta hartarse.

Usaban las mangas del hábito para limpiar sus bocazas de la sangre todavía caliente de las morcillas, de la negra manteca de cerdo que goteaba por sus papadas, al tiempo que transpiraban, cercados por la nube de mosquitos tropicales, y tragaban aire como si se tratara de otro invisible animal, como si se asfixiaran de delectación.

Los ojos y bocas espantaban; ningún aliento infernal se equiparaba al olor de sus axilas, al hedor de sus anos dilatándose. Sus pedos de azufre reventaban no solo desde el culo sino del agujero de las orejas y de las insondables gargantas que cantaban.

Y así, coreando himnos, levitantes, meditativos, se repartieron en grupos por el aeropuerto para conocer el mundo que por señal divina les correspondió. Muchos estaban destinados a la China, al Uruguay, a Honolulú, al Canadá, pero todos por siete días llegaban a este país del trópico a cumplir con una congregación de misioneros —inspiración del propio papa.

Incluso se decía que el mismo papa iba a asistir, o ya se encontraba en el país, en algún secreto lugar de la nunciatura apostólica, y que asistiría a las charlas escondido detrás de las paredes, o confundido entre el montón de purpurados, de incógnito, acaso disfrazado de monja, de simple lacayo, cocinero, escanciador de vino, tendedor de camas, quién sabe, quién puede saberlo.

Después del lujuriante almuerzo, mientras aguardaban a que los recogiera el autobús de la nunciatura, un grupo de frailes, el elegido

para viajar en pocos días a la selva, se sentó a descansar a la sombra de unas escaleras.

Eran trece frailes variopintos que habían estado confinados en conventos de la Cantabria y Cataluña, de Francia y Alemania y Holanda. Encima de sus cabezas un como fulgor de Espíritu Santo alumbraba, porque en su mayoría eran calvos y la luz de la mañana fulgía en sus coronillas.

Estaban nimbados de luz celestial, sin saberlo.

Ninguno era mayor de cincuenta años, pero tampoco menor de cuarenta, excepto el juvenil fray Remolino Santángel, de veinte años.

Y a pesar de las horas que durmieron en el avión, sumidos como lápidas, roncando como si entonaran salmos, seguían con sueño, ¿o sería el pesado almuerzo explosionando sus vísceras? Sabían que debían hablar, porque la mejor arma contra el sueño era hablar, ya para hacer ruido o justificar su presencia en el mundo.

Uno se llamaba Mardoqueo Vanín, y era explícito en su cara: daba miedo.

Era un hombre alto pero parecía un enano si se encontraba sentado (como ahora, debajo de las escaleras), por su cabeza de tamaño descomunal; sus ojos como globos se elevaban hacia los peldaños por donde subía una mamá con sus dos niños, y no se sabía a quiénes contemplaba con más fruición, si a la mamá o a sus hijos que de pronto se asomaron a verlo y pegaron un alarido que sonó más que los aviones: habían visto la cabeza inmensa del enano que los vigilaba boquiabierto, la lengua roja apuntando a ellos como si los enredara por las gargantas y se los tragara.

La frente abombada como un orbe, las mejillas que colgaban como belfos de un animal inmensurable, las pupilas igual que piedrecillas de ónix, los huecos de la nariz como extraordinarias sepulturas, y un gesto de asombro infinito como si nunca en su vida hubiese visto dos niños mirándolo aterrados. Era el gesto admirado de un extraterrestre de visita que no puede con las ganas de reír, así era el gesto de fray Mardoqueo Vanín, de la orden de los jesuitas, y no era posible precisar si se trataba de la mirada de un enfermo de libido o de un Ángel de la Verdad, pero en todo caso la mujer y sus hijos desaparecieron como almas en pena, como huyó la Sagrada Familia del sátrapa Herodes.

Descollaba la cabeza de fray Mardoqueo entre las demás cabezas de monstruos sentados a su lado, doce en total, porque la cabeza de Mardoqueo era el universo: todo Mardoqueo Vanín era inenarrable: cuando se puso de pie por un instante para rascarse la joroba dio la sensación de tener no solo el tamaño de una jirafa sino sus mismos lánguidos movimientos, y cuando dijo algo, ¿o se lamentó de algo?, se descubrió que no tenía voz propia sino que imitaba la voz humana. Su boca parecía bostezar para siempre y no resultaba muy distinta del hocico de un perro: abierta era verdaderamente horripilante, peor que la peluda y resbalosa boca de la Muerte, tan semejante al sexo de mujer, pero con dientes. Maravillaba su robusta nuca, tallada en piedra, porque ostentaba en su cima seis o diez escamas de serpiente y fulgía rojiza como nimbada por un rayo luciferino. Más de un pasajero del aeropuerto, cuando miró por azar su frente, creyó constatar la presencia de dos diminutos cuernos. Tenía seis dedos en cada pie, y pelos como cerdas de puerco alrededor de los tobillos, y por eso en el convento de Sevilla donde

estudió y publicó una *Fenomenología de la Inquisición* lo apodaban Maldición de Dios en Dos Piernas.

Su fuerza residía en sus ojos, pero lo aterrorizaba el chillido del cerdo y de entre todos los animales odiaba al ratón. Sus movimientos eran lentos como los de la tortuga, su cuerpo rugoso como el del cocodrilo, sus ojos nadaban en una honda cavidad y eran realmente grandes y del color del mar turbio: nunca parpadeaban y, chispeantes, escudriñaban alrededor girando todo el glóbulo. A pesar de que comía insaciable era casi transparente y parecía que no se nutría de otro alimento que el aire. Sus enemigos aseguraban que nació del cruce de un tigre con una perra. Había conseguido vivir cincuenta años y seguía viviendo. De pie, inmenso, daba ahora la sensación de contonearse como un buey. Y por su lúbrica mirada, la saliva goteando desde sus labios rojísimos, podía considerársele un auténtico degenerado, ¿o un santo?, le gustaba comer la tripa de la vaca, que llaman chunchullo, y la solía tragar a dentelladas en su celda, para que no lo vieran eyacular mientras comía. A nadie le era indiferente su gran frente torva, sus orejas peludas, la cabeza en ristre como pidiendo arrojarse contra cualquier impío para estallarlo a golpes de cuernos.

Decía en voz alta que condenaba a los que cometían el pecado de adorar al sol y a la luna.

Si bien le fascinaba comer las crestas de los gallos, lo asustaba su canto, pero contradijo semejante cobardía cuando en el desierto de Namibia se atrevió a acariciar la melena de un león y después le quitó la astilla de una pata y el león se dejó hacer y agradeció como

un gatito y por eso Mardoqueo Vanín fue comparado con san Gerásimo. Sus enemigos aseguraban que mataba las flores al exhalar su aliento sobre ellas, que su hálito abrasaba la hierba y rompía las piedras, tal era la fuerza de su íntimo veneno, y decían que para purgarse comía tierra de cementerio, y que era además un sacerdote de terrible mordedura, que si atrapaba un alma no aflojaba los dientes hasta que no hubiesen crujido los huesitos. Decía cuando bebía que tenía una cola de pez en el borde superior de las nalgas, y semejantes mentiras ¿o verdades? lo hacían especial entre los otros doce ángeles que aguardaban sentados debajo de las escaleras.

El padre Mardoqueo no gozaba de otras cualidades apreciables.

Se sentía fatigado, como todos los frailes, y ansiaba que lo recogieran cuanto antes los representantes de la nunciatura. Quería que se lo llevaran a seguir durmiendo en su celda.

Pero fue en ese rincón del aeropuerto, debajo de las escaleras, que de pronto Mardoqueo Vanín descubrió que él era Jesús, o entendió que por lo menos parecía Jesús en compañía de sus doce apóstoles. Y, para corroborarlo, verificó el número de frailes que lo rodeaban. Doce. Eran doce. Y si él no era Jesús (todavía hasta ese cielo no volaba su vanidad) pensó que por lo menos era su primer representante aquí en la tierra, por encima del papa. Tuvo esa visión, ¿o fue una alucinación? Era el único intermediario de Jesús en el mundo, era la esperada encarnación del Nuevo Mesías, y fue una constatación como un golpe en la frente, una iluminación, una revelación, y vio que el techo se abría y una voz salía de entre la

piedra y le gritaba «Tú eres el Señalado». Los otros doce solo podían ser sus discípulos, él era Jesús, eso pensaba orgullecido el jirafuno Mardoqueo Vanín, de ojos azul turbio, claros como nubes —aunque nubes siniestras.

Todos los que en ese momento se encontraban sentados debajo de la escalera voltearon a mirarlo con veneración, acaso partícipes del prodigio celestial. Todos ellos, transportadores de la Palabra de Dios, esparcidores de Su Semilla, estaban destinados en misión al mismo recóndito lugar de la selva, y solo tres se conocían desde antiguo: el mencionado Mardoqueo Vanín, el padre Torcuato Sanpedro y el juvenil Remolino Santángel, de la orden de los jesuitas.

Los otros eran Hortensio Golondrino, Augusto Recto, Nilo Grácil y Silio Cisne, agustinos.

Y Claus Singer, Adán Gallo y Zósimo Gracia, franciscanos.

Y el casi enano Apolonio Low, Pompeyo Rojo y Pelagio Sincara, dominicos.

Trece en total.

¡Trece!

Y cuando arribó al aeropuerto el negro autobús de la nunciatura los frailes se subieron a él de inmediato, compitiendo entre ellos como niños rabiosos, y, una vez arrellanados en los setenta y cuatro asientos, entonaron un Himno de Alabanza.

2

A la mañana siguiente, en el refectorio de la nunciatura, la mesa infinita no destacaba por su abundancia: una cazuela de caldo y un mendrugo de pan conformaban el desayuno. Ninguno de los ensotanados rechistó: ya habría tiempo de desquitarse. La doble hilera de cabezas tonsuradas era infinita como la mesa, cabezas rosadas y mofletudas, muy pocas descarnadas; había ojos en calma, otros bravíos, indiferentes, escrutadores; las bocas como vejigas repletas intercambiaban opiniones: ¿estaba el papa con ellos?, ¿por qué el nuncio no presidía el refectorio?, ¿desayunaba con el santísimo pontífice? No —concluyeron—: no había papa escondido: esta vez el papa medraba en Roma.

Terminado el desayuno se informó que el primer día se destinaba para «descanso y conocimiento mutuo». El anuncio fue acogido con aplausos como de párvulos en recreo. Pero un grupo de trece frailes —el destinado a viajar a la selva— fue llevado a un salón aparte. Allí, en el silencio sepulcral, como un secreto, se les indicó que tendrían reunión con el nuncio y el arzobispo al final de la tarde, y eso porque marcharían al día siguiente a su paradero en la selva, su labor de misión con los indios Uao. Estos aborígenes ya se habían hecho con la cabeza de varios exploradores del país, entre empleados de la principal compañía de petróleo, antropólogos, etnólogos, lingüistas, campesinos de la región y buscadores de oro. A Mardoqueo Vanín la noticia del viaje inminente lo dejó pasmado: eso quería decir que su misión no tenía tiempo que perder. Y debatió el asunto con Sanpedro y Santángel, a solas. Fray Mardoqueo, cincuentón, llevaba con diez años de edad a Sanpedro y con treinta al jovencito Santángel. Los

conminó a la prudencia a la hora de la charla con sus superiores. Debían mostrarse entusiastas y «escuchar», que ese era el principal cometido, para después «actuar», pero actuar según lo que ellos dictaminaran, no lo que dictaminara cualquier nuncio o arzobispillo sin práctica misional, así lo dispuso fray Mardoqueo, revestido de una autoridad irrebatible, una persuasión que provenía no solo de la inteligencia sino de sus ojos azul turbio, su eléctrica sugestión, y se diría que de su olor personal —algo entre el ajo y el romero— que enajenaba los sentidos.

Torcuato Sanpedro y Remolino Santángel ya habían participado con Mardoqueo en un par de misiones y lo consideraban su maestro. La misión principal fue la de China, de donde resultaron expulsados al cabo de dos años por su vehemencia al imponer la Palabra de Dios. Ahora el destino los reunía en un país de Suramérica, ante las puertas de la selva. Tenían entendido que tomarían otro avión hasta una de las ciudades importantes del país, y que de allí volarían en avioneta a la residencia de la Misión, cerca de un poblado al que llamaban la Aldea. Al pie de la Aldea quedaban el campamento petrolero y la base militar, frente a la muralla de la selva, en cuya entraña habitaban las distintas familias de los Uao, pueblo milenario al margen de los cambios de la historia. En la residencia de la Misión se instalarían hasta dar inicio a la Tarea de Luz que les confiaban.

Para los elegidos, la emoción por la inminencia del viaje era idéntica a la del primer expedicionario que se dispuso a coronar el Polo Norte, o a la demencia del astronauta que sueña con orinar en las arenas de Marte. Como un escalofrío, como si los acabaran de ungir con un distintivo de fuego, los misioneros que iban a la selva, a su misterio azaroso, se relamían los labios, se refregaban los brazos

y rezaban a Dios. No en vano estos hombres de iglesia habían escogido el camino más arduo y peligroso, el mismo que afrontaron los apóstoles después de la crucifixión de Jesús: ir por el mundo y repartir la Palabra de Dios.

Viajar a primera hora del día siguiente los desbordaba de santidad.

Igual que Mardoqueo Vanín, Torcuato Sanpedro era un hombre extraordinario: según él, todo lo veía amarillo, sus familiares decían que, de niño, una boa se lo había tragado entero, pero no alcanzó a deglutirlo porque la abrieron por la mitad los cazadores y de allí lo sacaron, riendo como un poseso. Se salvó de milagro y fue por eso que su abuelo vaticinó que estaba destinado para santo o para héroe. La piel de Sanpedro era otro milagro: repetía el color que tocaba; cuando comía parecía una ardilla, su aliento era más caliente que el de las ovejas, tenía la capacidad de ver de noche y le gustaba revolcarse en el barro. Estaba revestido de pelos. Si el mono reproduce los rasgos del hombre, como dice Plinio, es posible asegurar que Sanpedro reproducía los rasgos del mono. Mostraba en su quijada siete manchas doradas en forma de constelación de Osa Mayor; su aspecto era el de un inmenso montón de carne erizado de dientes. Suspiraba con frecuencia al hablar, con cierta tristeza, pero ostentaba la fuerza del hierro en sus manos y, según sus enemigos, guardaba en sus palabras la maldad del veneno.

Remolino Santángel, el tercero de los jesuitas, no expresaba la potencia de sus hermanos de orden. Delgado y muy pálido, ostentaba un culo perfectamente elevado y era uno de los poquísimos frailes que no había cedido a la sugerencia de raparse la

cabeza: su rubio cabello ensortijado, su boca roja como pulpa de pomarrosa, sus ojos verde esmeralda que mostraban la mirada de las vacas (una suerte de inquieta pesadumbre), sus ademanes siempre redondos, su modo de andar como si danzara, su entero rostro, que se dulcificaba con el canto como si recibiera inspiración divina, lo hacían parecer recién llegado del cielo. Era el más veloz de los misioneros en las pruebas de carrera que se efectuaban para mantener el vigor físico, tan necesario en las expediciones por mundos inhóspitos, era más rápido que un pájaro y más agudo que un dardo y, por su gracia y benevolencia, su juventud y desinterés, su mansedumbre, los frailes lo querían y se lo disputaban cada noche, pues se aseguraba que la sustancia de su alma era más ardiente que el Vesubio. Se decía que de niño, en el océano Pacífico, los delfines lo salvaron de morir ahogado, y que eso debía significar algo grandioso porque también los peces ofrecen presagios. Y que también desde niño, justo después de casi morir ahogado, acostumbraba comer pan mojado en vino, por lo que andaba un poco ebrio todo el día, y se decía absurdamente o quién sabe si con doble sentido que ningún manjar era más tierno que su hígado: ¿se invitaba con eso, de manera subrepticia, a destazar al padre Santángel y apoderarse de su hígado?, ¿o era una pérfida broma, una metáfora diabólica?, quién sabe, quién puede saberlo.

A última hora de la tarde los trece frailes destinados a la selva fueron convocados a reunión con el nuncio y el arzobispo. Fue difícil reunir a los emplazados, dispersos por la amplia edificación de la nunciatura, que incluía azotea con helipuerto, dos canchas para

deportes, jardines y piscina cubierta, además de su propio templo y varias capillas; algunos jugaban pimpón en la sala de juegos, otros se enfrentaban al ajedrez, otros leían en la biblioteca, ninguno rezaba. Cuando llegaron al despacho del nuncio solo se contaron diez de los trece convocados. Estaban los padres Golondrino, Recto, Grácil, Cisne, Gallo, Singer, Gracia, Rojo, Low y Sincara. Faltaban Sanpedro, Santángel y el Señalado. ¿En dónde se hallaban, si eran los más interesados? Como obedientes ovejas los diez frailes abandonaron el despacho con la única misión de traerlos «aunque sea atados» —les dijeron.

Jugaban en la cancha de baloncesto los frailes Grajo, Sátiro, Ictias, Sísifo y Ganímedes, que eran todos agustinos, contra los franciscanos Felisco, Orfelino, Androstenes, Bueno y Cernícalo, y no había mucho público, solamente Santángel, Sanpedro y el Señalado, disfrutando como entendidos del partido, y también, no lejos, sentadas en primera fila, las monjas Cefalia, Dídima, Demetria y Leoparda, misioneras de las Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, que por casualidad habían ido a la cancha a fumar a escondidas —sin que pudieran fumar por encontrarla invadida de ángeles.

Estas monjas, como otras que se hallaban repartidas en la nunciatura, descollaban por lo diligentes: cambiaban el agua de los jarrones donde se erguían las flores moradas, desempolvaban antiguas estatuas de mártires y, sobre todo, vigilaban que los baños se encontraran más que limpios, rutilantes, surtidos de rollos de papel fragantizado; fregaban esos pisos empapados de orina, porque

ya era costumbre que santos y ángeles no apuntaran bien al orinar, u orinaran sin puntería por un temblor de manos, por la emoción de un recuerdo intempestivo, por ansiedad, contrariedad o simple vejez, aunque orinaran sentados. Todas las monjas se destinaban a la logística de la congregación y al cuidado de los misioneros del mundo: traerlos y llevarlos, distraerlos, darles de comer o de beber en los descansos, acompañarlos a rezar, aderezarlos, adobarlos, perfumarlos y resucitarlos, arruncharlos, acobijarlos. Muchas de ellas eran también misioneras, aunque en el caso de la misión a la selva no fueron tenidas en cuenta: ¿por qué razón no aplicaron al azaroso destino?, quién sabe, quién puede saberlo.

Solo Mardoqueo Vanín parecía interesarse en las monjas espectadoras. Ninguna de ellas, en cambio, lo determinó a él o a sus compañeros.

Cerca de la cancha de baloncesto quedaba la piscina de la nunciatura, donde chapoteaban los dominicos José de Vorágine, Sirio y Eucario, Lázaro y Pascasiano, y los franciscanos Modesto Extraño, Blando, Fausto y Marsilio. Todos hacían deporte acuciados por Juvenal: «mens sana in corpore sano». Cuando los chapoteadores se enteraron del partido de baloncesto que se entablaba cerca de ellos, nada menos que entre agustinos y franciscanos, sacaron sus cuerpos brillantes de la piscina y se fueron tal y como estaban, escurriendo agua, a la gradería que rodeaba la cancha. Y cuando arribaron, casi desnudos, las madres Cefalia, Demetria y Leoparda miraron a otro lado como si no se enteraran. Pero la monja Dídima, tan espirituosa como arisca, escrutó con pudoroso detenimiento los cuerpos

mojados que se sentaban cerca de ella y le pareció que fray Modesto irradiaba como nimbado de claridad superior y que su carne exhalaba cierto perfume de cardamomo, casi un sabor en el aire. Entonces, muy a su pesar y en contra de sí misma, lo deseó con fuerza y oró porque Modesto Extraño se aproximara a ella, le preguntara cómo se llamaba y de qué orden era y por último se las ingeniara para ir en secreto a su convento y trepara por los muros del jardín y la visitara esa noche en su celda y cayera sobre ella como un ascua de luz divinizada. Así de fantasiosa era Dídima —a quien llamaban la Pura por lo puritana—, y estuvo a punto de llorar arrepentida de sus vanos pensamientos, y en su remordimiento su rostro enrojecía como el más violento atardecer. De las ensoñaciones de la monja fray Mardoqueo era testigo con su ojo avizor y telepático, centímetro a centímetro. No necesitaba de voces, solo con escudriñar los gestos entendía las emociones, tristezas y alegrías de sus semejantes, y más si eran mujeres y mucho más si religiosas.

En eso llegaron angustiados los diez apóstoles, en busca de los tres que faltaban. ¡El nuncio y el arzobispo aguardan! Fray Mardoqueo se incorporó y los miró a todos, uno por uno, y los convocó a la serenidad, exhortándolos de viva voz y elevando un índice: «En verdad en verdad os digo», les dijo, empleando la usual apertura de Jesús al conversar con sus discípulos, «que cuando se trate de impartir la Palabra de mi Padre nunca llegaremos tarde a nada». Eso se le ocurrió decir, nada menos que «impartir la Palabra de mi Padre», por lo que él, Mardoqueo Vanín, tenía que ser «el Hijo». Y, después, como si diera un sermón sustentado en la

parábola, añadió todavía: «Así como la gallina de plumas opalescentes llega siempre a su debido tiempo a manos del cocinero de blanco delantal, así nosotros llegaremos tarde o temprano adonde tengamos que llegar». A los doce apóstoles que escuchaban les pareció extraordinaria esa manera de dirigirse a ellos, y no solo porque fray Vanín se autoproclamó Hijo del Padre sino sobre todo por la parábola de la gallina, que no se les antojó muy efectiva en realidad, pero no pusieron mayores reparos y todos a una inclinaron la cerviz en humilde aceptación. Por su parte, Mardoqueo Vanín se creyó Jesús hablando de semejante modo, y se lo creyó sin proponérselo, porque su voz brotó como de un claro manantial, empujada por divina inspiración. Esa señal, pensó, fue otra señal, la reiterada señal de que podía considerarse el Señalado.

Pero antes de abandonar la cancha donde jugaban sudorosos los ángeles, antes de partir a la reunión con el nuncio y el arzobispo, fray Mardoqueo Vanín dio todavía una última ojeada al grupo de monjas. Esta vez sí lo miraron todas, sofocadas de repente por una especie de calor ajeno a ellas que surgía de los ojos azul turbio de Mardoqueo, de su huesuda mano elevada que parecía dibujar extraños signos en el aire. Todas las monjas, incluida la madre Cefalia, que ya rozaba los ochenta años de vida no solo monástica sino virginal, sintieron algo parecido al clímax, pero un clímax ruin y carnal, no el clímax de las visiones celestiales sino el de cualquier hombre y mujer cuando copulan. Entonces un lamento idéntico brotó de los pechos de las madres, un lamento intempestivo y fugaz, como un suspiro de descanso después de siglos de fatiga, pero ninguno de los presentes pareció escuchar el quejido, solamente fray

Mardoqueo Vanín, extasiado en el sonido femenino, en su cántico húmedo como de coro pagano.

3

Cuando Mardoqueo y los apóstoles arribaron al despacho del nuncio se encontraron con que no eran los únicos esperados, ¿se les habían adelantado?, la sala rebosaba de monjas de todas las órdenes, la mayoría de pie, en devoto silencio, alrededor del nuncio y el arzobispo —que vestía de violeta y llevaba mitra y báculo—, los dos santos detrás de un negro escritorio, ladeadas las cabezas como si acabaran de escuchar una propuesta trascendental que debían examinar con todo tacto. Era evidente que las monjas se tomaron por asalto el despacho, delicadas pero firmes: las había sentadas en el poyo interior de las ventanas como si se tratara de palomas en los tejados.

Desde el umbral de la puerta, aprovechando su estatura de jirafa, Mardoqueo Vanín pudo contemplar mejor el grupo de monjas alrededor de los santos, y las reconoció una por una: de nuevo se encontraba allí la monja Dídima, se dijo, digna de que la cuelguen de su propio nombre, monja espléndida, no se atreve a soñar sino a sufrir de miedo eterno, pobre Dídima, debió seguir viva y bella en el mundo, lejos de su convento, donde se hizo sabia pero necia, nadie supo nunca qué tristezas guardaba para empujarse a sepultar su cuerpo en un hábito, ¡oh, Dídima!, ¡Dídima la Pura!..., y está la madre Melia, de dulces secretos, entre ellos la perdición del padre Floro, y sor Mariela Carnera, con todas sus carnes a cuestas, me

habían dicho que no lograba moverse de su sitio, y Amatoria Meléndez, muy inteligente en el arte de freír buñuelos, y la hermana Diana Banana, que plancha las sotanas de los padres jerónimos, y la madre Lala, de dedos enrojecidos y gastados por la artritis, que tiende cada mañana las cuatrocientas camas del convento javeriano, y allí respira todavía la madre Tegea, ¿ya carga cien años?, ¿no era conocida como la Egipcíaca?, la madre Aleluya, dramaturga, y sor Eucaria, que sigue ciega, y por Dios que no podían dejar de presentarse Ágata y Eutiquia, valientes a la hora de exigir limosna, virtuosas cobradoras de impuestos, y la monja Teodora, ¿quién iba a creerlo?, más conocida a escondidas como la Envenenadora, se dice que envenenó a las novicias Kiss y Katona, oriundas de Hungría, con un sancocho de gallina trasnochado y una cucharada de cloruro de potasio, ¿los motivos?, reserva inviolable de la Iglesia, sor Teodora sigue envenenando a diestra y siniestra, y las madres Girolda, Basilia y Heradia, la «Santísima Trinidad», nunca se separan, parecen acatarradas, y la deliciosa madre Inmaculada, a quien llaman la Deliciosa por su conversación, la esbelta pero renca madre Púrpura, la agria Miel Emperadora, las tiernas Maguncia y Silesia, la larga Lusacia, más alta que el cielo, la alba Blanca Nieves, que no por su nombre de fábula deja de ser una malvada, y no podía faltar la madre Barbarrosa, de rojo bozo encima del labio, y su infaltable sombra detrás, sor Becerra, celosa y hambrienta de amor, como si la cuidara.

Entonces Mardoqueo Vanín dio un respingo de insatisfacción. Descubrió que no estaba pensando como todo un Señalado sino como el simple fraile de seis o diez escamas de serpiente en la nuca, de cuernos diminutos en la frente y una cola de pez en el trasero. Ya

no era Jesús o por lo menos el representante de Jesús aquí en la tierra sino el más inicuo párroco, y una grave tristeza ensombreció su cara y se sintió microscópico, digno de aplastarse con la suela de un zapato, digno de morir sin la ilusión del paraíso.

Y, sin embargo, con igual fuerza, como si de pronto su desesperanza se pusiera de revés, se sintió vil y maléfico y todavía más pérfido, y eso porque el perfume de carne de mujeres de distintas edades y colores llegó a sus narices, y se apartó de la puerta para dar paso a las monjas que desencadenaban ese aroma, y vio que eran monjas conocidas, con las que ya había establecido un marasmo de placer hacía minutos: las madres Demetria Muelas, ansiosa de ternura, Cefalia Escolopendra, todavía elástica a pesar de sus ochenta años, y Leoparda Sol de África, de piel color betún resplandeciente, que entró como si ardiera, incendiando de calor todo a su paso.

En breve Mardoqueo y los apóstoles se enteraron de la súplica afligida de las monjas. Hablaron las valientes Ágata y Eutiquia, la agria Miel Emperadora y Dídima la Pura.

Querían que las convocaran a la misión en la selva; se consideraban más que necesarias; su devoción no era simple devoción, era devoción materna, llena del fervor y la virtud que poseyeron María, madre del Salvador, Magdalena, de quien salieron siete demonios cuando Jesús la curó, Sara, que después del milagro de quedar embarazada a los cien años dijo que Dios la había hecho reír, Jael, que para salvar al pueblo de Israel mató a Sísara, clavándole una estaca en la cabeza, Judith, que sedujo al líder

Holofernes, lo emborrachó y durmió y decapitó con su propia espada, y tantas otras santas, ejemplos de bondad y humanidad que demuestran cómo la mujer es la más alta proveedora del Pan de Luz entre los pobres: ellas ponen orden y armonía en el caos instaurado por los hombres, los padres misioneros no debían dar un solo paso en la selva sin las madres misioneras, no hubo expedición de san Pablo que no estuviese respaldada por mujeres, por no decir que organizada y culminada: ignorar a la mujer es ignorar a Dios.

Seguramente las religiosas se excedieron en la inclusión de Dios, si se piensa en el gesto sorprendido del nuncio Mandolino Mártir, que se removió en su sitio como si se rebelara y no evitó un patético suspiro de preocupación. No sabía si mandar que salieran aquellas indiscretas o asentir y dar campo libre a las voluntarias. Lo inquietaba esa demanda a deshoras. La congregación de misioneros del mundo se había convocado con fines precisos, pensó: encontrar la palabra adecuada para designar al no bautizado; no se le debía llamar infiel o impío o impuro, no era bueno en estos tiempos designar al indio como idólatra, bárbaro, ateo, pagano, teófobo, profano, sacrílego, blasfemo, impenitente, incrédulo y apóstata, ¿no sería mejor llamarlo «pobre», aludiendo a que no tenía con él la riqueza espiritual que entrega Dios?, eran muchas las ambigüedades que enfrentaba hoy el misionero de cara a los pueblos sin bautizo, ¿se podía comparar la práctica chamánica con la brujería?, si los indios no conocen al diablo y no conocen a Dios, ¿es prudente achacarles satanismos?, la labor del misionero tenía que dejar de lado el fanatismo y la inquisición, ¿cómo puede ser posible que en la plenitud de la selva, debajo del calor del trópico, que es como hierro al rojo, obliguemos a los indios a cubrir su milenaria desnudez con

ropas de lana y algodón?, el nuevo misionerismo debía cambiar de percepción, para eso vamos a reunirnos, tenemos que volver a Cristo, es triste comprobar que son los indios los que aprenden el idioma del misionero, antes que nosotros el de ellos, ¡por Dios!, este y otros errores son los que debemos enmendar…

La elucubración del nuncio la interrumpió Mardoqueo Vanín cuando tomó la palabra.

El nuncio y el arzobispo ya lo conocían. Hacía años que no lo veían, pero seguía idéntico, igual de espantador. Su cara de huesos mal ensamblados lo corroboraba, sus ojos como globos, la lengua y los labios rojísimos, la frente abombada, la bocaza como si bostezara para siempre, las peludas orejas. Pero dijera lo que dijera agradecían su intervención: les daría tiempo para meditar su respuesta a las monjas. Mardoqueo pidió perdón por su intromisión.

Desde la puerta, su alta cabeza se alargaba por encima de las cabezas que se encontraban adentro, se estiraba curiosa como en la punta de un cuello de jirafa, daba vueltas, se revolvía y acometía distintos lugares, se alejaba y acercaba, enfrentaba de pronto a centímetros el rostro espantado de las religiosas, echaba sobre ellas un hálito árido de desierto, como arena pulverizada en sus pestañas, aunque no las mataba como dicen que mataba las flores cuando vertía su aliento sobre ellas, no las abrasaba como abrasaba la hierba, no las rompía como rompía las piedras, solo se quedaba observándolas, repartiéndoles una especie de ondas sofocantes por adentro y más adentro y más y más. Nadie lograba entender una palabra, al principio, aunque moviera el inmenso hocico de perro, y era como si hablara sin voz o su voz fuese íntima y solo pudiera escucharse en la médula del corazón, sin necesidad de sonido. Pero

luego de unos segundos de estupefacción se hizo escuchar inmejorable, y era porque fray Mardoqueo Vanín hablaba otra vez como el único representante de Él en la tierra.

Dijo que por supuesto las madres misioneras eran inspiración divina, que la dulce piedad de una madre misionera había hecho posible la evangelización, «Porque así como vuela la juiciosa paloma», dijo al fin fray Mardoqueo, «y lleva en su pico una mariposa para alimentar a sus polluelos, pero cambia de parecer y deja caer viva la mariposa, pues prefiere verla volar entre los hombres, así la madre misionera abre su tierno pico y deja caer las mariposas de la Verdad en los jardines del mundo, y asimismo nos apremia a los sacerdotes a que abramos nuestros picos y dejemos caer las primorosas mariposas de la Iluminación».

Un silencio perfectamente embarazoso siguió a las palabras del inspirado Vanín.

El arzobispo de la ciudad, Hugo el Oscuro, a quien sus más cercanos llamaban Huguito el Oscurito, para realzar así su humildad y su modestia, había abierto la boca como si se dispusiera a gritar sin decidirse. Sudaba mientras enlazaba y desenlazaba las manos como si se encontrara asfixiando un conejo —un conejo que muy bien podía ser fray Mardoqueo, o sus palabras.

—Sea breve y explícito, padre Mardoqueo —dijo—, y mejore sus parábolas, porque esta que nos acaba de regalar no se entendió. ¿De manera que tenemos que abrir nuestros picos para hablar, padre? ¿Así pretendemos convertir a los Uao a la santa religión? ¿Desde cuándo las palomas son juiciosas?, ¿desde cuándo se

arrepienten de comerse una mariposa? Pero ¿se alimentan las palomas de mariposas?, ¿acaso no prefieren los granos de maíz, las boronas de pan, las hojitas? No, por favor, mejor no desmenucemos su parábola o corremos el riesgo de una indigestión. Usted prométanos *pensar primero*, antes de arrojar en nuestras cabezas esas… primorosas mariposas de la Iluminación… Eso sí, y Dios es testigo, puedo asegurar que el nuncio admite conmigo la solicitud de las madres. Dispondremos las cosas para que un selecto grupo de misioneras acompañe a los padres en la misión de la selva y se reúna con ellos un próximo día; pero ahora deberán permanecer en la nunciatura hasta que acabe la congregación.

Un suspiro de agradecimiento se abatió como estruendo de alas: era que temblaban las palomas en los tejados, era que arrullaban al unísono, avizoras.

Pero un golpe de báculo del arzobispo contra el piso las domeñó a todas hasta el silencio.

—Ustedes saben —intervino el nuncio Mandolino Mártir como si se dirigiera a un corro de escolares— que la selva de este continente es la más grande del planeta, siete millones de kilómetros cuadrados, pulmón de la Tierra, la comparten nueve países. Es inhóspita y cerrada, pero también fructífera y palpitante, albergue de incontables pueblos indígenas, la mayoría buenos o «civilizados», que participan del mundo y, sobre todo, comparten nuestra religión, los designios de Luz del Espíritu Santo, la Palabra de Dios. No fue tarea fácil para nosotros. Pero hay también familias indígenas desconocidas aún, y otras inmersas en la oscuridad del espíritu, que

no atienden el Llamado, que huyen de él, que desconfían, que desafían. Entre ellas los indios Uao, ubicados en la selva que corresponde a este país y que no se han avenido a intercambiar con el mundo desde hace cientos de años.

»Pues bien: a orillas de su territorio, en zona despejada, se encontró petróleo, y lo explota una compañía extranjera, en unión con el gobierno del país. El asunto se puso delicado cuando avanzadillas de la compañía encontraron que hay más petróleo al interior de la selva, justamente en la región que habita el pueblo Uao. Muchas fueron las expediciones que se enviaron a establecer conversación con ellos, todas fallidas. La compañía insistió. Se hizo asesorar de entendidos. Por último ocurrieron los ataques subrepticios de los Uao. A lanzazos han caído cinco hermanos del Instituto Lingüístico, que se hicieron llevar en helicóptero al corazón de la selva, después de arrojar regalos a los Uao durante meses. Para desgracia, cuando en lugar de los regalos descendieron ellos, solo encontraron la muerte, y que Dios los tenga en su seno. Cayeron también dos obreros y un ingeniero de la compañía cuando trabajaban en la detección de pozos, y dos lingüistas, tres etnólogos, dos antropólogos y uno que otro par de curiosos de las ciencias humanas, por no decir viajeros alegres, casi turistas.

»Por fin la compañía se ha quejado de manera oficial de la inseguridad en su trabajo, y ha exigido la debida protección del gobierno, su principal socio, y el gobierno, como era de esperar, en bien del desarrollo del país, como dijo el presidente, ha acudido a las fuerzas militares, su último recurso. Grave determinación. No se puede aceptar hoy en día una incursión militar que aniquile a la población india, al modo de la conquista de América.

El arzobispo, oriundo de la provincia española de Badajoz, observó con impaciencia al nuncio. Este resumió las cosas: explicó que el propósito de paz lo lideraba la Iglesia. «Fue la Iglesia la que consiguió la suspensión de la intrusión armada», dijo. «Si nos dan el tiempo necesario, podremos hacer del pueblo Uao un pueblo de Dios, un pueblo de paz, y la llegada de la civilización implicará no solo riqueza material sino de espíritu. Una vez convertido el pueblo Uao vigilaremos que se respete su cultura, lucharemos por ellos y con ellos y otro pueblo se habrá salvado con el bautizo y la santísima comunión.

»Esa es la difícil tarea que nos espera, no fue fácil contener el ánimo bélico de militares del país, o por lo menos posponerlo, aunque contamos con hombres de Dios entre ellos, el coronel Nigidio Sexto, por ejemplo, que además es sacerdote, de los nuestros, dominico, comenzó de simple capellán del ejército y hoy es capellán mayor, con un rango equivalente a coronel, es nuestro baluarte en la disputa con el gobierno a fin de detener las incursiones bélicas.

»Pero hay oficiales belicosos, el teniente Juvencio Malverde, hombre peligroso, los sargentos Conrado Esturión, Jacob Malvenido y Cayo Nestorio, los capitanes Quinto Visanio y Segundo Salustio, y los mayores Carmelo Valaquia y Ágato Lázaro.

»De hecho, el principal de los oficiales invitado a esta reunión no asistió. Se trata del general Máximo Agrícola, comandante en jefe de las fuerzas del país. Es el principal interesado en poner a funcionar la maquinaria militar contra los indios. Ha dicho que la guerra se hace en bien del desarrollo del país, porque ante el conflicto con los Uao los militares y el gobierno dicen siempre lo mismo. Pero fuerzas

mayores pudieron detener al general Agrícola, y la fuerza provino desde Roma, queridos hermanos. Se trata del papa, es el mismísimo santísimo padre el que intervino para detener el exterminio del pueblo Uao».

Un silencio enaltecido siguió a las palabras del nuncio.

De verdad la misión era de suma importancia. Esta vez los misioneros tenían la consigna de impedir una matanza, una guerra bárbara, desproporcionada, y ganar además la principal batalla: que un pueblo por siglos reacio a la Palabra de Dios se bautizara, conquistara el paraíso.

El arzobispo suspiraba y asentía. Bendijo con su báculo a las cabezas inclinadas. Dijo que ya se encontrarían en la noche, en la misa que impartiría, y que ojalá Dios lo iluminara a la hora de aconsejar. Entonces elevó la voz y finalizó dirigiéndose a las monjas: «Amadísimas reverendas, si una de ustedes me regala una tacita de café, yo se lo agradecería».

Un revuelo de túnicas blancas y negras respondió a la demanda. Las monjas abandonaron alborozadas el despacho. Todas querían traer el café de Hugo el Oscuro, cuanto antes. El nuncio sonreía: ya ofrecería al arzobispo otra bebida, la garrafa de coñac que esperaba escondida en un arca de cedro. El único que no disfrutaba de la alegría era el padre Mardoqueo, que salió trastabillando del despacho y se detuvo en un recodo del pasillo, apoyado contra la pared, como si se desmayara. Ninguno de sus apóstoles lo acompañó: corrieron lejos de él como si huyeran.

Mardoqueo Vanín se sumía en la desazón. Las palabras de Hugo el Oscuro le habían engendrado una profunda tristeza, una grave desconfianza de sí mismo, del poder de sus palabras y, peor aún, desencanto de su más íntima convicción: ser el Señalado, el representante de Él en la tierra, el Nuevo Esperado. Pero inmediatamente después de la aflicción una incipiente rabia, un odio negro y hondo empezó a colmar su corazón, un despecho agrio al pronunciar el nombre de Huguito el Oscurito y repetirlo por dentro con mordaz ironía, pero revuelto de ira y rencor, de abominación, un grito de muerte contra el Oscuro. A Dios gracias no iba a encontrárselo jamás en la selva, ¿y qué tal que sí?, ¿qué tal que ese Huguito el Oscurito se apareciera a sermonearlo otra vez?, ¿era ese arzobispillo el Judas traidor? Otra señal, pensó maravillado, repentinamente iluminado, agradecido, es otra señal: como buen Cristo tengo también un Judas a mi lado; igual que Cristo debo padecer la acción de un Judas traidor.

Recuperó fray Mardoqueo a duras penas el sereno talante y en ese momento, rumorosas como golondrinas, pasaron a su lado las monjas Demetria y Leoparda, con sendas bandejas de plata, y se detuvieron un segundo para ofrecerle también a él una taza de café.

—Que Dios las guarde —dijo fray Mardoqueo. Y añadió con voz sibilina, como si esculpiera a susurros cuerpos de mujer en el aire—: Amadísimas putitas, ¡jezabeles!

Las fragorosas golondrinas ya habían seguido de largo. No lo oyeron.

4

Temprano a la mañana siguiente, el viaje de Mardoqueo y sus apóstoles se suspendió; reinaba el estupor; la noticia sobrecogió al mundo: a los treinta y tres días exactos de su pontificado el papa había amanecido muerto en su cama. No se trataba de una muerte natural: envenenaron al papa los de la curia del Vaticano, nada dispuestos a tolerar los cambios sustanciales que el papa se proponía. De inmediato lo embalsamaron y no permitieron autopsias ni peritazgos. Era otro día vergonzoso de la Iglesia.

En la nunciatura de la ciudad, los más afectados por la muerte del papa eran los doce apóstoles y el Señalado. Sin su principal aliado, podría ponerse en entredicho la misión. Era posible que el próximo papa no solo acatara una intervención militar contra los Uao, sino la instigara. Así de caprichosa suele ser la personalidad de los pontífices recién coronados, así de veleidosas sus determinaciones, como las de cualquier otro líder del mundo, sea payaso o tirano.

Mandolino Mártir y Hugo el Oscuro convocaron a los trece de la selva: no echarían atrás su decisión, que era la misma del papa envenenado: Mardoqueo Vanín y sus apóstoles saldrían «ipso facto» de la nunciatura al aeropuerto: viajarían en avión a la segunda ciudad más importante del país y, desde allí, en avioneta, hasta la selva, contra viento y marea. Ya el negro bus esperaba, ya les habían guardado el equipaje, un abultado saco de lona con mudas de ropa, toallas, jabón, la biblia y el cáliz: solo faltaban ellos. Ingresaron fugazmente al templo, donde ese nefasto día, en lugar de la oración de la mañana, les tocó elevar una plegaria por un papa envenenado. Pero había que salir corriendo, les dijo Mandolino Mártir, era posible que el gobierno, ahora que el papa de la paz había muerto, decidiera dar rienda suelta a la guerra contra los Uao,

sin tregua, con monstruosidad genocida, les dijo, al mejor estilo de la invasión de América.

Mardoqueo Vanín y sus apóstoles abandonaron subrepticios la nunciatura, sin desayunarse, a la carrera, como si huyeran.

Cuando aterrizaron en la segunda ciudad más importante del país, les dio la bienvenida un benedictino octogenario y aburrido, encargado, dijo, de auxiliarlos en lo que pueda, si Dios lo permite. Un enjambre de mosquitos tropicales los aguardaba, apretado y atormentador. Envueltos en la maraña de insectos que zumbaban, los trece de la selva treparon detrás del benedictino a la bandeja de un furgón del correo que los llevó con todo y equipaje hasta un aeropuerto auxiliar, solitario y polvoriento en mitad de una plantación de aguacates, donde una avioneta de alas remendadas los esperaba, al igual que renovadas manchas de mosquitos en el aire. Por desgracia, según dijo el piloto, había malos vientos en la Aldea, que no les permitirían aterrizar. Tendrían que esperar. El piloto, un negro impasible pero mordaz, reiteró que debían aguardar a que les dieran permiso de vuelo, que muy bien podía demorar hasta el mediodía: «Hay tiempo para tres misas», dijo, y se apartó.

Lo único que se subió a la avioneta fue el gran saco de lona.

Siempre conducidos por el benedictino los trece frailes se refugiaron en la sala de espera, que era como un enorme ataúd de vidrio en mitad del calor. Huían de la negra nube de insectos que los cercaba, pero todavía dentro del catafalco una gran hueste de mosquitos siguió acosándolos, mientras otra se quedó detrás de la pared de vidrio como un rostro pérfido que acechaba.

Ya los misioneros sabían de mosquitos y la rutina para enfrentarlos: dejarse picar por entero, desnudarse y poner los brazos en cruz y gritar vengan zancudos y abejas, vengan avispas y tábanos, vengan bichos del mundo y píquenme lo que quieran. Eso mismo decía el agustino Hortensio Golondrino, espatarrado en una de las sillas de plástico, arremangado el hábito hasta los muslos blancos, las manos abriéndose el cuello de la sotana, mientras la nube de bichos del mundo se le acostaba encima.

Los demás frailes lo contemplaban fascinados.

Únicamente los trece de la selva eran los acosados: en la sala de espera el piloto parecía invulnerable; se había sentado en una silla lejana y fumaba mientras leía el periódico. También tres parroquianos, absolutamente indemnes, se dedicaban a presenciar la demoledora picazón en caras y piernas angelicales. Tampoco el monje octogenario era asediado: distante y de mal humor seguía de pie, apoyado en un mostrador donde estaban dispuestos sucios vasos de icopor alrededor de una jarra vacía.

El calor del ataúd ya era despiadado.

Por lo que se podía ver, las piernas cortas y membrudas de fray Hortensio ya no eran blancas sino moradas y se hinchaban como globos. Ni al cura octogenario ni al piloto les importó. Los parroquianos, mientras tanto, miraban al techo ensimismados: eran pasajeros de la avioneta cuyo permiso de vuelo se esperaba, campesinos de una indiferencia acérrima, los tres de sombrero de paja, sentados en sillas apartadas, como si no se conocieran, todos con sendas cajas de cartón a los pies, anudadas con lazos grasientos. Uno de ellos llevaba algo como una gallina viva aprisionada en una mochila de cabuya.

Igual que un muro, el zumbido de insectos impedía hablar y oír. El juvenil Remolino Santángel parecía el más angustiado de los frailes; era el único que pretendía deshacerse de los zancudos agitando piernas y manos. En vano se revolvía como si bailara, delirante, «Nunca los vi así», dijo, «qué gordos y qué rojos, Dios». La cara picada y amoratada de fray Golondrino volteó a mirarlo, «Claro que sí, Santángel», gritó, «gordos de mi sangre, es sangre mía, yo los engordé».

La negra nube correspondió a sus palabras con un renovado zumbar. El piloto y los campesinos se hacían los sordos; el benedictino octogenario dormía de pie, acodado al mostrador, la cabeza apoyada en una mano; la gallina en la mochila del campesino se sacudió como si pretendiera escapar; los frailes ya no resistían el ataque, ¿era posible?, se los iban a comer vivos; sus caras giraban en dirección a la puerta de vidrio y un gemido al unísono se elevó como el lamento de un animal que agoniza.

Entonces se oyó la voz de Mardoqueo:

«Hombres de poca fe», dijo.

Y se incorporó de su silla.

Por entre la nube negra sobresalió su cabeza inspirada, sus ojos centelleaban, y había empinado un brazo como si se dispusiera a dar la señal de la cruz. Los doce apóstoles tenían puestos los ojos en él, esperanzados, todos menos el piloto y los campesinos, que no sufrían de un solo zancudo alrededor pero tampoco creían que un rezo pudiera contra la plaga.

Y ya no se oyó la voz del Señalado. Solo se vislumbraba su rostro como la cima de una montaña cuando destaca entre la niebla.

Y vieron que los labios de su bocaza se desplegaban y se juntaban en círculo, y que empezaba a soplar. Era un suave soplo, que ni siquiera sonaba, pero se abría paso entre la nube de insectos, un soplo largo y persistente que no solamente los apartaba sino los empujaba hacia la puerta de vidrio del ataúd.

A todos los monstruos alados Mardoqueo Vanín los fue empujando con su vaho, uno por uno.

Y después abrió la puerta y por allí salieron y se reunieron con la otra nube de monstruos que esperaba y, hechos una sola mancha en el aire, invisiblemente empujados, remontaron el cielo.

Mardoqueo Vanín regresó a su silla y se volvió a sentar.

Era su primer milagro.

5

Excepto Sanpedro y Santángel, jesuitas que ya reverenciaban a Mardoqueo, los demás apóstoles no creyeron en el milagro. Hubo estupefacción, es cierto, pero de las más triviales: los agustinos Golondrino, Recto, Cisne y Grácil hicieron corro aparte y recordaron que el aliento de fray Mardoqueo sobresalía por el ajo y el romero, y se preguntaban si no fueron esas especias las que espantaron a los insectos. El resto de los apóstoles ni siquiera consideró el prodigio: a lo sumo era un artilugio, el abracadabra de cualquier mago de circo, y en eso quedó el milagro, como cuando un niño de dos años es capaz de levantar el mazo de un herrero y se piensa que el mazo es

de papel y nadie quiere constatar lo contrario. El agustino Hortensio Golondrino fue el más injusto, si se tiene en cuenta que había desaparecido de su cara la llaga de las picaduras y su cutis se veía fresco y terso como un huevo.

El piloto los invitaba a abordar, no porque lo convenciera el milagro de Mardoqueo, su extraordinario espantamiento de moscos, sino porque ya era mediodía y hacía buen tiempo en la Aldea y acababa de llegar su copiloto, otro hombre idéntico a él, que no solo parecía su hermano gemelo sino que lo era en realidad, igual de impasible y con la misma gorra amarilla. La aeronave de alas remendadas que los aguardaba no era propiamente una avioneta sino un avión mediano, con una hélice en cada ala, de los que suelen llamarse «taxi aéreo» y en ocasiones se adecúan como «aeroambulancia». Tenía capacidad para dieciséis pasajeros, con dos filas de dos puestos a cada lado, y atrás el equipaje —las tres cajas de cartón de los campesinos, el gran saco de lona de los frailes y, encima, la mochila de cabuya con la gallina enclaustrada, que parecía dormitar o se estaba muriendo.

Mardoqueo Vanín iba en primera fila de la derecha, junto a la ventanilla, en compañía de Sanpedro, y, mediando el pasillo, en primera fila de la izquierda, iban Remolino Santángel y el malagradecido Hortensio Golondrino, a quien todavía no se le ocurría preguntarse cómo fue que desaparecieron las pústulas de su carne. «Porque esa es —consideraba Santángel— la deslealtad de los hombres, y más si son espirituales».

Pero el milagro no se lo creía el mismo Mardoqueo, a pesar de la no lejana revelación, cuando una voz brotó de entre la piedra y le gritó «Tú eres el Señalado». Una profunda consternación se apoderaba de su ánimo. No sabía a ciencia cierta de dónde se le ocurrió soplar debajo de la nube de mosquitos y empujarlos fuera de la sala, uno por uno. Ya no experimentaba la certidumbre de ser el Señalado. Y que no lo hubiesen rodeado sus apóstoles, que no loaran su milagro, que no pidieran su bendición o se arrojaran de rodillas a sus pies lo desalentaba. Por un instante se burló de sí mismo, de sus visiones, y estuvo a punto de llorar en silencio. Volteó a mirar atrás, a la cola del avión, y la sola vista de la gallina encogida lo hizo pensar que él era exacto: simple ave de corral que se moría.

Y creyó comprender por qué los doce frailes no lo consideraban el nuevo Salvador, por qué no descubrían que él era Jesús en compañía de sus apóstoles o por qué no reconocían que por lo menos lo parecía, ¿cómo creer en su cara que daba miedo, en los huecos de su nariz como extraordinarias sepulturas, en su boca que no resultaba distinta del hocico de un perro, en su voz que no era propia sino que parecía imitar la voz humana, y sus orejas peludas, su cuerpo rugoso como el de un cocodrilo, su gran frente torva de la que brotaban dos cuernos? ¿Y las escamas de serpiente de su nuca?, ¿y esa cola de pez en el trasero?, ¿y los seis dedos en cada uno de sus pies? ¿Imaginaba esas monstruosas cualidades para enaltecerse?, ¿cómo era posible que semejantes distinciones suscitaran sus ínfulas de Mesías? Ni siquiera Sanpedro y Santángel habían considerado realmente el milagro. Si bien fueron testigos que aplaudieron cuando la nube de zancudos fue lanzada contra el cielo,

no se arrodillaron sacudidos por el prodigio. No. Ni él mismo se lo creía, y no creería jamás en su milagro, eso se dijo Mardoqueo Vanín al tiempo que el avión carreteaba y sus hélices tronaban y al fin lo alzaban de la tierra.

6

El mundo, debajo, se hizo más pequeño. Fray Mardoqueo alcanzó a mirar una vaca que lo miraba, una alberca de agua como un espejo negro, una como fogata encima de un campanario y después solo niebla y nubes, la masa de un color blanco grisoso. Transcurrió una hora de las dos programadas; los pilotos conversaban riendo, sin que se les entendiera nada; el rolar de las hélices lo era todo, especie de silencio que acunaba a los pasajeros pero también los espantaba porque de un momento a otro podía parar y matarlos. Pasó el tiempo que faltaba, sin que se oyera una palabra entre los pasajeros, hombres encogidos, más atribulados que aburridos.

Ya volaban encima de su destino, la desconocida comarca al pie de la selva, a las puertas del verde territorio de los Uao. De la inminente llegada parecían hablar los pilotos y se empeñaban en repetir que el cielo se había despejado, para sosegar a los que palidecían; eran los únicos que hablaban y nadie les entendía a causa de la turbulencia, esos vientos hoscos y espasmódicos que sacudían al avión como si lo mordieran.

Iniciaban el descenso cuando el afilado y escandaloso canto de un gallo los erizó a todos, al piloto y al copiloto y a los frailes, pero nunca a los campesinos, que muy bien sabían que la gallina

enclaustrada no era una gallina sino un gallo de pelea fastidiado hasta la última de sus plumas de la forzosa reclusión a que lo habían condenado en la mochila, de la que por fin se liberó a picotazos, brotando a la luz como un hacha justiciera, cantando como si se desperezara en su gallinero, sin que nunca sospechara que cantar en un avión a diez mil pies de altura solo conseguiría espantar a cualquier humano que no fuera sensato campesino, y el primer espantado fue el piloto, impasible pero mordaz consigo mismo porque dijo o gritó con mortal serenidad «ese-gallo-me-mató-¿quién-lo-trajo?», y se tocaba el pecho, allí donde anida el corazón, y un dolor peor que una pena de amor lo resquebrajaba. Su cabeza se derrotó sobre el timón y sus manos acalambradas empujaron el manubrio: ahora la nave descendía en picada. El copiloto se dio cuenta enseguida, pero tampoco enseguida hizo nada, pues no era piloto, no sabía de qué bendita manera maniobrar un avión, si a derecha o izquierda. Su hermano lo había hecho pasar de piloto ante la empresa: nunca imaginaron semejante tropiezo en el aire, jamás conjeturaron que un gallo pasajero cantara en pleno vuelo a todo pulmón y que su canto reviviera a la muerte.

El avión continuaba zambulléndose en lo negro.

Zumbaba y giraba como cualquiera de los insectos que horas antes empujaba con su vaho fray Mardoqueo, ¿era posible otro milagro?, en ese instante algunos de los incrédulos se lo preguntaron. Si Mardoqueo Vanín pudo salvarlos de la negra nube

de monstruos, ¿por qué no de esta amenaza? Mardoqueo volteó a mirar al resto de frailes como si sintiera el llamado, y los demás frailes lo miraron a su vez: milagro imposible: Mardoqueo Vanín era el más aterrado. Si bien le fascinaba comer las crestas de los gallos, lo asustaba su canto, y mucho más de sopetón, sin advertencia, con la turbulencia de fondo. Se había medio incorporado y seguía mirándolos a todos, mientras el avión rugía en picada, pero pudo sobreponerse y alzó una mano convocándolos y empezó a cantar Alabaré Alabaré.

Seguía el ejemplo del gallo.

Los apóstoles también cantaron y fue tan agudo su coro que opacó el segundo canto del gallo —y al mismo gallo, que escuchaba atónito.

Los campesinos, en medio del pavor que agarrotaba, no agradecieron jamás el canto de los santos. Lo deploraron. Y el horror se multiplicó al recordar que antes de subir al avión habían comentado lo funesto que era volar con un fraile o una monja, y he aquí que les tocó volar con trece frailes, y trece, además, trece, ese fatídico número. Habían decidido aplazar el viaje y esperar otro vuelo sin frailes, pero la mala suerte quiso lo contrario y ya era tarde, allí volaban en picada al abismo.

Era un abismo de niebla lo que se les venía encima, y debajo el duro beso de la tierra.

El falso copiloto apartó como pudo el cuerpo de su hermano, se sentó y tiró del timón y, como si Mardoqueo hilvanara otro milagro, el avión enderezó su vuelo, su nariz reapareció en la ventana de la cabina y un júbilo de gloria hizo que otra vez los trece de la selva se echaran a bufar Alabaré Alabaré desaforados, porque era incuestionable que el vuelo del avión dependía del canto santificado.

Pero tirar del timón fue lo único que el falso copiloto pudo hacer. No sabía dirigir el aparato, darle una ruta y mucho menos maniobrarlo para aterrizar, no distinguía el altímetro de la brújula, no sabía qué era un viento de cola ni qué uno de cara ni en qué pantalla consultar el velocímetro. La niebla se abrió a sus ojos y a menos de siete mil pies apareció el mundo, cada vez más mundo, el terreno de explotación de la compañía petrolera, las bombas de hierro como insectos de otra era, sus brazos como poleas, sus bielas y manivelas, los tambores y mesas de rotación, la gran rampa de tuberías, las puntudas brocas de perforación, el campamento donde transitaban diminutas volquetas, y más allá surgió lo que se llamaba la Aldea, esa reunión de calles y plazas irregulares, casitas y corrales, porquerizas y campiñas donde pastaba el ganado como un pesebre decembrino, y se reveló de pronto, todavía más allá, en la altiplanicie como una fortaleza, la ancha base militar con sus galpones y sus establos, sus pistas de tiro, sus camiones y su helicóptero, las filas multicolores de soldaditos de plomo que presentaban armas, y de pronto brotó todavía mucho más allá, donde los verdes pastos eran reemplazados por ristras de cactus y rocas de arena, en la mitad de un horizonte yermo, el edificio misional, especie de monasterio alzado en el desierto, terreno áspero que la compañía petrolera cedió en bien de la Iglesia, y

después alumbró la selva como un mullido colchón de árboles donde el avión se dirigía como a dentelladas en el aire, eso fue lo que vio el falso copiloto, y se le olvidó mirar la pista de aterrizaje allí abajo, enfrente del avión, la pista de mil metros de largo donde tantas veces aterrizó con su hermano, no se atrevió a mirarla, prefirió otear la cada vez más próxima orilla de la selva, la apretada y esponjosa cúpula de árboles que empezaba como un mundo aparte del mundo, como una barrera inexpugnable al borde del edificio misional: hacia allá enfilaba el avión sin que realmente el espantado copiloto se lo ordenara, fue puro azar, estricto viento y destino, y por eso el canto de los frailes se duplicó.

Pero también se triplicó el canto del gallo, y ya era la tercera vez que cantaba —bíblica señal.

Libro II

1

La noticia del avión repleto de frailes que cayó en la selva corrió paralela a la noticia del papa envenenado. La tarde de la desgracia se ofició una misa cantada para rogar por la vida de los trece ángeles. Encabezaron los coros Mandolino Mártir y Hugo el Oscuro, acompañados por los misioneros del mundo. Encomendaron la vida de Mardoqueo y sus apóstoles a Cristóbal de Licia, patrón de los viajeros.

Los niños de la Aldea repetían jubilosos a propios y extraños su visión del avión: lo vieron aparecer de entre las nubes, daba giros de borracho en el cielo, apuntaba ora a un lado ora al otro, su nariz subía y bajaba, ejecutaba una vuelta de trompo y brincaba y se quedó quieto y torció como bala a la arboleda y la rebasó a centímetros y se oyó muy duro pero lejos un golpe como un trueno y ya no ocurrió más, el avión se derrumbó allí donde moran los Uao.

En la soledad deslumbradora de la ribera de un río, en la arena inmaculada pero humeante de pequeños incendios aquí y allá, donde se habían esparcido las partes del avión, las tuercas y tornillos del motor, las hélices, las sillas y ventanillas, las planchas de la cabina, las piezas ardientes del esqueleto, algunas hechas trizas, otras casi completas —como las alas y la cola—, no se descubría un solo cuerpo, ni muerto ni vivo.

El río se deslizaba lento y oscuro, sin ruido. La orilla opuesta a la playa donde descansaban los restos era una montaña de roca como una empalizada vertical, de arbustos amarillos de flores, que daba sombra a todo. El cielo, en su cima, se veía muy lejos.

Y detrás de la playa, del ancho brazo de arena donde hervían los vestigios, en esa trabazón de racimos de árboles añosos que asomaban al río, entre sus cañas de tallos partidos y hojas troceadas que se humedecían de savia, era posible adivinar la ruta que siguió el avión como un camino vegetal, de árbol en árbol hasta planear en la arena: cien metros más y se daba de frente contra la roca.

Al pie de los árboles y en lo alto de ellos, entre las ramas ciclópeas, empezaron a moverse los frailes, a temblar y a quejarse. En breve se reunieron como pudieron los de arriba con los de abajo —los que quedaron arriba se dejaron caer en la espesa hierba, en la médula de los helechos gigantes— y todavía inmersos en el estupor avanzaron casi arrastrándose a la playa. Todos estaban completos, no solo completos los brazos y piernas sino completos los trece de la selva, los tres campesinos, los dos pilotos y el gallo.

La blanda caída del aparato, su deslizamiento a ras de la copa de los árboles, había sido la explicación de la vida. El impasible piloto sobrevivió no solo a su desmayo del corazón sino al porrazo en la selva y ni siquiera el canto del gallo que se desperezaba a la sombra de un plátano lo hizo mudar de semblante.

El aire voluptuoso era un acicate de vida.

Se vigilaban unos a otros como si se revisaran, embrutecidos aún en el letargo que paralizaba, y nadie decía nada, sentados,

recostados, echados de cualquier manera a varios metros del avión accidentado, de su fuselaje desbaratado igual que un pájaro al que reventaron los perdigones, lo contemplaban en un solemne silencio de iglesia cruzado de chillido de micos y cantinela de tucanes que no se veían.

Eran las tres de la tarde.

Y ya iban los ángeles a cantar cuando los vieron.

Los vieron arribar en silencio al silencio de la playa, bajando por un costado de la montaña que era como una cicatriz, completamente desnudos, algunos con su lanza en la mano, otros con su arco y sus flechas, y examinar con atención reconcentrada el humeante despojo del aparato y dispersarse como ordenadas hormigas alrededor.

Eran los Uao.

Por su propia vida los frailes y acompañantes se inmovilizaron. En su candidez, no querían ser descubiertos, pero ya los Uao los tenían detectados desde que entraron volando a la selva. Simplemente los ignoraban. No eran más importantes que la nave despedazada.

Y en pocos minutos los frailes vieron maravillados cómo el avión o sus recortes o lo que quedaba de él fue organizado y cargado a espaldas de los Uao y cómo desapareció detrás de la montaña con todo y los Uao. Y entre los retazos de avión que se llevaron como los cuartos de un animal recién destazado no pudo faltar el gran bulto de lona con la ropa de los frailes, la biblia y el cáliz, las tres cajas de cartón de los campesinos y hasta sus tres sombreros que quién sabe

dónde encontraron y que plantaron de adorno en la punta de tres de sus lanzas.

Solo quedó una llanta del tren de aterrizaje, reventada y humeante en la playa, con algún lengüetazo de llamas azules. En torno a ella se arrodillaron los desamparados y oraron a Dios por la gracia de seguir vivos.

2

El sitio donde el avión había caído distaba dos kilómetros de la muralla de árboles que colindaba con la Aldea. Por eso los Uao se apresuraron a desaparecer, para eludir la llegada de más civilizados.

Antes de que atardeciera, una partida de seis soldados encabezada por el coronel Nigidio Sexto, que además de militar era capellán del ejército, encontró a los accidentados, o escuchó primero la voz del gallo, que resultó providencial, porque en lo compacto de la selva era posible hallarse a menos de medio metro de quien se busca sin verlo ni oírlo: los hombres del coronel Nigidio pudieron pasar de largo si no escuchaban la voz del gallo, su trova al atardecer, porque aparte del recital de insectos y pájaros no era frecuente el canto de un gallo —su salmo, su himno, su aleluya, como diría más tarde fray Mardoqueo—. Ese canto empujó a los buscadores a descubrir al gallo subido en el plátano: se escarbaba con el pico entre las alas, se despiojaba. El alborozo no tuvo parangón, el asombro de ver que alrededor del gallo deambulaban los frailes, y que todos estaban intactos, con uno u otro rasguño y moretón. Para los santos recién encontrados fue motivo de rezos y

lloros. Si la noche no estuviese tan próxima, con su muchedumbre de sustos y su emboscada de fieras, era seguro que allí mismo se hacía una misa y se consagraba el lugar. Pero fue prudente regresar al otro lado, donde había campo abierto y mandaba la civilización.

Una vez a un costado de la Aldea, debieron prender linternas para alumbrar el camino. Ya no padecían el mismo calor de la selva, húmedo y hostigante, sino gozaban de un clima fresco, con ligeros asomos de viento, sin más insectos alrededor. La Aldea, siendo solo un conglomerado de casas y una plaza de mercado, daba abasto a las necesidades de los obreros de la petrolera y de los soldados atrincherados en la guarnición. Además de una panadería, un expendio de carne y pescado y otro de frutas y verduras, había un burdel: La Meca. Su apoderada, la Nena Madagascar, también conocida como la Casta Huracán, o Nena la Casta, era dueña además de varias sucursales de La Meca a lo ancho y largo del país, dondequiera que existieran soldados y obreros y soledad.

Desde su fundación, el poblado se había llamado Las Brisas, pero el nombre no gustó al administrador de la petrolera, el ingeniero Hanato Nakamura, que prefirió rebautizarlo con el mote que mejor representaba ese hacinamiento de humanos y aves de corral: la Aldea.

Gran variedad de etnias y familias nativas atiborraban la Aldea. Más de la mitad de la población la constituían esos indios «civilizados», que llevaban a cabo los trabajos más arduos de la petrolera y eran además los preferidos para enfrentar en primera línea el peligro de los «salvajes», los pavorosos Uao.

Los indios civilizados habían trabajado gratis para la construcción del edificio misional que el capellán Nigidio Sexto dirigió.

Indios eran los sirvientes de los más pudientes de la Aldea, alcalde, tenderos, gamonales, capataces.

Indios los que barrían y aseaban los predios de la guarnición y la petrolera.

El ingeniero Nakamura tenía diez jóvenes indias para su servicio personal; era calvo y ciclópeo como un luchador de sumo; lo bañaban, lo vestían y desvestían, lo cargaban de un lado a otro por los rincones de su fastuosa quinta. Los indios civilizados eran los últimos en dormirse en la Aldea y los primeros en despertar al trabajo. Los Uao no eran civilizados sino salvajes, eran llamados silvestres, cerriles, selváticos, feos, monteses, caníbales, indómitos y animales, y se adentraban en la selva para desaparecer sin dejar huella, ¿por qué atacaban?, ¿por qué murieron bajo sus lanzas científicos y empleados de la petrolera?, quién sabe, quién puede saberlo.

La gran mayoría de las pupilas de la Madagascar eran indias, y muy tiernas, casi niñas, perfectamente adiestradas por las veteranas en las artes de la cama, y era justo eso lo que más atraía de La Meca. Peregrinos y exploradores de todos los puntos del mundo, sobre todo ingleses, alemanes y noruegos, viajaban hasta la Aldea solo para degustar su prostíbulo de vírgenes a granel. La Meca era un burdel tan famoso como la selva.

El despensero de la petrolera, un negro llamado Alcides Ferreira, era también dueño de una plantación de cacao y tenía bajo sus órdenes más de quinientos indios civilizados. Las monjas del

monasterio disfrutaban de una veintena de indias de todas las edades para el trabajo doméstico.

Si un indio amanecía en un rincón de la calle acuchillado o muerto a palazos o de un tiro, la investigación criminal ni siquiera se iniciaba: se daba por hecho que había sido muerto por otro indio, y no resultaba fructífero buscar al culpable: los indios asesinos se escondían muy bien en la jungla, entre las fieras, donde sería imposible capturarlos. A nadie se le ocurría pensar que el indio muerto en la calle lo fuera a manos de un blanco, de un negro o de un mestizo. Eso era inconcebible.

El coronel Nigidio Sexto, a quien ya el juvenil Santángel llamaba Padrecito Sexto, describía a los frailes el edificio de la Misión adonde iban, a una hora de camino de la Aldea. Allí nada faltaba, agua potable, luz, una capilla y una cocina con su refectorio, una austera piscina, un jardín todavía sin flores y un huerto disparatado, en la arena, como para sembrar hortalizas en el desierto, una sala de seis mesas de pimpón, otra destinada a las visitas, otra de proyección de películas y otra de «lectura y meditación», estancias que con el tiempo podrían adecuarse como salones de escuela para niños indígenas, además de las sesenta y siete celdas monacales —distribuidas en dos pisos alrededor de un surtidor de agua— cuyo único lujo eran un ventilador y un mosquitero, que no demorarían en ser habitadas por esforzados misioneros, ya monjes o monjas, ángeles o santas, pero todos soldados de Dios dispuestos a evitar una guerra —así lo interpretaba el padre Sexto, que aseguró que se

consideraba a sí mismo un comandante espiritual con grado de general de división.

Tenía Nigidio Sexto cuarenta años y sobrellevaba sobre su cuello una cabeza extraordinaria que parecía de caballo, por lo que sus hombres se burlaban de él asegurando que no demoraría en relinchar. En efecto, al hablar arrojaba una especie de gemido semejante a un escueto relincho.

El grupo de rescatados ya se hallaba al filo de un cruce de caminos. Tenían la noche encima como una lápida y llegó la hora de la despedida: los pilotos pidieron la bendición de los frailes y se encaminaron al Cocodrilo Negro, posada espaciosa donde solían pernoctar. Los soldados desaparecieron trotando y daban voces como si relincharan por la angosta carretera en dirección a la guarnición, ¿se mofaban del coronel? Los campesinos emprendieron camino a sus casas, abatidos por la pérdida de su equipaje. Al gallo lo llevaba su dueño muy bien acobijado debajo del brazo: todavía era posible percibir su canto siniestro, gutural, como si riera.

También los trece de la selva lamentaban la falta del equipaje expropiado por los Uao. «Gracias a Dios no perdimos la vida», concluyó fray Golondrino, en la noche cerrada, avanzando a trompicones detrás de la linterna que el padre Sexto empuñaba, camino de la Misión. Se oyó la voz de Mardoqueo preguntando a los demás si recordaban haber visto mujeres entre los Uao. Nadie lo recordaba. «Suelen parecerse todos ellos, quiero decir los indios, por su desnudez», se atrevió a decir el juvenil Santángel. «Pues con mayor razón nos daríamos cuenta», lo reprendió fray Mardoqueo,

decepcionado de que ninguno de sus apóstoles recordara la presencia de indias entre los Uao. Tampoco él recordaba. El susto del avión les cerró los ojos.

Era posible que no todas las familias Uao fuesen violentas, cavilaba fray Mardoqueo, que algunas destacaran por su pasividad, confiadas ovejas dispuestas a la señal divina, ¿o indiferentes ovejas? Mardoqueo Vanín se esforzaba por comprender: los Uao jamás los atacaron. Y levantó la cabeza al cielo, con amargura; empezaban a titilar las estrellas, no había luna: negros pedazos de nubes la cubrían.

Ante ellos, como otra muralla igual que la muralla de la selva, apareció la Misión, una gran mancha rectangular, en ladrillo, orgullo del padre Sexto, escasamente iluminada por distantes bombillas que colgaban de los aleros. Una puerta se abrió y salió a recibirlos un monje encapuchado, con una gran cruz de metal en su mano. Con ella bendijo tres veces a los recién llegados y los condujo a través de empedrados corredores hasta el refectorio. «Ya tienen servido su refrigerio», dijo. «Después vendrá la oración».

Era una voz dulce, tan entusiasta como servil.

Mardoqueo Vanín y sus apóstoles se sintieron al fin como en su casa.

A salvo.

3

Pero una imprevista decisión del Señalado echaría por los suelos el banquete que sus apóstoles merecían.

En el refectorio, junto a la mesa, la canosa y corpulenta madre Fígara se presentó a sí misma como la responsable de la cena. La escoltaban a lado y lado sus cocineras mayores, ambas monjas benedictinas, las hermanas Pulcra y Silveria.

El coronel Nigidio y el monje encapuchado se hicieron detrás de ellas, como para consolidar el grupo de bienvenida.

Los trece de la selva no demoraron en ubicarse al lado de sus sillas, prontos a sentarse. Sus rostros se sonrojaban, sus labios temblaban, acaso por los recuerdos del accidente, el canto funesto del gallo, la caída, el extravío, la aparición de los Uao y todos los miedos. Con sumisa cortesía consideraban las palabras de la madre, pero se entretenían admirando las jóvenes figuras de las dos benedictinas.

La madre Fígara explicó los platos que les esperaban. Era, dijo, el almuerzo que habían preparado para el mediodía, y ahora estaba frío, ustedes entenderán, nadie supuso la tragedia, cada manjar viene de la selva y del Gran Río, y viene sobre todo de nuestros corazones.

Los que escuchaban asintieron como si se relamieran: la cantidad de bocados desconocidos los seducía, y su agreste presentación, su brillo, su olor, humedecían los ojos y dilataban las religiosas narices. Lo primero que llamó la atención fue lo que había acostado en la mesa: un pez de por lo menos tres metros de largo, el famoso pirarucú, asado entero, les dijo la madre Fígara, y sabe a chicharrón frito. El pez ocupaba la extensión de nueve sillas y él solo podría cumplimentar el apetito de los trece de la selva, del capellán coronel, del monje encapuchado, de la madre Fígara y las dos monjas. Dieciocho comensales angelicales, a cuál más voraz.

Los agustinos ya iban a arrojarse desbocados sobre la mesa, pero todavía la madre Fígara los entretuvo, complacida en glosar los platillos que acompañaban al pirarucú.

Presentó la sopa de pescado, las fuentes de plátano frito y yuca cocinada, y paladeaba los nombres extraordinarios de los platos que ponderaba: la gamitana rellena, el sábalo asado, el cangrejito de limón, las bolas de plátano, las canastillas de bagre desmenuzado, la garganta de pez tigrillo, los mordiscos de cucha seca, las tetas de pintadillo, la fariña, ese cereal, dijo, de yuca fermentada que es como un beso de Dios, y con orgullo presentó el gran plato de mojojoy, que son unas larvas exquisitas que salen de los huevos de un cucarrón, prueben, prueben, coman, coman, y siguió presentando más platos como si se tratara de otros convidados, las cazuelas de ceviche de pintadillo, las pirañas asadas, tengan cuidado con las espinas, y señalaba los enrollados de carne picada, parecidos a las empanadillas, el famoso moqueado, mi predilecto, que es un pescado que se cocinó con el humo de las brasas, y las cazuelas de guiso de frijoles condimentados con cilantro, la crema de gallina, las tortillas de casabe, las piñuelas de chinchollo y, para beber —finalizó a medida que señalaba gordas jarras de barro—, hay jugo de copoazú, pero también garrafas de vino, dijo como si cantara, el vino que tanto frecuentan los ermitaños cuando hay sed, dijo eso y lanzó una carcajada que sorprendió porque se abría de brazos y piernas como si todo su cuerpo fuese un entero asentimiento y se ofreciera.

Y ya se precipitaban los doce apóstoles encima del balsámico pirarucú, ya se les hacía agua la boca, cuando se oyó intempestiva

como pájaro de mal agüero la temible voz de Mardoqueo Vanín, Representante de Él en la tierra.

Dijo:

—Amadísimos hermanos: que la santísima Virgen proteja a esta madre generosa que hoy se nos entrega.

»En verdad en verdad os digo que las pruebas de templanza que mi Padre nos envía no son de desdeñar.

»Es cierto que no hemos desayunado.

»Es cierto que Dios nos puso a prueba en las nubes, dentro de ese avión infernal, después del canto del gallo.

»Es cierto que la oración nos salvó.

»Pero también es cierto que supimos de la muerte del papa, ¿no deberíamos consagrar a él este ayuno?, ¿no deberíamos seguir purificados el resto de la noche hasta mañana?

»Sería nuestro eterno agradecimiento por el hecho de seguir vivos.

»¿Es que vamos a ceder a las pasiones?, ¿al frenesí?, ¿a los ardores?, ¿a la intemperancia, la lujuria?, ¿es que somos insaciables?, ¿es nuestro vientre altar de la glotonería?

»Hoy, cuando volábamos, sentí que una mano inmensa sostenía el avión en las nubes y lo hacía planear encima de los árboles y lo posaba en la orilla del río, despedazado pero sin que nada nos sucediera, ni a nosotros ni al más modesto viajero, el humildísimo gallo.

»Es como el niño que juega con la gallina de papel y la hace volar por los aires, sosteniéndola con su manita, y luego la arroja furioso contra el suelo, no sin antes despojarla de los polluelos que la honrada gallina lleva en su seno. Esos polluelos somos nosotros, la

gallina es el avión y la mano del niño es la mano del Niño Dios jugando con su divino juguete.

»El que quiera escuchar, que escuche.

»El que quiera entender, que entienda.

»Amadísimos hermanos: para algo trascendental hemos nacido y por algo seguimos vivos después de caer del cielo, eso está demostrado. Ya vendrá Su Señal, ya vendrá la misión que Él nos tiene reservada.

»Recojámonos en nuestras celdas. Meditemos. Oremos.

»Pidamos perdón por el pecado de gula que estuvimos a punto de cometer.

»El que tenga oídos, que oiga.

»El que no está conmigo está contra mí.

»Y el que quiera agua, que beba, yo se lo permito.

4

Los más sorprendidos del rumbo que habían tomado las cosas eran el coronel Nigidio y el encapuchado que salió a bendecirlos cuando llegaron, que por su dulce voz debía ser tan joven como tímido y que tembló pavorecido al escuchar la exhortación del Señalado. Era un monje de provincia, capuchino o encapuchado, cuyo solo nombre y apellido (cuando él mismo se presentó) avisaban del remoto caserío de donde provenía: Ladislao Adistancia.

Había llegado a la selva por su fervor de misionero, sin que hasta ese momento se le designara otro oficio que el de pinche de cocina y cargaladrillos. No tenía más estudios que los de primaria y por eso

soportaba los oficios más sumisos, que efectuaba en compañía de los indios civilizados que la Misión tenía a su servicio, cavar zanjas, clavar clavos, pegar tejas, lavar platos y desgranar maíz. De la limpieza de las letrinas se hacían cargo las indias más jóvenes y robustas, además de las benedictinas Pulcra y Silveria, que las dirigían con blanca mano de hierro, porque Ladislao Adistancia tenía esperanzas mayores: viajar un día hasta Santiago de Compostela, caminando como cualquier peregrino. Su geografía era incompleta y no sospechaba que para llegar a España había que vadear un océano.

El silencio más helado siguió encima de los santos, todos de pie ante la mesa que olía a paraíso. Podía el pirarucú estar frío pero su olor a chicharrón era una dulce promesa que se convirtió en dolor tan pronto se acabó de entender la celestial palabra infernal del Señalado, un sutil dolor entre las vísceras y el alma.

Entonces habló Ladislao Adistancia. Su medrosa voz hizo la presentación de las monjas cocineras.

—Están conmigo la madre Fígara Pechoabierto, que es religiosa de las Hermanitas Descalzas, y las novicias Pulcra Piernavieja y Silveria Oreja de Perro, ambas benedictinas, todas oriundas de este pueblo y las tres unas santas que obraron el milagro de esta mesa. Gracias a ellas podremos comer en Presencia de Dios y en su Alabanza.

Semejante rimbombante presentación, y la significación de nombres y apellidos, muy comunes en la Aldea, resultaron escandalosos para los frailes. Fue tanta su sorpresa que se creyeron sometidos a la broma de un imbécil. Las dos monjas benedictinas se

parapetaron detrás de la madre Fígara como si buscaran protección. El padre Nigidio respaldó con su más enérgico asentimiento al monje de provincia, como si con su autoridad de capellán del ejército y comandante espiritual en la categoría de general de división pudiera insuflar valentía en Ladislao, que más parecía morirse del susto y no soportaba la turbia mirada del Señalado, el gesto despectivo de sus labios y el golpeteo de sus dedazos de monstruo contra el borde de la silla. Ladislao Adistancia tosió dos veces y volvió a arremeter mientras se santiguaba.

Dijo:

—Padres misioneros, desde hace semanas las tres madres y yo buscamos un ángel, un pescador que pescara un pirarucú tan grande como el que hoy ofrendamos.

»Buscamos al pescador por todos los puertos del Gran Río y al fin lo encontramos en nuestra mismísima Aldea. Es un pescador devoto, se llama Eusebio Zas. No nos cobró una moneda cuando explicamos que el pirarucú era un aguinaldo para ustedes. En menos de lo que canta un gallo nos trajo el pirarucú más gordo que se haya visto en la Aldea. Para prepararlo sudamos lágrimas de sangre en la cocina, mientras cantábamos los salmos adecuados, que exaltan la alegría y agradecen a Dios.

»No nos ayudamos de nadie porque queríamos hacerlo con nuestras propias manos.

»Por la memoria del santo papa yo suplico que comamos del pirarucú ya mismo, o nos va mal, muy mal, aquí en la tierra como en el cielo.

»El pescador que pescó este pez es un súbdito de Dios.

»Nos regaló el pirarucú para que ustedes le regalen una misa por la salud de su madrecita, que no consigue moverse hace años y no puede asistir a misa y eso la mata de pena.

»Los alimentos que acompañan al pirarucú son regalo de los indios de la Aldea, nuestros humildes siervos. También ellos los aman a ustedes. Son piadosas ovejas. Desde la más simple yuca hasta el pirarucú, todo es regalo de los pobres.

»Es un sacrilegio, ¡y qué sacrilegio siete veces sacrílego!, que ustedes no coman lo que regalan los pobres. Vi sudar a la madre Fígara, a las hermanas Pulcra y Silveria: solo descamar el pescado era un calvario. Buscar y recoger las larvas del mojojoy fue la crucifixión. El padrecito coronel vino a colaborar de tarde en tarde. Cantábamos los salmos.

»No pueden irse sin comer, padres.

»El mismo santísimo papa que acaba de morir se los demanda.

—Entonces que coman los que quieran —dijo como toda respuesta Mardoqueo.

Su voz era tranquila, conciliadora:

—Tienen mi bendición, mis plácemes, mi enhorabuena. Pero yo me voy. La oración me espera.

Y luego, no sin cierta mordacidad:

—Indíqueme usted, Adistancia, el camino a mi celda.

El contrito Ladislao consultó con la mirada al padre Sexto, y este asintió con la cabeza.

Y, para incredulidad de las monjas, detrás del Señalado caminaron los doce apóstoles en fila, uno por uno, hasta las celdas que Ladislao Adistancia les señaló.

Ante la mesa quedaron la madre Fígara y las novicias, quietas como retratos. El capellán coronel meneaba de vez en cuando la caballuna cabeza, sin relinchar.

Regresó el obediente Ladislao y se convirtió en estatua, junto a las monjas. Pero de pronto el coronel Nigidio dio ejemplo y se sentó a la mesa arrojando un breve relincho de exculpación. No demoraron las monjas y el de provincia en acompañarlo y dieron muy buena cuenta del prodigioso pirarucú.

Solo dejaron la cola.

Las viandas que acompañaban al pez siguieron intactas, expuestas a quién sabe qué comensales fantasmales. Con mucha tristeza por lo sucedido, pero bien cebados y casi contentos, los padres Nigidio Sexto y Ladislao Adistancia agradecieron a Dios por el pan de cada día y se despidieron. Ambos ya disfrutaban de su respectiva celda en la Misión, con su ventana al desierto, igual que la madre Fígara y las dos novicias, que se retiraron inconformes por la oposición de los santos a comer.

Pero en la noche del edificio, que era como de acero negro, sombras furtivas y hambrientas visitaron una detrás de otra la infinita mesa del refectorio, y en el silencio más delicado acabaron con todo lo que quedaba, que era mucho, sin descuidar las garrafas de vino. Solo huesos y espinas sobrevivieron. Y después regresaron las sombras una por una hasta las celdas, saciadas y absueltas a plenitud, y entre las sombras que avanzaban como una hilera de jadeos fray Hortensio Golondrino se apoderó del talle del juvenil Santángel y ya no lo soltó. Con amoroso sigilo sus sombras desaparecieron detrás de una puerta.

La luna por fin asomaba en mitad de las nubes negras y la vasta fachada de la Misión resplandecía como bruñida en aceite.

Y en su celda, arrodillado en el aire, a tres centímetros del suelo, oraba Mardoqueo Vanín, los ojos cerrados, las manos elevadas como si saludara a alguien, o alguien lo abrazara.

5

A la hora del desayuno los trece de la selva constataron que la mesa del refectorio estaba limpia de restos de comida. Nadie les dijo nada, nadie se refirió a la misteriosa ingestión de viandas a altas horas de la noche ni a la desaparición de diez garrafas de vino en boca de quién sabe qué comensales fantasmales.

Pero la sonrisa traviesa en labios de la madre Fígara no dejaba de importunar.

Esta vez no hizo falta un desayuno monumental: con una cazuela de caldo de costilla y la costilla adentro, un trío de huevos benedictinos y sendas tazas de café los trece de la selva tuvieron más que suficiente. Ladislao Adistancia no desayunó con ellos: las hermanas Pulcra y Silveria explicaron que se había ido a buscar huevos en la Aldea porque por lo visto «harían falta cientos de hoy en adelante», y revelaron además que el padre coronel Nigidio Sexto se encontraba en la guarnición militar en reunión «confidencial» con el teniente, los sargentos, capitanes y mayores, todos bajo la égida del general Máximo Agrícola, para decidir sobre cómo y cuándo adelantar la misión religiosa con los Uao.

Al contrario de la madre Fígara las dos benedictinas no sonreían maliciosas y no guiñaban complacidas los ojos. Adustas, los labios apretados, ordenaban en la mesa los platos. No respondieron una sílaba cuando el casi enano padre Low preguntó si había más café. Era una desesperanza para los frailes esta actitud de las benedictinas, nada misericordiosa. Sus jóvenes figuras no tenían que ver con sus apellidos: Pulcra Piernavieja, por ejemplo, ostentaba un par de piernas que no eran nada viejas: deslumbraban, realmente pulcras y torneadas, casi rosadas, y sus rodillas, sobre todo, carnosas y redondas, transitaban como dos naranjas flotantes. Silveria Oreja de Perro era dueña de un par de orejitas nacaradas como dos bizcochuelitos y una diminuta cruz de oro las adornaba en el lóbulo, coquetamente.

Los frailes se trastornaban: debido a la candente inclemencia del clima, o a su clemencia, ninguna de las monjas usaba el hábito ni se cubría la cabeza: se hubiesen sin duda asfixiado en el aire de plomo fundido que campeaba en el desierto, donde se erigía la Misión, a orillas de la selva. Si bien era de admirar el ejemplo de otras religiosas de otras épocas que prefirieron derretirse con todo y su hábito antes de descubrir un solo pelo de sus cabezas, estos eran otros tiempos y las tres madres llevaban una sencilla blusa blanca y una falda gris, muy ligera, de algodón, hasta poco más arriba de las rodillas, y todas calzaban las sandalias del pescador, aireadas y frescas, que dejaban admirar los minúsculos pies de dedos rosáceos —que a los frailes se les antojó de una textura como de hojaldre azucarado.

Viéndolas tan etéreas los trece de la selva se acordaban con nostalgia de su equipaje donde traían sus zapatillas y sobre todo sus

pantalones de lino, las gorras para proteger la calvicie y las camisas más adecuadas para el violento safari que los aguardaba. Bajo el calor que aplastaba estaban condenados a la pesada sotana, de rústica tela, que el padre Mardoqueo pidió que interpretaran como el flagelo que debían sobrellevar porque así lo mandó el Señor. La madre Fígara informó que el capellán había dado aviso de la pérdida total del equipaje a la nunciatura para que se procediera a un envío en regla con todo lo necesario para los náufragos del aire, así dijo, con cierta sonrisa en los labios. Y leyó, para los náufragos, dos misivas de saludo que acababan de llegar, vía fuerza aérea, de parte de la nunciatura y de la presidencia de la república. En ambas se agradecía al cielo que los frailes siguieran vivos después de su «percance volátil», y en ambas, como si las hubiese escrito el mismo pérfido amanuense, se aseguraba que semejante milagro «profetizaba un final feliz en la domesticación de las almas de los Uao» y se concluía, como un espaldarazo o una velada advertencia: «Que así sea».

6

Al mediodía, un alborozo desmedido cruzó el mercado de la Aldea, y era que los trece de la selva habían salido a reconocer el lugar, estirar las piernas, y un tropel de niños los descubrió.

Perseguían a los frailes como otro enjambre de insectos y los examinaban al derecho y al revés.

Allí el jesuita Sanpedro, por ejemplo, revestido de pelos, sentado en lo alto de un barril de viruta: los niños pensaron que se trataba

de un mono gigante que se ofrecía en venta.

Allí la figura celeste de Remolino Santángel, que avanzaba ostentando su culo elevado, que retrocedía y daba círculos, igual que los pavos reales, con ese modo de andar como si danzara, su rubio cabello agitándose al aire, la boca de pomarrosa que cantaba de alegría. Sus ojos, con la mansedumbre de los ojos de las vacas, aceptaban felices la chanza infantil. Alentaba encantado la burla de los niños para luego besar con su boca las bocas enrojecidas que lo asediaban.

¿Y qué decir de los agustinos Hortensio Golondrino, Augusto Recto, Nilo Grácil y Silio Cisne? Nunca se quitaban la capucha, pero se les podía ver los rostros de cartón ajado, sus mejillas como membranas de pterodáctilo, encima de las cuales relampagueaban los ojillos de ofidio. Al hablar entre ellos parecían graznar como si alguien incorpóreo los estrangulara.

Los franciscanos Singer, Gallo y Gracia atendieron a los niños con muy buen humor, y los niños los aplaudieron. Eran niños de la escuela de la Aldea y la maestra, una sabia octogenaria, además de enseñarles a leer y escribir los había adiestrado en el arte peligroso de la curiosidad: «En la vida hay que averiguarlo todo», les hizo memorizar.

Hipnotizados, se quedaron mirando a los dominicos Low, Rojo y Sincara, examinaron sus rostros: sus ojos eran del mismo color de los ojos de las cabras —y ya dijo Plinio que sin duda el alma reside en los ojos, luego tenían almas de cabra—. Y les pareció que les faltaban los orificios de la nariz y respiraban por la boca. Sobre todo Sincara hacía honor a su apellido: no tenía cara; era una lámina

blanca, una mancha, un borrón en donde solo clareaba el fuego de los ojos.

El fraile Rojo se apresuró a señalar que él sí era un ángel de verdad: «Tengo dos corazones», dijo, y los niños no le creyeron. Pero descubrieron fascinados que el padre Low era un enano, apenas unos centímetros más alto que cualquiera de ellos. Low los encaró: «Soy un enano», dijo. «Existen ejemplares enanos en todos los tipos de animales y pájaros y también entre los santos». Aseguró poseer dos ojos en la parte posterior de la cabeza: volteó la cabeza y los niños descubrieron los ojos, sin asustarse, como un juego: los dos ojos llameaban azules y estaban abiertos a plenitud, como espantados. ¿Era verdad que Low poseía dos ojos detrás de la cabeza, o se trataba de un truco para alegrar niños?, quién sabe, quién puede saberlo. En todo caso el casi enano padre Low se reía satisfecho, no sin aclarar que con esos ojos no veía hacia afuera sino hacia adentro:

—Dentro del centro de mi propio centro —les dijo.

Todos los frailes tenían los hombros cargados, las orejas grandes, y podían competir en singularidad con Mardoqueo Vanín, pero no lo intentaban, no les interesaba parecerse a Mardoqueo, que estaba algo aparte y se limitaba a observar. Simplemente se parecían, igual que hermanos de sangre: podría decirse que carecían de sombra, que ninguno sufría daño entre las llamas, pero en realidad a todos les gustaba el huevo tibio y se lo comían con cáscara; eran idénticos los suspiros que arrojaban como si lloraran, idéntica la fuerza de hierro de sus manos, idénticas sus bocas, o, mejor, las puertas de

sus caras, hechas con la mandíbula de un monstruo marítimo, idéntica la pesada masa de sus párpados, idénticos sus dientes de sierra, que ya no despertaban tanta hilaridad como pavor, idénticas sus alas invisibles, sus voces en coro, terribles y poderosas, que parecían proceder del occipucio, idénticos los gusanos en el vello de sus sexos, idénticos los huesos de sus cabezas, planos y delgados, sin médula, encajados entre sí mediante unas junturas dentadas como las púas de un peine, idénticos sus brazos, que no eran del mismo tamaño, y sus enteros rostros, mucho más tenebrosos que los rostros de los muertos de verdad.

Mardoqueo Vanín se espabiló al escuchar la declaración de fray Sincara a los niños, cuando les dijo, con maléfica mirada, que le encantaba saborear el cerebro de los recién nacidos. Y mientras tanto a más de un niño le acariciaba las nalgas y las mejillas, a más de un niño le palpaba el tierno prepucio como si lo sopesara. Mardoqueo Vanín lo interrumpió dando un alarido y, por decirlo así, encarando a Sincara. Lo llamó al orden con un susurro imperioso.

—¡Pero qué reunión de sangre y mierda eres! —le dijo.

Semejante imprecación fue escuchada por los niños, pero no la entendieron. Los trece frailes en suma les parecieron una sorpresa colosal, mucho más reveladora que la que podían provocar obreros y soldados. Hubieran querido seguir con los frailes el resto de la tarde, pero ya era tiempo de volver a la escuela. Se despidieron radiantes: eran más de veinte niños, y a pesar del calor que rechinaba padecían de catarro, tenían las barrigas infladas de parásitos y una alegría indestructible los empujaba a correr felices por las calles en pos de la escuela en donde aguardaba la maestra octogenaria, con

una olla de café a un lado y al otro una cesta de panes multiplicados de milagro por el panadero.

7

Cuando tenían licencia, los soldados se dejaban ver en La Meca. Visitaban esa casa al atardecer, si tenían permiso, y a medianoche si se escapaban del cuartel, durante minutos urgentes.

Los controlaba el general Máximo Agrícola, encerrado como fiera en su tienda de la guarnición, en espera del inminente inicio de hostilidades contra los Uao. Por ahora estaba supeditado a la gestión de los frailes en la selva, la «operación misionera» que determinaría las cosas a seguir, la paz o la guerra, pensaba Agrícola, que nunca visitaba La Meca pero recibía la visita cada jueves de la mismísima Nena Madagascar, mujer de cuarenta años que se portaba como de quince y hacía honor a los sobrenombres que la aplaudían: Nena la Casta o la Casta Huracán.

Era rubia y gorda y bizca.

Más que una máquina.

Los obreros de la petrolera también visitaban La Meca, en grupos de no más de diez, a veces jocosos, otras pendencieros.

Soldados y obreros comían y dormían en sus respectivos campamentos, a las puertas de la Aldea, en galpones de lona como toldos de circo, por lo que la Aldea era igual a la aldea de toda la vida, desde que se llamaba Las Brisas. Una buena parte de sus

habitantes provenía de otras regiones del país, de la costa pacífica, la atlántica, de los Llanos Orientales, de los riscos de los Andes. Había en la Aldea un revoltijo de razas y acentos, sin que eso importara a nadie: se trataba de hacer fortuna con las esmeraldas, la detección de yacimientos de petróleo, la fundación de aserríos, la venta de ganado. Juventud o vejez, lo definitivo era el oro.

El capellán Nigidio Sexto se encontraba con sus superiores, trazando los planes a seguir: los trece de la selva serían divididos en cuatro grupos, de acuerdo a sus órdenes religiosas —agustinos, dominicos, jesuitas y franciscanos—, y cada grupo contaría con un guía que los conduciría a los distintos territorios de los Uao. Era posible que no necesitaran trasladarse: ¿no se les habían aparecido los Uao por sí solos en busca de los restos del avión? Eran nómadas como el vendaval de la selva, sus desplazamientos dependían de las tormentas o la canícula —o del humor y capricho de sus jefes.

Cada grupo de frailes sería trasladado en helicóptero hasta la zona elegida y allí «los aterrizarían» para que adelantaran su misión, o sobrevivieran los días que se acordaran. Se los recogería en el mismo lugar a la hora y fecha pactadas. Los cuatro «puertos» de cada grupo no estarían para nada próximos; equivaldrían a los cuatro puntos cardinales, con la intención de abarcar el mayor número posible de familias Uao, pacíficas o belicosas. En caso de extravío o cualquier desventura, para eso estaban los guías, dijo el mayor Ágato Lázaro, y para eso la fe de los frailes, había dicho el capellán Nigidio Sexto, santiguándose.

—Nosotros no podremos intervenir —señaló el teniente Malverde como una reconvención—. Ocurra lo que ocurra, no nos está permitido; la atención internacional se indignaría, habría escándalo obispal, el Vaticano entero se escandalizaría. Si un solo soldado se presenta ante los Uao sería como decir «arda Troya». No nos vamos a aparecer, estarán solos, y recuerden: «A cada santo le llega su hora», ¿entienden todo esto los misioneros?

—No solamente lo entienden sino lo demandan —repuso el capellán coronel—. Ellos piden que no suenen las armas, que no se aparezca un solo conscripto, eso es lo que piden.

Y se disolvió la reunión, programándose la lluvia de frailes en la selva —como dijeron— para después de tres días exactos, mientras se ultimaban detalles.

Excepto el capellán, los demás oficiales se despidieron riendo.

El general Máximo Agrícola carecía de fe.

No creía para nada en la persuasión misional: no era posible que en un lapso de veinte o treinta días, de seis meses o un año, como decir de la noche a la mañana, los frailes convirtieran a los Uao en un pueblo de paz, abierto a la evolución. Las medidas decisivas tendría que tomarlas un comandante supremo, en cabeza de un ejército de valientes. Una vez los Uao puestos en cintura, los padrecitos podían proceder a vestirlos y darles de comer como a niños que nunca mataron una mosca, así pensaba el general Agrícola, recio sesentón que tenía en común con los frailes una calva rosada, casi iluminada, que se abrillantaba él mismo cada mañana con ungüentos. Su principal objetivo era despejar del camino

cualquier rastro de indios para que entraran los obreros con sus excavadoras y arrancaran árboles y despedazaran piedras y procedieran a perforar la tierra y succionar el oro negro, en bien del desarrollo del país —se dijo mordiéndose los labios morados—, sin que ningún indio desvergonzado amenazara a los ingenieros con sus flechas emponzoñadas o los alanceara sin más ni más, sin pedir permiso, a capricho, como si cazara puercos, no faltaba más, carajo.

Agrícola, que se paseaba por su tienda de un lado a otro, exasperado, se detuvo intempestivo y se llevó la mano a la entrepierna y empuñó con fuerza sus testículos como un ademán de guerra. En definitiva, el empeño misional, esos bailaditos de curas, esos sueñitos mojados, eran la demora a la que tendría que plegarse él, qué absurdo, y todo por la intervención de un papa que ya estaba muerto. Habría que esperar a que se dieran los nulos resultados del proyecto, y no estaría de más que mientras tanto los indios flecharan el culo de tres o seis de esos frailes empecinados, para que perdieran sus ínfulas, y así las fuerzas del orden entrarían a patear traseros Uao a diestra y siniestra, con permiso universal para imponer justicia, la fuerza hablaría, o, mejor, ladraría, pensó, obnubilado, pues su más alta alegría era el adiestramiento de perros de presa, de los que tenía un centenar, muy bien ejercitados y engordados en las perreras de la guarnición.

8

Sucesos extraordinarios ocurrieron en la Aldea antes del día fijado para la lluvia de frailes.

El primer día llegó un avión militar con un remozado equipo de viaje para los misioneros. Los remitentes, el nuncio y el arzobispo, se esmeraron: diversas prendas de ropa de safari, trece morrales de excursionista ya abastecidos con elementos básicos y trece sotanas de lino, leves y angelicales, confeccionadas a propósito para el húmedo calor de la selva, todas de color blanco inmaculado. Sombreros de paja, gorras de beisbolista, zapatillas de marca, botas pantaneras, chalecos de explorador de mil y un bolsillos, cantimploras de guerra, jabones y lociones.

Con el estreno de semejante indumentaria el grupo de frailes pareció mejor una tropa de expedicionarios ingleses en plena colonización de la India. De los trece ángeles solo tres eligieron la blanca sotana de lino: el casi enano padre Low (pues se incluyó una sotana con sus medidas de niño), el padre Mardoqueo Vanín y el juvenil Remolino Santángel, que había preferido la blanca sotana en primera instancia, con lo que pareció de verdad una rubia muchacha a punto de boda, pero optó finalmente por un pantalón caqui y una camisa azul celeste que lo transformaron de novia de iglesia en actor de Hollywood a punto de cazar elefantes. De modo que solo fray Apolonio Low y fray Mardoqueo Vanín ostentaron la blanca sotana, produciendo un efecto conmovedor, como de padre e hijo, rara pareja de pájaros que los demás ángeles contemplaron socarrones.

El segundo día tuvo lugar otro suceso: los jesuitas Mardoqueo Vanín, Remolino Santángel y Torcuato Sanpedro abandonaron la

Misión con el encargo de adquirir en la Aldea los implementos de aseo que ignoró la nunciatura, además de medicinas y otros encargos de los frailes, entre ellos una botella de brandy. Cuando dejaron la tienda de abarrotes, ya con el paquete de compras, se fueron a pasear por las polvosas calles de la Aldea. Los entretenía una disertación de Mardoqueo acerca de las Once Mil Vírgenes: se preguntaba si habían sido once mil en efecto, o solo once, y si eran once por qué once mil, ¿a quién se le ocurrió la desmesura?, ¿una equivocación, un malentendido? Mardoqueo se detuvo en seco, paralizado: descubrió que se hallaban frente a un letrero rojo encima de una puerta amarilla que rezaba: La Meca.

Sin darse cuenta habían llegado a la puerta de La Meca, lejos del corazón de la Aldea.

Y todavía no estaban seguros de qué se trataba semejante nombre en semejante casa, el nombre de una ciudad sagrada en una aldea de la selva, apenas conjeturaban, cuando un tumulto de hombres y mujeres en una esquina llamó su atención. Los jesuitas, dos en atuendo de safari, otro embutido en su blanca sotana, cruzaron la calle a saltos.

Se trataba del final de la reyerta entre dos mujeres de La Meca, porque ya había una derrotada, la cara ensangrentada, la espalda en tierra y tan desgarrado el vestido que se podían ver sus partes pudendas. La vencedora temblaba arrodillada a su lado, gacha la cabeza, el arremolinado cabello cubriéndole el corpiño, los dedos de sus manos con mechones de pelo de su enemiga, y daba respingos como si fuese ella la vencida, la más herida, la más afrentada. La

otra seguía en trance de pánico, inmóvil como piedra. Los jesuitas se enteraban por los murmullos de que las dos muchachas habían llegado a las manos «por un hombre». Oían voces de comadres: «Todo por un hombre», «Qué bandidas», «Deberían partirlo por la mitad y repartírselo», «La una se queda con la cabeza y la otra con don Pepito». Otros curiosos que acechaban eran obreros de la petrolera y varias mujeres de La Meca, tan jóvenes como las que yacían en tierra, la mayoría indígenas: todas parecían idénticas, la misma muchacha repetida, los rostros untados de crema, sus faldas minúsculas iridiscentes de lentejuelas, sus blusas ombligueras, sus charolados zapatos de tacón puntilla, sus collares y pulseras de oro de fantasía.

Así las cosas, se adelantó de entre los frailes el de la blanca sotana, casi un Jesús, e increpó a la vencedora de la pelea, la mujer arrodillada que lloraba con los ojos cerrados, le dijo en voz alta y categórica, mientras señalaba con su índice a la derrotada: «¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo. Pues bien: maldito seas. Aunque labres el suelo, no te dará más su fruto. Vagabundo y errante serás en la tierra».

No le dijo maldita sino maldito, no vagabunda sino vagabundo, le habló de la sangre de su hermano y no de su hermana, y eso despertó la atención de la mujer amonestada porque abrió y levantó los ojos hacia el que hablaba y del susto los volvió a cerrar, pues padeció la cara de hocico de perro y los cuernos diminutos y los ojos que flameaban asomados a ella, ¿una aparición?

Para colmo, el de la túnica a lo Jesús había hablado de la derrotada como de un muerto, y no estaba muerta, solo casi desmayada, pues no se usó en la reyerta otra arma que uñas y

dientes, de modo que también la muerta sacó fuerzas para mirar al de la voz y, horrorizada, enseguida miró alrededor como pidiendo ayuda, pero ningún obrero parecía dispuesto: también ellos abrían la boca de par en par, estupefactos, como estupefactos estaban a su pesar Sanpedro y Santángel, pidiendo al cielo que fray Mardoqueo cejara en su empeño bíblico, se olvidara de Caín y Abel y sobre todo no se creyera Dios, porque fue Dios quien maldijo a Caín cuando lo sorprendió en fratricidio.

No contento con eso, el inspirado Vanín se arrimó a la mujer derrotada y la tomó por el brazo y la incorporó de un tirón y le dijo: «Lázaro, levántate y anda».

El juvenil Santángel era el que más sufría por su maestro, porque en ese momento había descubierto que detrás de las cabezas de parroquianos asomaban las cabezas con sombrero de los agustinos Hortensio Golondrino, Augusto Recto, Nilo Grácil y Silio Cisne. Se los podía confundir con ingenieros de la compañía petrolera en plan de fiesta, y seguramente habían presenciado no solo la admonición de Dios sino la resurrección de Lázaro. Eso se desprendía de la sorpresa de sus semblantes, teñida de burla y reconvención. Entonces distrajo a todos la aparición de la Nena Madagascar en persona, muy parecida a sus muchachas, pero alta y gorda y altanera: se abrió paso entre los hombres, dejando detrás de ella una estela de perfume de nardos, avanzó y ayudó a levantarse a la que seguía arrodillada, se hizo en mitad de sus muchachas y, agarrándolas por las orejas, como hace una maestra con sus alumnas más díscolas,

atravesó la calle y desapareció con ellas detrás de las puertas de La Meca.

El aire se tiñó de nardos y enrojeció los ojos de los curiosos.

Cinco o seis obreros se fueron en pos de ellas, en compañía de las demás muchachas. No demoró en reventar la música de baile desde las entrañas de La Meca como improperios del infierno. Los demás parroquianos se disolvieron en la calle y solo quedaron los ángeles, sumidos en celestial silencio.

Los agustinos tomaron la delantera en el camino de vuelta a la Misión, pero se oían sus voces que se chanceaban. «De modo que existe una Lázara resucitada», decían. Porque ni ellos ni ningún ser vivo de verdad en este mundo iban a permitir que viniera *Otro* por la tierra con ínfulas de milagros.

Los acongojados Sanpedro y Santángel andaban al lado de Mardoqueo y todavía lo oían, incrédulos:

—¿Se dieron cuenta? ¿Oyeron? Había unas cuantas salomonas entre las fieles. Proponían que se dividiera en dos al amante de esas mujeres, que se lo repartieran, la una se queda con la cabeza y la otra con un tal Pepito… ¡Dios sea loado! La divina sabiduría merodea por estas calles.

Por primera vez Sanpedro y Santángel intercambiaron una mirada de entendimiento. Su maestro fray Mardoqueo se estaba volviendo loco, o ya era loco, sin duda.

9

El día antes de la lluvia de frailes, otro suceso extraordinario vino a interrumpir el plan militar. Llegaron a la Aldea las santas destinadas a custodiar a los ángeles. Aterrizaron en otro avión de dos hélices, piloteado por los mismos gemelos que padecieron el canto del gallo.

Las monjas descendieron del aparato sanas y salvas, aunque pálidas, pues una turbulencia espantosa, con rachas de vientos de cien kilómetros por hora las obligó a cantar a gritos, pero allí estaban, vivas y palpitantes en el aeropuerto civil, aplaudidas por el párroco de la Aldea y el alcalde Basilio Bastidas —que solía brillar por su ausencia—, indios y labriegos, niños y niñas de escuela y devotas mujeres de iglesia.

El grupo de santas cruzó en medio de vítores la Aldea. Siempre acompañadas por los fieles se encaminaron a la Misión coreando aleluyas en mitad del desierto.

Además de su principal obligación en la selva, la salvación de los Uao, las madres se dedicarían a la fundación de un colegio mixto, de orientación técnico-agrícola, financiado por la compañía de petróleo y dedicado en exclusiva a la formación de niños Uao. La única exigencia del ingeniero Hanato Nakamura para costear y surtir el plantel fue que lo llamaran Colegio Japonés, a lo que accedieron las religiosas exigiendo a su vez que se llamara Colegio Japonés del Sagrado Corazón de Jesús.

Se acordó que las religiosas y otros instructores no solo enseñarían a leer y escribir a los niños Uao cuando su pueblo se acogiera a Dios, sino que les enseñarían a manejar las máquinas de coser, a planchar y tinturar vestidos, cepillar sotanas, hornear pan, salar carnes, sembrar hortalizas, tender camas, almidonar camisas,

arreglar los desperfectos de camiones, componer ventiladores, estufas, hornos, licuadoras, peluquear cráneos, afeitar barbas, pintar paredes, hermosear jardines, ordeñar vacas, pastorear cabras, condimentar arroces, ataviar novias, manejar tractores, ordenar desórdenes y también engalanar bizcochos de cumpleaños.

El grupo lo conformaban las mismas religiosas ya antes presentadas por Mardoqueo. Lo encabezaba la monja Dídima, señalada por Mardoqueo como Dídima la Pura, la madre Melia, de dulces secretos, sor Mariela Carnera, con todas sus carnes a cuestas, sor Amatoria Meléndez, muy inteligente en el arte de freír buñuelos, la hermana Diana Banana, planchadora de sotanas, la madre Lala, tendedora de camas, la madre Tegea, de cien años, la madre Aleluya, dramaturga, sor Eucaria, ciega, las monjas Ágata y Eutiquia, cobradoras de impuestos del cielo, la monja Teodora, más conocida como la Envenenadora, las madres Girolda, Basilia y Heradia: «Santísima Trinidad», la deliciosa Inmaculada, la renca y retraída madre Púrpura, la agria Miel Emperadora, las tiernas Maguncia y Silesia, la larga Lusacia, la alba Blanca Nieves, la madre Barbarrosa, de rojo bozo encima del labio, y su infaltable sombra detrás, sor Becerra, y las madres Demetria Muelas, ansiosa de abrazos, Cefalia Escolopendra, de ochenta años, y Leoparda Sol de África, de piel color betún resplandeciente, que andaba como si ardiera.

No era posible incluir a veintisiete santas en la empresa misional; no solo porque no cabrían en el helicóptero sino porque los trece de la selva, divididos en cuatro grupos, se negaban en redondo a llevar a más de una santa en cada grupo. De manera que de las veintisiete recién llegadas, solo cuatro podrían acceder al martirio celestial de la misión, ¿quiénes serían?

Ponerse de acuerdo demoró cuatro días la lluvia de ángeles en la selva.

Resultaron electas:

La monja Dídima, destinada al grupo de jesuitas —y en esa elección tuvo que ver la influencia milagrosa de Vanín, el Señalado.

La monja Teodora, más conocida como la Envenenadora, designada quién sabe por qué al grupo de agustinos —¿o se eligió ella misma?

La deliciosa madre Inmaculada —reclamada a viva voz por los franciscanos.

Y la esbelta pero renca madre Púrpura —escogida a hurtadillas por los dominicos.

10

Se eligieron también cuatro guías, uno por cada grupo de misioneros. Tres no eran oriundos de la Aldea: nadie sabía de qué país provenían, pero los recomendaba el alcalde. Pasaban de intrépidos y aguerridos, eran buenos cazadores y conocedores de trochas, aseguraban haber vivido con los indios —el tiempo que los indios lo permitieron, cuando comerciaban con baratijas—, habían sido baquianos, buscadores de oro, lancheros, acechadores y batidores de caimanes, madereros, obreros de la petrolera, incluso médicos cirujanos, en resumidas cuentas: toderos. A este le faltaba media oreja, a otro el meñique de la mano izquierda, ¿por qué?, ¿venganzas?, un tercero tenía el labio leporino. Sus nombres muy bien podían revelarlos como españoles: Luis de Cartagena, Juan de

Mendoza y Gaspar Quesada, pero no convencían, debido a sus acentos, a veces portugueses y otras franceses: ¿andaban de incógnito, prófugos de la justicia?, ¿exconvictos arrepentidos?, ¿rencorosos fugitivos?, ¿anónimos aventureros?, ¿mataron alguna vez?, quién sabe, quién puede saberlo.

El cuarto guía resultó ser el mismo pescador del pirarucú. Se llamaba Eusebio Zas y era oriundo del Brasil; viajó de pequeño con su madre a este país, cuando la Aldea se llamaba Las Brisas, y se quedaron. El reclutamiento de Eusebio Zas fue aprovechado por Ladislao Adistancia para recordar la promesa de una misa a cambio del pirarucú. Se trataba de la misa por la salud de la madre del pescador, que yacía enferma de una artritis reumatoide avanzada, casi una parálisis, que la tenía incapacitada desde hacía años. La misa retrasó otro día la lluvia de frailes en la selva. Se celebró en la antigua iglesia de adobe de la Aldea, con la presencia del pueblo entero, niños y viejos que desbordaron el recinto: muchos debieron rezar en la plaza, ante las puertas de la iglesia. Asistieron los principales de la compañía petrolera, con el ingeniero Hanato Nakamura a la cabeza, pero sobresalieron por su ausencia el general Agrícola y sus oficiales, a quienes la misa les parecía un desperdicio. No asistió ningún soldado, ningún obrero: los cuchicheos de la muchedumbre, que iban y venían igual que mensajeros, avisaban de una afluencia desbocada de obreros y soldados en La Meca, esa casa del pecado administrada por la Nena Madagascar. Lo que no impidió que la misma Nena acudiera en persona a la iglesia en compañía de dos de sus más tiernas huérfanas.

Tal fue el auditorio de los inspirados frailes.

Y se esforzaron.

Ofrecieron al mundo la más alta misa cantada, un maremágnum de voces en coro que hizo levitar los corazones. Eran misacantanos desde cuando empezaron como diáconos en las recónditas abadías, y esta vez, acompañados por la dulcísima voz de las madres misioneras, hicieron un milagro de coloratura y lograron una fuga al paraíso. No habían tenido tiempo de ensayar los cánticos y allí estaban, gorjeando al unísono, perfectamente acoplados, en armonía celestial, las veintisiete madres y los trece padres, muy bien afinados en su himno coral como si de una sola voz se tratara.

El ánima del coro fue la monja Dídima: su canto litúrgico hubiera enaltecido a san Ambrosio; el papa Gregorio la hubiese coronado. La armonía que desplegó a capela, su alma de soprano, su *crescendo* final, su fuga a solas, y su fantasía, respaldada por el coro, crearon una tan fastuosa polifonía que muchos de los fieles de la Aldea, no acostumbrados a semejantes alturas, lloraron de terror y de alegría.

Pero el verdadero milagro reventaría al final de la misa, cuando Mardoqueo Vanín, que la presidía, daba la señal de la cruz a las cabezas vencidas. Desde la puerta de la iglesia —al tiempo que le abrían paso los fieles asombrados— avanzaba por sí misma, caminando sin ayuda, la anciana madre de Eusebio Zas, enferma de parálisis. Fortalecida por el gemido de estupor que brotaba de los pechos, María Aparecida, que así se llamaba, se acercó temblorosa al altar y recibió de manos del Señalado la santa comunión y se volvió a los fieles y elevó los delgados brazos en agradecimiento al Altísimo. Un tremendo sollozo de júbilo, parido entero por la muchedumbre, la acompañó. La exaltación de la redimida fue tan

alta que pareció desmayarse, pero oportunos llegaron su hijo y los feligreses más próximos para sostenerla, porque el milagro había sido descomunal. Así la llevaron a su casa, en volandas, rodeada del mundo, aunque ella de vez en cuando se empecinaba en caminar por sí misma unos veinte pasos hasta caer otra vez desvanecida en brazos de Eusebio Zas. A su casa no permitió que la entraran cargada. Entró por sus propios pies y se fue directo a la cocina a preparar café para todos.

El milagro corroboró las esperanzas de la misión en la selva, de modo que un festejo feliz alumbró las calles de la Aldea durante el resto de la tarde y hasta avanzada la noche, con los aldeanos danzando más que en carnaval. Se oían de vez en cuando tiros de revólver, pero tiros al aire o tiros de alegría y nadie se espantó. También los obreros de la petrolera se unieron al festejo, mientras los soldados lo continuaron reduplicado en casa de la Madagascar.

Pero un vasto silencio ya se había apoderado del edificio de la Misión, en donde recuperaban sus fuerzas los trece ángeles expedicionarios, así como las cuatro santas elegidas para custodiarlos, todos recogidos en sus respectivas celdas, sombras flotantes en trance de oración.

Libro III

1

El helicóptero militar que se destinó al traslado de ángeles y santas tenía capacidad para treinta pasajeros, aparte de la tripulación, de la que solo había llegado el piloto y su copiloto, ya instalados en la cabina. Los trece frailes, las cuatro monjas y cuatro guías sumaban veintiuno y se encontraban dentro del aparato, distribuidos en dos largas banquetas a cada costado, uno frente a otro, rodilla contra rodilla. Ese número se incrementó a última hora, nada menos que por el arribo de la Nena Madagascar y dos de sus asistentas, Mariana Rajado y Amadora Perroverde (ambas oriundas de la Aldea si se tienen en cuenta sus apellidos). La llegada de las pasajeras perturbó a los misioneros, por lo que la Nena se apresuró a presentarse a sí misma y a sus asistentas, «Mujeres prontas», dijo, «en la lucha por una más dulce vida».

—Supongo —intervino el franciscano Singer, el más cercano a la Nena—, que por sus nombres y apellidos son ustedes naturales de la Aldea. Tres religiosas de la Misión se llaman Fígara Pechoabierto, Pulcra Piernavieja y Silveria Oreja de Perro.

—Eso es porque cuando bautizaban a los indios, hace cuatrocientos años, a los conquistadores no se les ocurrían otros nombres y apellidos. Muchos apellidos por el estilo, y hasta peores, casi monstruosos, se han heredado en la Aldea y otras regiones del país, y nadie ha querido o podido cambiárselos. No se sabe si los conquistadores se inventaban esos apellidos tan pintorescos para distinguirlos de los suyos, o simplemente por broma, por hijueputas,

por malparidos, y que me perdonen las palabritas las orejitas sagradas.

»Pero yo no soy de la Aldea —aclaró, orgullosa, la Nena—, no les he dicho mi nombre y no se los diré. Yo nací en Madagascar, esa isla de África. Mi padre era un diplomático francés, mi madre una aristócrata española. En Madagascar nací y viví hasta joven. Viajamos a este país y aquí nos quedamos, o me quedé yo, porque mis padres echaron a volar, quiero decir los estallaron los guerrilleros en una carretera de Popayán, los dinamitaron.

Hubo un silencio rotundo.

Y todavía no encendían el motor del aparato, ¿a qué esperaban?, la gran hélice encima de ellos seguía inmóvil y en la cabina los tripulantes consultaban la bitácora, indolentes. Se encontraban en el helipuerto de la guarnición, y eran las cinco de la mañana. Empezaba a despuntar el alba, en lentas olas, como si el aire se tiñera de verde.

—Que Dios los tenga en su gloria, a sus padres —dijo el dominico Pompeyo Rojo.

La Nena asintió con un forzoso suspiro:

—Estoy aquí, con ustedes, por poco tiempo —explicó—. El general Agrícola es mi amigo. Ordenó que me llevaran donde unos conocidos que trabajan en la selva. Voy a verlos por unos días, con mis asistentas. Viajar en helicóptero será de gran ayuda. Ustedes no imaginan lo que es un día de camino en la selva. Es el infierno.

Sus palabras hicieron levantar la cabeza a los misioneros, más intrigados que nunca. Sobre todo las monjas Dídima, Inmaculada, Púrpura y Teodora no acababan de acostumbrarse a la presencia embalsamada de las recién llegadas: todas olían a nardos, y era un

perfume rudo, casi un específico que hacía llorar los ojos. Y oír hablar del infierno a la Nena como si ya lo conociera las trastornó, aunque no lo demostraron. Solamente los cuatro guías no se sorprendieron de la presencia de la Nena y sus muchachas. A lo mejor eran amigos.

—¿Van a La Marimba? —preguntó el llamado Gaspar Quesada, con cierta pícara sonrisa en la arruga del labio leporino—. Mis saludos a don Jorgito Belén.

—Allá vamos —dijo la Nena.

Pero no alentó la conversación.

Irrumpieron en el helicóptero el teniente Juvencio Malverde y dos soldados. Se harían cargo de ayudar a los misioneros a descender por la escalera de cuerda del helicóptero, porque, inexplicablemente, «para evitar demoras», su general había ordenado que el aparato no se posara en tierra, en ninguno de los puertos: se estabilizaría en el aire, la escalera de cuerda se desplegaría y uno de los soldados bajaría a tierra por ella para afianzarla con las manos y controlar que el viento no la zarandeara mientras el segundo soldado descendería escoltando a un misionero. El teniente vigilaría la operación desde lo alto: «Así no habrá arrepentimientos», bromeó, a costa de los religiosos. «Cada misionero descenderá sin su morral. Después arrojaremos los morrales y el correspondiente bulto». Se refería a cuatro enormes bultos o sacos de lona que la nunciatura había remitido desde la capital, uno para cada grupo, y cuyo contenido era desconocido por los misioneros. Los cuatro guías observaron con interés los bultos sellados, en el rincón trasero del helicóptero.

Malverde insistía en repetir los detalles del descenso. «Los dejaremos en cuatro puntos distintos y allí mismo los recogeremos en diez días», dijo. «Son los guías los que deben reconocer la ubicación de cada puerto, aunque no estaría de más que los padres misioneros aprendan a ubicarlos, por si acaso». ¿Qué querría decir con eso?, ¿que estarían expuestos a quedar sin guía?, ¿a enfrentar a solas la selva?

Quién sabe, quién puede saberlo.

Frailes y monjas intercambiaron una penosa mirada.

Si bien los padres misioneros ya estaban curtidos en expediciones a países difíciles como Libia, Pakistán, Somalia, Nigeria, Afganistán, Crimea, India, China y Japón, en donde fueron, como Pablo de Tarso, azotados y apedreados, y padecieron naufragios, hicieron equilibrio en el abismo, sufrieron los peligros de los ríos, los ataques de salteadores, ya en la ciudad o en despoblados, y pasaron toda clase de trabajos, noches sin dormir, hambre, sed, frío, desnudez, en jornadas que abarcaban montañas de nieve, desiertos y precipicios, todo ello para cumplir con el mandato inaplazable de Jesús: «Id por el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura», si bien habían afrontado peregrinaciones que los condujeron a regiones feroces donde sus habitantes eran más feroces todavía, la selva era un arcano a desvelar, un pavoroso sacramento, un camino al infierno, esta selva, sobre todo, que abarcaba buena parte del continente y de la que tanto oyeron hablar, de la que tanto estudiaron en los libros, pero solo en los libros, y de la que apenas paladearon un aperitivo el día del percance volátil, yendo a aterrizar encima de una

colcha de helechos, esta selva impredecible era el desafío, el sacrificio de sus vidas, mundo hermético por dilucidar, jungla voraz, con sus indígenas idénticos a ella, pasmosamente indiferentes —porque ninguna curiosidad los animó cuando se vieron cara a cara—, selva en la que con seguridad se hundirían como en un pozo vegetal.

Si hacían recuento de lo vivido, solo habría que empezar por los insectos: ¿los aguardaban los insectos en la selva?, claro que sí, y con esos insectos encima todo el tiempo, acosándolos, despedazándolos poro por poro, milímetro a milímetro, ¿cómo establecer relación con los Uao?, eso consideraba la mayoría de los frailes, porque el milagro de Mardoqueo Vanín, el Señalado por Dios, ya lo tenían borrado de la memoria.

Las cuatro monjas sí eran novicias en expediciones. Usaban el hábito hasta los tobillos, con largas mangas y delantal, aunque sin velo ni cofia ni capuchón que las asfixiara. Habían adelantado misiones, se diría que plácidas, consagradas a la enseñanza en distintos rincones del mundo. Era un trabajo abrumador, pero nada equiparable al que hoy las aguardaba, diez días en la selva, desbrozando maleza y con un posible jaguar al acecho, respirando día y noche en tu nuca: eso lo intuían perfectamente las santas, y suspiraban cada una por su lado, con la intención de que nadie se diera cuenta. Pero las alentaba el convencimiento de Dios, la imponderable necesidad de repartir el Evangelio, su deseo extremo de sacrificio —aún a costa de sus vidas.

Y todavía no encendían el motor del helicóptero.

La espera reduplicaba el suspenso, la incertidumbre crecía. El teniente Malverde y sus soldados, tan jóvenes que parecían niños inflados, redistribuyeron a los pasajeros en las banquetas, observando con atención la contextura de cada uno. Los más corpulentos y pesados ya no ocuparon la misma banqueta, convenientemente repartidos entre los más delgados. No les importó separar a las monjas, que se habían sentado juntas, y tampoco a los guías. Todos quedaron revueltos. «Como se hace en los barcos», dijo Malverde entre dientes, «hay que repartir la carga con equilibrio. Cada cosa en su sitio. Eso sí, entre la santa y el santo, paredes de calicanto». Monjas y frailes lo ignoraron, ¿o no lo escucharon? En el torbellino de cambios, la almizclada y abundante Nena Madagascar quedó al lado del casi enano padre Low y enfrente de la tenue monja Dídima. El enorme Sanpedro era vecino de los escuálidos Juan de Mendoza y Eusebio Zas, y el colosal Mardoqueo Vanín quedó entre Gaspar Quesada y Luis de Cartagena, ambos muñecos de alambre, lo que puso a considerar a la renca pero esbelta madre Púrpura que seguramente los cuatro guías eran tan esqueléticos debido a las penalidades de su oficio, porque no se podría explicar un guía barrigudo y rozagante, pensó.

Después de que Malverde y los soldados ocuparon sus puestos, todo quedó definido: eran veinticuatro exactos, doce frente a frente, y las conversaciones se empezaron a dar con explayamiento. Dieron las seis de la mañana, había desaparecido el frescor de la madrugada, ya empezaba el calor de la selva como si la propia selva lo exhalara a centímetros de los rostros: su ardiente garganta los absorbía a todos, los convocaba con urgencia. En el marasmo de la

espera, algunos de los frailes doblaron la cerviz y se durmieron; primero Augusto Recto y Nilo Grácil, después Claus Singer, Hortensio Golondrino y Mardoqueo Vanín, que incluso roncaba desfachatado, sin que a nadie se le ocurriera despertarlo. El juvenil Santángel se trastornaba: ¡Qué distinto se veía el arcángel Mardoqueo mientras roncaba, la boca abierta, la saliva escurriendo! ¡Era la indefensión y la miseria humana! ¡Se esfumaba la divina aureola!

Nadie sabía qué era lo que esperaban, o a quién esperaban, pero de eso se trataba, en eso consistían los planes del general Agrícola: retrasar el despegue del helicóptero hasta su visita, su saludo y despedida, su visto bueno, su santo y seña, y quién sabe hasta qué hora: él decidiría. Quería exasperar a los religiosos, impacientarlos, desalentarlos en lenta labor de aniquilamiento. Y debía despedirse personalmente, porque no fue bien visto, como se lo indicó por teléfono el disgustado presidente de la república, que no acudiera a la misa cantada. Un tirón de orejas innecesario, pensó, porque estaba persuadido de que en diez días los frailes y sus monjitas no lograrían ni medio milagro, aparte de una fiebre palúdica y un flechazo en las tetas o en los huevos, porque la misma selva se encargaría de ponerlos de patitas en sus conventos, oh, sí, ese sería mi sueño, se dijo, y si fuera necesario rezaría para que el sueño se cumpliera, y por ahora exasperarlos, mortificarlos —se congestionaba de ira Agrícola en su tienda, degustando con frenesí su desayuno, una roja posta de ternera cruda y café negro.

Era por eso que no iba a despedirse de los misioneros, y ya daban las siete en punto de la mañana.

2

Un silencio universal se instauró en el interior del helicóptero. La monja Teodora se mordía las uñas con descaro. Ella misma se presentaba a los demás como «Negra sor Teodora, servidora de usted, después de Dios», y que así la llamaran de por vida, Negra Teodora, no le parecía una ofensa sino un distintivo de humildad que la ponía muy por encima del mundo. Respecto al sobrenombre la Envenenadora, era como si lo ignorara. Sor Teodora resopló con fuerza, igual que si agitara una campanilla. Se dirigió al guía Zas, que estaba en un extremo de la banqueta de enfrente, y le preguntó con su voz carrasposa que cómo acabó de encontrar a su «santa mamacita» esa madrugada.

—La encontré perfecta, gracias a Dios —dijo el guía, y una sonrisa de dientes perfectos asomó inocente a su cara—. Un milagro de Dios —dijo como si cantara—: mamá se levantó solita, dio una vuelta por el patio, salió de la casa, volvió a entrar, fue a la cocina y me preparó café y plátanos fritos.

»Hacía años que no me preparaba el desayuno porque no podía moverse de la cama. Me tocaba a mí cargarla adonde fuera y volverla a traer.

»La misa hizo el milagro. Mamá solita caminó a la iglesia, nadie la ayudó. Nunca me cansaré de agradecer. Ustedes fueron el puente para llegar a Dios.

Y se le quebró la voz.

Se puso a llorar en silencio.

La madre Inmaculada, que había quedado enfrente de Zas, alargó su mano y le tocó la rodilla como animándolo:

—Seguiremos rezando por María Aparecida —dijo.

—Que le hará mucha falta, todos los días de toda su vida, por los siglos de los siglos —dijo la Nena Madagascar sin que nadie pidiera su opinión.

Los misioneros, despiertos y dormidos, sentados frente a frente, parecían consultarse no solo con los gestos sino con el pensamiento. Los dormidos entreabrían la boca, estupefactos sin saberlo, los despiertos se pasmaban de la intervención despiadada de la Nena, que ponía en duda la curación milagrosa de María Aparecida y la devoción de su hijo. El malestar de frailes y monjas hizo resplandecer a la Nena; sus portentosos pechos parecieron crecer más, se irguieron ante los frailes atónitos como una victoria, su sonrisa felina alumbró, sus manos trigueñas se refregaban como cuerpos untuosos ante los ojos que brillaban alrededor. Y como la Nena era bizca, eso mismo retransformaba su rostro: nadie sabía a qué ojo mirar: miraban mejor a sus labios y lengua encendidos, a su gesto torcidamente voluptuoso, a sus orejas cargadas de oro: toda ella espeluznaba pero también hechizaba. Su voz aleteó por todos los ámbitos. Los misioneros la oían conmocionados.

—Muchos milagros quedan a medias —suspiró enorme la Nena—. Cuando los frailes cantores y sus ruiseñoras, esos puentes para llegar a Dios, se vayan de la Aldea con su música a otra parte, es posible que María Aparecida, la santa mamacita de Eusebio Zas, vuelva a negarse a caminar, y no solo eso, es lo más posible que por ponerse a desafiar la enfermedad estire la pata y adiós.

»Le harán falta una y mil misas para levantarse del sepulcro y correr a preparar los desayunos de Eusebito.

»Si hay algo en el mundo que se burla de hombres y mujeres son los milagros. Y se burla en especial de las mujeres, no sé por qué.

»Las mujeres tenemos palito con los milagros.

»A mí los rezos y las misas, día por día, me hicieron el milagro de que mi hombre regresara después de quince años de escapado, ¡qué felicidad!, ¡qué besos!, ¡volvió a mí, a mi caliente nido! Pero fue un milagro a medias porque llegó más malo que antes, y un milagro nulo porque se escapó llevándose todo mi dinero y raptando a la más rara de mis niñas, Irma la Pirata, una rubia que tenía pata de palo.

»No, señores, yo no creo en los milagros.

»Por creer en los milagros mucha gente anda sufriendo. O no hace nada. O se duerme. Por esperar milagros.

»Rezar no sirve.

»Si yo voy a la iglesia es para divertirme, oír cantar a los ángeles y ángelas como los oí ayer, y ya me gustaría oírlos cantar en mi casa, en mi aposento, encima de mi cama, ¡qué fiestón! Me gusta el olor de los sahumerios, las velas encendidas, sus lucecitas, me gusta la paz de un minuto de las iglesias, una bendita paz que no se consigue ni dentro del baño, cuando una está sentada en la taza sin saber hasta cuándo.

»Esas caras de los santos y las santas me gustan, en las pinturas o en las estatuas; parecen dos cosas: que están a punto de llorar o que gozan de la rabia del amor, la rabia más sabrosa, como cuando uno se muere de gusto, ustedes ya saben, no se hagan los bobos.

»Es hora de decirnos la verdad: para nadie es un secreto cuál es mi profesión: la más vieja del mundo, señores. Yo estoy en la Biblia que ustedes leen día y noche, yo soy el personaje principal.

—Razón de más para que no la tomemos en serio —dijo el casi enano padre Low, al lado de la Nena, embutido en su blanca sotana.

—Y qué lindo —dijo la Nena asomándose a él como a un niño en su cuna—, también los hacen chiquitos. Y con esa túnica blanca parece un Jesusito. Yo tuve un empleado chiquito como usted, padre. Hacía de bufón en mi casa, lo queríamos. Contaba cuentos y se disfrazaba de Pinocho, a eso jugábamos, a Pinocho, se amarraba un pedazo de palo de escoba en la nariz, cantaba boleros, su único defecto era beber, un mal día reventó, pobrecito, una foto suya la tengo en el nochero de mi cama, lo idolatraba: al contrario de lo que se cree de los enanitos no estaba mal, estaba muy bien, estaba requetebién, y usaba, además, ese palo de escoba tan bonito, pobrecito, ¡que Dios lo tenga en su seno!

Aquí un murmullo como una rebelión atravesó la cara de los que escuchaban. La Madagascar se acomodó en su sitio y terminó de reír. Mostraba la palma de las manos y las meneaba como ahuyentando al aire, como diciendo al mundo que se quedara tranquilo, que prometía no hablar más.

—No voy a responder a eso del palo de escoba y el enano —dijo entonces una voz delicada—. Pero sí quisiera hablar de los milagros.

Nadie oyó bien. Los cuellos se estiraron en dirección a la voz. Al fin la encontraron.

Había hablado Dídima la Pura, monja que según fray Mardoqueo era sabia pero necia y no se atrevía a soñar sino a sufrir de miedo eterno. Pálida, temblorosa, también tenía abiertas sus manos casi transparentes enfrente de la Nena, pues el azar las puso una ante la otra.

Agitó sus largas manos en el aire como si espantara demonios.

La Nena rio a sus anchas.

—Sigue, sigue, linda —animó a la monja, y echó la espalda para atrás y unió la palma de sus manos como si se dispusiera a rezar.

La monja Dídima hizo caso omiso del gesto. Había entornado los ojos como si se le dificultara mirar con detalle el rostro maquillado de la Nena, su pelo de oro pintado y su ojo bizco, como de otro ser, como si otra alma anidara en el alma de la Nena, y ambas almas devolvieran la mirada, doblemente pérfida, en su contra. Entonces la muda sonrisa de la Nena, amplia, victoriosa, de una hilera de dientes completos pero alumbrados de oro, pareció dejarse oír, sin sonido. Era como la risa del mal, pensó la afligida Dídima, y se sobrepuso y convocó fuerzas celestes.

Los misioneros que no estaban dormidos contemplaron a Dídima expectantes. Ponían sus esperanzas en la respuesta que iba a dar.

—Los milagros son la fe —dijo Dídima, y guardó silencio al contemplar la cara de la Nena: había enarcado las cejas y meneaba la cabeza con lástima. Pero siguió—: Quien no tenga fe no tiene milagros. Que su hombre regresara con usted después de años no fue un milagro, simplemente regresó a robarla y se fue, ¿por qué echar la culpa a los milagros? Usted no tiene fe, nunca la tuvo, nunca la va a tener. Pero la fe mueve montañas…

—Caramba, entonces mueva este helicóptero —interrumpió la Nena, mirando exacerbada en dirección a los pilotos. Nadie le puso atención, ni siquiera sus dos asistentas, que miraban a otra parte como avergonzadas. Mariana Rajado y Amadora Perroverde eran muchachas muy jóvenes, recién acicaladas, de largas faldas de seda, corpiños de rojo encendido, con chaquetillas de raso y mantillas negras, vestidas como para una fiesta, perfumadas a rabiar y

adornadas con claveles de tela en el pelo: no parecía que viajaran a la selva sino al carnaval. Una sostenía un tamborcillo en la mano, la otra una pandereta. Colgaban las castañuelas de sus cintos. Ambas usaban resplandecientes abanicos para darse aire. Eran dos mulatas de la Aldea vestidas de majas.

La monja Dídima enrojeció. Sus labios temblaban. Hacía chocar las puntas redondas de sus zapatos de colegiala, grises de polvo, como si ya quisiera salir corriendo. Pero siguió hablando:

—Yo he sido testigo de milagros —dijo—. No solo de milagros como el que recibió la mamá de Eusebio Zas, que no hay por qué llamarla «santa mamacita»: es mujer y es mamá y punto. He visto a ciegos que volvieron a ver, por su fe, a sordos que oyeron y a mudos que volvieron a hablar. Pero por sobre todas las cosas he visto el principal milagro: hombres y mujeres que no tenían una gota de fe, de pronto la tuvieron, de pronto creyeron, y fue como si el milagro de la Luz iluminara sus vidas. Vi cómo volvían a la vida, resucitados. Abandonaron el cieno, la oscuridad. De pronto los alumbró la fe, que es como la alegría de no tener miedo a morir.

—Uno se muere y se convierte en mosquito —dijo la Madagascar —, y eso si tiene suerte. Porque bien podría ocurrir que se convierta en hongo, en estiércol de cerdo.

—El cuerpo, no el alma. Cuando no se cree, cuando no hay fe, solo queda el mosquito y el estiércol. No hay esperanza.

—Mientras haya un buen filete de ternera, un rabo de buey en mi mesa, yo tengo esperanza. Cuando no haya filete ni mesa no habrá ninguna esperanza. Me moriré como usted y como el mosquito. Acaso mis nalgas le sirvan todavía a un buen maquillador de cadáveres, que los hay pervertidos. Y después que me quemen o me

entierren, me da lo mismo, señores. Hagan lo que quieran conmigo. Yo ya hice suficiente con ustedes: me los comí a todos desde que fui bella. Pero ya no voy a escuchar más insensateces. Mejor no me toree, monjita bonita, no me diga que soy tonta con otras palabras porque me sale lo guerrera de mi madre, que era aristócrata, y la tiro por la puerta de este artefacto y ojalá a mil metros de altura y aunque todos sus santos me maldigan.

Esta vez fue Dídima la Pura quien sonrió, pero con tristeza, o cierta tristeza dudosa, ¿una tristeza burlona?, quién sabe, quién puede saberlo.

3

Faltaban veinte minutos para las nueve y el general Agrícola no resolvía ir a despedirse de los frailes, «Y no debería despedirlos después de las nueve», se dijo como si se recriminara, «cuestiones de logística: la lluvia de frailes en cuatro parajes es un trabajo delicado, podría ocurrir lo inesperado, un fraile y una monja que se caigan y se desbaraten, el presidente desecharía la aventura misional por inservible y de ese modo entraría yo con mis valientes a tajar cuellos aborígenes, me acuerdo del pescuezo de unos pavos silvestres que yo segaba de niño con mi machete, seis añitos y ya un bolivarcito, la sangre me saltaba a la cara, mis ojos enrojecían», así divagaba Agrícola sin decidirse a ir donde los frailes y caminaba de un lado a otro en su tienda, paroxístico, idéntico a los perros de presa de sus perreras. Pensaba que ya había torturado a los frailes con la demora y hasta les metió a la Nena de acompañante, ¿para

qué más?, ojalá esa Casta Huracán los aporree, es muy capaz, dicen que mató a un caimán a dentelladas, juran que mató a un hombre en su primer orgasmo, es como las gatas que matan a los gatos, bien, bien, que muerda frailes ahora, ¿a qué sabrán esos frailes?, ¡a ponqué de cucarachas!

Por fin se sentó a la mesa y se puso a escribir colérico en su libreta de órdenes:

Teniente Malverde:
Que empiece la descarga de frailes.
Que no se los deje en tierra, que se los descuelgue.
Que se caigan derechito al infierno, se lo recomiendo.

—¡Rotundo! —gritó—. ¡Mensajería!

Entró el dragoneante Rotundo Pérez, hombre de confianza, se cuadró y atrapó en el aire el papel que su general le arrojaba.

—Lleve este mensaje supremo a Malverde en el helicóptero, y vuelva sin esperar respuesta.

El dragoneante corrió a entregar el mensaje al teniente en la puerta del helicóptero. «Es un mensaje supremo», dijo y desapareció. Malverde acabó de leer el mensaje y lo volvió a leer y se lo guardó en el bolsillo, alarmado. Se preguntó si acaso debía derrumbar a cada fraile en el instante mismo en que bajara por la escalera colgante. Es imposible, se respondió, su general Agrícola no era tan bruto como parecía: su estrategia principal consistía en que los frailes reventaran de impaciencia. Y así era: los trece frailes y sus cuatro monjas dormían a pierna suelta en las banquetas del helicóptero como si agonizaran flotantes entre las paredes de un

horno. Eran las nueve de la mañana. Solo los ojos de los guías subsistían, indagadores. También la Madagascar y sus dos majas seguían vivas, acostumbradas a esperar toda la vida: una de las muchachas se limaba las uñas rosadas de los pies, otra golpeaba su tamborcillo, canturreaba. Y, rencorosa, Nena la Casta hundía su doble mirada en las sombras.

El teniente ordenó con un grito a los pilotos que partieran. El primer destino era el de la Nena Madagascar, un campamento de buscadores de oro al que llamaban La Marimba, no muy distante de la Aldea, al mando de un tal don Jorgito Belén. Se trataba de la explotación ilegal de una mina de oro, pero Agrícola hacía la vista gorda, pues recibía su parte del usufructo, igual que el alcalde de la Aldea, Basilio Bastidas, dentista malogrado que se metió a la política.

Cuando la hélice empezó a girar los frailes y las monjas despertaron. Ya empezaban a elevarse de la tierra. Pero Mardoqueo Vanín no despertó. Y no despertó por la sencilla razón de que nunca estuvo dormido. Con mucha complacencia había escuchado el altercado entre Dídima la Pura y Nena la Casta, y con mucha más complacencia contempló con el rabillo del ojo los muslos de cobre de la maja Mariana Rajado cuando se limaba las uñas rosadas de los pies, elevando una pierna y después la otra, sin pudor. De esta catadura era el Señalado, hombre y santo a la vez, que serpenteaba a veces en el cieno y otras volaba por el cielo, según los derroteros de su vida.

Encima de cada banqueta del helicóptero había empotradas en línea cuatro claraboyas por donde los misioneros se asomaban a

turnos para contemplar el paisaje de árboles allá abajo, iluminado por ríos que se entreveraban como hilos de una tela de araña. La niebla flotaba en los bosques como humo y se distinguían de vez en cuando aves fulgurantes que volaban precipitadas y desaparecían. Con un grito Malverde llamó la atención a los religiosos: debían permanecer quietitos como lagartos o provocarían un accidente —porque hasta el más santo tiene su espanto, les dijo.

Era Malverde un hombre como Sancho, pero pérfido, repleto de refranes y sentencias que brotaban hasta por sus orejas, proverbios que usaba a las patadas y que en presencia de tantos frailes no quería dejar de ostentar. Dijo: Al santo que está de moda van las mujeres todas, y luego, torciendo la voz como un guiño lascivo: La mujer puede tanto que hace pecar a un santo.

Majas y Nena soltaron la risotada y Malverde se desbordó como niño aplaudido: No hay plato que no se limpie como santo que no se corrompa; santo era Pedro y negó a su Maestro; cara de santo: uñas de gato; por san Blas una hora más; el día de Santa Catalina mata la cochina, el de San Andrés mata tu res, y si no tienes res mata a tu mujer.

Aquí Malverde suspendió su retahíla y, gozoso, se dedicó a examinar la reacción de monjas y frailes: indiferentes.

La Nena y las majas no reían a toda costilla pero parecía.

—Se le olvidaron algunos —dijo con fuerte voz Mardoqueo, para imponerse al motor que aplaudía. Malverde hizo una venia:

—Soy todo oídos.

—A cada chancho le llega su San Martín —sentenció Nilo Grácil con grácil voz, y otros frailes continuaron, musicales:

—A cada lechón su San Antón.

—A cada santo se le debe una vela.

—Del mismo santo siempre oirás los mismos milagros.

Los soldados como niños inflados no se quedaron atrás. El uno dijo: «A la mesa de san Francisco, donde comen cuatro comen cinco». Y el otro: «Al pasar el río: ¡ay santito mío!, pero ya pasado, santo olvidado». Las dos majas se animaron. Dijo Amadora Perroverde: «Cuando hay santos nuevos los viejos no hacen milagros». Y Mariana Rajado: «De cintura para arriba todos santos, de cintura para abajo todos diablos».

Y por fin la Madagascar:

—Después de ramera maldita, hábito de santa Rita. —Y miró por un segundo a la monja Dídima, pero Dídima ignoró su juego. Ágil y espigada como era, sin obedecer la orden del teniente, se incorporó y asomó a la claraboya más próxima, dando la espalda a los demás. Era una monja que esplendía. Desprendía, de los ojos, del rictus de los labios, de las manos, de la cadencia de la voz, una como sensualidad primigenia marcada en cada uno de sus movimientos, en su respiración, o en su silencio, que parecía un suspiro eterno. De nada de eso se perdía la Nena, escrutándola con descaro. Sonreía con picardía y se dijo en voz alta, para sí misma, con húmedo balbuceo: Por Satanás, qué buena estás.

La nave volaba inclinada a un costado; su cabina de burbuja de vidrio se asomaba como un ojo a la tierra. Dídima vio que volaban encima de un conjunto de quioscos de lona, con el barro como piso, donde varios hombres los miraban haciéndose sombra con las manos. Era un peladero de tierra sin vida como la cicatriz de un

golpe mortal en la selva. Alrededor, después de un radio de quinientos metros, respiraba el bosque profundo. Era sin duda La Marimba, el sitio de llegada de la Nena. De hecho, en un galpón rectangular, de techo de hoja de palma, sin paredes, se distinguían varios de esos instrumentos de todos los tamaños y colores. Eran marimbas como carcasas de insectos antediluvianos, hechas de guadua y palo de chonta. Algunas colgaban del techo como si volaran. Alrededor de las marimbas reposaban otros instrumentos: bombos y maracas, arpas y timbales, toda una fiesta. Los mineros, la mayoría indios y algunos negros y mestizos, descalzos, desastrados, se reagrupaban a observar el helicóptero. Otros seguían trabajando en un río de aguas amarillas, con el cuerpo hundido hasta las corvas. Cribaban la arena del río con unos cedazos redondos en donde alumbraban pepitas de oro: se apreciaba, fulmíneo, el resplandor que encandilaba. Pero la verdadera mina era una gran boca negra en la tierra, de donde brotaban más y más indios como del infierno, tiznados y desarrapados y dando tumbos como enceguecidos. «Los mata el oro», pensó Dídima, y suspiró como si se lamentara y se limpió el sudor de las manos en su hábito azul celeste, que llegaba hasta sus tobillos, sin imaginar que sus manos en sus muslos revelaban las formas de su cuerpo y que los ojos de la Nena no se le quitaban de encima. Abajo, en la distancia, los mineros saludaban alborozados, y algunos bailaban. Se veía que gritaban pero no se los oía. La monja Dídima se preguntaba, a pesar de ella misma, cómo iba a desenvolverse esa fiesta, ¿todos esos hombres contra la Nena y sus muchachas? Al instante se santiguó y prefirió no pensar más.

Juvencio Malverde, exaltado por el juego de refranes que propuso, quiso decir el último, como una victoria:

—Primero es Dios que todos los santos.

Lo dijo y se recostó en la banqueta, riendo y abriéndose de piernas.

Entonces oyó una voz en su oído, un susurro que hervía, un zumbido afilado, sin que nunca descubriera quién era el dueño de la voz, oyó una voz tan sutil como obscura que lo corrigió: «Primero es el diablo». Nunca supo si oyó de verdad esa voz o solamente la imaginó en su cerebro, pero desde ese momento ya no volvió a ser el mismo. Fue como si de un instante a otro los trece frailes se le revelaran tal y como eran, la falta de cara de Sincara, Sanpedro revestido de pelos, la boca de Hortensio Golondrino como la mandíbula de un monstruo marino, los dientes de sierra de los franciscanos, sus voces terribles que parecían proceder del occipucio, los gusanos que brotaban de sus cabezas, los ojos de los dominicos, de pupilas rectangulares y del mismo color de los ojos de las cabras, los ojos que el casi enano padre Low llevaba detrás de la cabeza, los cuernos en la frente de Mardoqueo, sus orejas mastodónticas, todo eso Malverde lo descubrió en segundos y se horrorizó al instante, ¿qué monstruos iba a arrojar en la selva?, ¿qué engendros, qué espantajos, qué esperpentos?, por un rato pensó que no era cierto y se lo repitió cien veces durante un minuto de vértigo, y agradeció la voz del piloto, que avisaba que ya coronaban el puerto de La Marimba, el campamento de buscadores de oro.

Teniente y soldados saltaron como impulsados por un resorte y en treinta segundos abrieron la puerta del aparato. Soltaron la escalera,

que se desplegó en el aire como una serpiente, y se dispusieron a evacuar a la Nena y sus majas. Los frailes no sabían si era o no la primera vez que majas y Nena cumplían el mismo viaje en helicóptero, pero la duda se aclaró cuando oyeron quejarse a la Nena de que en esta ocasión las obligaran a bajar por la escalera colgante. El helicóptero se estabilizó en el aire, aunque de vez en cuando oscilaba amedrantador. Ya uno de los soldados como un niño inflado había descendido al peladero de la mina y, desde allí, aferrando la cola de la escalera, hacía señas al teniente. Una de las majas avanzó sin temor a la puerta del helicóptero. Allí la esperaba el segundo de los inflados, que descendió dos escalones y la abrazó y bajó con ella apretujándola. El teniente vigilaba la operación, medio cuerpo afuera, pero parecía adormecido o embrutecido o imbuido en la más negra pesadilla, como si quisiera gritar y no pudiera: seguía sintiendo a sus espaldas que lo miraba la cara sin cara de Sincara.

Y no acababa de llegar la primera maja a tierra cuando la segunda, sola y valiente, bajó ella misma por la escalera como una ardilla sin que el teniente pudiera evitarlo.

Ahora solo faltaba la prodigiosa Nena Madagascar.

¿Es que no iban a compadecerla, no iban a hacer una excepción con ella?, ¿no descenderían a tierra?

No. El teniente Malverde negó tres veces con la cabeza.

Ya el soldado que acompañaría a la Nena había subido y le tendía una mano a ella, apoyado en la escalera: «Tranquila, estaré con usted a cada paso, bajaremos casi abrazados». Parecía que la Nena

no lo oía. Mientras tanto, monjas y frailes oteaban curiosos los predios de La Marimba por las claraboyas, a turnos. Al teniente ni se le ocurrió llamarlos al orden.

Entonces la Nena se asomó y miró para abajo. Después se volvió a los frailes con una sonrisa como un grito de horror. Pero tragó aire y se despidió de ellos, su voz ensombrecida por el sonido que producía la hélice. «Con gusto me voy», gritó, «ya verán lo que es la selva, mijitos: si se desnudan allá abajo, para nadar en cualquier río, hay un pescadito ínfimo, irrisorio, que se les mete por su mejor huequito, ¿entienden?, por el culito, por el anito, el pipicito o la pipicita, se llama candirú, pez vampiro, y su dieta es de sangre: una vez lo tengan adentro despídanse, ese pescadito los chupará a cosquillas, pero ustedes no se reirán, sus milagrotes no vendrán a salvarlos, de ustedes solo quedará la cáscara, ¡mentecatos!».

Y se hizo la señal de la cruz a carcajadas y afianzó sus zapatillas de charol en la escalera, la aferró con sus manos gordas y ensortijadas y empezó a descender con el soldado debajo.

Un viento intempestivo, que no había aparecido cuando descendieron las majas, se hizo sentir con fuerza y zarandeó la escalera de un lado a otro, con la Nena y el soldado a cuestas, como una venganza de Dios —no pudo dejar de pensar Dídima la Pura, asomada a su claraboya, aunque de inmediato se arrepintió de pensarlo y se santiguó.

—A sentarse, padres, cada uno en su sitio —dijo el piloto a chillidos—, me están desnivelando el aparato.

Monjas y frailes volvieron a su sitio, junto a los prudentes guías, que nunca se movieron. Solo Dídima y Mardoqueo siguieron asomados a sus claraboyas sin que nadie se atreviera a increparlos.

Los ojos de Mardoqueo se deleitaban, chispeantes. A medio camino del descenso de la Nena la escalera se abanicó con mucha más fuerza, a pesar de que el soldado en tierra la sujetaba y el teniente hacía lo mismo arriba. El niño inflado que acompañaba a la Nena no parecía dispuesto a rodearla con su brazo. Seguía debajo de ella, más bien como asomado a sus partes íntimas, la recóndita exuberancia de la Nena que seguramente se dejaba ver a todas luces porque solo llevaba puesto un exiguo vestido de algodón que cubría a duras penas sus carnes frondosas y furiosas y tan famosas como apetecidas. Era eso lo que congelaba de fuego al soldado, de manera que la misma Nena pareció darse cuenta y tuvo tiempo de indignarse a pesar del viento y el zarandeo. Su rabia pudo más que su miedo y descendió dos escalones y afirmó una zapatilla en el hombro del inflado y lo empujó con toda su fuerza. Al principio el soldado logró defenderse y no cayó: quedó colgando de sus manos, pero otra vez la Nena volvió a bajar tres escalones y esta vez le puso en el cuello la zapatilla y empujó. El soldado como niño inflado se derrumbó. No era demasiada altura y lo vieron precipitarse con pericia de paracaidista: tan pronto rozó tierra se echó a rodar como pelota en medio de las piernas de los mineros que le abrían campo divertidos. Después se levantó triunfal, en medio de una ovación, al tiempo que la Nena tocaba tierra. El soldado que cuidaba abajo de la escalera empezó a subir de inmediato, y lo mismo quiso hacer el que se había salvado, no sin antes pedir perdón por lo que fuera a la gran Madagascar. Ella, que pareció aceptar la disculpa, de pronto le estrelló un gancho de boxeador en pleno hígado y el soldado volvió a caer. Pero se incorporó otra vez como un gato y saltó a la cola de la escalera y empezó a trepar seguido de cerca por los puñetazos de

la Nena iracunda. Sus majas la tranquilizaron. Un hombre vestido de lino impecable la aguardaba debajo del galpón de las marimbas, los brazos extendidos a ella. Parecía reír y alentarla. Era don Jorgito Belén.

Tan pronto el soldado aporreado acabó de subir y meterse de un brinco al helicóptero, plegaron la escalera y el teniente Malverde arrojó en mitad de la Nena y sus majas una gorda maleta rosada con una muñequita de plástico colgando de sus asas, desnuda y sin pelo y sin un pecho. El teniente cerró la puerta sin comentario y corrió a sentarse detrás de los pilotos, desdeñando su puesto entre los frailes. Ya el helicóptero había retomado su vuelo adentrándose en lo negro de la selva, lejos de La Marimba.

Con mansedumbre, en el más piadoso silencio, los trece ángeles y las cuatro santas se dejaron llevar a su destino.

4

El primer grupo en descender por la escalera colgante fue el de los dominicos. No sufrieron novedad, nadie se espantó, ninguno se partió un tobillo, pero hubo un par de sorpresas que los inquietó, poco antes de bajar: al guía que les correspondió, Luis de Cartagena, los soldados le suministraron una escopeta de dos cañones, negra y fría, que el guía se terció al hombro con su respectivo talego de municiones, ¿para qué?, eso parecían preguntar los frailes en su inocencia. Malverde tuvo que dar las pertinentes explicaciones: Allí abajo hay animales, dijo, hay fieras, bichos salvajes, ¿ustedes sí saben lo que significa la palabra animal?,

tendrán que defenderse, deberían llevar al menos un cuchillito en el bolsillo del corazón, ¿qué es eso de bajar a la selva como a un parque de diversiones?, ¿creen que las fieras están amaestradas?, no hay nadie ni nada amaestrado en la selva, monseñores, en cualquier momento los atacan los espectros o las bestias y sobre todo los Uao con sus flechas, ya saben qué les pasó a los científicos, los dejaron peor que un colador, no les dieron tiempo de decir ni mu.

La sorpresa final fue el sitio elegido para bajarlos: habían sobrevolado por un tiempo una apretada porción de la selva y de pronto descendieron sin previo aviso: hicieron el necesario acercamiento para arrojar la escalera y se estabilizaron encima de una mancha verde, un largo prado sin árboles, ubicado justo al borde de un abismo.

Era un abismo en la selva, un precipicio.

Los iban a dejar en mitad del prado paradisíaco, de hierba larga y mullida, cercado por un muro de árboles detrás, y, enfrente, el abismo. La orilla del prado, ante el cielo infinito, daba al abismo, cientos de metros en el vacío, y debajo la selva otra vez.

—Como para largarse a volar, padres —dijo el teniente, que miraba encandilado al abismo, igual que los frailes.

Niebla y vapor emergían desde lo hondo como una cascada al revés; la bruma y el vaho se encrespaban como hocicos descomunales sobre la verde planicie y amenazaban tragársela.

—Bromas aparte —siguió el teniente—, esta pequeña llanura es un sitio mágico para los Uao. Aquí se les ha visto rezar, o algo por el estilo, cuando amanece. Seguramente saludan al sol como todos los

indios, o le piden milagros como nosotros a Dios en la misa. En todo caso se les ha visto muy bien formados en este lugar, muy contemplativos, muy serios; nosotros les hemos hecho seguimiento, no los traemos en balde, monseñores, ¡anímense a encontrar a los Uao, anímense a bendecirlos!

Con semejante exhortación los dominicos Apolonio Low, Pompeyo Rojo y Pelagio Sincara, seguidos de cerca por la renca y retraída madre Púrpura, no pudieron hacer otra cosa que disponerse a descender. Ya el guía Luis de Cartagena los aguardaba en tierra con su morral y la escopeta, ¿a qué horas había bajado? Y se dispuso a seguir su ejemplo la renca y retraída madre Púrpura, sin que nadie se lo pidiera. Esta madre Púrpura era tanto o más pasmosa que Dídima: parecía dormida con los ojos abiertos; ningún gesto o palabra delataba qué pasaba con ella por dentro, aceptaba todo sin protestar, por inercia. Fue la primera en descender del grupo de dominicos, aunque igual podría haber sido la última. Se dejó bajar casi en brazos por el soldado destinado a cuidarla, el mismo al que vapuleó Nena la Casta, pero esta vez el soldado se esmeró con su monja inmutable y la depositó en tierra como a una porcelana de la China, y la renca Púrpura se quedó mirando al cielo y al abismo como si mirara lo mismo. Seguramente por esa indolencia exagerada, esa cualidad de mansedad que exasperaba, los dominicos la habían escogido a hurtadillas de entre las demás monjas.

Mientras la madre Púrpura era bajada en brazos, los restantes frailes y monjas observaban abochornados a los dominicos, como si

asistieran a un suplicio ajeno. Malverde se sentía vengado del pánico sufrido al descubrir los atributos de los frailes, en especial la cara sin cara de Sincara, pero hizo lo posible por no mirarlo con detenimiento cuando el dominico se descolgó hábilmente por la escalera, igual que un mono. Y después de que arrojaron los morrales de los religiosos, Malverde se esmeró en lanzar con gran fuerza el pesado bulto de lona remitido por la nunciatura, de modo que por poco cae encima de Pelagio Sincara: si el fraile no salta a un lado el bulto lo aplasta.

El helicóptero empezó a remontarse con rapidez, lo que no impidió que Sincara levantara su cara en dirección a Malverde. Y lo que este vio fue una mancha blanca, atroz por lo insondable, que lo miraba desde abajo como si lo succionara. El teniente Malverde estuvo a punto de caer: debieron socorrerlo sus soldados, que lo apartaron de inmediato y cerraron la puerta.

5

El segundo descenso por la escalera correspondió a los franciscanos Singer, Gallo y Gracia. Su guía era Juan de Mendoza. A la monja que eligieron para acompañarlos, la madre Inmaculada, la llamaban Deliciosa por su conversación; no solo era capaz de repetir la Biblia de memoria: también sabía de física, astronomía y cocina árabe.

Los franciscanos se escalofriaron del sitio que les destinaron como puerto, a kilómetros de los dominicos. Era nada menos que un islote, un simple y temible islote con un verde pantano alrededor. Las orillas

podían ser arenas movedizas, y los oscuros troncos que oscilaban a la deriva tenían que ser caimanes expectantes, sin duda. El helicóptero se bamboleaba en el aire, encima de la isla, y el piloto urgió a los franciscanos para que bajaran, «Rápido, padres, que todavía me faltan dos entregas». El guía Juan de Mendoza ya había descendido y se dedicaba a revisar y probar su escopeta como un niño con su juguete nuevo. A su lado cayeron los morrales y el pesado bulto de lona de la nunciatura. Todavía los franciscanos y la Deliciosa se negaban a bajar, no en franca rebelión sino indecisos, desalentados.

—Juan de Mendoza es de los mejores guías de la selva —los animó el teniente—. La conoce como la palma de su mano. Encontrará el camino para llevarlos con los Uao.

—Pero es una isla sin caminos —dijo Claus Singer, asomando su redonda calva por la puerta del helicóptero que se balanceaba.

El padre Adán Gallo lo corroboró:

—Hay un pantano alrededor, no veo caminos.

El teniente se rascaba la cabeza por debajo de su gorra:

—Justamente es la isla de los Uao, su predilecta, ¿no quieren ir con ellos y saludarlos?

—¿Acaso ya los han fotografiado en la isla, adorando el sol del atardecer? —se atrevió a apuntar el padre Gracia, pero no hizo gracia al teniente, que replicó iracundo:

—Maldita sea, monseñores, ¿es que quieren que los lleve a un hotel de cinco estrellas? Si es así apaguen la vela y vámonos.

La madre Inmaculada ya no resultó tan deliciosa ni locuaz. Sin rechistar, fue la primera en descender despavorida por la escalera, sin aceptar la ayuda del soldado. Y la siguieron los tres franciscanos,

que también se descolgaron a la estampida, ahora en humilde silencio.

6

Les tocó a los agustinos el tercer puerto, a kilómetros de los franciscanos.

Era el único grupo con un miembro de más, seis en total, si se cuenta a sor Teodora y a Gaspar Quesada, el guía que les tocó en suerte.

Los cuatro agustinos, Hortensio Golondrino, Augusto Recto, Silio Cisne y Nilo Grácil se apresuraron a asomarse a las claraboyas, tan pronto percibieron que se estabilizaban en el aire. Mientras tanto los soldados abrían la puerta y se disponían a desplegar la escalera. Los agustinos vieron un gran campo de helechos, la blanca playa de un río, en ciertos tramos tornasolada, el mismo río, lento y claro, de piedras enormes, y un puntudo monte de roca delimitando una orilla, todo muy parecido al lugar donde se precipitaron desde el cielo días antes. Se lo hicieron saber al teniente.

—Es que en la selva todos los sitios son iguales —dijo Malverde, irritado—. Pero no es este el rincón donde ustedes se estrellaron, muy cerca de la Aldea, ténganlo por seguro. La Aldea está a cientos de kilómetros, o sería mejor decir a días de viaje, o meses para ustedes, tal vez años, siglos, eternidades.

Los agustinos se miraron entre sí, apartándose de las claraboyas. A su lado asomó la cabeza de la monja Teodora. Sus ojos escrutaban la región de los helechos, el río, las piedras, y se detuvieron en la

franja blanca de la playa. «Hay unas como líneas que se mueven», dijo entusiasta, igual que si supiera de qué se trataba.

—Madre, la selva entera es un criadero de serpientes —creyó informarla Malverde, sin compasión—: allí donde usted duerma las encontrará a montones, debajo de cualquier piedra y hasta debajo de su almohada.

Los cuatro agustinos se pegaron otra vez a las claraboyas: el lugar estaba infecto de serpientes: no hacía falta la famosa vista de águila de sor Teodora para apreciarlas en cada rincón, encima y debajo de las piedras y principalmente en los brazos de los árboles, igual que la serpiente bíblica, pero centuplicada.

La monja Teodora fue la única en no padecer el paisaje ofídico. Robusta, de mediana estatura, de cuello de toro, ancha de hombros, manos enormes, era tal vez la única de los viajeros que hubiese podido boxear con la Casta Huracán y noquearla. Con mucha atención seguía disfrutando del escenario de ofidios allá abajo. Lamentaba no distinguir arañas bananeras, escorpiones *Tityus* y ranas punta de flecha. Pero aquella podría ser una anaconda verde, pensó arrebatada, y esa una víbora barba amarilla. No en vano sor Teodora era llamada la Envenenadora, y se preguntaba si sería capaz de apropiarse de una buena cantidad de veneno de serpientes, convenientemente clasificado por ella, y no solo para usarlo de suero antiofídico —que esa era su excusa habitual— sino de puro y fulminante veneno, como convenía a su increíble amor por los venenos, única explicación de su vida: se consideraba una erudita en venenos y era feliz administrándolos a la menor excusa. Los muy ancianos, los muy enfermos, los muy locos y algunos niños rebeldes merecerían apresurar su viaje al cielo con la más fulminante

dosis de veneno —solía bromear la madre Teodora, ¿o lo decía en serio?, ¿lo aplicaba en la vida?, quién sabe, quién puede saberlo.

De pronto pareció brincar de alegría, a despecho de los agustinos, pues había creído distinguir una serpiente coral, ¿una cazadora?, pero si es la *Micrurus lemnistacus*, se gritó por dentro enardecida, la que mata a cualquier bribón en menos de una hora, y esa que toma el sol y se hace la inocente ¿no es una mapaná?, esto es el paraíso de las víboras, ¡qué dulzura!

Para consuelo de los frailes, el helicóptero descendió todavía más, por lo que el ruido de la hélice y el remolino de viento que provocaba desperdigaron en un santiamén a las serpientes, las desaparecieron.

—Ya nos veremos, queridas —dijo en voz alta sor Teodora.

Fue la primera en bajar, sin necesidad de soldado que la acunara. La siguió Gaspar Quesada con su escopeta nueva, y continuaron, en orden, los afligidos Hortensio Golondrino, Augusto Recto, Nilo Grácil y Silio Cisne. Detrás de ellos cayeron sus respectivos morrales y el tripudo saco de lona de la nunciatura, que se desplomó a su lado como un paquidermo patasarriba.

Por primera vez los agustinos sintieron curiosidad de conocer su contenido.

7

El último grupo de frailes arrojados como lluvia fue el jesuita. Allí estaban Mardoqueo Vanín, Torcuato Sanpedro y el juvenil Santángel.

Los seguía Dídima la Pura y el guía que les cayó en suerte, Eusebio Zas, hijo de la resucitada María Aparecida.

El puerto que se destinó para ellos los impresionó vivamente pero no los sobrecogió: volaban encima de las ruinas de piedra de una antigua ciudadela de la selva. La conformaban bloques enormes que parecían habitaciones, largas plazoletas, salones como cubos revestidos de enredaderas. Debió ser una importante cultura la que habitó allí, mucho antes de la conquista. Algunas de las piedras mostraban inscripciones, ya talladas o pintadas, petroglifos y geoglifos que representaban aves y animales. Árboles ciclópeos rodeaban la ciudad, pero no se la tragaban: le daban sombra húmeda, lo que no impedía que en diversos lugares como terrazas el sol golpeara de pleno. Las escalinatas de piedra pululaban, laberínticas.

Ya el helicóptero se estabilizaba encima de una plaza principal, repleta de vestigios de piedra, ¿mesas, sillas, altares?, ya arrojaban la escalera y Eusebio Zas se disponía a bajar cuando a Santángel le pareció que de una ventana triangular, en la más alta región de las ruinas, brotaba una sombra humana y se deslizaba pronta por los muros. «¡Es un Uao!», dijo, señalando en esa dirección. Los demás miraron al sitio, pero ya no distinguieron nada. De nuevo Santángel creyó ver en otro lugar la silueta de un hombre que saltaba de un muro a otro, en fracción de segundos. «¡Allá!», gritó, y otra vez nadie vio nada.

Descendió el guía Zas con su escopeta nueva y lo siguieron Mardoqueo y Sanpedro, que lo primero que hicieron al tocar suelo —a diferencia de los demás frailes en sus respectivos destinos—, fue

arrodillarse y besar la tierra y darse la señal de la cruz y bendecir los cuatro puntos cardinales.

Siguió detrás de ellos la monja Dídima, que rehusó la ayuda del soldado y se descolgó muy ágil. El juvenil Santángel seguía empecinado en escudriñar el horizonte de ruinas inmemoriales. Estaba persuadido de que había visto aborígenes y quería reafirmarse ante Malverde y los soldados que reían mientras arrojaban los morrales y el saco de lona.

—Solo nos falta usted, *madrecito* —dijo Malverde abriéndose de brazos y aproximándose a Santángel como si pretendiera lanzarlo por los aires. Los soldados soltaron la carcajada, igual que los pilotos. Santángel ganó la cima de la escalera y comenzó a bajar, no sin volver a inspeccionar las ruinas desde la altura. Entonces los descubrió: eran simios, o gorilas, orangutanes o chimpancés o lo que fuera entre las ruinas de la ciudadela, a montones.

—¡Son monos! —gritó, volviendo la cara a Malverde, interrogador.

—Claro que sí, madrecito —dijo Malverde asomado a él—, y seguramente son monos furiosos. —Se reía, enrojecido—: ¿Cuándo no hay monos en la selva?

El juvenil Santángel acabó de bajar de un salto con la extraordinaria nueva: eran simios furiosos por todas partes, simios a los que Sanpedro y Mardoqueo habían bendecido sin saberlo, ¿no deberían regresar al helicóptero y buscar un puerto más seguro?

Pero ya el helicóptero desaparecía en el cielo borrascoso de la selva, su gran hélice tronando como lúgubre risotada.

Libro IV

1

Ya en tierra, cuando Santángel advirtió por enésima vez la presencia de monos de todos los tamaños en los entresijos de la ciudadela, los monos volvieron a desaparecer como a propósito y no los volvió a ver lo que quedaba del día, a pesar de que buscó y rebuscó entre las ruinas. Pronto los olvidó, persuadido por la sabia indiferencia de Sanpedro y Mardoqueo, que ahora se dedicaban a examinar el contenido del bulto de la nunciatura.

Se trataba de una cantidad inacabable de patitos de hule, muñequitos y muñequitas de plástico desnudos como Evas y Adanes, incontables biblias diminutas como de juguete, cuya letra podría descifrarse con lupa, aunque también había lupas, juguetes de cuerda (perritos, ositos, camiones y trenes), biberones azules y rosados, espejitos, brazaletes, anillos, medallas de san Benito, relicarios con la cara de Jesús en el anverso y la silueta de María en el reverso, cajas interminables de condones: ¿pero qué clase de broma era esa?, ¿con qué propósito?, ¿no contradecía el «crecer y multiplicarse» de las escrituras?, quién sabe, quién puede saberlo, había docenas de rollos de papel higiénico y mil y una baratijas como las que llevaba Magallanes en la primera vuelta al mundo: anzuelos, cuchillos, peines, tijeras, cascabeles, cordones de zapatos, mazos de naipes, rosarios, escapularios, cuentas de vidrio, sombreros rojos y morados, tazas de cristal dorado, túnicas de seda y terciopelo, niños Jesús en sus pesebres, cuadernillos, tinteros,

sandalias y muchos más regalos para los Uao, para ganarse su ánimo, su interés o su amistad o lo que se pueda.

Los frailes suspiraron: afortunadamente los de la nunciatura no habían olvidado incluir toda clase de conservas, latas de carne y frijoles, lentejas y garbanzos deshidratados, azúcar y sal, frasquitos de mermelada, galleta salada, arroz, frutos secos, turrones, chocolate y café empacados al vacío: al fin y al cabo transcurrirían diez días aguardando a que los Uao aparecieran o a que ellos encontraran a los Uao, ¿quién daría el primer paso?

—Ni una botella de vino —observó Sanpedro como al desgaire—. Ni para una misa.

—Se hubiera roto, con tanto zarandeo —repuso el inocente Santángel.

—Pudieron proteger las botellas, o guardar el vino en cantimploras —siguió Sanpedro—, ¿cree usted, padre Remolino, que el nuncio y el arzobispo vendrían a la selva sin una buena provisión de vino para sus misas?

—¡Una misa en la selva! —se embelesó por un segundo el juvenil Santángel. Suponía una misa cantada bajo los árboles, en mitad de las ruinas de la ciudadela, y los Uao arrodillados, en éxtasis, recibiendo por primera vez en la vida la sagrada comunión.

—Sí —dijo Sanpedro—, una misa en la selva, y un cáliz sin vino.

—¿A qué viene esta protesta? —dijo acercándose el Señalado—. Me sorprende, fray Sanpedro. Lo he visto someterse a pruebas más duras para que venga ahora a quejarse de falta de vino. En muchas

misiones usamos copa de barro en lugar de cáliz de oro, y agua pura de lluvia en lugar de vino.

La monja Dídima se alejó del grupo, acaso para no ser testigo de semejante discusión entre frailes, o instigada por la curiosidad de explorar en las ruinas de la ciudadela, o acuciada por encontrar un sitio escondido para orinar, quién sabe, quién puede saberlo —todo eso se lo preguntaron los frailes con igual inquisición, pero en silencio, y ya no extrañaron la falta de vino.

El guía Zas escuchaba a hurtadillas a los frailes, sin duda unos perfectos degustadores de vino, ahora sometidos a trabajosas demostraciones de austeridad. Recordó que ningún guía fue autorizado a llevar tiendas de campaña, de modo que la exigencia sería peor: solo tendrían cubiertas de plástico cada uno, esas capas impermeables con las que se protegerían durante la noche, ya de la lluvia o de los mosquitos. En el húmedo calor de la selva sería una muy dura prueba de diez días, donde cada día podría ser una eternidad. Eusebio Zas miró en derredor, atardecía, no sabía de esa ciudadela en la selva, era la primera vez que la pisaba, pero se guardó de confesarlo, ¿o debería «confesarse» realmente con los padres y contar la verdad? Esos militares se las traían al ubicar a los frailes en zonas inhóspitas, ¿qué se proponían?

Empezaron a multiplicarse los cantos de los pájaros, los chillidos aquí y allá; unos ecos eran rugidos, otros como vertiginosos coros de niños, o poderosos eructos, bostezos como gemidos, o invisibles saetas arrojadas por gargantas desconocidas. De entre las ruinas de piedra, de un momento a otro, la monja Dídima reapareció

atribulada, intempestivamente consciente de su situación: estaba en la selva, y se sentía minúscula, eso decía su rostro de ojos desmesurados. Se fue a reunir con Sanpedro y el Señalado, que ya descansaban sentados a orillas de uno de los cubículos de piedra de la ciudadela, con su puerta triangular y su techo de ramas fosilizadas, casi una casa para todos. Los morrales yacían al pie de Sanpedro, y unos metros más allá reposaba el enorme bulto de lona de la nunciatura, abierto por la mitad como un pez, al aire sus vísceras de colores.

—Voy a hacer fuego —informó desde su sitio el guía Zas, y acompañado por Santángel fue en busca de leña seca. Los gigantescos árboles que rodeaban la ciudadela y las mismas ruinas de piedra alzaban encima de ellos sus moles como las garras de un animal inenarrable que crecía a medida que se ensanchaban las sombras del atardecer: eso le pareció a Santángel, que las sombras alrededor eran garras encima de todos, asfixiándolos, que Dios nos proteja, pensó.

—¿Falta poco para que anochezca? —preguntó. De inmediato comprendió que era una pregunta superflua, pues podía consultar su reloj. Solo quería hacerse amigo de Zas. El guía detuvo su camino y miró al cielo, en silencio. Sacó de su morral un machete, lo desenvainó y, enarbolándolo, se dirigió a un arbusto reseco y empezó a trocearlo.

—Falta poco para la noche —dijo—, pero la noche de hoy será como de día: hay luna llena.

2

A los agustinos Golondrino, Recto, Cisne y Grácil ya los importunaba sor Teodora y su ansiedad por las serpientes, ¿quién trajo a esta monja, por qué la eligieron?, ¿fue un hado, un sino? Ningún ofidio asomaba alrededor, pero la mirada desorbitada de sor Teodora los suponía aguardándola en cada recodo como viejos amigos. Y mientras los frailes y el guía se asomaban al bulto de la nunciatura, la Envenenadora se paseaba entre la playa y la selva, indagando en la arena del río y debajo de las piedras.

Al igual que los jesuitas, los agustinos desaprobaban el curioso envío de la nunciatura, los biberones y cajas de preservativos, las biblias minúsculas, los mazos de naipes y los Adanes y Evas de plástico. Discutían acerca de los posibles propósitos de la remesa cuando vieron llegar a sor Teodora, armada con un palo de chonta en forma de horquilla al que había desvestido de hojas, artilugio de los más indicados para atrapar víboras sosteniéndolas en el aire.

—Necesito que me ayude —dijo la madre a Gaspar Quesada.

—¿Que la ayude?

—A extraer el veneno de tres o cinco serpientes, antes de que atardezca.

—¿El veneno de tres o cinco serpientes? —repitió el guía. Temblaba su labio leporino.

Los agustinos se miraron entre sí. No llevaban dos horas en ese recodo a la orilla de un río y ya sor Teodora se proponía ordeñar serpientes.

El agustino Silio Cisne resultó el más práctico:

—¿Y en dónde va a guardar ese veneno?

La cabeza de la Envenenadora se zambulló en el bulto de lona: tendría que hallar algo. Sus acuciosas manos buceaban en el mar de

baratijas y al fin encontraron los biberones de plástico, los incontables teteros de cuatro onzas que no se sabe por qué razón se incluyeron en el envío. Sor Teodora destapó uno de los teteros y lo enseñó a los frailes con aire triunfal.

—Solo voy a obtener tres muestras —dijo mientras se guardaba en el hábito la correspondiente provisión de teteros—. En menos de una hora volvemos. —Y extendió la horquilla a Quesada, que la aceptó resignado.

Los agustinos los vieron alejarse al borde de la selva, uno detrás de otro, rítmicos, ambos agachados, como si emprendieran una danza desconocida.

—¡Prudencia! —alcanzó a suplicar fray Golondrino.

No habían pasado diez minutos y ya Gaspar Quesada sostenía con la horquilla una culebra de color amarillo de por lo menos dos metros de largo y la elevaba victorioso por encima de sus hombros. Tan hábil como el guía, y quizá más rápida y precisa, sor Teodora deslizó una de sus manos por encima de la cabeza de la serpiente y la sujetó sobre el borde del biberón destapado. Y así, oprimiéndola por lo que podrían parecer las mejillas —los músculos que rodean la glándula del veneno—, con los colmillos dentro del biberón, la hizo expulsar su ponzoña, gota a gota: eran gotas espesas como pequeñas burbujas brillantes que provenían de los colmillos tubulares y se vertían en el tetero durante segundos de miedo, para los frailes, y de victoria, para la madre y su ayudante.

Dejaron libre al ofidio, que se escabulló en la hojarasca, y sor Teodora puso la tapa al biberón y se lo guardó en el bolsillo.

Enseguida destapó otro tetero y volvió a danzar con el guía, ahora por las inmediaciones de la playa, entre las piedras blancas. Los agustinos los contemplaban hipnotizados. En un pestañeo, de nuevo Gaspar Quesada enarbolaba otra serpiente, esta vez menos larga que la anterior, pero no por eso menos intimidante: tenía la panza blanca y rayas rojas como la sangre a todo lo largo. Sor Teodora la sorprendió con su mano encima de la cabeza y la afianzó al borde del tetero y la exprimió, llenando la totalidad del recipiente. Soltaron de nuevo la presa, arrojándola contra la arena, y fue como si arrojaran un látigo porque la oyeron chasquear un instante y alejarse precipitada hacia el río.

—Ahora la última —oyeron a sor Teodora, su voz revuelta de orgullo y felicidad. Y, de común acuerdo, los dos cazadores danzaron uno detrás de otro, agazapados al borde de la selva. Uno de los frailes, viéndolos en semejante bailoteo, se persignó, porque le pareció que era una burla contra natura o por lo menos un reto a la majestad de Dios. Se trataba del padre Recto, tímido y apocado, a quien le dio por rezar por dentro una oración de auxilio. Presentía lo peor.

Y, como si su oración la hubiese convocado, emergió de la espesura una serpiente oscura, gorda como el tórax de un niño, la cabeza verde que enseñaba los colmillos, el viscoso y escamoso cuerpo que fulgía y se encumbraba ante la monja Teodora. De inmediato Quesada la trabó con su horquilla por la barriga y la elevó con gran esfuerzo. De inmediato la religiosa, con muda sonrisa le puso la mano en la cabeza. Pero esta vez la serpiente se sacudió y se echó para atrás, sin permitir que su apresadora la doblara contra el tetero. El resto del cuerpo de la serpiente se bamboleaba como

una multitud de ochos en el aire, poniendo en aprietos a Gaspar Quesada, que no sabía si elevar más al ofidio o soltarlo y huir a toda carrera.

—Arriba, arriba con ella —lo animó con un grito la poseída sor Teodora, investida de entusiasmo y perfidia. Ya había restablecido su potestad en la cabeza de la serpiente: su mano poderosa la cubría y obligaba a encajar los colmillos en el borde del tetero. Así la estrujó y largos goterones de veneno inundaron el recipiente. Iba a repetir la operación, oprimiendo con más fuerza la glándula del veneno, cuando el resto del cuerpo de la serpiente se rebeló y sacudió como una fusta en el aire: un fustazo desarmó al guía de su horquilla y lo obligó a saltar a un lado y empuñar la escopeta: se proponía disparar a la cabeza del ofidio.

—No haga usted eso, por Dios —gritó sor Teodora, y el guía se aquietó, sin dejar de apuntar.

—Es mejor que la suelte, madrecita, esta no se deja.

—Se deja, se deja —repuso riendo la religiosa, y la ferocidad de su voz asombraba a los frailes—: es un asunto entre ella y yo.

De nuevo intentó sor Teodora verter otra tanda de buen veneno en el biberón, de nuevo pretendía ordeñar los colmillos, y de nuevo la serpiente se zangoloteó y, con la punta de su cola, tanteó en un segundo la espalda de la religiosa y en otro segundo subió hasta su cuello y se le enroscó. Ningún grito de pavor surgió de la garganta de sor Teodora. Con su mano seguía oprimiendo la cabeza de la serpiente sobre el tetero, y brotaba el veneno a raudales. En ese momento la serpiente debió apretar con más fuerza el cuello de la misionera porque por primera vez oyeron que rechinaban sus dientes, como un luchador en la contienda, y cayó a tierra dejando

ver por debajo del hábito sus gruesos muslos morenos, nudosos como los de un gladiador. La vieron arrodillarse y empezar a incorporarse como si por fin la victoria fuera suya, sin dejar de apretar la cabeza del ofidio. Pero solo fue un instante, porque otra vez la serpiente derribó a la religiosa y se la llevó a rastras en la mitad de un segundo, esfumándose ambas en la espesura. Detrás de ellas volaba Gaspar Quesada, que esta vez sí pretendía disparar a la cabeza invisible de la serpiente.

Los frailes se dedicaban a orar mientras tanto, los brazos al cielo, implorantes, sin dejar de atisbar al pasadizo de hojas y raíces por donde la Envenenadora había desaparecido.

3

Luis de Cartagena, guía de los frailes dominicos, se confesó a sí mismo que estaba loco de amor por la figura de la renca y retraída madre Púrpura, que no por renca dejaba de ser divina o santa o puta, digna de tumbarla y treparle por encima y bombearla hasta que san Juan agache el dedo, se decía, y observaba complacido en su entrepierna su afamado trasto que se hinchaba, «Hola, Juan», le dijo, y se echó a reír a escondidas.

«Loco de amor» significaba para Luis de Cartagena la urgencia de tomar a la mujer que se quería aunque la mujer no lo quisiera, eso era estar loco de amor. Sacudía Cartagena su cabeza, a la que faltaba media oreja, como si espantara malos pensamientos o se espantara a sí mismo, y perseguía el paso airoso de la esbelta Púrpura, airoso por lo renca, porque era renca pero majestuosa.

Viéndola renquear se acordaba Cartagena de un socio al que llamaban el Cojo, con quien hacía años se fugó de una cárcel de Llabona, donde ambos penaban por lo mismo, las locuras de amor que practicaron con las indias a lo largo del Gran Río. La madre Púrpura, con su cojera a cuestas, le evocaba al camarada de presidio: nunca más lo volvió a ver; durante días deambularon extraviados por la selva, huyendo hasta de sus sombras, a merced del hambre y la sed. El Cojo resistió mucho más la infinita caminata por el laberinto de árboles, absurda y desesperanzadora, los rigores del trópico, las desconocidas enfermedades que aparecían y desaparecían como los días, enloqueciéndolos. Cuando Cartagena se dio por vencido, de bruces en el barro de un estero, pretendiendo beber agua de un espejismo, ya hundido en el sueño irreparable, el Cojo lo arrastró por las axilas todavía unos metros más, solo unos cuantos metros: detrás de un terraplén de troncos de teca había un aserrío y, por fin, agua, comida, trabajo, la salvación. Sin ambages contó a la madre Púrpura esa parte de la aventura y del amigo, que era cojo pero caminante infatigable, un héroe a quien debía la vida. La madre Púrpura escuchaba con atención, sin revelar emoción, sin aprobar ni desaprobar.

—Nunca tuve problemas para caminar —dijo simplemente—, tal vez sea un poco más lenta que otros, pero puedo correr y sobre todo nadar: creo que los cojos nadamos más y mejor.

—Pueden bailar, son los preferidos —dijo el guía Luis de Cartagena dando una sonora palmada, pero la madre Púrpura no parpadeó, no se dio por aludida. Se quedó mirando a un lejano punto del cielo que alumbraba entre la copa de los árboles, como si hiciera memoria.

—Jamás he bailado en toda mi vida —dijo.

Monja y guía se encontraban varios metros adentro de la jungla que orillaba una parte de la pradera.

En la orilla opuesta los tres frailes conversaban asomados al precipicio, la fragorosa profundidad que los obligaba a gritar para entenderse. En mitad del mullido prado, con el abismo y la selva como orillas, los misioneros habían extendido el bulto de lona y repartido alrededor los morrales que facilitó la nunciatura, todos idénticos y con el mismo contenido, la cantimplora de agua, una linterna de pilas, una olla, una sartén, una cuchara, un plato y una taza de peltre que podría servir como cazuela, la capa impermeable con que se protegerían en la noche a modo de frazada, la hamaca de campaña, una caja de fósforos, aparte de las pertenencias individuales, mudas de ropa interior, una biblia, un cuaderno, un bolígrafo, medicinas, una pequeña cruz y su rosario.

El único que seguía con su morral a hombros era Luis de Cartagena, sin abandonar su escopeta.

—No es posible calcular la distancia de este precipicio, no se puede mirar el final, hay solo niebla y vapor, tiene que haber una cascada más abajo, un río subterráneo —decía a gritos el casi enano padre Low, asomado al borde del abismo, su blanca sotana igual que una ondeante bandera, su pequeña pero recia mano aferrada a la rama negra de un arbusto que sobresalía.

—Tenga cuidado, fray Apolonio —lo amonestó Pompeyo Rojo con severidad—. No vamos a empezar con usted largándose a volar,

como nos dijo ese teniente sin escrúpulos. Vuelva con nosotros y deje de abanicarse en el aire, que usted no es trapecista sino hombre de oración.

El padre Low regresó con Rojo y Sincara, que ya se encaminaban al improvisado campamento en mitad del prado. Encima de sus cabezas se agitaba todavía el viento que provenía del abismo. Juzgaron que el viento era ideal para que no abundaran los mosquitos esa noche: no demoraría en atardecer, ¿cómo correría el tiempo en la selva?, ¿igual que en todas partes?, lo que corría era la vida por dentro, y se iba, se iba, se iba al encuentro de Dios, o de Satán, quién sabe, quién puede saberlo, de eso charlaban los dominicos para matar el tiempo: habían enviado al guía a explorar la espalda del prado, donde empezaba la selva, no solo a que trajera leña sino averiguara las posibilidades de encontrar un camino que los sacara de allí, por si necesitaban irse, por si los Uao no daban señales de aparecer. Luis de Cartagena aceptó el encargo de inmediato y a los frailes no les pareció extraordinario que solicitara la ayuda de la madre Púrpura. Ella, taciturna y obediente como un niño, con una mochila a propósito para reunir leña, siguió detrás del guía y ambos se esfumaron detrás de los árboles. Los dominicos ya no los pudieron ver.

—No vamos a quedarnos diez días esperando a los Uao —dijo Pelagio Sincara—. Tarde o temprano tendremos que ir a buscarlos.

—No nos adelantemos —repuso Pompeyo Rojo—, ¿y si vienen los Uao, si se aparecen mañana? Lo importante es que encontremos una conexión con ellos, algo que nos permita asegurar que hemos iniciado un diálogo.

—Por ahora a comer frijoles con tocino —dijo el pequeño Low refregándose las manos. Había dispuesto las latas de conserva una encima de otra como una despensa—. Con un buen chocolate caliente podremos dormir mejor.

Ahora los tres frailes miraron en dirección al muro de árboles por donde tendrían que aparecer con la leña Luis de Cartagena y la esbelta pero renca madre Púrpura.

No aparecían.

Al principio la madre Púrpura sí lograba mirar por entre los árboles la triple silueta de los frailes asomados al abismo, al otro lado del prado. Pero ya no los distinguía, porque ella y el guía avanzaban cada vez más al interior de la selva, donde todo se hacía más húmedo y oscuro: la luz de la tarde se quedaba arriba, flotando en el alto follaje, sin descender. Con su machete en la mano, Luis de Cartagena había empezado a cortar leña de un árbol muerto. Acuciosa la madre Púrpura se arrodilló a su lado y se puso a guardar las astillas y ramas fosilizadas en su mochila, dejando los leños más gruesos para llevarlos aparte. El guía volteó la cabeza por encima del hombro de la madre arrodillada y puso su nariz a centímetros de su pelo y pareció que se dedicaba a aspirar sus emanaciones, el sudor de su cuello, el efluvio escondido de sus axilas, pero no dejaba mientras tanto de hacer sonar su machete contra el árbol.

—Qué linda es usted, madrecita —dijo por fin con un susurro como un grito ronco que por supuesto la diligente Púrpura no escuchó, o no entendió, pues seguía concentrada en su tarea—. No me importa que sea cojita —rio, y esta vez la madre sí suspendió su

tarea y alzó su sudorosa cara al guía, plena de una inocencia que desarmaba.

—¿Dijo algo? —preguntó.

—Nada importante, madrecita. Decía que ya acabamos. Yo llevaré esos leños, usted solo lleve su mochilita, no queremos que se nos canse demasiado.

—No voy a cansarme —repuso la madre Púrpura, y se incorporó —: puedo llevar este leño. —Y se apropió de uno de los leños más gruesos, después de terciarse al hombro la mochila repleta de ramas y astillas.

—Si usted quiere, madrecita —se reía el guía como si oyera un chiste, y echó a caminar entre los árboles, seguido de cerca por la madre.

Desde lo alto, encima de la negra rama de un cedro, como si los oyera y los entendiera, un raro pájaro blanco se inclinaba a ellos, los ojos rosados y fijos. Pero el guía no avanzaba al prado donde aguardaban los frailes. Todo lo contrario: Luis de Cartagena, sin abandonar su sonrisa de perfidia de fábula de caperucita se internaba cada vez más en la selva, debajo de los brazos húmedos de los árboles que se multiplicaban como tentáculos.

4

Los franciscanos Claus Singer, Adán Gallo y Zósimo Gracia se consideraban los más desventurados de la expedición. Que les tocara en suerte una isla en mitad de un pantano los tenía verdaderamente aterrados, víctimas de una broma macabra.

—Esta es la isla de la desesperanza —había dicho la madre Inmaculada, deliciosa por su conversación.

—Y tendremos que recorrerla por completo —dijo el padre Singer —: a ver qué sitio elegimos para pasar la noche.

Un tufo agrio, como de carne en descomposición, se apoderaba del aire, muy cerca de la orilla burbujeante del pantano, y se intensificaba a medida que la tarde se oscurecía. Era un miasma sutil y floreciente que provenía de las verdosas aguas del pantano.

—Esa cumbre es la adecuada —dijo el guía Juan de Mendoza, señalando con su cuchara la única cumbre de la isla, una escasa colina manchada de arbustos, a unos doscientos metros del lugar donde se hallaban—. Allá no habrá mosquitos ni mal olor y se podrá dormir. En todo caso —siguió, mientras agitaba la cuchara con la mano a la que faltaba el dedo meñique—, esos militares saben lo que hacen. Si los dejaron en esta isla es porque la frecuentan los Uao: aquí podrán conversar con ellos, cazar, pescar y nadar como Dios manda.

Los frailes nunca supieron si razonaba con ironía o sinceridad. Además, tenía la boca llena de albóndigas mientras hablaba. Sin que nadie se lo ordenara, sin pedir permiso, Juan de Mendoza había abierto el bulto de lona de la nunciatura para lanzarse a comer.

—Cazar, pescar, nadar, que Dios lo oiga —dijo la madre Inmaculada. Ahuyentaba con las manos los moscos de la cara, al borde de la exasperación—. Es este mal olor, Dios mío —dijo como si se excusara ante Dios, abriéndose de brazos—, ¿por qué nos trajeron aquí?

Y, apropiándose de su morral, echó a caminar a la colina, dando por hecho que los frailes se harían cargo del bulto de lona de la

nunciatura, de sus respectivos morrales y de «los propios asnos de sus cuerpos», pensó, recordando que san Francisco hablaba de su cuerpo como del asno que lo llevaba a todas partes.

Pronto la vieron iniciar el ascenso, zigzagueando entre los arbustos espinosos que proliferaban en la isla de la desesperanza, sin perder una gota de impulso. Los frailes siguieron su ejemplo, cargando cada uno su morral y yéndose en pos de la monja. El guía había empezado a comer de otro de los enlatados, y comía vorazmente, ahora sin usar la cuchara: sacudía el tarro encima de su bocaza abierta y vertía el contenido como en un pozo infinito. Los frailes decidieron por eso que Mendoza se haría cargo él solo del bulto de lona. Pero cuando alcanzaron la cima y se reunieron con la madre Inmaculada, transpirando en el calor insalubre de la isla, cuando voltearon las cabezas para buscar a su guía en el sitio donde lo dejaron, ya no lo vieron. Estaba el enorme bulto, abierto y desmantelado como un cofre de piratas, pero no se veía a Juan de Mendoza por ninguna parte.

Había desaparecido, o se había ido, que era lo mismo.

Y ya se moría la luz de la tarde.

5

Una tremenda aflicción se apoderó de Dídima la Pura cuando se quiso levantar y no pudo: estaba sentada con los jesuitas alrededor de la hoguera, en donde habían puesto una olla de arroz, otra de frijoles con tocino y otra de agua para el café. El fuego alumbraba los semblantes de Sanpedro y Santángel, los pintaba de rojo y

amarillo, pero no los de Mardoqueo y el guía Zas, bastante más apartados del círculo de luz que titilaba. El esplendor de la luna inundaba de un blanco plateado la mole de piedra de la ciudadela. Ya hervía la olla de agua y Dídima vio que habían olvidado el café, ¿no sería mejor traer chocolate? Cien metros arriba se encontraba el saco de lona de la nunciatura, en el cubículo de piedra donde seguramente dormirían. Fue cuando la monja se quiso incorporar y no pudo. Como si sus piernas no le pertenecieran. A la luz de la hoguera se asomó a ella misma, a sus pantorrillas, y estuvo a punto de gritar: las tenía hinchadas, casi del tamaño de sus muslos: pensó en las pantorrillas de las abuelas, abultadas y amoratadas por las várices. Pero esto era peor, ni siquiera sentía las pantorrillas, era como si sus manos tocaran un par de maderos que ardían.

—Dios mío —se lamentó en voz alta—, me picó algún bicho, se me van a estallar las piernas.

Ella misma se empujó con las manos los dos maderos de sus pantorrillas sobre el suelo, pues tenía recogidas las piernas, y se arremangó el hábito por encima de las rodillas: también las veía hinchadas, aunque no tanto. Se preguntó angustiada si su cara se había hinchado, si se iba a convertir en globo, si se iría volando.

—Quédese en paz —dijo una larga voz subterránea, como si brotara de la tierra: era el fraile que llevaba el hábito blanco, Mardoqueo Vanín, el Señalado, acuclillándose ante ella. Había puesto sus manos como lazos alrededor de sus pantorrillas y las oprimía, las empezaba a sobar. Si antes sentía sus piernas ardiendo, ahora Dídima creyó que se quemaba por dentro, que no demoraría en prender fuego ella misma, igual que los leños de la hoguera.

Los cuatro hombres estaban asomados a ella.

La monja Dídima hubiera querido huir a la carrera de la mirada múltiple encima de ella, pero eso era justamente lo que no podía hacer. Entonces sintió que los pulgares del Señalado se hincaban en la carne de sus pantorrillas, la herían.

—Iré a buscar algo en el botiquín, un analgésico —dijo el acucioso Santángel.

—No hace falta —dijo el Señalado, y, dirigiéndose a Sanpedro, lo conminó—: padre, traiga usted el vino de su cantimplora.

—¿Vino? —respondió perplejo fray Sanpedro—. No tengo vino en mi cantimplora.

—Tráigalo.

Sanpedro subió corriendo al cubículo de piedra donde había dejado su morral y volvió con la cantimplora y la extendió al Señalado, que la abrió y empezó a verter el líquido encima de las pantorrillas hinchadas. Los demás hombres, igual que la monja, se esforzaron en mirar a la luz de la hoguera: era vino rojo como la sangre.

—Yo no traía vino en mi cantimplora —dijo Sanpedro como si se defendiera de una acusación inexorable. El Señalado no respondió y continuó regando vino a lo largo de las pantorrillas de la monja, sobándola con delicadeza encima de las rodillas, en el comienzo de los muslos. Ella sintió que en mitad de sus pantorrillas, donde la carne era más blanda y el Señalado había hincado sus pulgares, le ardía vivamente, como una herida expuesta al alcohol, pero duró pocos segundos: sus piernas latieron, vio que se deshinchaban, que

era dueña de ellas, y agradeció al Señalado con un suspiro que le brotó del alma.

—Todavía no se mueva. —El Señalado volvió a su sitio en la sombra y lo mismo hicieron Santángel y Zas. Sanpedro seguía de pie, como embelesado.

—Pero que alguien traiga el café —rogó la monja Dídima—: se va a consumir el agua de la olla.

—Se consumió —dijo Santángel, retirando con prontitud la olla del fuego.

—Beberemos vino —dijo el Señalado, y empezó a servir vino de la cantimplora de Sanpedro en las cinco tazas de peltre dispuestas alrededor. El vino alcanzó para llenarlas todas. Santángel supuso por un momento que la cantimplora podría ser inagotable, y se preguntaba si fue un milagro, no la extraordinaria cura de las piernas de la monja sino el vino inacabable de la cantimplora, ¿la había Sanpedro llenado de vino antes de emprender el viaje?, ¿o se la llenó Mardoqueo como una broma entre frailes? De verdad estos frailes mayores actuaban a veces como niños, se decía el juvenil Santángel, sin conceder mayor importancia al suceso. Pero con cualquier excusa subió al cubículo de piedra y buscó en su morral, a la luz de la luna. Sacó su cantimplora y la llevó a los labios y dio un trago largo.

El líquido le calentó la garganta y lo obligó a toser atragantado. Era vino y del más puro, celestial.

Santángel regresó a la fogata con prontitud. De modo que a él también le llenaron de vino la cantimplora, ¿pero quién?, ¿fray Mardoqueo, fray Sanpedro?, «¡Qué juego de chiquillos!», se repitió,

intentando distinguir el rostro del Señalado: ni el resplandor del fuego ni la luz de la luna lo delataban.

Para entonces el guía Zas se dedicaba a repartir el frijol con tocino en los platos de peltre, y encima del frijol acomodó altos montones de arroz blanco que humeaba. La cena estaba puesta. Dídima la Pura era la más exaltada: una tenue sonrisa alumbraba su rostro arrebolado por las llamas. Incluso se puso de pie unos instantes y caminó alrededor: la hinchazón había desaparecido. Se sentó a comer con apetito del plato que el guía le ofreció, taciturno y distraído, mientras Sanpedro se fue a sentar al lado del juvenil Santángel. Podían verse con claridad a la luz del fuego. Sanpedro acercó su cara:

—Padre Remolino, se lo puedo jurar y que Dios me perdone: yo no traía vino en mi cantimplora. Usted me creerá.

—No tiene importancia.

Ambos buscaban en las sombras la presencia del Señalado. No lo veían, pero oían golpear su cuchara en el plato. Era indudable que comía.

—Lo sorprendente de todo —siguió Sanpedro—, es que no hace mucho, cuando no se iba la luz de la tarde, sentí sed y… bebí agua de mi cantimplora, ¿me entiende?, ¡agua!, ¿a qué horas pudo poner vino en mi cantimplora?

—A cualquier hora —repuso riendo el juvenil Santángel—. Le confieso que yo también tengo vino en mi cantimplora.

—Qué bromas —repuso Sanpedro—, qué bromas. —Y meneaba desaprobador su enorme cabeza hirsuta.

Se preguntaban si las cantimploras del guía y de la Pura también tendrían vino en lugar de agua, pero ya no quisieron comprobarlo. De lo recóndito de la selva un bramido ronco y prolongado los interrumpió. Miraron en derredor: solo estaba la noche. Los dos frailes siguieron comiendo, cada vez más convencidos de su anterior dictamen en la Aldea: que su maestro fray Mardoqueo inventaba milagros, que se estaba volviendo loco, o que ya era un loco sin remedio. Pero la prueba que los hacía dudar era la monja Dídima, que parecía flotar gozosa y canturreaba un salmo de agradecimiento como si de un momento a otro se dispusiera a danzar frente al fuego.

6

—Creo que estamos perdidos.

Lo había dicho el guía, nada menos que el guía, qué absurdo, la madre Púrpura contuvo la respiración. Luis de Cartagena se detuvo en un recodo paradisíaco. Allí los troncos rugosos de los árboles se separaban, formando entre ellos un espacio circular. Su piso lo formaba una blanda capa de musgo como un plumón verde en donde se esparcía la luz del atardecer, remedo de sol que invitaba a descansar. El guía dejó caer su atado de leña y se quedó mirando alrededor como si buscara algo.

—Ya me lo parecía —dijo la madre Púrpura. Depositó su pesado leño a sus pies, pero siguió con la mochila al hombro—: Todo este tiempo hemos caminado en dirección contraria al sitio de donde venimos.

Al oír eso el guía la admiró; pensó que la monjita tenía un buen instinto de ubicación, el más difícil de aplicar en la selva.

—¿Ah sí? —se asombró—. Entonces descansemos, madrecita, y después usted me guía a mí.

Le temblaban las manos y, sobre todo, la voz, no por el cansancio sino la impaciencia. De un momento a otro daría rienda suelta a su fuerza, al placer de su ira, eso lo sabía él mismo, y parecía acechar el instante.

—Creo que no descansaremos —dijo la madre Púrpura—. Atardece, no demora en irse la luz, será peor. Debemos darnos vuelta, seguir la dirección opuesta. Estoy segura de encontrar el camino. —Tomó su leño y lo cargó con ambas manos. Estaba cansada, pero la preocupaba que los frailes se preocuparan por ella, solo eso y nada más. Iba a encabezar el regreso cuando sintió que el guía se apoderaba de su leño: lo hizo con una delicadeza rayana en la dulzura.

—Yo llevaré esto, madrecita —le dijo.

Y también se apoderó de su mochila, se la quitó del hombro de un hábil zarpazo.

La monja Púrpura sintió como si le hubiesen quitado de encima una carga de hierro, una cruz. Entreabrió la boca y ya iba a dar las gracias cuando vio petrificada que el guía arrojaba leño y mochila junto a su propio atado de leña y se deshacía de su escopeta y de su morral y se volvía a ella, enrojecido:

—Le dije que descansemos, madrecita.

La monja Púrpura se lo quedó mirando absorta, la boca más abierta todavía, sin entender nada o empezando a entender o entendiendo a medias.

—Cuerpo de Dios —dijo.

Ya el guía con un gruñido de urgencia la había obligado a tumbarse de espaldas en el musgo y se hizo encima de ella y al saberla atrapada y abierta debajo de él experimentó otra vez, irrevocable, la locura de amor. Todavía la madre Púrpura no quería entender lo que sucedía:

—No necesita ponerse encima de mí, no tengo frío —le dijo—. No tengo frío —repetía a susurros porque el peso del guía la aplastaba, su mano la palpaba, su boca la besaba en el cuello, la mordía. La madre Púrpura vio por última vez la oreja del guía, esa oreja a medias, le pareció sentirla encima de su nariz y la olió, a su pesar, fue lo último que padeció, y se desvaneció ante la realidad de lo imposible.

El guía continuó algunos segundos anegado en un frenesí de besuqueos y mordiscos, pero fue cuando le arremangaba el hábito que sintió el frío que fluía del cuerpo de la monja, un frío progresivo y veloz que la poseyó mucho antes de que él la poseyera, porque de un momento a otro la monja era solo una lámina de hielo azul debajo de su cuerpo.

—Ay madrecita —dijo—, no me diga que se me murió del susto.

Con todo y su estupor, todavía quiso abrirse paso dentro de ella, pero se lo impidió una cerradez anudada como jamás había conocido, una como herida ya definitivamente cicatrizada imposible de desbrozar de buenas a primeras, y en la catalepsia que se había apoderado del cuerpo de la monja el frío se reduplicó y se adhirió al

cuerpo del guía, se amarró a su sexo, entumeciéndolo con su aliento de hielo.

—Ahora solo falta que me muera yo —dijo en voz muy alta Luis de Cartagena, como para buscar un motivo de risa, algo que lo ayudara a enfrentar el miedo: nunca le había ocurrido.

Entonces el pájaro blanco que los había seguido de rama en rama posó sobre ellos el ojo fijo y rosado y sacó de adentro de su garganta una especie de estertor alargado, un canto ronco y funéreo que espantó a Cartagena y lo hizo ponerse de pie, pálido y supersticioso. Recuperó la escopeta y el morral y echó a correr mientras a su espalda seguía dando tumbos el canto del pájaro —no canto de ave sino voz demoníaca— y seguía la madre Púrpura bocarriba, su hábito gris remangado más arriba de la cintura, los largos muslos blanquísimos. Una fila de hormigas empezaba a subir por encima de su ombligo y volvía a bajar como si la partiera por la mitad, ennegreciéndola.

Y cuando la esbelta y retraída madre Púrpura abrió los ojos un último rayo de luz de atardecer caía de pleno sobre ella. La tarde se moría, pero la luna, alrededor, anegaba con su luz las hojas de los árboles y recubría con su vaho a la misma madre Púrpura en su piso de musgo, la mojaba de una extraña niebla como leche incorpórea. En medio de esa gasa blanca la madre no se acordaba de nada; pensaba que solamente se había desvanecido, quién sabe hacía cuánto. Ese estado cataléptico, como de muerta aparente, ya le había ocurrido cuando se ordenó de monja y se desplomó ante el altar y pensaron que había muerto de la emoción. Cuando se enteró

de la muerte de su padre se murió también ella, en apariencia, igual que hoy en la selva, pero ¿qué emoción la hizo morir ahora?, no lo recordaba, no quería recordarlo.

La última luz de la tarde la alumbraba extendida bocarriba: levantó su cabeza y se miró a sí misma, el hábito arremangado hasta el cuello, su ombligo y su pubis nublados de hormigas que avanzaban en hilera sin detenerse, sin morderla o picarla o trocearla como dicen que hacen las hormigas, solo desfilando encima de ella como raras caricias veloces que la dividían, «Dios del cielo», dijo y se incorporó como pudo: vagamente empezaba a recordar la cabeza y la oreja partida del guía Luis de Cartagena encima de ella, su olor como de orégano, pero prefirió no recordar más.

Tomó su mochila repleta de astillas y ramas y todavía encontró fuerzas para levantar el macizo leño que descansaba a su lado. Buscaba con sus ojos el pedazo de luz que alumbraba en el cielo, detrás de la altura de los árboles. «Que se haga lo que Dios quiera», dijo, eligiendo con el corazón más que con el instinto la dirección a seguir, y se lanzó a correr con todas sus fuerzas.

En poco tiempo la oscuridad la rodeó y estuvo a punto de arrojar leño y mochila a tierra y arrojarse ella y ponerse de rodillas y ofrecer la nuca a ese verdugo invisible, la noche y la selva, pero pensaba que si las hormigas no la devoraron, si ninguna alimaña se aprovechó de su muerte pasajera, estaba escrito que no moriría ese día, «Dios me ayuda», se repetía sin dejar de avanzar en la dirección elegida, a pesar de que cada tanto chocara con un árbol, con una piedra, o tropezara con ella misma, se enredara, cayera. No desmayaba, se incorporaba de un salto y se lanzaba a la noche sin soltar el leño, sin quitarse de encima la mochila atestada.

Y ya iba a llorar mientras corría, llorar en silencio, derrotada, sin un grito, cuando distinguió el movimiento de luces de linterna como luciérnagas entre los árboles, y oyó voces que la llamaban. Con gran esfuerzo les respondió: «Dios vive conmigo», y se dejó abrazar por los frailes dominicos que la rescataban, pero no se murió esta vez.

Regresó al mullido prado ante el abismo, alrededor de un fuego que desfallecía, pero su leño alimentó la hoguera y, absuelta, impasible, mientras bebía un café que la resucitaba, se dedicó a disfrutar de las llamas, sus ojos alucinados. Y cuando le preguntaron por el guía solo dijo que seguramente se había perdido, lo dijo sin ninguna inflexión de voz, como si se encogiera de hombros, sin quebranto.

Nada más quiso contar la esbelta pero renca madre Púrpura del guía Luis de Cartagena, y el silencio más oscuro siguió a sus palabras.

7

Despertó a Dídima la Pura el calor insoportable debajo de la capa de hule que si bien la protegió de los mosquitos estuvo a punto de asfixiarla.

Había dormido ocho horas seguidas dentro del cubículo de piedra, y era la primera en despertar. A su lado, envuelto en su capa como un extraño insecto plastificado, fray Remolino Santángel todavía soñaba. Fueron los únicos que prefirieron dormir dentro del cubículo sombrío, mientras que Sanpedro y Mardoqueo lo hicieron afuera,

recostados contra la pared de piedra, y allí seguían, hundidos en el sueño.

La monja Dídima miró en dirección a la fogata, junto a la cual Eusebio Zas se había tendido a dormir la noche antes: los leños humeaban apagados y el guía no se veía por ninguna parte. A lo mejor se fue en busca de agua, pensó la Pura y se encaminó al rincón del gran saco de lona para buscar café. Cuando se preguntaba si sería capaz de encender fuego ella sola acabó de despertar, sobrecogida: el bulto de lona no estaba, y tampoco los morrales. Miró alrededor —las ruinas de la ciudadela, los árboles gigantes— y lo que vio la dejó atónita: los rollos de papel higiénico habían sido desenrollados como serpentinas de carnaval: eran cintas festivas enlazadas de árbol en árbol, de piedra en piedra, en forma de techo multicolor. No había lugar en la vasta ciudadela donde no se pudiera apreciar las blancas tiras de papel anudadas como lianas, subiendo y bajando las escalinatas, brotando de las ventanas, extendidas en tierra como jeroglíficos o colgando de la alta copa de los árboles, ¿quién las pudo subir?

Ahora Dídima la Pura no sabía si echarse a reír o espantarse: había seguido un rastro de patitos de hule que subía desde el cubículo de piedra hasta la amplia terraza en donde el sol, sin el impedimento de los árboles, caía a chorro, y allí vio que las Evas y Adanes estaban amontonados y muchos yacían despedazados como por las manos de un niño demente.

—¡Fray Mardoqueo! —se le ocurrió gritar desde lo alto—. ¡Fray Sanpedro, fray Remolino! ¡Despierten ustedes, por Dios!

Pues ella sola no podía con lo que veía: cientos de condones se hallaban esparcidos entre las piedras. Multitud de baratijas

resplandecían alrededor.

Pronto estuvieron con ella los jesuitas recién acabados de despertar, todos un mismo rostro de estupefacción.

—Los Uao no pudieron hacer esto —decía fray Mardoqueo.

—No —replicó Santángel, triunfal—: fueron los simios.

Pero no se veían simios por ninguna parte y tampoco estaba con ellos Eusebio Zas: por primera vez los frailes advirtieron su ausencia como la más funesta premonición.

Volvieron al cubículo de piedra y se quedaron adentro, igual que si temieran un ataque intempestivo: no tenían sus morrales, faltaban las provisiones, el guía no daba señales de vida, ¿estaba implicado en lo sucedido?, ¿era posible una traición del hijo de María Aparecida? «Se fue en busca de agua», insistió la monja Dídima. «Lo esperaremos».

Entonces oyeron algo como un ronco parloteo venir desde la cima de la plaza de piedra. De inmediato se asomaron y descubrieron, igual que si brotara de la tierra, en lo más alto de las escalinatas, como si los aguardara, un simio del tamaño de un hombre de mediana estatura, muy altivo, con algo como un muñequito de plástico en la mano, ¿un Adán, una Eva?, y en la otra una lata de conservas. Lo oyeron chillar como si los llamara, no supieron si en son de paz o de guerra. Era de pelaje amarillo, llevaba al cuello varias de las baratijas de la nunciatura, rosarios y escapularios, cascabeles y cuentas de vidrio; se había puesto un sombrero rojo y cargaba a los hombros una túnica de terciopelo. Abrió sin problema la lata de conservas, tirando del anillo de la tapa. Se la llevó a la

boca, la agitó y la vació en su garganta. Arrojó la lata y dio un brinco de alegría.

Torcuato Sanpedro se adelantó sin que nadie se lo impidiera. En verdad resultaba de entre los frailes el más indicado para hacerlo: las piernas arqueadas, revestido de pelos, era bastante semejante al simio que aguardaba en lo alto. Subió sin afán la escalinata y pronto se puso a la altura del simio, que lo observaba. Se detuvo a un metro de distancia, alargó la cabeza como si fuera a deliberar con el simio algo urgente, que exigía privacidad, y hasta se abrió de brazos como si se propusiera abrazarlo, deteniéndose en el acto, pues su ademán no fue correspondido, bien porque el simio no lo entendió o lo entendió demasiado y rehusó, se diría que afrentado. Dídima la Pura hacía votos porque el fraile no resultara embestido por el simio, o por multitud de simios que aparecieran intempestivos de entre las ruinas y los asaltaran a todos, a ella la primera. Se echó a orar en silencio mientras arriba, en mitad de la plazoleta, lo que ya parecía un coloquio entre Sanpedro y el simio se adelantaba de manera pacífica. Vieron que el simio se había aproximado a Sanpedro y parecía olerlo en las manos y el cuello, y todavía advirtieron que posaba una de sus manazas en el hombro de Sanpedro como en señal de aprobación, ¿lo despojaba de un piojo en el cuello?, ¿lo aseaba?, así de minucioso lo registraba con los dedos, como satisfecho de la deliberación. Ahora vieron que el simio entregaba a Sanpedro el muñequito de plástico y Sanpedro inclinaba la cabeza en señal de gratitud y hacía un amplio ademán con el brazo como si intentara abarcar el contorno, las baratijas tiradas por tierra, los rollos desenrollados de papel higiénico, la multitud de condones y patitos de hule, y era de suponer que proponía algo, pero el simio,

con otro alarido de alegría, en solo seis brincos desapareció en los pasillos de la ciudadela. Sanpedro regresó donde ellos y con significativo silencio mostró el muñequito de plástico que el simio le había devuelto.

Era una Eva.

Descabezada y sin una pierna.

—Fueron los simios —concluyó Sanpedro—. Se lo llevaron todo.

—Los simios —repitió Mardoqueo—. De modo que en lugar de los Uao encontramos una civilización de monos que dialogan.

—No fue un diálogo —replicó Sanpedro—, sencillamente lo convoqué en nombre del Señor a que nos devolviera nuestro alimento. Todo ese tiempo hablé yo.

—¿Pero quién más podía hablar? —interrumpió Mardoqueo.

—No había enlatados en los suelos, esa era mi preocupación, ¿de qué nos sirven los muñequitos de plástico, los patitos, los… condones? ¿Vieron cómo abrió esa lata de garbanzos y la desocupó?

—Ah, eran garbanzos —se interesó vivamente fray Mardoqueo, con ojos de complicidad—: ¿y qué dijo el simio?, ¿que en menos de quince minutos nos serían devueltos nuestros morrales?

Sanpedro ignoró la chanza.

—Solo puedo asegurar que me escuchó —dijo.

Para entonces ya habían descendido hasta la hoguera, ante sus restos, y allí se sentaron, en los mismos sitios que ocuparon la noche anterior, solo que los platos y tazas de peltre estaban vacíos. Oyeron de pronto la exclamación de la monja Dídima como si descubriera la salvación a lo lejos: era Eusebio Zas, que venía hacia ellos: atónito,

contemplaba la decoración carnavalesca del papel higiénico pendiendo de los árboles.

—Simios —le dijo como única explicación el juvenil Santángel—. Se lo llevaron todo por la noche.

—Debió ser por la mañana —dijo el guía—, yo velé toda la noche y no ocurrió nada de esto. Me fui cuando empezaba a clarear.

—¿Y a dónde fue usted, hombre de Dios?, ¿por qué no se despidió de nosotros? —preguntó Sanpedro.

—A buscar un río, que tiene que haber por aquí cerca. Siempre hay un río en la selva, padre.

—En busca de agua —adivinó la monja Dídima.

—Agua —repitió el guía mientras tomaba asiento junto a los frailes. Al decirlo se rascaba la cabeza. Puso la escopeta a sus pies—. No, madrecita, no fui en busca de agua —dijo por fin como si se confesara.

Los religiosos lo oyeron incrédulos.

—Simplemente me iba a ir de este lugar, tenía que irme. Abandonarlos. Esas eran mis órdenes.

Y contó el guía Zas que la noche antes de partir a la selva, antenoche, dijo, los cuatro guías fuimos convocados al cuartel, a un recinto de recepciones más conocido como Salón de los Entrepiernados, y allí nos esperaban el alcalde y el ingeniero Nakamura con muy buenas caras, nos dieron ron y pusieron música, faltaba que nos lanzáramos a bailar, pero quitaron la música cuando llegaron los sargentos Cayo Nestorio y Conrado Esturión, el capitán Quinto Visanio y el mayor Ágato Lázaro, con esos nombres de otro

mundo se presentaron, nos preguntaron a gritos si éramos hombres, nosotros dijimos que sí, ¿quién iba a decir lo contrario?

Oyendo esa confesión los misioneros se espantaron, elucubraban nefastas posibilidades, veían cernirse en los cielos la desgracia: sin el apoyo militar ¿cómo esperar un helicóptero?

—Seguimos bebiendo ron —dijo el guía Zas—, aunque ya no pusieron más música, nos ordenaron que una vez llegáramos con ustedes a su destino los abandonáramos, «Un día con ellos», nos ordenó el mayor Lázaro, «ni uno más, no se preocupen, nada les va a pasar a esos ángeles, solo queremos escarmentarlos, nunca estarán solos, agentes secretos velarán por cada santo y cuando se cumplan diez días los recogeremos más muertos que vivos, más asustados que cerdos con el matarife, ese es el objetivo». Eso mandaron —dijo a susurros el guía—, que desertáramos, pero me arrepentí de traicionarlos a ustedes, ¿qué tal que no exista un agente secreto?, que me perdone Dios, ustedes resucitaron a mi madrecita, ustedes la salvaron, no merecen quedar expuestos.

—¿Pero qué más ordenaron? —insistió fray Sanpedro.

El guía enumeraba con los dedos como un niño de escuela: abandonarlos, regresar al cuartel en el menor tiempo, únicamente de noche, que no nos dejáramos ver, que se nos pagaría lo suficiente para tres años con las putas, así dijo el sargento Esturión y perdonen por repetir lo que dijo, pero nos aseguró que seríamos trasladados de incógnito a diferentes ciudades y que estaríamos tan bien servidos que ya no querríamos volver jamás a la Aldea.

—¿Y usted, Eusebio, qué respondió?

—Yo dije que yo sí regresaría en busca de mi madre. Y se rieron. «Sepa volar, carajo», me gritaron, «sea hombre», eso me llenó la

cabeza de pájaros, y ya no confié en ellos, padres: ellos son sus exterminadores.

8

Por fin los cuatro agustinos se atrevieron a seguir la pista de Gaspar Quesada y sor Teodora, a rastrear la huella abrupta del ofidio que raptó a la Envenenadora remolcándola por el cuello. Si bien eran frailes curtidos, jamás les tocó presenciar el combate de una serpiente y una monja —una monja terca, quién sabe si ahora digerida por su adversaria en lo más hondo de la enramada.

Al guía ni siquiera lo oyeron disparar, solamente correr con muy buenas piernas: sus veloces zancadas destrozaban la quietud de la hojarasca. Después no escucharon nada, solo el silencio de los insectos que susurraban voraces, el silencio de los monos que chillaban colgados de las ramas, el silencio de las guacamayas que reventaban de gritos, el silencio letal de la selva.

Y se internaron en la arboleda, atentos a cada recodo, escudriñando casi aterrados en los misterios de la espesura. Del guía no hallaron nada, de la Envenenadora un zapato y después su hábito entero: fray Hortensio pensó que era como si se lo hubiese quitado para ir a nadar, y después, a su pesar, esforzándose por no reír, se preguntó por qué la culebra degustadora había desdeñado el hábito de sor Teodora, ¿remilgos de ofidio?

Nada más descubrieron los agustinos, excepto que el guía se había fugado y faltaba sor Teodora.

Enterraron hábito y zapato como si la enterraran a ella.

Oraron en círculo, tomados de la mano, asediados por los mosquitos, y regresaron al río, tendiéndose a la brisa de la playa. La noche no demoraría. Decían que fue demasiada aventura para un solo día y se preguntaban si los Uao presenciaron lo sucedido y, si así fue, si fueron testigos, ¿por qué no socorrieron a sor Teodora?, ¿por qué no la salvaron como buenos indios que eran, sabios habitantes de la selva?

¿Y por qué no la ayudaron ellos mismos, frailes sacrificados, hermanos de religión?

¿Los paralizó el miedo?

¿Cobardes a cabalidad?

Quién sabe, quién puede saberlo.

En la noche que avanzaba hicieron fuego, comieron de las conservas y cada uno por su cuenta buscó dónde acostarse, envueltos de cabeza a pies por la capa impermeable, igual que momias.

Una ligera llovizna refrescaba la noche. El río no resultó ensordecedor para sus oídos, el río los adormeció como si los acunara.

9

La deserción del guía Juan de Mendoza desconcertó a los franciscanos, los acabó de trastornar. Guardaban la ilusión de que Mendoza se encontrara detrás de un árbol, evacuando lo que comió, pero ya el sol se ponía y el guía continuaba sin aparecer. No tuvieron más remedio que descender de la colina y recuperar el bulto de

lona, tan flaco de comestibles que pensaron que Mendoza no solo había devorado sino robado más de la mitad y se largó, dejándolos en la estacada.

Subían los frailes por la colina, arrastrando el bulto de lona y dirimiendo los motivos que tuvo Mendoza para desampararlos cuando algo como una fétida premonición se cernió en el aire ya de por sí insalubre de la isla: oyeron el grito desfallecido de la madre Inmaculada, a quien habían dejado en la cima. La encontraron atemorizada, sus ojos acuosos desorbitados, señalando con el dedo tembloroso a un lugar del pantano que los rodeaba. Los frailes miraron en esa dirección y no distinguieron nada. Además, no había luz; anochecía. Sacaron sus linternas de los morrales y arrojaron haces de luz sobre la zona indicada. Nada vieron. La Deliciosa, tan afamada por su conversación, no lograba articular palabra, más bien gesticulaba y se santiguaba y no paraba de temblar como posesa.

Le dieron a beber brandy de una botella que por milagro el padre Zósimo no olvidó incluir entre sus medicamentos, la ayudaron a acomodarse y encendieron fuego ante ella, empleando uno de los tantos arbustos fosilizados que caracterizaban la isla de la desesperanza y que los rodeaban como una muchedumbre expectante. Un simple descuido, dijo el padre Singer, y en menos de lo que canta un gallo podríamos ocasionar un incendio en la isla que nos haría famosos porque tendríamos que salir corriendo, no solo nosotros sino los Uao; los animales escaparían de sus escondrijos; hasta las aves tendrían que volar con su música a otra parte.

Lo dijo intentando provocar una sonrisa en la cara de la infausta Inmaculada, y no lo logró.

Solo después de que comieron y bebieron y la luna asomó como un aliciente los ojos de la Deliciosa se apaciguaron y al fin pudo contar.

Contó que se había puesto a otear el horizonte de la isla, desde la cima de la colina, aprovechando la luz desfalleciente del crepúsculo.

Y vio que se acercaba a la orilla de enfrente de la isla, al otro lado del pantano, algo como un cerdo o un venado o una comadreja gigante, nunca supo qué clase de animal, pero tenía el pelaje brillante y el hocico negro achatado y unos ojos grandotes que miraban a todas partes como espantados y se dispuso a beber agua en la verdosa superficie del pantano.

Entonces un tronco de árbol que flotaba a la deriva pareció arrimarse a su lado y era en realidad un caimán que abrió una jeta del tamaño de la mitad de su cuerpo y se tragó entero al animal que dio un chillido que se escuchó como un soplo.

«Pero no fue eso lo que me asustó, padres, sé muy bien qué es un caimán y qué una presa incauta que se deja atrapar. Lo que me afligió fue comprobar que un caimán se tragó a Juan de Mendoza. Entendí que por eso no está con nosotros, pobre hombre, humilde y bueno. También a nosotros nos tragarán los caimanes.

»Me puse a llorar de la desesperanza en esta isla de la desesperanza.

»Lloraba sin dejar de mirar al pantano cuando me tocó divisar otro animal, en el mismo sitio, la misma orilla.

»Lo vi empezar a caminar con mucha propiedad por encima de esas plantas acuáticas de hojas redondas descomunales y flores de pétalos blancos que casi alumbran a lo largo del pantano, un

sendero de nenúfares, una ruta de lirios de agua, un atajo flotante que el animal conocía muy bien, en dirección a nosotros, a la isla.

»Era un ratón inmenso o un oso hormiguero o un tapir o qué sé yo, nunca sabré qué era, su tamaño algo menor que el del animal recién engullido, y ya casi llegaba a nuestra orilla, su salvación, cuando sus patas quebraron la superficie de una hoja gigante y se hundieron en un barro espeso que salpicaba alrededor como lluvia negra.

»Vi que intentaba nadar a la isla pero no lo conseguía, el pantano era otra fauce peor que la del caimán, se lo tragaba.

»Lo último que vi agitarse fue su cabeza: desapareció el hocico; después las orejas.

»Debemos irnos de aquí cuanto antes, porque lo último que vi, y lo vi enseguida, me afligió tanto que pedí perdón por mis pecados y me arrepentí de nacer.

»Vi una especie de pez-pájaro que se asomó al mundo y voló, pero prefirió zambullirse cuando me vio mirándolo.

»No volvió a aparecer.

»De lo que sí estoy segura es de que se zambulló en mi cabeza.

»No voy a olvidar jamás esa cara de pez-pájaro.

»La tengo en mi frente como un estigma.

»Les ruego que perdonen mis pecados.

»El pez-pájaro se metió en mi lengua, hiede, hiede.

»Es el mismísimo diablo».

Los franciscanos Singer, Gallo y Gracia intercambiaron una piadosa mirada.

—Madre Inmaculada —dijo con suavidad el padre Gracia—, no creemos que a Juan de Mendoza se lo haya comido un caimán: más bien él pudo comerse entero al caimán: Mendoza se fue de la isla llevándose gran parte de nuestra comida, y los motivos no los conocemos. Nos alegra escuchar que usted ya sabe lo que es un caimán y lo traidoras que pueden ser las aguas de un pantano, pero debe recordar que cuando se acaba la luz del día son muchas las cosas desfiguradas por las sombras, no las distinguimos, son simples trastos imaginarios. No se aflija, madre Inmaculada, más bien descanse con nosotros, aguarde un nuevo día. Nosotros perdonamos sus pecados y esperamos que los nuestros nos sean perdonados. Debemos descansar, pero antes rezaremos: verá cómo la santa oración nos acompaña y nos defiende de la noche.

La Deliciosa no respondió al consuelo. Pareció que todo ese tiempo no escuchó nada. Había cerrado los ojos y lloraba y mecía su cuerpo, sentada, los brazos alrededor de las rodillas. Los frailes la cubrieron con el impermeable: empezaba a lloviznar. Se hicieron alrededor, cada uno acomodándose para atravesar la noche. De vez en cuando escuchaban el lloro bajo y pausado de la Inmaculada, casi un canto, como si ella misma intentara, a pesar de todo, desde su desesperanza, adormecerlos.

Y los adormeció.

Y los despertó su carcajada inmensa y afilada en la noche, una carcajada enloquecida que los llenó de pánico: a la luz de la luna la vieron saltar y escabullirse colina abajo hacia el pantano. Corrieron detrás de ella, pero era veloz como una liebre y en minutos la oyeron chapotear en las hediondas aguas, sin parar de reír como si se vengara.

¿De qué se vengaba?

¿Qué desesperanzas traía la madre en su cabeza desde antes de emprender el viaje a la selva?

Los padres Gallo y Singer se paralizaron en la orilla de la isla, las manos en las sienes, pero no así el padre Gracia, que siguió tras de la madre y la atrapó cuando el agua les cubría la cintura. Los nenúfares, igual que manos vivas, los enredaban con sus tallos por las piernas y los hundían en el piso gredoso del pantano. Esforzándose, el padre Gracia se debatió y consiguió regresar a la isla con la madre Inmaculada a cuestas, y con mucho más esfuerzo los tres frailes la llevaron en volandas a la cima de la colina.

Un viento suave y puro que venía desde el cielo como un milagro ayudó a secar las ropas de la madre y la adormeció. Ninguno de los frailes pudo conciliar el sueño: parecía que el eco de las carcajadas seguía sonando encima y debajo del pantano, en la íntima corteza de sus cerebros.

10

Si los militares habían dado semejante orden de desamparo a los guías —lo más parecido a una orden de muerte—, no era posible considerar que en diez días regresarían a rescatarlos. Se proponían perderlos en la selva.

—Hubiera preferido venir a este lugar caminando —dijo Santángel —. Sería más fácil regresar.

—Para eso Dios nos dio la gracia de Eusebio Zas —dijo Sanpedro —. Con él podremos regresar cuando queramos.

—Claro que sí —dijo Zas—. Se trata de ubicar el río y todo queda resuelto. A cada uno de los guías nos dejaron oculto un bote, en las inmediaciones de los cuatro puertos. Yo tengo referencias del mío. Si no soy capaz de descubrirlo se construye una balsa y en pocos días llegamos a la Aldea. Así obrarán los demás guías, y es posible que ya se encuentren en la guarnición, pidiendo que les paguen por sus servicios, ¿por qué habrá tanta maldad en la tierra?

—Porque hay tanta bondad —dijo Sanpedro—. Todo está repartido.

—Y triunfará la bondad —aseguró Dídima—. Se sabrá la verdad cuando volvamos.

Una voz la interrumpió:

—Ninguno de nosotros regresará todavía.

Había hablado Mardoqueo Vanín, el Señalado. Su palabra se impuso solemne en el silencio de piedra de la ciudadela. Se volvieron a él consternados.

—Ustedes se han olvidado de los Uao —siguió el Señalado—. Esa es nuestra misión de Evangelio, encontrarlos, escudarlos con la Palabra de Dios y prevenirlos de lo que pueda ocurrir, impedir su exterminio. Pero antes debemos rescatar a nuestros hermanos. Se supone que hoy despertaron sin sus guías, no saben qué hacer, a dónde ir, cómo volver a la Aldea; tenemos que ir hasta ellos con la ayuda de Eusebio: ¿podremos localizarlos, Eusebio?

El guía dudó con la cabeza como si dijera sí y no al tiempo.

—Busquemos ese río —lo animó el Señalado—, el sitio donde le dejaron escondido su bote. Si es posible volver a la Aldea, es posible encontrar a nuestros hermanos. Ninguno de nosotros va a morir: eso es lo que quieren los oficiales. Dirán que nos inmolaron los Uao,

tendrán permiso de entrar a matar a diestra y siniestra, la compañía de petróleo pondrá a funcionar sus perforadoras en el corazón de la selva y asunto concluido. Esa es su pretensión, pero no se lo permitiremos.

Oyeron un ruido como si algo se arrastrara a lo lejos, en la cima de la plazoleta. Levantaron los ojos pero no distinguieron nada. Solo Dídima la Pura se percató de algo, y señalaba el lugar donde Sanpedro y el simio habían conferenciado:

—¡Nuestros morrales! ¡El bulto de la nunciatura!

Subieron corriendo sin dar crédito: allí estaban sus morrales, estropeados pero completos, con sus pertenencias adentro, y el saco de alimentos bastante menos abultado pero con más existencias de las que dejó Juan de Mendoza a los franciscanos. La monja Dídima enarboló un paquete de café y otro de galletas. «Podremos desayunar», dijo.

Su infantil felicidad los contagió a todos.

Descendieron al puesto de la fogata y el guía se dedicó a reavivarla. Las brasas chisporroteaban.

—¿Cómo es que los simios nos devolvieron todo? —preguntaba el Señalado, acostumbrado únicamente a sus propios milagros.

—Cuando se habla en nombre del Señor entienden hasta las piedras —dijo la monja Dídima. Vertía agua de su cantimplora en una olleta: por fin iba a preparar café; asentía repetidas veces con la cabeza, tenía el rostro arrebolado, no hallaba nada extraordinario en la reaparición de los morrales, excepto la simple gracia de Dios.

Con un suspiro exorbitante el juvenil Santángel desistió de buscar chimpancés alrededor. No era posible descubrir más que las ruinas de la ciudadela y los árboles engalanados de tiras de papel higiénico.

Entonces los leños de la hoguera crepitaron con mucha más fuerza. Remolino Santángel alcanzó a percibir que otros ojos los vigilaban a ellos, un tumulto de ojos de todas las trazas y colores detrás de la hojarasca, como si se encontraran rodeados de multitud de seres vivos pero recónditos que los fisgaban desde lo intrincado, los olfateaban como si ya se dispusieran a tragárselos, arrojaban sobre ellos un montón de hedores y sabores desconocidos, y su presencia se reduplicaba al calor de la fogata, porque las chispas que bullían desde los leños eran también miríadas de ojos que los sitiaban etéreos, no solo ojos de los Uao, no solo ojos de serpientes y escorpiones, no solo ojos de jaguares sino una vegetación de ojos, otros ojos en el aire, incorpóreos, sutiles, siempre más mortíferos y demoledores.

Libro V

1

Grave carga se echó a los hombros Mardoqueo Vanín al decidir rescatar a los demás frailes antes que regresar a la Aldea y ponerse a salvo de una confabulación de militares. Alentó a Zas a ir en busca del bote y, como si la realidad fuese reemplazada por otra realidad más asombrosa por lo desconocida, el grupo acometió la jungla en pos de un río que no se dejaba oír.

Mardoqueo ordenó vaciar el contenido del bulto de lona, los no muy numerosos insumos que quedaban, y los repartió en los morrales: así se aliviaron de llevar a rastras ese pellejo todavía repleto de baratijas.

Se oyó el río: primero como un zumbido de insectos en lo hondo, cada vez más palpitante, después enloquecedor, de pronto un golpazo torrencial: cuando el río apareció la monja Dídima no pudo reprimir un grito.

—¿Es el Gran Río?

—Un afluente —respondió Zas—. El río Mayo.

Caudaloso, blanco de espuma, el Mayo se deslizaba en mitad de un corredor de piedras gigantes. Vieron dudar al guía unos segundos. Siguieron la orilla, río arriba, un buen trecho, haciendo equilibrio encima del dentado borde del farallón. Eusebio volvió a dudar y se excusó con todos. Miraba en derredor, preocupado pero seguro, como el que sabe que de cualquier manera va a ganar.

—Es río abajo. Esta vez no voy a equivocarme.

Y volvieron a caminar rodeando las enormes piedras, río abajo. El tiempo parecía deslizarse igual que el río, así de rápido se iba, y pronto atardeció. Velos rojos y negros se encrespaban a flor de los torbellinos, y en el horizonte de olas fulgentes como pompas no se oía sino la corriente tumultuosa.

A una vuelta del camino de agua encontraron tres piedras inmensas, una al lado de otra, como si brotaran del fondo del río, igual que altas columnas rugosas. Ocupaban un gran círculo, y las tres, en su cima, se adelgazaban y convergían: tenían la forma de tres sillas de piedra, como si invitaran a sentarse en su pináculo. Hasta lo alto de esas piedras treparon Sanpedro, Santángel y Mardoqueo, para demostrar su habilidad de monos, dijeron. Cada uno se sentó en su respectiva silla y allí se pusieron a conversar un buen rato, mientras la monja y el guía descansaban y levantaban de vez en cuando los ojos para mirarlos. Oían el eco de las voces como otras olas, líquidas, espumosas, correntosas, una conversación encima de tres piedras igual que si los frailes rieran enloquecidos. Nunca entendieron de qué hablaban o reían y, cuando descendieron, los vieron adustos y ensoñados como después de un aquelarre agotador. Enseguida se pusieron a colaborar con el guía en la búsqueda del mojón que les indicaría la presencia de la canoa. En la base de la primera de las tres grandes piedras, la más próxima a la orilla, entrevieron una gran cruz pintada, semejante a una roja señal.

El guía alargó el dedo y rozó la pintura. Se llevó el dedo a la nariz y después lo probó con la punta de la lengua.

—Es sangre —dijo—. Sangre de chivo. Usaron sangre de chivo para pintar la cruz.

Y se puso a buscar a lo ancho de la piedra, en sus cimientos, desbrozando con su machete el musgo húmedo. Debajo de un lecho de hojas amontonadas apareció la proa de una canoa. El guía se echó para atrás, la cara iluminada.

«Ay, mi botecito», canturreó.

Y siguió despejando la maleza alrededor. Pronto la canoa quedó a la vista de todos.

«Tan lindo y tan chiquito», siguió canturreando Zas, sibilino.

—¿Habrá espacio para cinco? —preguntó Santángel.

—Un poco apretados, pero podremos ir adonde queramos —dijo Zas.

Solo había un remo dentro de la canoa y, encima del remo, un lazo encerado de unos diez metros, enroscado como una serpiente amarilla.

—Tendremos que hacer remos —dijo Sanpedro.

—Entre hoy y mañana los hacemos —dijo el guía, y, con un gran manojo de ramas mojadas, revueltas de tierra y arena, empezó a borrar la cruz roja de la piedra.

—¿Por qué borra la cruz? —preguntó Dídima.

—Eso me dijeron que hiciera. No quieren dejar rastros de su componenda en la selva.

¿Podía ocurrir que los espiaran, que de un momento a otro se aparecieran los soldados y los atacaran?, quién sabe, la monja Dídima se escalofriaba pensándolo.

—Nos faltan cuatro remos —dijo el Señalado—, y los haremos. Ya no estaremos aquí si vienen a buscarnos. Pero si se aparecen ahora,

tienen que creer que Eusebio va camino de la Aldea: debemos esconder el bote.

Con gran esfuerzo empujaron la canoa al borde opuesto de la piedra y la ocultaron debajo del chamizo de hojas que antes la cubría. Todos sudaban, embarrados en la arena gredosa de la orilla, picados por los mosquitos. Con satisfacción se remojaban el cuello y la cara, pero a ninguno se le ocurrió meterse desnudo al río: todavía las carcajadas de la Nena y sus advertencias sobre el minúsculo pez vampiro resonaban en sus oídos.

Esa noche la luna volvió a alumbrarlos. Casi no hablaban porque la cercanía del río los obligaba a gritar. Habían hecho los remos durante la tarde, y solo contaron con el machete de Zas, aunque los frailes colaboraron como pudieron bruñendo la pala de los remos con ásperas piedras. La monja Dídima eligió para ella una recia vara de bambú, a su medida, y se esmeró atando una pala a su extremo con lianas muy bien trenzadas. El guía Zas admiró su destreza con los nudos. Así desapareció la última luz de la tarde, pero ya tenían remos para la travesía del día siguiente.

—Saldremos cuando amanezca —dijo Mardoqueo—. ¿En qué dirección navegaremos?

—En la misma del río —dijo Zas—. No habrá que remontar la corriente sino dirigir la canoa. No será difícil encontrar la ubicación de los padres agustinos que quedaron a la orilla del río, porque es este mismo río, el Mayo. Mañana los encontramos. Pero dar con los demás destinos, el de la isla en mitad del pantano, el de ese prado

al borde del abismo, es otra cosa. Apenas tengo idea. Tendremos que caminar días enteros a la buena de Dios.

—Pues a la buena de Dios será —repuso Dídima.

Su respuesta alegró a los frailes. Miraron al cielo unos segundos, glorificados.

Sanpedro y Santángel porfiaban por encender una fogata sin recurrir a la provisión de fósforos. Lo intentaban en toda regla, por fricción entre dos palos secos, el uno plano, ahuecado, y el otro en punta, girando encima, con fuerza. Habían pedido a Zas que no los ayudara; querían valerse por sí mismos y lo lograron: el delgado humo apareció entre las virutas dispuestas alrededor, y el primer brote de fuego hizo resplandecer de gozo a los frailes, como niños. En torno a la hoguera se acomodaron, bajo el fragor del río que no paraba de apoderarse del mundo: no se oían insectos ni pájaros, no se oían aullidos de monos ni chillidos ni rugidos esporádicos, solo el río Mayo encima de todos y de todo. Eusebio había desaparecido hacía varios minutos, con su linterna en la mano, hundido en la noche que empezaba. Por un instante la monja Dídima volvió a sobrecogerse: pensaba que a lo mejor el guía resolvió abandonarlos.

Bebían café mientras tanto, un café amargo que no pudieron endulzar porque las hormigas descubrieron el talego de azúcar que escondían: lo olieron y acometieron, trizando la bolsa sellada en cuestión de segundos: ni un solo grano de azúcar quedó vivo. Cuando pusieron a hacer el arroz, a calentar las ollas con la comida elegida para la noche, lentejas y albóndigas, cuando disponían los platos alrededor de la hoguera apareció Eusebio Zas.

Traía en sus manos una tortuga muerta.

Nadie le preguntó cómo y a qué horas la había matado, pero fue como si todos se lo preguntaran con los ojos.

—Comeremos tortuga hoy —dijo el guía—. Un buen guiso de tortuga nos pondrá a dormir como críos.

Los frailes asintieron, solemnes. Solo Dídima la Pura no mostró mayor emoción. Sabía que tarde o temprano debían recurrir a la caza para sobrevivir, pero quedaban todavía muchas latas de comida, no era necesario afrontar de buenas a primeras un guiso de tortuga, algo que nunca en su vida había probado.

—Yo me excuso de comer tortuga por hoy —dijo.

Sentía una gran lástima por la tortuga. Creyó ver que sus patas se movían, que su cabeza temblaba y asentía. Le repugnaría comerla. Muy rara vez comía carne, y las albóndigas en conserva que la esperaban no eran lo mismo que atragantarse con la carne de una pobre tortuga recién sacrificada.

—Yo sí probaré —dijo el juvenil Santángel.

—Y yo repetiré —dijo Sanpedro—. Me gustó un estofado de tortuga que comí en Singapur. Es un plato exquisito.

Mardoqueo Vanín escuchaba con media sonrisa en los labios; a todos se les hacía agua la boca; el guía se desencantó ante la poca disposición de la monja, pero no se dejó amilanar. Puso una olla de agua al fuego, no sin antes avivar los leños. Mientras el agua empezaba a hervir procedió a tajar con su machete la cabeza y las patas de la tortuga, que arrojó en la olla; después acostó la tortuga panza arriba en sus rodillas y le desbarató las entrañas y siguió echando pedazos de carne a la olla con todo y los huevos de la tortuga, tan amarillos que fulgían a la luna como pepas de oro. Por

último sacó de su morral un buen trozo de yuca, que descascaró y fraccionó en un santiamén, una suerte de hortalizas como pimentones y unas verduras que parecían hojas de lechuga, «que no lo son», dijo a gritos, con el fragor del río a sus espaldas, «solo parecen, pero van a ver qué sabor dan al deshacerse», y sumergió todo en el agua que hervía, espolvoreando sal con rara delicadeza, como si practicara signos en el agua que burbujeaba, y con su cuchara removía los pedazos de carne y los huevos, mientras el aire empezaba a llenarse de un olor fuerte, que era más un olor extraño que un mal olor. Así pasaron casi dos horas, mientras la olla hervía sin ruido, o su ruido era el del río Mayo, invisible en la noche. Entonces el guía paladeó el guiso con su cuchara, se relamió los labios y aprobó con la cabeza.

Los frailes, excepto la monja, ya habían desdeñado sus platos de conservas, reemplazándolos con las tazas como cazuelas de peltre en donde vertieron el guiso de tortuga, cada ración con su correspondiente pata, su trozo de carne, sus huevos y menudencias. Poco a poco, después de probar el guiso con reticencia, se embelesaron y dieron buena cuenta de la tortuga de Zas, enalteciéndola con gruñidos de satisfacción, eructos, palmadas y gestos de asombro a la luz de la hoguera.

Sin proponérselo, la monja Dídima alcanzó a distinguir el perfil de Mardoqueo Vanín mientras comía. Lo vio elegir de la olla la cabeza de la tortuga y comérsela a veloces mordiscos: procuraba que nadie lo viera y ladeaba su rostro a la sombra. A su pesar, Dídima vio cómo los cuatro hombres se deleitaban cada uno con las patas de la tortuga y cómo chasqueaban sus labios, relamiéndose.

El guía no logró convencerla de que probara una sola cucharada de caldo.

—Cuando me toque comer tortuga —dijo ella— lo haré. Pero todavía tengo estas lentejas, estas albóndigas.

Ya ninguno de los hombres la escuchaba. Extendidos como sombras entrecruzadas, debajo de sus capas de hule, la hierba y la tierra como almohada, dormían profundos. Sanpedro roncaba como alma en pena, si acaso roncan las almas —pensó Dídima sin dejar de atisbar alrededor, otra vez erizada de miedo: los soldados, los mismos Uao y todos los espantos podrían saltar de un instante a otro sobre ellos.

Sobre ella —pensó congelada.

La Pura no durmió en toda la noche, centinela por fuerza. El miedo que no la dejó dormir le era muy conocido: se preguntaba si no era además un deseo, el deseo, el afán de que los atacaran a todos, ¿o la atacaran a ella?, anhelo de resultar vilipendiada por quienes fueran, indios o soldados, daba lo mismo, atropellada, avergonzada, mancillada, infamada, envilecida, ultrajada, forzada, quebrantada, traspasada, abusada, profanada, crucificada —se gritó al fin con todas sus fuerzas—, deseo de una muerte distinta al convento de donde venía, a pesar de su fe, por qué, por qué, se repetía, la selva, pensó, tiene que ser la selva, sí, sí, era la selva, esta selva, descubrió, y respiró la selva que ardía como ella, la respiró a bocanadas, enrojecida de estupor.

Así era la monja Dídima con ella misma, de una sinceridad que la pasmaba: no era el natural episodio humano de resultar desflorada,

era la todavía más abyecta y sacrílega ambición de que la violaran —y no quería ni podía pronunciar esas palabras.

Cerró los ojos y se persignó.

Ser violada —eso mismo reveló avergonzada un domingo de confesión al padre Franco—: es un sueño repetido que me aterra. No siga, ordenó el padre, no siga, es una simple obsesión que nace del miedo, usted misma, en oración, puede superarla, no vuelva a pensar en eso, ¡que no la manipule el diablo!

¡Pero cómo le dolía el pensamiento!

Y ahora, ¡cuánto quería que un primer rayo de luz apareciera!

En la noche intrincada, el eterno ruido del río era enloquecedor, como si se tratara de otro río, un río del infierno, repleto de almas en pena, las almas pecadoras que gritaban en el agua. No, se gritó, no eran las almas, eran las voces demenciales de los indios que los flechaban, flechaban al guía, flechaban a los frailes, y a ella también la flechaban, pero después de violarla.

Al fin amaneció.

Dídima avivó la brasa de la hoguera, preparó café. El olor de la infusión despertó a los hombres. La monja les ofreció galletas pero ninguno aceptó, ahítos como estaban del guiso de tortuga. Bebieron el café en silencio, cargaron con los morrales y se dirigieron a la orilla donde aguardaba escondida la canoa. El horizonte borrascoso del Mayo parecía el preámbulo de una tragedia, como si una ominosa entidad aleteara sobre sus cabezas. Se embarcaron y se

dejaron llevar por la corriente, guiados por Zas, por su instinto y su ojo conocedor de los vericuetos del río. Su voz los alentaba a remar, a veces al costado izquierdo de la canoa, a veces al derecho, o les ordenaba quedarse quietos. Descendían velozmente, aunque de tanto en tanto se aplacaban las aguas y cruzaban con exasperante lentitud verdosos remansos, de un agua que parecía de jalea, con un vaho caliente en la superficie, un aliento penetrante como de carroña acuática que les hacía llorar los ojos.

En la proa de la canoa iba Mardoqueo Vanín; detrás Torcuato Sanpedro, la monja Dídima, Remolino Santángel y Eusebio Zas. Dídima la Pura, en mitad de los hombres, se sentía mecida no solo por las aguas sino por el sueño. Trataba de no dormir, vencida por la fatiga, y cuando estuvo a punto de soltar y extraviar su remo decidió extenderlo dentro de la canoa y dejarse llevar por el río y por el sueño, que para ella en ese instante eran lo mismo: su espalda y cabeza reposaban en las rodillas del juvenil Santángel.

Micos oscuros y grises se balanceaban en las ramas de los árboles gigantes que, como un techo verde, ocultaban la luz del día y ensombrecían el camino de agua. El aire se llenaba allí de colibríes, de guacamayos azules y escarlatas, de sombras multiformes que ondulaban en las ramas, pero en minutos desaparecía la techumbre de hojas y de nuevo la maciza luz se apoderaba del río, transparentando sus aguas. Avanzaban en silencio, solamente impulsados por la corriente, los remos descansando en los costados del bote, y se distraían contemplando los caimanes adormecidos en las orillas del Mayo, como islotes. De vez en cuando dos o tres de

esos reptiles se deslizaban hacia ellos y se detenían a mitad de camino y se quedaban flotando a la deriva, los ojos como burbujas, mientras garzas blanquísimas descansaban en sus lomos de piedra antes de reiniciar el vuelo. Los loros volaban en ráfagas ruidosas a pocos metros de sus cabezas y en las orillas bebían agua los ariscos tapires, sensibles a cualquier ruido. Las aguas variaban de color a cada tramo: del verde más oscuro pasaban al azul celeste y después al turbio amarillo, para luego volverse de una transparencia como de vidrio. Un pez plateado, del tamaño de una mano, surgió intempestivo del agua, describió un medio círculo y fue a caer en el regazo de Dídima la Pura que dormía, la cara al sol, la espalda acunada en mitad de las rodillas de Santángel. El pez cayó encima de su vientre: se diría que su vientre era ese pez ovalado, con una línea rosada a lo largo. Ocurrió en segundos, mientras Dídima dormía. El pez se estuvo quieto, pétreo: lo más vivo de él era un ojo negro que palpitaba como una luz en el regazo de la monja. Sanpedro, que había girado su cuerpo para asomarse a la monja, agarró al pez con ambas manos y lo devolvió al agua. Los hombres miraban sin comentario, y la monja siguió dormida, remota, inalterable, mientras avanzaba lenta la canoa bajo el cielo.

El río empezaba a angostarse otra vez, ahora bordeado de piedras: la orilla de árboles se había replegado. Eusebio Zas señaló un punto cercano en la ribera izquierda, una escasa elevación de rocas chatas y mojadas como un fulgente tablero de ajedrez. En su cima avanzaba lento y majestuoso un jaguar de pelaje moteado que los miraba atento como si se dispusiera a arrojarse y nadar hasta ellos o saltar directamente a la canoa: se sabía que esos felinos eran capaces de abarcar buena distancia de un solo salto sin impulso y

con mayor razón si el hambre los espoleaba. Irritable, indeciso, retrocedía y se adelantaba, batía la cola, se relamía, y su largo cuello grácil, como el de una paloma inverosímil, se meneaba en círculos.

Y fue su rugido, ronco, intempestivo, lo que despertó a Dídima la Pura. Lo primero que vio al abrir los ojos fue al jaguar mirándola a ella desde lo alto de la piedra, muy próximo, pues la canoa que flotaba imperceptible se había aproximado.

—San Marcos bendito —dijo la monja con un quejido—. Santo patrón de los leones.

A golpes de remo los hombres alejaron la canoa de esa orilla y continuaron bajando por el río.

Ya era la tarde.

Después de un par de horas de descenso, Sanpedro y el guía se preguntaban si convendría detenerse en la ribera para comer por lo menos algo caliente. El Señalado se opuso:

—Eusebio aseguró que encontraríamos a los hermanos agustinos. Allí nos detendremos y almorzaremos con ellos.

—Tengo engarrotadas las piernas —dijo a nadie Sanpedro sobándose las rodillas.

—En poco llegaremos —dijo Zas, y como la corriente había disminuido pidió a todos que remaran al tiempo. En ese paraje el río se ensanchó. Lo surcaban por la mitad y no se distinguían las orillas: así se desmesuró el Mayo, como si se tratara del Gran Río. Remaban rítmicos, empecinados. Cuando el río volvió a angostarse reaparecieron las grandes piedras y debieron sortear los rápidos en varias ocasiones. El guía resoplaba con voz alentadora:

—Ya estamos cerca, ya casi llegamos, ya les diré en qué momento remamos con fuerza, y hacia qué orilla.

Pero no se decidía. Lo veían escudriñar a cada vuelta del río, donde un distinto paisaje aparecía. Para redondear la incertidumbre, los rápidos se duplicaron voraces y en segundos los envolvieron como si el mismo río pretendiera impedir que descubrieran la orilla indicada, primero arrastrándolos y luego chupándolos al abismo. La monja Dídima no dejaba de pensar en las palabras del teniente Malverde, a propósito de la selva y sus paisajes: que todos eran idénticos. A ella no le parecía: cada recodo era distinto de mil maneras. Supuso que debía costarle a Zas encontrar el puerto indicado, preocupado por dirigir la canoa entre los rápidos, ordenando a gritos en qué momento remar y hacia dónde. Fue Mardoqueo Vanín, que se dedicaba a examinar las orillas pedregosas del Mayo, el que descubrió el puerto donde se instalaron los agustinos. Gritaba, señalando una orilla.

—Entonces remen —gritó Zas. También él pareció identificar la orilla. Dídima la Pura reconoció el puntudo monte de roca, la playa ancha y blanca, y trató de remar con ímpetu pero sus brazos no eran suyos, no respondían.

—Con fuerza, con fuerza —gritaba el guía.

Si bien la proa del bote apuntaba en dirección a la orilla, no avanzaba, más bien se deslizaba de costado. Encorvados, Santángel y Sanpedro remaban con ahínco, y lo mismo hacía Eusebio Zas, atrás en la canoa, pero el río fragoroso los vencía. Mardoqueo elevaba los ojos a una gran piedra acostada en la orilla, cuya cima horizontal, alta y en punta, se adelantaba como un puente sobre la estrecha franja de agua por donde en breve pasarían. La monja

Dídima descubrió lo mismo y, como hechizada, ya no intentó remar: se trataba de uno de los frailes agustinos, de rodillas encima de la punta de la piedra —como la sombra de una estatua o la prolongación de la misma piedra—: era el padre Augusto Recto, los brazos extendidos a los lados, abiertas las palmas de las manos en actitud de súplica, la cabeza doblada al cielo, porque no parecía mirarlos a ellos, o esperarlos, sino que tenía la mirada perdida en el cielo, sumida en la nada.

—Padre Augusto —gritó el Señalado.

Dejaron de remar, no solo por la sorpresa del fraile arrodillado en lo alto de la piedra, sino porque ya no tenían alientos. Providencialmente, el torbellino del río decreció en ese punto y la canoa fue impulsada en dirección a la piedra. Pudieron distinguir con más detenimiento las facciones del padre Augusto, su verdosa palidez funérea, ¿estaba muerto?, no podía estarlo —pensó la monja Dídima, viendo que los ojos del fraile alumbraban afiebrados en dirección al horizonte—. Pasaban debajo de él y, sin embargo, no reparaba en ellos. Empezaron a llamarlo a gritos, pero el fraile siguió inmóvil como piedra encima de la piedra, como muerto.

—A remar, a remar —gritó Zas. Y, como si sus palabras la invocaran, la corriente subterránea del Mayo brotó de entre las ondas y se apoderó de la canoa y la arrojó a los rápidos como una saeta. Ya no remaron, se dejaron arrastrar incrédulos y volvían la cabeza para buscar por última vez al fraile arrodillado que en ningún momento dejó de mirar al cielo. No era posible que no los hubiese escuchado, ¿qué sucedió? Dídima la Pura rezaba para sus adentros:

sentía que el misterio se apoderaba de todos y de todo, del mismo río, el río circular que los remolcaba.

Solo pudieron atracar dos leguas adelante, cuando un remanso apareció como una bendición. Las aguas se aquietaron y un silencio como de sombras se apoderó del aire: ni siquiera las voces de los pájaros se escuchaban en la playa donde desembarcaron. Comprobaron desalentados que los morrales estaban tan empapados como ellos. El juvenil Santángel ya se había quitado las botas y las vaciaba de agua y barro, apoyado en el brazo de un árbol caído: el tronco acostado del árbol era más alto que él. Todos hicieron lo mismo. Ni siquiera brillaba el sol: nubes tormentosas lo cubrían, pero el húmedo calor lamía la piel y hacía de cada movimiento una pegajosa tortura, entorpeciéndolos, amarrándolos a un solo sitio.

—Tendremos que caminar río arriba —dijo el guía—. Hasta encontrarlos.

Verificaba que su canoa no hubiese sufrido daño, algún golpe de peligro en los rápidos, una hendidura, «Ningún agujero», dijo a nadie, hablando consigo mismo, «y los cartuchos de la escopeta no se mojaron, la escopeta no se afectó; todavía no he hecho el primer disparo, ya cazaremos algo, si antes no nos cazan a nosotros». Pidió la ayuda de todos para ocultar el bote lejos de la orilla, cubierto por la manigua, y lo amarró con el lazo a una roca que sobresalía, por si subía el nivel del río.

—¿Podrá reconocer este sitio cuando volvamos? —le preguntó Dídima.

—Claro que sí —respondió—. No vamos a perder nuestra canoa, se lo aseguro. Con ella podremos regresar hasta la Aldea en pocos

días, si quieren. —Y puso, como en broma, una gran rama de flores amarillas encima del túmulo de zarzas donde se escondía la canoa.

—Es raro que el padre Recto no nos escuchara —dijo Santángel—, ¿dormía con los ojos abiertos?

Mardoqueo Vanín, sin pronunciar palabra, se puso el morral a hombros y echó a caminar río arriba, acometiendo la ribera de peñascos y selva que lo demarcaba. Todos lo siguieron en fila, admirados, ¿es que no habría un momento de descanso?, ¿no beberían café, no respirarían?

—Será más largo el regreso —dijo Zas—. Llegaremos al atardecer a la piedra donde oraba el sacerdote.

—¿Pero dónde estaban los demás frailes? —preguntó el juvenil Santángel.

Nadie contestó, nadie quiso, nadie supo contestarle.

Si bajar flotando por el río fue veloz y se diría que plácido, caminar de vuelta, subiendo la orilla abrupta, ya cuajada de piedras, ya de hermética maleza, se convirtió en calvario para Dídima y los frailes. A menudo resbalaban en el lodo espeso de la jungla y los acometían las avispas de aguijón gigante, las moscas y abejas atormentadoras. Después de horas de caminar se preguntaban si avanzaban lo suficiente para creer que se encontraban cerca. Eusebio Zas propuso internarse en la espesura para «cortar camino» y llegar más rápido a la playa de los agustinos, pero Mardoqueo no estuvo de acuerdo: quería bordear la orilla, siempre río arriba, hasta dar con la monumental piedra donde oraba el padre Recto, encontrarlo a él primero y continuar en busca de sor Teodora y los demás agustinos

(del guía Quesada se daba por entendido que había desertado siguiendo instrucciones de los militares). Se hizo lo que Mardoqueo indicaba: no abandonaron la orilla y prosiguieron río arriba, descansando muy de vez en cuando a pesar del hambre y la fatiga que se apoderaban de todos.

En el último descanso Dídima la Pura se apartó del grupo de hombres enfurruñados —comían galletas para distraer el hambre, sentados alrededor de los morrales—, y buscó la orilla del Mayo y, decidida, se metió en las frías aguas hasta las rodillas. El sudor pegajoso de su cuerpo la fastidiaba. Hubiese querido arrojarse desnuda al agua, pero como jamás en su vida se desnudaría ante nadie se metió al agua con todo y hábito: después caminaría con el hábito mojado hasta que el sol y san Isidro lo secaran: todo era preferible a transitar casi sonámbula, como ensopada en sudor, los brazos de gelatina. Se creía desfallecer, le temblaban las piernas por el esfuerzo de la jornada, pero al sumergirse cada vez más, cuando el agua lamió primero su cintura, después su espalda, sus hombros, su cuello, una onda de vigor y exaltación la poseyó como si la sacudiera y el viscoso sudor desapareció. Agradeció el baño sumiendo la cabeza una y dos veces, se echó olas de agua en el pecho y al fin bebió agua del río, la tragó a borbotones, con delectación: la sed la hizo desdeñar las advertencias sobre no beber agua de río para no contraer la amebiasis, la disentería, el tifo, la hepatitis, el cólera —se repetía, preocupada pero feliz, vivificada, sin que la amedrentara recordar las hirientes palabras de la Casta Huracán sobre el ataque traidor del pez vampiro—, y ya iba a volver

a la orilla, avanzando penosamente entre las piedras puntudas que herían sus tobillos, cuando vio perpleja que un libro, un intempestivo libro flotando en el agua la golpeaba en el hombro, se hundía y se quedaba abierto contra una de sus rodillas.

Era una biblia.

—La Santa Biblia —se gritó.

Apretó las rodillas para impedir que el libro se deslizara y lo aferró con las manos: sintió que salvaba a alguien de ahogarse asiéndolo por los pelos. Era una biblia de pasta dura y negra, abierta por la mitad, ya casi derruida por el agua. Dídima alcanzó a leer debajo de la superficie cristalina: Mateo 23, y todavía pudo leer «Ay de vosotros, hipócritas, porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres» cuando el libro se desbarató entre sus manos, se deshizo como si humeara y su lomo y sus hojas desaparecieron irremediables como un ahogado que se hunde en el abismo; en vano las manos de la monja se esforzaban por atraparlo: como la cabeza de un náufrago resbaló entre sus dedos y ya no lo vio más. La monja Dídima dio un grito para llamar a los frailes, pero pronto cayó en cuenta de que nadie la oía, rodeada como estaba del estruendo del agua. Lamentó no conservar por lo menos una hoja de la biblia, la irrefutable prueba de su hallazgo, y todavía no se le ocurría preguntarse lo esencial: ¿qué hacía la biblia en el río?

Ya iba a salir del agua cuando otra vez padeció el asombro: multitud de patitos de hule pasaron flotando raudos ante ella, zigzagueando entre las aguas del río Mayo que parecían incendiadas, y los seguía otra multitud de muñequitas y muñequitos desnudos, las Evas y Adanes, las incontables biblias de juguete, perritos, ositos, teteros, cajas de condones, rollos de papel higiénico, naipes,

escapularios, sombreros rojos y morados, túnicas de seda, sandalias sin ningún pie de pescador que las calzara —pensó sin saber por qué, apesadumbrada—, todas las baratijas remitidas por la nunciatura surcaron velozmente las aguas frente a ella hasta desaparecer.

Esta vez no quiso recuperar nada, un patito, una Eva, salió del río lo más pronto que pudo, como si las aguas la quemaran, erizada de miedo, porque de pronto había comprendido que la biblia en el río y las baratijas que flotaban eran indicio de una tragedia.

Cuando llegó a la ribera ya los frailes y el guía la aguardaban, pero en ese momento no la miraban a ella sino detrás de ella: Dídima la Pura volteó a mirar y creyó distinguir sombras que flotaban en la rizada superficie del río, sombras que empujaba la corriente como espantajos a uno y otro lado, sombras de los padres agustinos, de sus rostros despedazados, de sus brazos y sus manos que se agitaban como despidiéndose, sombras tan esplendentes como oscuras en las aguas verdes del río.

Libro VI

1

De los cuatro monjes agustinos, el padre Augusto Recto era el único que jamás viajó a la jungla. Nunca evangelizó a nadie y menos pretendió cristianizar indios en la selva, pero era, en el mundo, el religioso que más sabía de historia de las misiones de la conquista de América.

Había empleado los últimos seis años de su vida en escribir y documentar un libro dedicado a los misioneros de la conquista, sus logros y fracasos. Sus superiores agustinos lo relevaron de su responsabilidad educativa —daba clases de teología en la principal universidad de la orden— y alentaron la culminación de su trabajo.

Se trataba de un estudio muy bien recreado con pormenores humanos y análisis que revelaban el lúcido comentario del historiador y la reflexión del filósofo. La noticia de su trabajo llegó por fin al Vaticano, porque todos los caminos conducen a Roma, y obtuvo el espaldarazo final, el beneplácito papal que le otorgó viáticos sin restricción para trasladarse a otros países y aprovechar los archivos de las principales bibliotecas del mundo. Entregaría el resultado final de su trabajo a Roma. Se confiaba en él, se lo apoyaba, se le ofreció habitación en una villa destinada a los protegidos del papa, aunque prefirió continuar en la vetusta celda de su convento, al pie de la universidad donde daba clases hacía años.

No solo su devoción sino su inteligencia asomaba a sus ojos, y la curiosidad que despertaba la coronación de su tarea ya concernía a

los doctores del Vaticano que aguardaban el resultado con impaciencia.

Al finalizar una mañana de invierno su obra, que abarcaba exactamente setecientas cuarenta y tres páginas escritas a máquina y a un solo espacio, el exhausto reverendo padre Augusto de Jesús Recto Pacífico se dio cuenta de que ese día cumplía cuarenta años y se encontraba solo.

Había hecho una copia al carbón de su obra, que guardó bajo llave en su escritorio, en un rincón de la celda austera. Encima del camastro reposaba el original —las más de setecientas páginas— que según las indicaciones del Vaticano, o sus veladas resoluciones, debía remitir cuanto antes a Roma, en donde luego de ser leído por los príncipes de la Iglesia pasaría a la edición y posterior aclamación universal, muy merecida. Con toda su humildad a cuestas el padre Recto no dejaba de ruborizarse de pecadora satisfacción: se dijo en broma que debía posponer la entrega del mamotreto un mes entero y darse un buen descanso como se lo dio Dios el séptimo día después de la Creación.

No.

El padre Recto era como su nombre.

Avisó a sus superiores del punto final de la *Historia de las misiones católicas en la Conquista de América,* que así se titulaba la obra, y el original fue remitido a Roma y de inmediato el padre Augusto regresó a dictar clases en la lóbrega universidad agustina.

Aguardó seis meses a que las romanas eminencias del Vaticano dieran respuesta a su trabajo. Dio tiempo al tiempo otros seis meses: un año, en total, de silencio. Sus superiores le advirtieron que del estudio de un volumen de setecientas cuarenta y tres páginas, del que tanto se esperaba y tanta luz arrojaría sobre el desmedido esfuerzo de los misioneros en la historia cristiana, no se podía pretender una respuesta inmediata. Hasta era posible que hubiese que esperar otro año, pues los doctores de la Iglesia se ocupaban más que los políticos.

Pasó un año y otro más.

Fray Recto lamentó no contar con un amigo en Roma que pudiera velar por él, darle algunas pistas sobre el resultado de su tarea.

Una noche llegó a su celda, después de horas extenuantes impartiendo clases, y la encontró desbaratada: el catre patasarriba, el armario partido por la mitad, las ropas esparcidas, los libros desventrados, el escritorio violado y, por supuesto, la copia al carbón de su libro desaparecida. No se habían contentado con buscar esa copia sino otras posibles: la celda entera fue revisada y el piso despedazado como en cualquier película de espías —no pudo evitar comparar el padre Recto, aniquilado.

Pero volvió a él, providencialmente, su fe en Dios.

Por algo Dios le destinó ese camino, eran Sus Planes, pensó, recibiría tarde o temprano una explicación, un resquicio de luz que lo redimiera.

Y la única luz que le cayó encima fue la designación a esa misión en la selva, en el más violento país del mundo.

En su rectitud de espíritu, el padre Augusto consideró que detrás de la misión se escondía la sabiduría papal, o la sapiencia de los santos consejeros de la Iglesia: era evidente que para escribir de misiones en mundos inhóspitos se hacía necesario padecer en carne propia las vicisitudes correspondientes. Le estaban diciendo, sin palabras, que a su discurso de más de setecientas páginas le faltaba que el autor se inmiscuyera con alma y corazón en lo que describía. La selva por donde deambularon los primeros misioneros existía todavía, casi idéntica, y allá lo dirigían: Ve, oveja descarriada, aprende; Pablo de Tarso no escribió acostado entre sahumerios y cojines, Pablo viajó con sus pies, uno detrás de otro, por el mundo al que quería adoctrinar, y fueron leguas y leguas de camino, sin coches ni aviones.

No.

No era esa la sabia exhortación de los señores del Vaticano.

El padre Augusto Recto, además de recto y augusto, se consideraba a sí mismo un estudioso, un sesudo escritor de iglesia, como Agustín, como Tomás, como los cuatro evangelistas, ningún pendejo, se dijo desolado, porque de pronto recordó que él era sobre todo un pusilánime, la más espantadiza gallina: desde joven descubrió que si se convertía en sacerdote tendría la excusa para no defenderse nunca y mostrar la otra mejilla, como Jesús. En realidad, se dijo, era un sacerdote desde que nació, desde que empezó a llorar, separado del útero materno, y no lloró por extrañar la calidez materna —pensó asqueado— sino del puro horror.

Un desdichado.

Nunca fue capaz de rebelarse y por eso no fue a Roma a exigir a los obispos que explicaran qué pasó con sus seis años de trabajo y

sus setecientas cuarenta y tres páginas de verdades sobre la historia de las misiones y misioneros de la Iglesia católica.

No le dirían nada, esos eruditos.

Sepulcros blanqueados.

No podían.

No querían.

Entonces pensó en su obra, en su meollo, ¿cuál era la sustancia de su libro?, ¿cuál el objeto?, ¿a qué apuntaba? La conclusión de su trabajo era tan recta y augusta como su nombre: de cien frailes misioneros en la historia de la conquista —por esgrimir una cifra— tres valieron la pena, los otros noventa y siete solo fueron esbirros de conquistadores —o de invasores, o de «tiranos», como los llamó fray Bartolomé de las Casas— que no solo hicieron la vista gorda sino que actuaron como protagonistas de la imbecilidad y la demencia, la ambición desaforada, la estupidez humana inenarrable, la crueldad y rapacidad, el genocidio de América. Hubo apenas un manojo de frailes justos, cronistas únicos de la verdad. Gracias a ellos se pudo esclarecer la participación del papa Alejandro VI y los reyes católicos —y otros papas y otros reyes— en la hecatombe de América. Firmaron leyes para mitigar las masacres a sabiendas de que jamás se cumplirían, pero recibían sin hartarse el oro y la plata que les llegaba de las Indias, no importaba que empapados en sangre de aborígenes. En todas y cada una de las páginas de su libro se denunciaba el imperialismo, el esclavismo, el racismo, se ponía en entredicho la historia que se imparte desde hace siglos en las escuelas del mundo, repleta de héroes fundadores, castellanos

intrépidos, señores magnánimos y civilizados. Porque todo en la conquista eran matanzas y expoliaciones sin tregua. Si las Indias se despoblaron en pocos años no fue a causa de las pestes. La peste peor fueron los invasores, ellos constituyeron la principal epidemia, y la guerra a muerte que desataron fue su plaga letal. Se esclavizaron indios a diestra y siniestra, se los atravesaba indefensos por millones con las espadas, se les disparaba, se los entregaba a los perros. Los aborígenes no cayeron víctimas de las enfermedades que portaban los conquistadores sino sobre todo de la brutalidad desmedida, la mortandad infinita causada por las armas del invasor, un millón de veces más efectivas que las flechas del aborigen. Los abusos y violaciones a las mujeres indígenas jamás se denunciaron: de tanto fornicar los invasores enfermaban. Y si se habla de religión y lengua como regalos especialísimos al aborigen, los llamados «valores hispánicos», la religión solo contribuyó a aplastar indios y la lengua solo fue herramienta de dominación. En las carabelas de Colón arribó la desgracia: su velamen surcando las aguas fue la viva figura de la muerte. El único bien que llegó de España fue el *Quijote*. Si se fundaron universidades, estaban vedadas para los mestizos y era cosa impensable, de risa, que un aborigen pretendiera asistir. Los «grandes caudillos conquistadores», todos esos balboas, heredias, bastidas, valdivias, ojedas, corteses, colones, quesadas y pizarros solo resultaron astutos matarifes, oro y sangre su estandarte, el engaño y la mentira se emplearon contra la pura inocencia del indio y una vez entrampado se lo inmolaba con torturas inimaginables. Que tuvieran que recurrir los conquistadores por «obligación», por «estrategia», a la sevicia y matanza para defenderse de los posibles ataques multitudinarios de los indios es otra justificación absurda,

burla diabólica. Asco y oprobio remembrar esa época, de las más aciagas de la humanidad. Se cortaban manos y orejas y narices a los aborígenes para que dieran a sus hermanos «la buena nueva» de la llegada de los conquistadores. Se escindía a las mujeres los pechos y se las ahogaba en los ríos. Y para qué morderse el alma y avergonzarse del género humano si se recuerda lo que hicieron con los niños, a fuego y sangre. Toda esa criminalidad quedó impune, y sigue y seguirá impune por los siglos de los siglos, no importa que los descendientes de unos pidan perdón a los descendientes de otros, como hacen los hombres.

La cabeza entre las manos, la frente sudorosa, el padre Recto entendía que era eso lo que había escrito.

Y se lo repetía una y otra vez mientras volaba en avión a la congregación de misioneros, transido de miedo hasta en los huevos, porque él no servía para vagar entre serpientes y panteras y porque de pronto entendía cuál era la intención de los doctos diabólicos del Vaticano: cagarse de risa en su cadáver, y que ojalá se lo comieran los caníbales.

Al considerar eso —el rostro apoyado en la fría ventanilla del avión, rodeado de otros misioneros avezados—, el reverendo padre Augusto de Jesús Recto Pacífico lloraba. Lloraba en silencio, para que nadie lo oyera, y doblaba la cabeza para que nadie lo viera. Si por lo menos hubiera escondido otra copia de las setecientas

cuarenta y tres páginas de su libro, ¡cómo permitió que aniquilaran su obra!

Soportaría su cruz, se repetía ahora, sufriría en la selva lo que sufrieron sus antepasados de las misiones, y después regresaría con más fuerzas para contarlo todo palabra por palabra, y ya no serían setecientas sino mil, dos mil, tres mil páginas de revelaciones.

2

Si algo mortificaba a fray Augusto Recto en la selva era solventar sus necesidades, o hacer del cuerpo, o cagar —se corregía él mismo, ofuscado—. No era asunto de orinar sino de «evacuar, excretar, deponer, defecar». Prefería no buscar otras palabras, pero le daba igual, el tormento era idéntico. Cuando después de alejarse de los demás, cuando a pesar de encontrarse ya oculto en la fronda se internaba todavía más y se acuclillaba con los pantalones abajo, un chubasco de insectos de toda ralea, moscas, hormigas, abejas, jejenes, lo rodeaba sin clemencia y lo acometía no solo en el ano, cuello, ojos y manos sino en los hoyos de la nariz y de las orejas, sin tregua. Se preguntaba si a los demás les ocurría lo mismo, o si era el único hostigado de semejante modo —no sería raro, las peores cosas le ocurrían a él, y que Dios lo perdone por pensarlo.

Esta vez el ataque fue implacable. En el sudor que mojaba sus párpados las abejas lamedoras hacían un festín, no lograba abrir los ojos, la miel del sudor atraía a las abejas como al panal, y mientras tanto sentía el aguijón de mil bichos diferentes en la nuca y en las nalgas, los oía alborotar encima de sus heces enloquecidos

enloqueciéndolo mientras alrededor la selva era un compacto puño verde que apretujaba el corazón, una cara monstruosa que se burlaba, una trampa húmeda de veneno en el aire, una mordaza de lodo que negaba toda posibilidad de descanso, toda esperanza.

¡Y pensar que no era mucho el tiempo que llevaban en la selva! ¡Se padecían las horas como siglos!

En eso sintió que algo se había posado en su nuca o aplastado encima, justo después de limpiarse con el papel higiénico, cuando pensaba que gracias a Dios todavía no tenía que frotarse con la hoja de un árbol —él era capaz de agarrar una rana venenosa en lugar de la hoja—, cuando ya se disponía a subirse el pantalón sintió que algo como un ala acobijaba su nuca y no se quitaba de allí, no iba a quitarse jamás, algo como un guante, una zarpa de jalea, un par de labios enormes que palpitaban al unísono con su sangre. Con gran temor alzó la mano a su nuca y sintió la piel áspera, ajena, de aquello repugnante que no se apartaba, por más que saltó y se agitó como en ascuas. Pero al fin la cosa se desmembró de él: era un murciélago vampiro. Lo vio volar como una mancha vertiginosa y desaparecer en las sombras de la jungla. Su nuca estaba húmeda. Cuando miró su mano la tenía empapada en su propia sangre. Entonces se hundió en la más negra desesperanza como si de pronto se hiciera la noche alrededor, una noche aciaga, en los intestinos de la selva.

Casi trotando abandonaba el lugar para reunirse con los suyos cuando oyó el ruido de un avión en el aire. Levantó los ojos pero no pudo distinguir mayor cosa: el techo de hojas entreveradas impedía

ver el cielo. El avión voló a ras de los árboles, sin que él pudiera apreciar nada. Fue corriendo a la orilla de la fronda y sin embargo no quiso mostrarse por completo: una suerte de presentimiento lo indujo a seguir oculto, pero con la posibilidad de abarcar mejor el cielo de una mirada, por si volvía a pasar el aparato sobre su cabeza. Así fue: era un hidroavión volando en círculos en torno al lugar donde acampaban. Por un momento tuvo la ilusión de que la misión religiosa abortó y mandaban por ellos. No demoraría en posarse el aparato en el río y recogerlos. Pero desechó la idea porque era fácil apreciar que el hidroavión resultaba pequeño: cabrían en él uno o dos pasajeros, ¿cabrían los cuatro?, ¿por qué no?, era posible que otras naves idénticas volaran en busca de los demás frailes. El padre Recto se estuvo indeciso, con la selva a su espalda, ante un descampado donde podría salir y agitar los brazos para llamar la atención de los que volaban. No lo hizo. Siguió oculto. ¿Por qué? Eso se preguntaba cuando el hidroavión regresó volando a flor de los árboles, justo hacia él. Pudo ver que tenía la puerta abierta y que, atrincherado en el borde, prácticamente colgando del cinturón de seguridad, un hombre se dedicaba a tomar fotos del sector donde ellos se encontraban; era posible que fotografiara en ese momento a sus hermanos de Orden, Hortensio Golondrino, Silio Cisne y Nilo Grácil, los tres frailes que dejó en la playa del río, encendiendo una fogata, porque iban a asar una anguila, la afortunada pesca del día. El hidroavión se alejó para regresar al minuto, el fotógrafo apuntando con su cámara, justo encima de él: el padre Augusto retrocedió quién sabe por qué, protegiéndose entre los árboles de ser descubierto. Esta vez alcanzó a distinguir que el fotógrafo vestía el uniforme militar, ¿no era el teniente Malverde?, y que después de

una última foto se replegaba y cerraba la portezuela. Ahora sí el aparato, o su sonido, desapareció para siempre en el cielo. De modo que no acuatizarían —pensó, con un extraño sentimiento, un revuelto de alivio y aprensión: nadie los recogería.

Y se dirigió al sitio donde dejó a los frailes, el rudimentario campamento al borde del río. Siguió el rastro de sus propias huellas en el barro, en dirección a una acacia amarilla, en lo alto de un barranco. Detrás del árbol había un declive de greda y matojos, directamente encima del campamento. Se oía el río, el canto de pájaros, zumbido de moscas, chillidos esporádicos y desconocidos, y, de pronto, carcajadas estruendosas en el aire que lo hicieron detenerse, intrigado, pues no reconocía la risa de los frailes. Fue igual que si oyera otras voces. No reían de semejante manera Hortensio Golondrino, Silio Cisne y Nilo Grácil, ¿o eran ellos?, a veces el motivo de la risa hace que la misma risa varíe, que la espontánea explosión de risa cambie de timbre, se retransforme, de modo que no parecen los que ríen los dueños de la risa sino otros seres, incluso especímenes horrendos, ¿o habían llegado otras personas, otros entes, a visitarlos a ellos, a preguntarles cómo les iba en la selva?, podía ser, era lo más probable —todo eso se repetía Augusto Recto envuelto en dudas, irresoluto como nunca en su vida.

Rebasó la acacia amarilla y, debajo de su sombra, ya en la cima del declive, se echó bocabajo y avizoró por entre las espigas. Las hojas como dedos de la acacia colgaban sobre su cabeza y rozaban sus ojos como caricias burlonas, desesperándolo. Se arrastró un poco y lo que vio lo dejó estupefacto, primero porque no entendió lo

que veía, y porque después de entenderlo siguió sin entender mayor cosa. Había tres soldados riendo ante un trípode con cámara fotográfica que apuntaba al campamento de los frailes, y, alrededor del trípode, regados en tierra, largos arcos de palo de chonta con sus flechas desperdigadas y diversas lanzas y cerbatanas. Uno de los soldados devoraba el contenido de un enlatado, escarbaba en su interior con los dedos y seguía comiendo mientras reía. El padre Recto se empecinaba en averiguar por qué reían. Otro soldado sostenía un arco sin su flecha, como si la acabara de disparar, y, en efecto, a pocos metros fray Recto entrevió un mono blanco atravesado por la flecha y pegado al tronco de un tamarindo: los desorbitados ojos del mono que agonizaba parecían llorar y mirar estupefactos a cada soldado, uno por uno. Al fin los soldados dejaron de reír y empezaron a desmontar el trípode, a recoger arcos y lanzas metiéndolos en sacos de lona, ¿qué sucedió?, la escena no podía ser más grotesca por lo extraña, y además no aparecían los frailes por ninguna parte. El padre Recto decidió que ya era tiempo de dar cuenta de su presencia y acabar con los interrogantes. Iba a incorporarse y entonces su mirada abarcó sin pretenderlo el terreno al que apuntaba la cámara fotográfica, más allá de los morrales, más allá del bulto de lona, más allá de las hamacas que colgaban, más allá del montículo donde humeaban los restos de la fogata con los trozos achicharrados de la anguila ensartados en un palo. Detrás de la fogata, detrás de hilos de humo, vio lo que parecían tres puercoespines o tres erizos gigantes o tres bolas blancuzcas plagadas de púas, y se preguntó qué eran, empezó a preguntarse a gritos qué eran esas manchas de espinas, qué podían ser sino los tres cuerpos de los frailes acribillados de flechas y lanzas, tal y como

murieron a manos de indios los obreros y el ingeniero, los antropólogos, etnólogos y lingüistas, y empezaba a entender y no deseaba entenderlo, ¿eran los militares los que flecharon a los frailes?, ¿los fotografiaron como la excusa decisiva para iniciar la invasión?, el padre Augusto se incorporó, quiso huir de inmediato pero ya le temblaban las piernas y un frío de pánico lo derrotó hasta la inconsciencia y rodó al fondo del declive, el barranco cubierto de malezas.

El ruido no pudo ser más estrepitoso. Los soldados escucharon las ramas partiéndose, pero no vieron al fraile.

—¿Es que hay otro pendejo? —gritaron arrojándose al agujero por donde cayó el fraile, y buscaban encolerizados al posible testigo. Fray Recto había atravesado la cama de hojas y caído en lo más hondo de la enramada donde hocicaba una piara de cerdos que brotaron intempestivos en mitad de los que buscaban, atropellándolos. Riéndose de sí mismos los militares abandonaron la búsqueda. Corrieron al rincón donde los tres frailes yacían bocarriba, irreconocibles, cosidos a flechas, y los examinaban con atención, empujando los cuerpos con la punta metálica de sus botas.

Y mientras tanto, hundido en el hoyo, el padre Recto empezó a despertar del desmayo. Esperó un tiempo prudente y después se asomó como al infierno.

Los tres soldados hurgaban en los morrales de los frailes, en el bulto de baratijas de la nunciatura, y descubrían las Evas y Adanes: reían más que dementes y enlazaban a los muñecos en todas las posturas como si copularan.

En su delirio, el padre Augusto de Jesús Recto Pacífico pensó que si lograba ganar la otra orilla del río lograría salvarse. Un horror desmedido lo acicateaba. Corrió como pudo al río, a su orilla más próxima, sin volverse a verificar si lo seguían los uniformados. En su carrera desbocada descubrió la gran piedra horizontal que parecía abarcar la totalidad del río, como un puente. Pero llegó a la punta y vio que la piedra solo llegaba hasta la mitad de las aguas, y que desde su pico le sería imposible saltar a la otra orilla. Entonces se arrodilló y elevó los brazos al cielo y su mirada se perdió en la inmensidad, helado de espanto. Se esforzaba por dirigir su alma a la oración. No escuchó las voces que lo llamaban por su nombre desde abajo, no vio pasar rauda la canoa con los jesuitas que lo contemplaban pasmados. Augusto Recto siguió orando, y no supo cuánto tiempo. Entonces oyó sin oír, imaginó, latentes, las risas monstruosas que parecían sacudirlo por los hombros, y era que en un recodo del río, a escasos metros de la piedra donde él oraba, en una orilla de la selva apretujada, asomaban arrastrados por los soldados los cadáveres de los frailes como enormes erizos: ninguna de las flechas y lanzas se desprendía de sus cuerpos, así de fuerte debió ser el impacto que atravesó la carne y los huesos. Allí los dejaron los soldados y corrieron a traer las mochilas y el bulto de lona. Regresaron y continuaban riendo, pero no se los oía a causa del tumulto del río, y, sin embargo, imaginar las risotadas era peor para el padre, era un eco por dentro que lo obligaba a cerrar los ojos, a desear precipitarse al río y que el torbellino se lo tragara. Solo veía las cabezas de los soldados que se sacudían, sus caras achinadas, las bocas desencajadas, los ojos empequeñecidos, y, sin embargo, los oía. Uno de los soldados lanzó una biblia al río, otro los

morrales, y siguió el bulto de lona, al que rajaron por la mitad regando su contenido en las verdosas aguas del Mayo. Y por último arrojaron los tres cadáveres como erizos. El padre Augusto Recto alcanzó a orar otra vez, pedía al cielo que no lo vieran: y no lo vieron, ninguno de los soldados lo vio.

Volvió a desmayarse en la piedra, los brazos en cruz.

3

De los jesuitas que presenciaban el paso de muertos por el río solo el juvenil Santángel lloraba. No hacía mucho que conocía a Hortensio Golondrino, pero la primera noche en la Misión ya los había unido. Ahora, distinguir el corpachón del padre Golondrino como un erizo níveo boyando a la deriva fue demasiado. Un infierno se avecinaba, pensó mientras lloraba, mucho más atormentador que el de la Biblia: la selva. Pero juzgó que los moradores de la selva eran más infierno que la selva y que por eso, justamente, debía imponerse la evangelización, a despecho del miedo o de la muerte —si se presentaba como se presentó a los agustinos.

Imaginó y padeció una flecha atravesando su corazón, y otra su hígado, y otra su muslo, su cuello, igual que el mártir Sebastián.

Y enrojeció de terror y placer.

De inmediato el Señalado se propuso rescatar los cuerpos que flotaban para darles cristiana sepultura. Así lo dijo a sus apóstoles, como una orden. Regresaron corriendo sobre sus pasos y se

embarcaron en la canoa, en pos de los cadáveres de los agustinos. Y no demoraron en darles alcance, en un remanso oscuro del río, quieto y abismal como un funesto presagio. Allí distinguieron los hábitos de los agustinos que chapoteaban entre burbujas de greda. Con los remos empujaban los cuerpos a la orilla, tres en total, y todos irreconocibles por la sencilla razón de que eran idénticos: solo esqueletos perfectamente mondados por cientos de pirañas que en ese recodo hicieron una fiesta instantánea.

La monja Dídima se cubrió los ojos para no verlos. Hubiera querido encontrarse en su cama, en su celda, entre los muros espesos del convento, en el letargo diario de la oración y educación de los niños, pero apartó sus manos y volvió a ver las calaveras espantosas, de cara al cielo. Sanpedro y Santángel acabaron por fin de arrimar las osamentas a la orilla, mientras Eusebio Zas examinaba con atención las flechas y lanzas que se mantenían adheridas a los huesos. Amarraron el bote y se dedicaron a reconocer en lo posible la identidad de los cadáveres. No lo lograron. El trabajo de las pirañas había sido expedito y uniforme: los tres esqueletos tenían la traza de cualquier humano cuando la piel y la carne se han ido. Faltaba el cuarto agustino, y tenía que ser fray Augusto Recto, al que vieron orando en la piedra.

—Por él regresaremos —dijo el Señalado—. Tan pronto enterremos a nuestros hermanos.

Sanpedro y Santángel empezaron a cavar con los remos en la tierra gredosa, y se les unió el Señalado mientras oraba como si cantara. La monja Dídima improvisaba una cruz con dos ramas. El

cielo se ensombreció encima de ellos. Una sombra de vapor negro recubría la superficie del río. Cuando el último de los cadáveres quedó enterrado, más truenos y relámpagos se revolvieron en la distancia. La tormenta no demoraría. Solo entonces los santos se percataron de que Eusebio Zas permanecía quieto, como paralizado a un lado del bote. No los había ayudado a cavar. Sostenía entre sus manos algunas de las flechas y lanzas recuperadas de los cadáveres. Entonces lo oyeron hablar, mientras señalaba las puntas de las armas, todas de bruñido metal:

—No son de hueso, no son de palo, no son de piedra. Estas no son flechas y lanzas indígenas. Son imitaciones. Las puntas de flechas de indios están hechas por lo general de huesos de mono fijados con cera de goma. Los asesinos debieron ser los soldados.

El juvenil Remolino Santángel resopló agradecido.

—Yo no aceptaba creer que fueran los indios —dijo—, nunca lo quise creer. Los nativos no pueden matar así.

—Han matado y siguen matando —dijo el guía—, no se haga ilusiones. Pero matan con sus propias armas y sus propias razones. Los asesinos son los soldados. El general Agrícola tendrá la excusa para su guerra.

Un trueno reventó a lo lejos. Empezó a llover. Eran gotas gordas y negras del tamaño de huevos estallando alrededor. Terminaron de apisonar la tierra de las sepulturas y oraron ante la cruz. Después corrieron al interior de la selva, donde a pesar de la extraña lluvia encontraron sitios todavía secos, debajo de la techumbre de árboles. Allí, arropados con las capas de hule, dormitaban, las espaldas recostadas al tronco de un ceibo.

No querían hablar más.

Libro VII

1

Para emprender la colosal operación al otro lado del muro de árboles, el general Máximo Agrícola dispuso un plan de batalla en toda regla. Decidió arremeter al enemigo por tierra, agua y aire, y arremeterlo al tiempo, de modo que no quedara Uao con cabeza. Pero jamás revelaría el principal objetivo de su arremetida: fundar tres ciudades en la selva. La primera, la capital del sueño, llevaría el nombre de su venerada madre, Santa Nazaria. La segunda tendría el nombre de su padre: San Olegario. Y la tercera el nombre de la menor de sus hijas, muerta al nacer: Santa Apolonia. Pensaba que las tres ciudades erigidas en lo profundo instaurarían su memoria para la eternidad.

En sus propósitos de exterminio no solo se incluían los Uao y demás pueblos indígenas, civilizados o no, sino los micos y jaguares, serpientes y caimanes y otros bichos invictos que imperan a su manera en la selva. Y en su insensata beligerancia el general Máximo Agrícola pretendía acabar también con la selva, desnudarla de sus agrestes vestimentas (le gustaba compararla con una mujer arisca), violarla por arriba y por abajo y demostrarle carajo quién manda y después sacar de sus entrañas todo el oro que escondiera, ya negro o amarillo y por último preñarla de civilización —así decía.

—Es lo que debió hacerse hace un siglo —dijo Agrícola exultante a sus oficiales, frente a un mapa desplegado sobre la mesa—. Pero los tiempos —recordó una proclama de Simón Bolívar o de alguno de

sus historiadores— aguardan siempre al héroe, al redimidor de pueblos, al protohombre que los transformará.

Mientras se disponían las fuerzas de penetración transcurrieron los diez días acordados para recoger a los clérigos. En un operativo teatralizado, como un fingimiento público, fue enviado el helicóptero a los cuatro puertos de destino y, como era de esperarse, no encontraron o no quisieron encontrar el más mínimo vestigio de misioneros. Se concluyó que sin guías, sin armas y sin alimento lo más probable era que los frailes se hubiesen desquiciado y devorado entre ellos, o sucumbieron exterminados por los indios, los insectos o las fieras. Para Agrícola y sus estrategas eso era lo de menos: después de mostrar al mundo las fotos de los tres agustinos asaeteados, los tres como enormes erizos, el mundo había dado permiso para una invasión en regla. Inútil hablar de culturas por proteger, de la flora y la fauna amenazadas. Las cosas había que enfrentarlas y domesticarlas, así acordó el mundo con el general Agrícola.

Desde la Santa Sede llegó un mensaje como una invocación al castigo. «Dios no exime a los pérfidos», escribieron los doctores de la Iglesia, los mismos que confiscaron el memorial del padre Recto sobre la historia de los misioneros en la conquista.

Después del helicóptero, que regresó vacío de frailes, Agrícola ordenó que una escuadra de aviones ubicara con exactitud la población indígena. El parte de los aviones solo habló de una

extensión de siete millones de kilómetros cuadrados de selva virgen, excepto unas cuantas barracas diseminadas aquí o allá, explanadas vacías a punto de ser tragadas por la vegetación y bohíos de paja podrida cuyos habitantes debieron desaparecer hacía siglos. En algunas de las fotos que se tomaron desde el aire se distinguieron las sillas del avión accidentado que los Uao se llevaron a modo de trofeo repartidas en la cresta de los árboles como fantásticos adornos. En una de las sillas, en lo más alto de un árbol de nuez, a unos sesenta metros de altura, se adivinaba muy bien sentado un peludo chimpancé tan blanco como un copo de nieve. Las ventanillas del avión también se descubrieron, colgadas de los brazos de otros árboles, como péndulos, igual que las sotanas de los frailes, que parecían fantasmas ahorcados, sin rostro y sin carne, y además su ropa interior, calzones y calcetines como bichos extraños, una llanta de avión a modo de trapecio, láminas del fuselaje como espejos parpadeantes y las alas y la cola como un gran pájaro descabezado.

En otra de las fotos, que mostraba una especie de terraza, se pudo distinguir la biblia y el cáliz de los religiosos en un gran tiesto de barro atiborrado de algo como tortugas petrificadas. La última foto revelaba en detalle los tres sombreros que los campesinos perdieron: seguían como adorno en la punta de tres lanzas, en mitad de una especie de templo al aire libre, recostados contra una aglomeración de cráneos.

Con la contemplación de esas fotos Agrícola empezó a entender que la selva era algo más que demasiado grande.

Los Uao podían haberse escabullido hacía tiempos en lo inexpugnable, carajo.

Pero tenía tres mil hombres bajo su mando (tres mil trescientos treinta y tres), y tres ciudades que fundar.

El ingeniero Hanato Nakamura no perdió su tiempo. Ahora protegido por las fuerzas del orden se dedicó a explotar con avidez los nuevos yacimientos de petróleo. A su tropa de obreros se habían incorporado como capataces «sin nombre» los guías desertores, Gaspar Quesada, Luis de Cartagena y Juan de Mendoza, que nunca recibieron mayor premio de los militares, ni oro ni viajes. Se les recomendó «comer callados», so pena de morir descuartizados, al mejor estilo del país.

Día a día avanzaba irrebatible la compañía petrolera como una sola máquina tragadora de árboles: los claros en esa zona, en límites con la Aldea, eran cada vez más anchos. Se hizo una carretera y pronto los campamentos de la compañía se extendieron a lo largo del Gran Río, y alrededor de ellos como parásitos buscaron albergue ladrones, prostitutas, tahúres y vendedores de lotería, mendigos y bobos de pueblo, ciegos y tullidos, traficantes, mercaderes, cantineros, fanfarrones y bribones, escoria pura.

Fortificado por el petróleo un nuevo país se enfrentó al país de la selva y empezó la pugna. Pero la negra mancha de petróleo era diminuta comparada con la enormidad de la jungla, el reino que el general Agrícola quería expropiar. Hanato Nakamura se quedó en su sitio, con sus yacimientos, como si se encogiera de hombros, y Agrícola siguió en su propósito, organizando fuerzas para atacar. Incluso se olvidó de la misión religiosa malograda en la selva y se

olvidó mucho más de los misioneros —ya de seguro convertidos en mártires.

Los únicos que no se resignaron a esa pérdida fueron los religiosos que quedaron en la Aldea, el capellán coronel Nigidio Sexto, que se consideraba a sí mismo un comandante espiritual con grado de general de división, y su protegido, fray Ladislao Adistancia, ambos a la cabeza del contingente de monjas que oraban y medraban en la Misión, a la espera de la inauguración del Colegio Japonés del Sagrado Corazón de Jesús —colegio inexplicable porque no aparecían niños Uao por ninguna parte.

Reunidas como en cónclave del Vaticano, las religiosas decidieron no quedarse de brazos cruzados. Bajo ningún punto aceptarían la muerte de los demás misioneros y sus monjas acompañantes, ángeles y santas que no merecían la indiferencia del mundo. Era inadmisible que corrieran la misma suerte de los agustinos fotografiados en la selva, con tantas lanzas y flechas en los cuerpos que parecían san Sebastianes. Además, los agustinos eran cuatro, ¿dónde estaba el cuarto agustino?, ¿dónde sor Teodora, la santa acompañante?, ¿qué se sabía de Gaspar Quesada, su guía, ese buen hombre? Irían a buscarlos a todos, guías, santas y ángeles. Así decidieron una noche de cirios encendidos. Allí oraban, enrojecidas por la pasión de la futura cruzada, la madre Melia, de dulces secretos, sor Mariela Carnera, con todas sus carnes a cuestas, sor Amatoria Meléndez, muy inteligente en el arte de freír buñuelos, la hermana Diana Banana, planchadora de sotanas, la madre Lala, tendedora de camas, la madre Tegea, de cien años, la madre

Aleluya, dramaturga, sor Eucaria, ciega, las monjas Ágata y Eutiquia, cobradoras de impuestos del cielo, las madres Girolda, Basilia y Heradia: «Santísima Trinidad», la agria Miel Emperadora, las tiernas Maguncia y Silesia, la larga Lusacia, la alba Blanca Nieves, la madre Barbarrosa, de rojo bozo encima del labio, y su infaltable sombra detrás, sor Becerra, y las madres Demetria Muelas, ansiosa de abrazos, Cefalia Escolopendra, de ochenta años, y Leoparda Sol de África, de piel color betún resplandeciente, que andaba como si ardiera.

A ellas se aunaron, ¡cómo no hacerlo!, la canosa y corpulenta madre Fígara y sus jóvenes cocineras, las benedictinas Pulcra y Silveria —la una dueña de un par de rodillas como naranjas y la otra de un par de orejitas como bizcochuelos.

Veintiséis santas.

Veintiséis santas que se empecinaron en convencer al capellán Nigidio Sexto de organizar ellos mismos, por su propia cuenta, una búsqueda milagrosa de sus hermanos. Así la denominaron: búsqueda milagrosa. Y alegaron que el capellán conocía la selva como el mejor de los guías, ¿no fue él quien encontró a los frailes accidentados en la manigua? ¿No era el padre Ladislao Adistancia un muchachón fornido y empecinado? ¿No estaban ellas inspiradas por el Espíritu Santo?, ¿no levitaban insufladas de la Divina Gracia?

Máximo Agrícola no concedió ni un soldado para acompañar a esas dementes.

Y amenazó con degradar y retirar del ejército al capellán coronel si daba un paso en la selva sin su consentimiento.

Nigidio Sexto replicó que él solo obedecía a Dios.

Perdió su jerarquía de coronel, perdió su capellanía y guardó únicamente el rango que se había inventado para él: comandante espiritual con grado de general de división.

Máximo Agrícola, igual que el ingeniero Nakamura, se encogió de hombros ante la deserción. No daba ni un día de vida a la expedición religiosa.

Los olvidó.

Inició la guerra.

Una guerra inaudita, porque no existía, visible, ningún ejército oponente, aparte de árboles y más árboles alrededor.

2

Las huestes de Máximo Agrícola se dividieron en cinco frentes.

Los comandados por el teniente Juvencio Malverde, trescientos treinta y tres jóvenes, díscolos y fatuos como él. Nadie sabe por qué se hacían llamar los Canarios Blancos, y ostentaban su propio estandarte, una bandera en seda, que ondeaba orgullosa en su campamento, que tenía pintados tres canarios blancos sobre una rama azul en mitad de un círculo rojo.

Consumados abusadores, los Canarios Blancos solo servían para comer y dormir, yacer con impúberes, dormir y orinar y volver a dormir.

De familias de alcurnia, la conflagración en la selva era para ellos otra aventura de qué vanagloriarse.

Los reunía la tierna edad, pero también la mancha homicida. Porque todos, en algún momento de la vida, cometieron ese desliz.

De niños, mataban con especial crueldad las mascotas de los solares, entre perros, gatos y caballos, y, más grandecitos, asesinaron por deporte a cualquier limosnero que encontraran por azar, y siguieron los criados, cuando cometían la más leve falta, las camareras, los sastres, algún pariente, cualquier desconocido. Para evitar que purgaran la pena en las cárceles se les concedió participar en la guerra, pues se creyó que la guerra los compondría, que lavarían con sufrimiento la sangre que un día regaron.

Pero ir a la guerra fue el mejor acontecimiento de sus vidas, el más alto premio.

Destacaban por sus uniformes impecables, se rasuraban la barba y se bañaban todos los días, se perfumaban y oían música de moda antes de dormir. Sobresalían en el ataque a traición, con artilugios, combatían siempre a distancia y eran por eso muy buenos francotiradores.

Jóvenes imberbes y ladinos, se pavoneaban de la mañana a la noche ante el oscuro muro de la selva. Y mientras la guerra empezaba se dedicaban a disparar a los cocodrilos, a las nutrias y los delfines rosados, a los puercos de monte y otros animales que pacían en las orillas del Gran Río.

Tres embarcaciones los aguardaban para adentrarse en la selva, tres cañoneras resplandecientes, atracadas en las amarillas aguas del Gran Río, sus capitanes pendientes de que Malverde diera la orden. Pero el teniente se limitaba a repetir refranes a propósito de la guerra, que era lo único que había aprendido en el Colegio Militar. Decía que con guerra se acaba la guerra y que más vale buena guerra que mala paz, porque la mala paz es peor que la guerra.

Quinientos hombres desfilaban al mando de los sargentos Jacob Malvenido, Cayo Nestorio y Conrado Esturión —el Triunvirato Indomable, como se hicieron llamar—. Así lo dispuso Máximo Agrícola, ignorando en su elección a otros oficiales de más alto rango. Estos quinientos se proclamaron a sí mismos Legión Estambul. Antes se habían llamado Legión Andaluz y después Legión Belcebú y nunca se supo qué determinó los nombres con que se autoproclamaron. Habían sido todos criadores de puercos cuando niños, no sabían leer ni escribir, y también la mancha homicida los distinguía sobre los demás. Reputados degolladores, sorprendentes desolladores, no cargaban un muerto o dos sobre las espaldas sino cientos; coleccionaban sus muertos como otros coleccionan amores y se jactaban de las masacres que perpetraron: memorizaban sus fechas, los rostros y gritos de los «despachados», sus olores y sabores, el paisaje de madres y novias que los rodeaba al pegar su último alarido, el humo y calor de los incendios, y recitaban en público esos recuerdos para envanecerse como famosos juglares. Semejantes confidencias ocurrían sobre todo en la noche avanzada, al calor de la chicha, mientras aguardaban la orden crucial para saltar a la selva y tragarse las vísceras del enemigo.

Los capitanes Quinto Visanio y Segundo Salustio mandaban otra hueste feroz, conformada en su totalidad por seiscientos expresidiarios, engendros que cumplían cadena perpetua y que por beneplácito de la guerra vieron la libertad. Las caras de Los Condenados Libres —como se hacían llamar—, sus cicatrices, sus

gestos, la espuma de sus labios, metían miedo en los demás soldados, por más curtidos que fueran. Sus voces eran peludas y broncas y sus risotadas daban aviso de que una futura tempestad humana se abatiría sobre la selva y la engulliría como se traga a un patito rosado el hambriento caimán.

Hábiles estranguladores (estrangulaban a lazo y eran especialistas en el arrancamiento de orejas a mordiscos), los Condenados Libres irían a la vanguardia y solo esperaban una señal de sus capitanes para lanzarse a desorejar indios.

Serían los principales colonos de las ciudades que Agrícola pensaba fundar.

La idea de aliarse con semejantes paquidermos fue del presidente de la república. Quería perpetuarse en el poder y para eso recurría a todas las fuerzas homicidas, entre matones a sueldo, ya escopeteros, ya dinamiteros, ya cuchilleros o espadachines. Su estrategia no paró allí: con el fin de fortalecer el llamado Regimiento Invencible, conformado por mil veteranos capitaneados por los mayores Carmelo Valaquia y Ágato Lázaro, extendió su influencia internacional para hacerse con los servicios de quinientos mercenarios, entre soviéticos y alemanes, que eran célebres pistoleros, trescientos africanos duchos en matar a garrotazos y cien americanos armados hasta los dientes. Todos estos esbirros quedaron bajo la égida del general Máximo Agrícola, que se jactaba de haberse graduado en West Point, que adoraba la cerveza y las albóndigas picantes de Detroit, que repetía a gritos que su mujer era de Chicago y sus hijas de Nueva York. Se apertrechó con sus esbirros en las instalaciones de La Marimba, en compañía del alcalde

de la Aldea, Basilio Bastidas, de don Jorgito Belén, dueño de la mina de oro, y de sus invitadas, la Nena Madagascar y sus dos majas.

Para complacer las urgencias de los mercenarios la Nena ordenó una remesa de cincuenta huérfanas de La Meca, con destino La Marimba, que llegaron en un solo viaje de helicóptero, una encima de otra.

Así se daba el primer paso de la guerra.

3

También las veintiséis monjas que conformaban la búsqueda milagrosa emprendieron la expedición a la selva, bajo la égida del padre Sexto, su comandante espiritual. El monje Ladislao Adistancia encabezaba la partida como el nervioso pastor que vela por sus ovejas. El párroco de la Aldea salió a despedirlos, a la vera de un camino de piedra, en compañía de indios y aldeanos. Ninguno de ellos estaba autorizado por el alcalde Bastidas para acompañarlos, so pena de caer señalado como infractor de ley. El párroco, viejo y enfermo, dio la misa y comunión y aprovechó para excomulgar al alcalde y los militares que dieran un solo paso en la selva sin el consentimiento de Dios. Pero la separación fue más triste que entusiasta, como si ya nunca más se volvieran a ver.

Pronto pesaron los años en cuatro de las veintiséis monjas expedicionarias. La dura fatiga se hizo presente en sus huesos, y a menos de una legua de distancia, en un remanso del río Niebla —otro de los incontables ríos de que estaba hecha esa selva exorbitante, de árboles más altos que el cielo—, debieron quedarse

sentadas, abatidas sus cabezas, la madre Mariela Carnera, con todas sus carnes a cuestas, la madre Tegea, de cien años, sor Eucaria, ciega, y Cefalia Escolopendra, de ochenta años. Se comprometieron a llevarlas de vuelta la joven Diana Banana, planchadora de sotanas, y la recia madre Lala, tendedora de camas. Ambas sabrían arreglárselas para transportar a gordas y ciegas y ancianas —dijeron con muy buen humor, al tiempo que las otras veinte santas reanudaban su camino guiadas por los ángeles Nigidio Sexto y Ladislao Adistancia, dichosos entre mujeres.

Detrás de un florido cerco de gualandayes las veinte santas y sus dos ángeles desaparecieron.

Las monjas que naufragaron derrotadas a orillas del Niebla no emprendieron su regreso de inmediato. Allí tenían una cesta con papas y yucas hervidas y un pollo asado. Recuperadas las fuerzas, después de agradecer a Dios, se preguntaron por qué el río Niebla lleva ese nombre, y la misma naturaleza lo corroboró: una niebla morada empezó a flotar delgadamente sobre las aguas. Mariposas azules volaban alrededor. De pronto descubrieron que estaban rodeadas de orquídeas color púrpura que crecían en el mismo pasto donde se habían sentado. Los colibríes de cabeza esmeralda surcaban el aire, tan cerca de ellas que si extendían la mano los acariciaban. Una lagartija anaranjada, que cruzó rauda en medio de ellas, las hizo reír más que asustar. Después una bandada de loros las enterneció de alegría. Vieron una guacamaya volando como si rozara a saltos la niebla del río. En los lotos gigantes se posaban las mariposas azules y bebían de las gotas cristalinas. Apareció y

desapareció un tucán en el cielo; más allá se encumbró un águila arpía, después un alcaraván, y detrás de los arbustos de achiote había patos y gansos discurriendo por las orillas. En dirección a un terreno de piñas silvestres avanzaba confiado un oso hormiguero. Se habían quedado paralizadas y por eso la flora y la fauna volvían a palpitar serenas a su derredor. Reconocieron a los saltamontes, inseparables amigos venidos de otro planeta, sus espirituales presencias las confortaron, pues no todo eran jejenes y hormigas furiosas. Un armadillo asomó, las miró dulcemente y desapareció. Descubrieron entre la verde muralla de árboles que había uno como una alta mancha de sangre, así de rojo fosforecía, y cuando volvieron los ojos al río la niebla era más densa, igual que una cálida mano que se abalanzaba encima de sus cabezas, aletargándolas. Eso no las espantó, ni las empujó a apresurar su regreso a la Aldea. Un soplo divino las hizo sentir que rezaban en silencio. Simplemente entendían la divinidad. Ángeles en cuerpo de lirios las miraban directo a los ojos, ¿o veían con los ojos del espíritu?, era el soplo divino, dijeron, y enumeraron, entre todas, riendo, señalándolas en el aire, ciento cuarenta y cuatro mariposas azules —doce por doce, el número perfecto, dijo la madre Tegea, de cien años, y dijo que hubiera querido morirse en ese instante, pero no se moría, no se acababa de morir.

Veían el esplendor de la Divinidad, entendían la bondad del amor. Vivían en carne propia la correspondencia de las cosas naturales con las espirituales. El sol del cielo era el Señor, el calor era la bondad divina, el sol del cielo era la bondad del amor, la luna era la bondad de la fe, así oraban las seis santas como si evocaran al poeta predicador.

Y, receptoras del soplo divino, se dejaron tragar por la niebla del río hasta desaparecer.

Libro VIII

1

Mala apertura tuvo la invasión del general Agrícola, malos auspicios: su ejército de tres mil trescientos treinta y tres hombres empezó atacándose a sí mismo.

En las filas de los Condenados Libres, expresidiarios de voces peludas, hábiles estranguladores, arrancadores de orejas, la impudicia, la procacidad, los noventa días de abstinencia que llevaban desde que fueron liberados de las mazmorras para ir a matar en la selva, sumados a la chicha que bebían como agua, hicieron mella en cada hombre, pero sobre todo en los incontinentes, los insaciables, los raptores y profanadores de niños.

Nadie imaginaba qué esperaba, a quién aguardaba, qué hacía el general Agrícola confinado en La Marimba, rodeado de sus matarifes internacionales, de la Nena y sus majas y las cincuenta huérfanas traídas de La Meca, regalo exclusivo para los mercenarios. Y como nadie recibía órdenes y no se decidía la acción, sesenta desorejadores de los seiscientos que conformaban los Condenados Libres salieron por su propia cuenta una noche en busca del placer que no tenían.

Avanzaban sigilosos como jaguares detrás de una piara de puercos.

Y así cayeron en el terreno de los Canarios Blancos —a los que ya habían espiado y comparado con melindrosas damiselas— y sorprendieron a los que dormían en sus tiendas, bastante lejos del

corazón del campamento donde la mayoría de sus cofrades celebraba con champaña la incertidumbre de la guerra.

Los desfloraron en un santiamén, al derecho y al revés.

Nada pudieron urdir los Canarios para defender su honor, sino dejarse hacer. Lo permitieron todo, sin oponerse, exánimes, la indescifrable mirada puesta en el cielo, de modo que no se sabía si sufrían de rabia o gozaban del más raro placer. Porque la fuerza de los Condenados Libres era tres veces mayor que la de los Canarios, y sus ímpetus y frenesí infinitamente más altos que los que podían albergar los corazones de los remilgados Canarios, mozalbetes espantadizos, acostumbrados a matar solo de lejos y nada dispuestos a la reyerta cuerpo a cuerpo.

Pero oscura y sutil astucia los ayudó a dirimir su suerte.

Se plegaron a sus dominadores, devolvieron con multiplicadas caricias cada padecimiento, de modo que convencieron a los desorejadores de repetir el goce hasta la saciedad y los durmieron de felicidad en sus tiendas, y allí mismo, cuando dormían incautos a pierna suelta, los descabezaron de un solo tajo, y a muchos les clavaron un clavo en la sien hasta sembrarlos en tierra como hizo la tierna Jael con el comandante Sísara.

Tal fue la suerte de los sesenta desorejadores, no hubo piedad para ellos y un grito cantarino de victoria sacudió el campamento de los Canarios, ultrajados pero vivos.

También en las huestes del general Agrícola, bajo sus mismas narices, se presentó la desgracia. Un pistolero alemán amaneció muerto de un garrotazo en el tórax, allí donde suena el corazón. Se

dio por sentado que su victimario tenía que ser uno de los trescientos garroteadores africanos. Se averiguó que el alemán había disputado con un africano los favores de la llamada Mariana Rajado, maja de la Madagascar. La irritación del alemán llegó a su clímax cuando entendió que la maja prefería al africano. Disparó su pistola a quemarropa y falló: el balazo chamuscó el rizado pelo del africano, encima de la abombada frente, y nada más. Pero no erró su golpe el africano, que de un solo garrotazo le partió en dos el pecho al alemán, a todo lo largo, y enseguida huyó con Mariana Rajado a la selva. No demoró en replicar la venganza: cien americanos armados hasta los dientes se hicieron con la vida de cien garroteadores; los restantes doscientos se escabulleron al bosque en desbandada. De todo eso se enteró Agrícola, pero no se preocupó, encerrado en su tienda con la Madagascar. Cuando no lo acosaba el aguijón de la carne ocupaba su tiempo en proyectos con don Jorgito Belén y el alcalde Bastidas acerca del oro explotado en La Marimba. Se planteaba la posibilidad de pagar un ejército de excavadores, paralelo al militar, para explotar sin pérdida de tiempo los yacimientos que encontraran durante la campaña, o bien utilizar la mano de obra de los indígenas que esclavizaran. El poder y la riqueza van como novios tomados de la mano, decía el alcalde Bastidas, y escuchando sus propuestas Máximo Agrícola postergaba la guerra, aletargado además por las argucias de cama que la Nena se esforzaba cada noche en inventar.

Al fin tuvo que preocuparse cuando le informaron del desafío entre el Regimiento Invencible y la Legión Estambul por un quítame allá esas pajas: un comandante del Invencible, el mayor Ágato Lázaro, llamó «zambos» a los de la Estambul en una parada militar. El

sargento Jacob Malvenido replicó que los valientes de la Legión Estambul eran «mestizos a mucho honor, casi castellanos», y por semejante controversia trescientos hombres —entre famosos veteranos del Invencible y fornidos criadores de puercos de la Estambul— se dieron muerte a escopetazos. La espeluznante balacera despertó al general de su marasmo de amor, y ya era tiempo: aparte de las bajas sufridas entre sus hombres sospechó que los africanos en fuga irían a parar al bando enemigo.

De modo que se lanzó a la guerra.

2

También al despertar los franciscanos seguían oyendo en sus cerebros la carcajada de la madre Inmaculada, aguda y delirante como de aquelarre —pensó fray Adán Gallo, apesadumbrado por el recuerdo de la monja enloquecida—. Y en la mañana fulgente, cuando miraron alrededor ya no la vieron, se había volatizado quién sabe cuándo, si en la noche o en la madrugada. El sol, en su cenit, reverberaba. Habían dormido gran parte del día, merecidamente, si se tiene en cuenta esa noche de pesadilla detrás de la monja empecinada en ahogarse.

Bajaron de la colina y se dedicaron cada uno por su cuenta a explorar las orillas de la isla de la desesperanza, sin esperanzas de hallar a la desaparecida. En dos horas dieron vuelta a la isla y se encontraron en el punto de partida, descorazonados, porque tampoco descubrieron un camino que los sacara de allí. Tendrían que cruzar nadando, y eso era suicida, no solo por el riesgo de

ahogarse enterrados en el fango sino de acabar devorados por los caimanes que acechaban a la deriva.

Ahora dudaban de que arribaran los Uao a la isla. Era un engaño el que sufrieron, una broma absurda pero macabra de la que fueron víctimas, empezando por la deserción del guía. Solo faltaba que ningún helicóptero viniera a rescatarlos, ¿qué se proponían los militares?, ¿iniciar la guerra a costa de sus vidas? Los franciscanos subían por la colina, inmersos en una nube de moscos. El humus maléfico del pantano estimulaba a los bichos y los hacía proliferar encima de ellos como lluvia de agujas. Ya en la cima, la exigua brisa disminuyó el ataque de los insectos. Habría que racionar las provisiones.

—Pero aquí podremos pescar —dijo Claus Singer—. Es imposible que no haya un pez comestible en el pantano. De lo contrario no volarían a ras del agua esas rapaces.

Ni Adán Gallo ni Zósimo Gracia respondieron. Daban vueltas al asunto y no encontraban la salida, ¿por qué se fugó el guía?

—Lo mejor es que nademos —se decidió Zósimo Gracia—. No es mucha distancia. Es preferible a quedarse en esta isla que hiede.

El padre Singer iba a expresar su desacuerdo, ¿no era más indicado construir una balsa?, pero alzó los ojos a la orilla enfrente de la isla y allí distinguió a la monja Inmaculada, que caminaba muy oronda por la ribera. Un árbol la ocultó por segundos y volvió a aparecer como después de un salto infinito, la cabeza doblada al piso como si buscara algo. La sorpresa en la cara de Claus Singer, su grito mudo, hizo que los otros frailes elevaran los ojos y descubrieran a la Deliciosa, que iba y venía al otro lado del pantano, ¿todavía enloquecida?, hablaba sola, parecía un fantasma blanco

que flotaba, ¿cómo pudo pasar a la otra orilla?, ¿cómo logró abandonar la asquerosa isla?, de inmediato los franciscanos se echaron los morrales a las espaldas y repitieron la vuelta a la isla, esta vez juntos y escudriñando cada recodo.

Por fin, a un lado de los nenúfares gigantes distinguieron una hilera de lajas muy blancas y planas, inmersas a flor de agua como un camino a la otra orilla: eran largas piedras hincadas en el fango del pantano, producto de una ingeniería inverosímil.

—Eso quiere decir que los Uao sí vienen a esta isla —dijo Zósimo Gracia.

—Pues yo prefiero ir a buscarlos —replicó el padre Gallo—. Allá corre desamparada la madre Inmaculada y tenemos que protegerla.

Y, sin dudarlo, avanzó encima de las piedras como sobre una gradería horizontal. El agua solo lo cubría hasta los tobillos. Visto de lejos parecía caminar milagrosamente en la burbujeante superficie del pantano, igual que Jesús en el Mar de Galilea —pensó Claus Singer, siguiéndolo.

El último en pasar fue Zósimo Gracia, a toda prisa, en mitad de los lagartos que acechaban.

Cuando ganaron la otra orilla ya no vieron a la madre Inmaculada por ninguna parte.

Pero eso nunca pareció importarles.

3

De los frailes, los dominicos eran los más confiados. Diez días se cumplieron y no llegaba el helicóptero y no se movieron de su sitio

entre la selva y el abismo, a la espera de auxilio. Con la misma ilusión esperaban a los Uao, pero nadie apareció. El undécimo día todavía miraban al cielo, por si los militares habían equivocado la fecha de llegada. Al cumplirse quince días la escasez de provisiones los empujó a abandonar su mullido prado. La esbelta pero renca monja Púrpura se ofreció a servir de guía; ya no tenían dudas, la deserción de Luis de Cartagena era motivo suficiente para descreer.

La borrascosa lluvia marcó la partida de los dominicos, con la madre Púrpura a la cabeza. No imaginaban que días antes habían sido muertos a flechazos tres frailes agustinos, que el padre Recto vagaba a la deriva enfermo de espejismos, que la monja Teodora terminó derrotada y arrastrada por una constrictora, que la madre Inmaculada erraba enloquecida como fantasma hablando a solas, que sus acompañantes Singer, Gallo y Gracia la buscaban sin que les importara encontrarla y que solamente los jesuitas porfiaban disparatados por rescatarlos a todos.

Así transcurrían los días cuando Máximo Agrícola se decidió a penetrar en la selva con sus mercenarios.

Detrás del general, a media legua de distancia, a derecha e izquierda, consolidando la retaguardia, irrumpían bulliciosos la Legión Estambul, los Condenados Libres y el Regimiento Invencible. De vez en cuando un avión militar surcaba los cielos como invisible custodia: si desde el aire se lograba localizar cualquier asentamiento indígena, Agrícola dio la orden de que lo bombardearan, se tratara o no de los Uao. Tenía permiso del presidente de la república.

Surcando las aguas amarillas del Gran Río avanzaban en orden las tres cañoneras, la Codorniz, la Maga y la Enamorada, que así las bautizaron para esa guerra, y en ellas, convenientemente distribuidos, iban los trescientos treinta y tres Canarios Blancos al mando del teniente Juvencio Malverde. Alguien soplaba la dulzaina. Todos fumaban y bebían. Celebraban la victoria de hacía noches sobre los sesenta desorejadores descabezados.

Igual que los frailes, las huestes del general Agrícola no daban con ningún Uao por ninguna parte. Los días se sucedían repletos de alimañas en el aire, de incipiente fiebre en los rostros, de tribulación ante un enemigo que no daba la cara. Una atmósfera malsana en la hermeticidad del paisaje, un silencio de rugidos y suspiros como bostezos los acechaba, un corazón etéreo que palpitaba invisible alrededor y no demoraría en tragárselos. En las noches cegadas, espesas, de un clima que hervía, el licor y las chanzas, el chisporroteo de las fogatas suplía la incertidumbre, pero solo por unas horas.

—Si no encontramos a los Uao encontraremos a otros —dijo por fin Agrícola, zanjando la incertidumbre.

—O los inventamos —replicó el alcalde Bastidas, que iba a su lado, en compañía de don Jorgito Belén.

Celebraron la broma a risotadas.

Para el transporte de armas y avituallamiento se usaban asnos y mulas. La mitad del Regimiento Invencible, alrededor de quinientos veteranos, iba a caballo, y todavía sus comandantes, Carmelo Valaquia y Ágato Lázaro, lamentaban que en esa parte de la Tierra

no se dieran los elefantes para aprovecharlos a estilo de los emperadores romanos. Los cien perros de presa que acompañaban al ejército, carniceros alanos, cruzados de dogo y mastín, muy bien aprestados para atenazar, desgarrar, trizar, triturar y arrancar, iban distribuidos en cuatro jaurías de veinticinco perros cada una y se los habían repartido los Condenados Libres y la Legión Estambul, reconocidos adiestradores.

Para trazar y apuntalar las ciudades que fundaría, Máximo Agrícola llevaba entre sus mercenarios a tres arquitectos moscovitas y un ingeniero vienés, que no por eso demeritaban su rol de asesinos, así como a un historiador profesional, gran dinamitero, Alexander von Geier, que se había doctorado en Leipzig y se contrató no solo para estallar indios sino dar cuenta de las hazañas de Agrícola y sus capitanes en la selva, conflagración que ya se consideraba «el suceso más importante desde la creación del mundo, excluyendo la encarnación y la muerte de aquel que lo creó».

También se incorporaron a la expedición los mineros y buscadores de oro de La Marimba, pequeño ejército cuya misión sería el señalamiento y explotación de yacimientos auríferos. Además de sus picas se habían llevado con ellos sus marimbas, instrumentos angélicos, enormes y disparatados como insectos de antes del diluvio. De noche en noche se oían percutir las marimbas como otro aguacero en la selva, celestial o infernal, era lo mismo.

Iban, al final del convoy del general y sus mercenarios, la Nena Madagascar y la última de sus majas, Amadora Perroverde, ambas a horcajadas en sendas mulas tan blancas como la nieve, y no muy atrás las seguían a pie, como perfumada y colorida muchedumbre, las cincuenta huérfanas traídas de La Meca.

Un hatajo de vacas y otro de chivos garantizaban la leche y las comilonas y un gran toro de lidia, negro y espumeante, presagiaba los festejos. Cerdos y gallinas no faltaban, sumados a la carne oreada y otras raciones en conserva que se traían de la Aldea. Pero algo ocurrió, en pocos días: las cincuenta huérfanas, que eran en realidad indias cautivas desde su infancia, desaparecieron como si se las hubiese tragado la tierra, ¿las raptarían los Uao?, ¿se fugarían solas, en pos de su pueblo escondido? Rara novedad que Agrícola olvidó enseguida, encandilado por el hallazgo de una especie de cueva en el tronco de un árbol ciclópeo donde los mineros desenterraron un centenar de pepas de oro del tamaño de una cabeza, arrumadas una encima de otra, entre cráneos fosilizados y armaduras oxidadas de tiempos de la conquista, debajo de espesas telas de araña y mugre de siglos. El grito como un rugido de los descubridores espantó y empujó a volar desde adentro lo que creyeron una bandada de pájaros, pero eran murciélagos que por minutos oscurecieron el día como si anocheciera.

Libro IX

1

A pesar de las gotas de lluvia gordas y negras como huevos que caían sin afán aquí o allá, ninguna tormenta se desgajó del cielo y una calma chicha se apoderó del aire durante días. Lo único que hicieron Mardoqueo y compañía fue guindar sus hamacas, porque una inercia repentina los invadió desde que enterraron a los agustinos. Fue como si ya no quisieran avanzar en busca de los otros misioneros, como si la maquinación de militares y empresarios los debilitara al extremo de no querer rebelarse.

No contaban con más provisiones, pero la destreza del guía Zas en la pesca, unida a la diligencia con que colaboraban los frailes no los dejó pasar hambre. Serpientes y tortugas se sumaron a la dieta, y su sustancia los aletargó a todos, durmiéndolos tardes y noches enteras. Solo en las mañanas parecían preguntarse qué hacer, a dónde encaminarse. Por fin fray Mardoqueo habló de volver al bote y seguir el cauce del río, que era lo mismo que regresar a la Aldea. Fue como el reconocimiento de la derrota por parte del mismo Señalado, el más empecinado en dar con los demás misioneros.

Nadie lo contradijo.

Volvieron al Mayo y oraron por última vez en el cementerio improvisado donde una única cruz hecha con ramas avisaba de la sepultura de los agustinos. El bote ya estaba a punto en la orilla, con el guía Zas dentro de él, las manos empuñando su remo, la escopeta tendida a lo largo, pero los religiosos no terminaban de orar en torno a la tumba. Entonces el cielo se oscureció y otra vez se oyeron caer

las gordas gotas de lluvia. En esta ocasión no se alarmaron, como días antes, ni corrieron en busca de refugio. Relámpagos azules zigzaguearon veloces alrededor de la canoa donde Zas aguardaba. A pesar de la lluvia que se diseminaba con extraña lentitud, el calor aumentó ostensible como si lo arrojara centuplicado la garganta de la selva.

2

Lejos de allí, desde un apacible promontorio donde habían pasado la noche, Agrícola y sus mercenarios pudieron ver en el horizonte la tormenta que se desataba oscura en un lugar de la selva, nimbada de rayos por todas partes, pero sin acabar de desatarse nunca.

—No quisiera encontrarme al lado un río —dijo el empresario Belén—. La tempestad anuncia una creciente.

El alcalde Bastidas ardía en deseos de explayarse sobre el asunto.

—En esta selva las crecientes del Gran Río y sus afluentes hacen historia —dijo—. Entre el Gran Río y el océano hay una relación de amantes impetuosos. Cualquier maremoto incide en los ríos, o cualquier vendaval en las aguas del Gran Río y su entrada al Atlántico. No envidio al teniente Malverde ni a ninguno de los Canarios que lo acompañan si los acomete la cólera del Gran Río, cuando las aguas se inflan sin dar aviso y se tragan y rompen lo que encuentran. La cólera del Gran Río podría enviar de un solo empellón a Malverde y sus tres cañoneras hasta el océano. En oposición, como regalo marítimo, ya ustedes saben de la ballena que encontraron

varada en lo insondable de la selva, en lo más alto de los árboles gigantes, como cualquier pájaro. Esa es la furia del Atlántico.

Los que escuchaban se quedaron pasmados, contemplando a lo lejos rayos y nubes arremolinados. Nadie alcanzaba a escuchar nada, pero un eco extraño se difuminaba en el aire y alimentaba la fantasía de los que observaban el horizonte, porque el cielo se veía como de sangre.

3

Debajo de la catarata de agua que parecía hechizada en el aire porque no se decidía a caer, el guía Zas apenas sospechaba el peligro. Pero su instinto le hizo ver el cambio de color de las aguas y oír el duro rumor de las olas que se acrecentaban repletas de árboles recién arrancados. Era como si una catapulta incorpórea acabara de soltar contra ellos un mundo líquido infernal como una piedra. El guía no supo si gritar a los frailes que subieran al bote para huir en el agua, o que huyeran simplemente a la carrera, cada uno confiado en sus piernas. Como una fatalidad, en ese justo segundo los religiosos saltaron al bote y todos al tiempo voltearon a mirar aguas arriba: el río ya no tenía orillas y venía arrastrando todo a su paso, tierra y arena, piedras, lodo y raíces y de pronto una gran mancha viva que gritaba espantada y era un rebaño de pecaríes patasarriba a una velocidad inaudita. Empezaron a remar ya tarde, para escapar. En segundos fueron empujados a galope aguas abajo y vieron consternados que los cadáveres de los agustinos habían sido desenterrados por la arroyada y que sus fémures y cráneos

precipitados los rebasaban y se extraviaban en el horizonte de espuma negra. Se descoyuntó el cielo y no transcurrió un minuto para que el bote acabara partido por la mitad y sus ocupantes desperdigados a lado y lado, sus cabezas infinitamente pequeñas en la desgracia líquida, los ojos desquiciados, los gritos atragantados, todos zigzagueando entre ramas y troncos y piedras que el río azuzaba con rabia como si se vengara del mundo inmóvil. El solo roce de un tronco de árbol ya había desmayado a la monja Dídima, pero el brazo de Eusebio Zas se empecinaba en rodearla y también Santángel la aferraba por los sobacos, los tres cuerpos como juguetes de la corriente frenética, del azar de troncos dentados que brincaban mortíferos como peces a solo centímetros de sus cuellos y en un segundo podían seccionarlos.

4

También en esos instantes las cañoneras de Malverde se resintieron de la creciente, a kilómetros del río Mayo. Las olas del Gran Río golpeaban los costados de las embarcaciones. Un halo espeso, plomizo, anidaba en el aire, envolviéndolo todo, de modo que no se distinguían los rostros a medio metro de distancia. Se percibía la fuerza de la corriente que se incrementaba como una borrasca secreta. Malverde prefirió navegar bordeando la orilla del Gran Río, a exponerse a ser arrastrado por lo que parecía un torbellino recóndito pero extraordinario, de proporción antediluviana, un ciclón al revés que en cualquier momento podía saltar a la superficie como un leviatán y tragarse enteras las cañoneras. No

parecía que navegaran en un río sino en el océano; desde antes de que todo se fundiera en la niebla, cuando había luz, no era posible vislumbrar la orilla opuesta del Gran Río, y mucho menos ahora, cuando apenas se lograba distinguir la mano ante los ojos. Malverde ordenó que se acercaran todavía más a la orilla, pero parecía hablar a sombras, no a hombres. Alguien cercano a Malverde advirtió que podían quedar atascados en el fango, que se resquebrajarían las cuadernas de las tres embarcaciones o se rajarían la quilla y la popa. Malverde gritó que avanzaran más a la orilla. Quería ver árboles, dijo, tener la certeza de tocar tierra en un minuto, o llegar a nado sin riesgo. Las cañoneras iban en fila, la Codorniz y la Maga adelante y, detrás, la Enamorada, con Malverde y sus principales. Al obedecer la orden del teniente las embarcaciones ingresaron al tiempo en una burbuja de luz antigua, una atmósfera sobrenatural, anaranjada, de otra edad, casi irreal pero real, así lo percibieron los hombres asomados al puente de cada embarcación, los dedos atenazando las barandas, los cuerpos temblorosos engarfiados como si temieran lo mismo: caer derribados de un instante a otro por el cataclismo que rumoreaba en lo profundo. Debajo de esa luz anaranjada descubrieron a los indios a lo largo de la orilla, también asomados a ellos, también descubriéndolos a ellos, desnudos de pies a cabeza, las bocas abiertas de estupefacción, apoyados en sus lanzas, sin ánimo beligerante, más bien imbuidos en una especie de estupor adorador, la mueca de una veneración más que infinita, un anonadamiento de niños a punto de reír de la alegría. La orilla inacabable se hallaba repleta de aborígenes, hombres y mujeres presenciando el paso de las tres embarcaciones, y la desnudez de sus cuerpos era igual que su mirada que esplendía en un saludo

primigenio, porque sus ojos recorrían palmo a palmo los otros ojos, los otros cuerpos, las otras vestiduras, las otras bocas, el otro silencio de los otros hombres que se asomaban a ellos. Y era tanta la candidez de las miradas que de pronto el teniente Malverde sintió rabia, o sintió odio, se creyó víctima de una burla, una bufonada del tiempo y del destino, pero enseguida desechó esa certidumbre y se supo amo y señor de toda esa candidez humana, esa inocencia inefable, dueño para siempre de todas y cada una de esas vidas transparentes que afloraban a su paso y lo reverenciaban. Pero no fue Juvencio Malverde el que gritó la orden, fue alguno de sus hombres, un desvariado, un atemorizado del Nuevo Mundo, un pobre de espíritu que en su terror disparatado o en su entendimiento embrutecido creyó descubrir un indicio de peligro en el silencio multitudinario de los indios y dio la orden de fuego. En segundos las cañoneras vomitaron fuego por sus gargantas y también los trescientos treinta y tres Canarios Blancos y su jefe enarbolaron sus armas y se dieron a la tarea de disparar enloquecidos. Una fumarola de pólvora emblanqueció el aire por instantes. Cuando cesaron los disparos y se atenuó la humareda siguieron viendo a los mismos indios en la misma orilla que seguían mirándolos a su vez como si nada hubiese ocurrido, la misma sonrisa en los labios, el mismo saludo en los ojos, los volvieron a ver idénticos, sin resentirse de nada, sin que en apariencia hubiesen oído y mucho menos padecido los disparos. Malverde gritó a sus hombres que se apartaran de esa orilla de inmediato, igual que si ordenara alejarse del infierno. Su orden fue repetida de embarcación en embarcación por voces delirantes. Era imprescindible salir de esa burbuja de luz anaranjada cuanto antes, era cuestión de vida o

muerte apartarse de la alucinación. Y ya se creían a salvo, sumidos en la niebla ahora real del Gran Río, cuando se reduplicó el trueno interior de las aguas y la corriente poderosa envolvió las hélices de las cañoneras y se escuchó que las aspas tronaban machacadas por la basura escondida como si fueran de cartón. Las cuadernas como costillas de las tres embarcaciones se troncharon al tiempo, con el ruido de un mugido desesperado. En pocos minutos las cañoneras se distanciaron. En mitad del mar amarillo habían perdido su rumbo.

5

De los tres náufragos tendidos en la orilla, agotados y aporreados, solo el guía Zas conservaba su morral a las espaldas, aunque lamentaba haber perdido la escopeta. Dídima y Santángel perdieron sus morrales cuando luchaban contra la corriente y ahora permanecían extendidos encima de las raíces de los árboles que herían sus espaldas y hacían doloroso el descanso. Prefirieron sentarse a mirar las aguas negras y vertiginosas del Mayo y todavía temieron que el río extendiera sus brazos y los arrastrara. Empezaron a hablar a balbuceos. Se preguntaban de la suerte de los frailes Sanpedro y Mardoqueo, ¿se salvarían?, que Dios los proteja, dijo Dídima la Pura y rezó en voz alta, ella sola. La misma creciente del río los había arrojado contra un recodo circular, bordeado de árboles. Varios lagartos se refugiaban a escasos metros de ellos, pero no mostraban interés en acercarse. Oyeron el rugido de una pantera en lo alto de un árbol, pero no vieron a la pantera. La monja Dídima se recogió en sí misma como un caracol y temblaba de frío y

miedo por la aventura padecida. No llegaba la luz del sol hasta ellos, todo era penumbras alrededor. Había helechos de hasta cinco metros de altura y orquídeas que sobresalían en lo profundo de su espesura como extraños ojos iluminados. No los asustó la serpiente que cruzó veloz ante ellos, huyendo de la cercanía del río. El bramido de la corriente que se deslizaba a no mucha distancia se mantenía atemorizador y apenas era interrumpido por el canto de los tucanes invisibles y el chillido de monos. Oyeron una lucha breve cerca de ellos, en el lugar donde descansaban los lagartos, y les pareció ver que se disputaban los restos de un enorme sapo blanco. Como siempre, Dídima la Pura cerró los ojos un instante para no ver más que su horror por dentro.

—Muy bien —dijo Eusebio Zas, levantando la cabeza—. Al menos hay árboles de banano.

Dídima elevó los ojos y lo único que pudo ver fue árboles extraños, que no eran robles ni acacias ni saúcos sino árboles esperpénticos que en cualquier momento y de cualquier manera echarían a correr contra ellos y se abalanzarían como otros lagartos depredadores. Y cerró los ojos hastiada de su propio miedo, pero al abrirlos fue peor que figurarse árboles que la atacaban: una multitud de indios había aparecido de entre el alma de la arboleda, todos absortos, las caras pintadas de rojo y negro, desnudos de pies a cabeza, como Dios los trajo al mundo —pensó la misma Dídima—, y ahora se reduplicó su miedo al entrever las lanzas, el arco y las flechas aparejados, las cerbatanas no lejos de los labios. El guía Eusebio Zas había deslizado su mano al interior del morral, en busca de su machete, aunque de nada hubiese servido, y muy bien pareció comprenderlo porque su mano siguió inmóvil. El único que levantó

los brazos como un lento saludo y empezó a incorporarse, el rostro vuelto a los indios con una ancha sonrisa muda fue el juvenil fray Remolino Santángel. Los ojos de los indios como negras pupilas que fosforescían en la espesura se volvieron a él y lo escrutaron. El juvenil Santángel ya estaba de pie y seguía sonriendo en silencio, los brazos en alto. Hubo lo que pareció una efímera discusión entre los indios, un cambio de opiniones entre dos de los más jóvenes con otro bastante viejo, que tenía dispuestos el arco y la flecha en las manos.

—Quédese quieto —dijo con un susurro el guía Zas al fraile Santángel.

Muy al contrario el rubio Santángel dio un paso, y otro, y otro más en dirección a los indios. Ya no distinguían su cara, pero era de suponer que seguía con su amplia sonrisa iluminada. Dídima y Zas lo vieron convocar con los brazos a los indios, como un saludo a todos, o la inminencia de un abrazo. Después lo vieron empezar a desnudarse, con lenta resolución. Se despojó de sus prendas de cazador una por una. Al final se quitó las botas y las arrojó lejos de sí como si nunca más se propusiera usarlas y, una vez desnudo de pies a cabeza, como Dios lo trajo al mundo —pensó otra vez la atónita monja Dídima— empezó a aproximarse con resolución al cerco de indios inmóviles, impenetrables.

—No se acerque a ellos —recomendó el guía Zas, y esto provocó que el juvenil Santángel se volviera por un instante, el rostro aureolado de sonrisa beatífica, los ojos brillantes de fe.

—Nunca he estado más cerca de Dios —dijo.

Y ya no se detuvo.

Desnudo y plácido dio su acostumbrado paso como de baile y se fue hasta la línea de árboles donde aguardaban los indios y extendió las manos a ellos, y las otras manos tocaron sus manos, lo recibieron, y los otros cuerpos se cerraron detrás de su cuerpo y con ellos desapareció.

Libro X

1

No se sabe todavía si fue por imbéciles o por pérfidos que los degolladores y desolladores de la Legión Estambul torcieron un día su camino y enfilaron en dirección a la Aldea como si estuvieran perdidos.

Es cierto que los sargentos que comandaban la Estambul —el Triunvirato Indomable, Jacob Malvenido, Cayo Nestorio y Conrado Esturión— se opusieron a la deserción, pero fueron de inmediato reducidos por sus hombres y ejecutados en un lodazal, ahogados en barro a la fuerza —excepto Esturión, al que dieron la alternativa de suplicar como un niño y seguir liderándolos—. Después de su oprobio, Conrado Esturión se mostró todavía más bárbaro que sus insubordinados: mandó que empalaran los cadáveres de los ahogados a orillas del lodazal y los abandonaran allí, como estandartes de miedo.

Se puede afirmar, en descargo de la Legión, que acaso los enloqueció la selva, que la diaria borrachera reduplicó su opresión de soledad alrededor.

Se dirigieron a la Aldea a marchas forzadas, espoleados por lo que ya sabían que encontrarían: indios para afinar la puntería, no importaba que se tratara de indios civilizados, y sobre todo indias para violar y oro y más oro para robar. No iban a atentar contra los obreros de la petrolera, tampoco se mancharían con la escoria que sobrevivía a sus expensas y mucho menos se meterían con Hanato Nakamura y su recua de ingenieros. No les tocarían un pelo, maldita

sea. Se limitarían a descansar y a fornicar, se instalarían unos días en el cuartel, para reponerse de la conquista, y después ya verían a qué sombra acogerse, a qué cielo huir. Ese fue el plan de Conrado Esturión, ahora más enceguecido que sus hombres.

Pero entonces, para asombro de todos, una mesnada de simios empezó a desbaratar la retaguardia de la Legión. Si no eran simios debían ser nativos muy bien disfrazados. Cuando el sargento Esturión supo de las esporádicas bajas no pudo creerlo: tenían que ser los Uao enmascarados, ¡qué absurda artimaña!

Los sobrevivientes de los ataques se negaron a esa posibilidad: habían visto con sus propios ojos orangutanes o simios o chimpancés —monos en todo caso— caer de lo alto de los árboles sobre los más rezagados y despanzurrarlos a golpes de palo y piedra: los asaltados no tuvieron tiempo de un padrenuestro y los testigos no hicieron otra cosa que mirar congelados. Esturión se preguntó si esos confidentes de la desgracia no eran sino locos de atar, pero lo cierto es que la Legión Estambul, que al principio reportaba quinientos hombres y perdió ciento cuarenta en el impase con el Regimiento Invencible, ahora contaba con tan solo doscientos hombres, lo que quería decir que los simios o los Uao camuflados ya se habían hecho con la vida de ciento sesenta hombres, entre degolladores y desolladores, todos criadores de puercos. El sargento no quiso dar crédito: los desaparecidos no eran otra cosa que desertores de una legión desertora, nada más.

Y mandó a los testigos que callaran, que olvidaran para siempre esa visión de monos victoriosos, so pena de morir empalados.

Y sucedió que una jauría de veinticinco perros, de los cincuenta que se confiaron al cuidado de la Legión, se liberó y echó a correr tras el rastro de algo como una piara de cerdos —aunque ningún legionario pudo ver un solo cerdo, solo oír el bramido, adivinar el temblor de la piara o manada o rebaño detrás de la sombra de helechos gigantes—. La jauría nunca regresó: se la escuchó ladrar un tiempo y luego chillar martirizada y después solo se oyó el más negro silencio: cazadores cazados.

Los otros veinticinco perros siguieron al pie de la Legión, fieles y dispuestos, aunque la mitad invadida de una especie de sarna, una pústula roja que agrietaba sus cuellos y hocicos y los debilitaba cada vez más.

Así llegó la Legión a La Marimba, el campamento de buscadores de oro.

Sin agua, sin chicha, sin provisiones, los desertores encontraron la entrada al yacimiento explosionada, las cabañas y bodegas destruidas, las despensas y cocinas arrasadas, como ordenó don Jorgito Belén para disuadir a posibles fisgones. Pero los de la Legión no eran mineros ni buscadores de oro ni agricultores ni pacientes obreros, eran degolladores y desolladores, criadores de puercos desde niños, y tenían hambre y muy mal humor. Se vigilaban entre ellos y sopesaban las ajenas barrigas con ojos de carnicero. A duras penas se abastecieron de agua, encontrándola a gotas en el húmedo hueco de los bejucos, en el seno de las hojas descomunales, porque el agua casi quieta del río que cruzaba por La Marimba acumulaba tantos residuos químicos y sedimento de explosivos que al beberla

los legionarios se hincharon como balones y tres de ellos murieron. Imposible pescar allí. Tampoco encontraron caza a la mano y pensaron que la región estaba maldita. Comieron lo que encontraron, insectos, raíces, semillas. Esturión dio el beneplácito a sus cocineros para que guisaran los perros más sanos y ordenó que los estragados por la sarna fueran sacrificados. Solo sobrevivieron seis perros, los más queridos y adiestrados para el ataque. Después de la ingesta de perros los legionarios durmieron días enteros como aletargados por un narcótico letal. Temeroso, Esturión dio la orden de reanudar el camino. Con mucho esfuerzo los legionarios se sacudieron y obedecieron.

En esa aventura malgastaron diecisiete días.

Ahora se encaminaban a la Aldea, disminuidos pero ansiosos por descubrir lo que querían: indios para matar, indias para violar, y todo el oro.

Eran víctimas de la enfermedad mayor de la selva, el desquiciamiento.

La plantación de cacao fue lo primero que hallaron antes de entrar a la Aldea. Su dueño, el negro Alcides Ferreira, que era además despensero de la petrolera, no se encontraba, para su suerte, en las barracas de la plantación. Había algo más de quinientos indios civilizados, sin contar unas cien indias, con sus niños, que se encargaban de la cocina y la limpieza. Cuando Conrado Esturión y sus legionarios llegaron, llegó también el día más aciago en vida de los indios. A muchos los mataron, empezando por los niños y un mono amaestrado que hacía gracias en la rama de un castaño —las

gracias de masturbarse como cualquier cristiano y usar un tricornio dorado—. Esas dos gracias escandalizaron a la Legión: se rasgaron las vestiduras, pues conservaban la instrucción católica que recibieron desde que criaban puercos en los roquedales.

A los niños los arrojaron al aire, ensartándolos con sus lanzas cuando caían, o los aferraban por los tobillos y los revoleaban como lazos y les partían la cabeza de un golpe contra la piedra. Al mono le metieron de una vez cien perdigones, muerte más piadosa.

Pero bastante antes de semejante obertura, apenas recién llegados, los invasores solo se asieron de sus armas como bastones y mostraron sus caras con tal hambre que a los indios no se les ocurrió otra cosa que ofrecerles el alimento que tenían, primero papaya y mazorca y después carne de res oreada. Los de la Legión comieron y repitieron y volvieron a repetir y no agradecieron porque de pronto recordaron a qué habían ido.

Empezaron con los niños y el mono.

Después les pareció que la muerte a tiros era una injusticia, dado que ninguno de los indios iba armado, y por eso procedieron con la espada, como buenos guerreros de casta que eran, aunque se tratara de una legión de excriadores de puercos y degolladores.

Como una burla, el primer indio murió a dentelladas: los seis perros sobrevivientes fueron los primeros en darse a conocer en esa batalla irreal. Provocaban estampidos de sangre en cada lugar, sus ladridos y gruñidos como mordiscos anticipados se asían de los oídos antes de que llegaran los tarascazos que devoraban.

Y después acometieron los conquistadores.

Iban tajando aborígenes por la mitad como si tajaran pellejos de vino, pero no era vino sino sangre lo que teñía el aire a ramalazos.

Se jactaban los legionarios de la cantidad de trofeos humanos que lograban en el menor tiempo posible, compitiendo entre ellos. Los contaban. Era una mortandad al unísono. El día se oscureció de gritos, entre lamentos de unos y alborozo de otros. Los unos preguntaban a los otros «por qué nos matas» y los otros sin responder seguían matándolos.

En estas muertes se aparecieron tres frailes en lontananza.

Eran tres sombras blancas en el horizonte, y su actitud, su arrodillamiento, su solo rezo, su invocación con las manos, su especie de sortilegio, como si mantuvieran relación directa con el Sol y el Creador, infundieron un respeto aterrado que bastó para que la matanza amainara.

Fue la aparición de la luz.

Allí estaban Claus Singer, Adán Gallo y Zósimo Gracia, los franciscanos que bendijeron a los asesinos.

Igual que sacerdotes de la muerte iban arrojando bendiciones por entre las filas de legionarios que alzaban las espadas ensangrentadas y mostraban en los ojos un odio a reventar. También repartían sus bendiciones a los indios, entre montañas de muertos y de heridos.

Dieron misa en la maloca principal, porque desde hacía siglos los aborígenes cristianizados entendían que había que amar al prójimo y perdonar. Y, sin embargo, a pesar del rezo y la comunión, apenas terminada la eucaristía, los invasores hicieron formar a los invadidos y como a rebaño los marcaron a fuego: para constancia humana de lo que llamaron Batalla Excelsa grabaron las iniciales de la Legión

Estambul no solo en la frente de los salvados sino en el culo. No fue fácil a los franciscanos quebrantar el vandalismo de los conquistadores. Se vieron en aprietos para persuadir a Esturión de volver al redil, en brazos del general Agrícola, que seguramente le dispondría la peor de las penas por desertor. Los frailes se comprometieron a invocar el indulto para el sargento y sus hombres; dirían que en la selva inmensa cualquier ejército podría extraviarse y enloquecer a causa del hambre. Era preferible buscar la compasión de Agrícola a ir contra la Aldea y saquear y violar a mansalva; porque la Aldea no era lo mismo que la plantación de cacao: había iglesia, alcaldía, un cuartel con refuerzos, hombres blancos que los enjuiciarían. Tenían que volver de inmediato al ejército que los reclutó y pedir perdón de rodillas. Los tres franciscanos, como nimbados de luz, insuflaron arrepentimiento y lograron convencer al sargento Esturión: su cara de bruto redomado soltó una ristra de lágrimas; pero reapareció el tozudo asesino y pidió en su favor que la santísima Iglesia le permitiera «reposar solo tres días para sanar con sus guerreros de tanta tristeza humana, de tanto sudor y lágrimas».

Obtuvo divino permiso para una fiesta de celebración, como se hacía desde hacía siglos después de la sagrada misa.

Y se procedió a sacrificar el ganado que los indios mantenían en su reserva, chanchos y reses, gallinas con todos sus huevos contados, patos y gansos y otras aves todavía sin nombre, y recaudaron la chicha que los indios guardaban en sus botijos y se lanzaron a celebrar en grande, pues decían que los manjares del derrotado siempre saben mejor.

Un sentimiento agridulce se apoderó de los frailes. Se habían refugiado en una de las barracas, en compañía de los indios de más edad que no querían separarse de ellos, atemorizados. Y aunque cerraron las puertas olieron durante tres días con sus noches la carne asada que brotaba de las barracas, el fermento del maíz en el aire, oyeron el cacareo de las gallinas sacrificadas, el chillido de infierno de los cerdos y sobre todo el lamento de las mujeres forzadas a pocos pasos de la barraca donde ellos oraban a gritos para no oírlas, para no oírlas nunca más, pues no solo las profanaban sino las inmolaban. Al forzarlas los invasores gritaban que el manjar de las mujeres del derrotado siempre sabe mejor.

Después de tres días de hierro la Legión Estambul se cansó de fiestear. Se acomodaron las cargas y a marchas forzadas se reemprendió la jornada, esta vez en busca del grueso del ejército de Máximo Agrícola.

Al lado del satisfecho sargento Esturión iban los franciscanos Singer, Gallo y Gracia, impávidos, como si ninguna hecatombe hubiese ocurrido. Se oyeron en confesión ellos mismos, se absolvieron, se dieron la santísima comunión, se redimieron asegurando que por lo menos evitaron una invasión a la Aldea por parte de la soldadesca envilecida. Rezaban por cada indio aniquilado y por cada aniquilador. Eran indiferentes a todo, y eso mismo los fortalecía, como cuando abandonaron a la madre Inmaculada a orillas de un pantano a la buena de Dios y siguieron la ruta de las estrellas y dieron a bocadejarro con la matanza en la plantación y supieron que Dios la había puesto en su camino como una simple expiación.

Libro XI

1

Pero informado por sus espías —que necesariamente existen en toda guerra— de la traición y deserción de la Legión Estambul, el general Agrícola solo pensó en ajusticiar a los sargentos, esa terna de bribones que se hacía llamar Triunvirato Indomable, a los que nunca debió delegar una legión de porquerizos. Se prometió amarrar al trío de bellacos al tronco de un palosanto y que se los comieran vivos las hormigas de fuego y que dieran con sus gritos ejemplo a la tropa. No sabía que dos del Triunvirato ya eran solo cadáveres empalados al borde de un lodazal.

2

Después de la devastadora creciente del Mayo, de la fuga del juvenil Santángel —desnudo en compañía de indios desnudos— la monja Dídima y el guía Zas no imaginaban que los azarosos empujones del río los había acercado al campamento del general Agrícola: apenas una legua de distancia los separaba de los mercenarios.

Zas resolvió construir una balsa para renovar su viaje río abajo con la esperanza de llegar a la Aldea. Era posible que la creciente del Mayo los hubiese arrojado en aguas de otro afluente del Gran Río, el Ñambí o el Telembí, y en ese caso quién sabe adónde llegarían. Pero no deseaba aventurarse por la selva para corroborar su posición y prefirió convencerse de que seguían a orillas del Mayo, río que

llegaba hasta la Aldea y que siglos antes se llamó Serpiente de Piedra. Con la monja Dídima, débil y desmadejada como se veía, la cara y los brazos picados de avispas, no era posible meterse a vagar por la selva: tenía que ponerla a dormir en la balsa y que Dios los proteja. Nunca la abandonaría: primero morir antes que permitir que algo le sucediera a esa santa que ya parecía volar rumbo al cielo. Lo pensaba al tiempo que trenzaba los juncos de la balsa. Había hecho un par de remos y la monja intentó ayudarlo con el nudo de las lianas pero le temblaban tanto las manos que desistió, compungida. En pocos días tuvieron dispuesta una balsa rústica, con asideros de madera y una especie de correa a base de tiras de bejuco con la que podrían amarrarse a la embarcación en caso de zozobrar. Zas vio que el Mayo transcurría apacible y no habría riesgo, aunque no dejó de observar que murmuraba encima de sus aguas un viento frío del que no sabía cuál era su procedencia y parecía hielo raspado en el aire o virutas de nieve como insectos polícromos que bajaban de las montañas nevadas, moscos helados, pensó, y vio preocupado que sobre los troncos y restos de arbustos que flotaban había montones de esas grandes y espeluznantes arañas cazadoras de pájaros, algunas casi ahogadas, otras redivivas.

Fueron días extraños, antes de terminada la balsa, días extraños para ellos, y entre ellos.

Una mañana despertaron al tiempo, debajo del pequeño cobertizo de hojas de palma que improvisaron, y vieron la enorme cara amarilla de un jaguar —¿un jaguar, un puma o una pantera?— que a su vez los miraba fijamente, a medio paso de distancia. Alcanzaron a oler su aliento pútrido y sangriento. De músculos elásticos y quijada

poderosa el animal los abandonó de un salto como si ya no le importara seguir mirándolos: la monja se obligó a no gritar.

También los despertaban los monos aulladores que parecían reventarse cada mañana encima de sus tímpanos, además de los zancudos y avispas insaciables, las abejas rojas y las garrapatas, los monitos grises y los marrones y las moscas azules y gordas, persistentes y descaradas hasta la insolencia. Pero en la noche, todas esas noches, antes de caer vencidos por el sueño, extendidos en su blando lecho de hojas, las caras vueltas al firmamento, eran testigos de una idéntica alucinación: luciérnagas por millares se encendían intermitentes y parecían producir otro día —el día de otro mundo, el día del paraíso—, y ellos se bañaban de su luz y guardaban un silencio estupefacto y sentían deseos de apretarse el uno contra el otro o en definitiva abrazarse en un beso mortal, un paroxismo de amor al que ninguno de los dos se atrevía a sucumbir y que ella padecía mucho más, sumida en una oleada de terror. La última noche sintió que algo o alguien, ¿él?, la palpaba en el vientre, ¿quién más sino él?, y entonces gritó «¿Quién me ha tocado?». El guía no respondió, ¿dormía?, ¿fingía?, ¿o la había rozado una serpiente? Con voz temblorosa, se tratara del guía o la serpiente, Dídima recitó como un conjuro absurdo a Jesús en los Evangelios: «No es lo que entra en la boca lo que contamina al hombre; lo que realmente contamina al hombre es lo que sale de su boca. Todas las perversidades salen de adentro y contaminan el corazón del hombre».

Solo el fulgor aullante de las luciérnagas le respondió.

Dídima la Pura arrojó un suspiro hirviente. Se dormía en su propia palpitación, en su deseo, su miedo, su frustración.

La última mañana, poco antes de emprender el viaje, Eusebio Zas se esforzó en pescar un buen pez para el desayuno, sin suerte: se conformaron con peces de reducido tamaño y se los comieron casi crudos, con hambre y asco a la vez.

La selva impredecible los saludó con una borrasca de vértigo, negra y voraz, que se abalanzó sobre el río tan pronto empezaron a remar. El aguacero explotó encima de ellos. «Dios mío, esto no puedo creerlo», se lamentó con un grito Dídima la Pura, «es mejor que volvamos a la orilla y esperemos». Eusebio Zas la tranquilizó: también con la tormenta se podría viajar. Pero se equivocaba y debió hacer caso a la monja: en menos de una hora troncos de árboles desbandados se estrellaban contra la balsa y aflojaban sus nudos. La orilla estaba próxima pero el río bramaba y los hacía volar. Zas se arrojó a las aguas con la liana atada al cuerpo; en un instante ganó la orilla y desde allí tiró de la balsa hasta acercarla. Con voz de otro mundo le dijo a la monja que saltara a tierra. Ella lo hizo y quedó a salvo, pero la balsa fue arrastrada y el guía, desmoronado por el esfuerzo, con la liana que mordía su pecho como alambre, no pudo evitar ser remolcado. Logró desamarrarse y nadar en busca de la orilla, pero no pudo alcanzarla; tuvo que asirse del primer tronco que pasó por su lado; las manchas insaciables de las arañas comedoras de pájaros avanzaron en dirección a su cabeza y la cubrieron. La monja Dídima tuvo tiempo de mirar cómo el guía se hundía y desaparecía. Entonces cayó desmayada después de un grito que la consumió debajo del aguacero. El agua lavaba su cara

del barro de la ventisca y la hacía parecer llena de luz como si ya realmente volara al cielo.

3

Sea por azar o designio de Dios o los indescifrables movimientos en la vida de cada hombre, también Mardoqueo Vanín y Torcuato Sanpedro hallaron su salvación gracias a la creciente del río que los dispersó. Las crispadas aguas del Mayo los volcaron en una orilla gredosa debajo de un peñascal y allí los dejaron. El techo de roca de las enormes piedras los sumergía en la casi completa oscuridad. No había trazas de vida, ni insectos ni monos ni canto de pájaros ni silencio de selva, solo el fragor de las aguas a escasos metros de ellos, igual que una amenaza, como si el río pudiera cambiar de parecer de un instante a otro y tragárselos. El aire se hizo más negro, ¿anochecía?, los dos santos se preguntaban si acaso no estaban muertos y en tránsito al cielo o al infierno. Golpeados en brazos y piernas, los ánimos deshechos, sentados en el barro, espalda contra espalda, el sueño profundo los rescató.

Un punto de luz en los filos del techo de roca los despertó. Como pudieron salieron del peñascal y subieron a tientas hasta que el chorro de luz los deslumbró. Y allí se quedaron, secándose al sol, agradecidos. Hicieron dos báculos con palos de bambú y empezaron una travesía imposible de evitar, una marcha sin rumbo, porque los altos árboles los rodeaban y se sucedían como un muro idéntico y era igual seguir hacia adelante o hacia atrás. Pero había que seguir en todo caso.

Frutas no les faltaron, piñas, zapotes y granadillas y una guanábana gigante que los asombró. Daban gracias a Dios por esos regalos. También encontraron ñame y zapallo. Descansaban, pero no paraban de caminar en cualquier dirección, que era la dirección de Dios —según Mardoqueo—. Solo les hacía falta un rebaño de hombres y mujeres y niños para pastorear como los buenos cristianos que eran. ¿Cuántos días padecieron semejante caminata sin orientación? No los contaron, pero avanzaban día por día sin que les importara ir en círculos. Rezaban para no desesperar. A un sitio tendrían que llegar, tarde o temprano. A alguien tendrían que encontrar.

No lo encontraron, pero lo oyeron. Escucharon una voz como la de ellos, porque oraba.

Era la voz del padre Augusto de Jesús Recto Pacífico, y rezaba un padrenuestro. ¿Dónde? De la selva impenetrable solo su rezo brotaba por todas partes, como de cada árbol. Si se trataba de un milagro, ¡qué raro milagro! Por más que lo llamaban no contestaba y seguía rezando como un quejido al borde del canto, ¿o hablaba con alguien?

—Padre Augusto —llamaba Torcuato Sanpedro yendo y viniendo —, lo buscamos hace días. —Y repetía su nombre con fuerza para hacerse escuchar.

Por fin lo oyeron, o creyeron oírlo.

—Aquí estoy.

Pero seguían sin verlo.

Solo su voz desde cada árbol.

4

Siguió la lluvia lavando el rostro de Dídima la Pura hasta que despertó. Empapada y tiritando logró volver al cobertizo donde horas antes durmió abrazada a Eusebio Zas, sin consecuencia. Ahora estaba dispuesta a entregar su alma cuando su hora llegara. No le importaba si volaban encima de ella los mosquitos y la picaban, si había escondida a su lado una serpiente, una tarántula, una hormiga del tamaño de una mano. Los restos de la fogata que Zas mantuvo encendida debajo de un alero seguían vivos. Echó en mitad de la brasa las hojas y palos resecos que Zas reunió por montones. Pronto se encendieron como un sonriente saludo y le pareció que era el mismo rostro de Zas que ondulaba visible en el humo, alentándola, y por primera vez agradeció a la diligencia de Zas aquel fuego, antes que a Dios o a un milagro. Se desnudó y puso sus ropas junto a la llama. Debía ser mediodía pero parecía la tarde, casi la noche: así de borrascosa la tormenta se apoderó de la atmósfera. Sin dejar de pensar en el guía, de orar y pedir a Dios que acompañara a Zas en la muerte como en la vida, la monja Dídima se durmió desnuda en el lecho de hierba y despertó avanzado el día siguiente. Ninguna abeja la había picado, ninguna serpiente la asaltó. El sol alumbraba y calentaba, sus ropas estaban secas. Sintió que recuperaba sus fuerzas. Al ver que cerca de la fogata todavía quedaban algunos de los exiguos peces que Eusebio Zas había asado el día antes, Dídima volvió a agradecer al guía y después a Dios y al percatarse de ello pidió perdón a Dios y se echó a llorar silenciosa mientras comía de rodillas los peces encenizados y saciaba su hambre. Ese regusto de tierra y ceniza le recordó la muerte, su próxima muerte, porque no

tenía lugar para la esperanza. Pero asida de su fe como de un último aliento y después de exclamar igual que una convocación «Que se haga Su Voluntad» Dídima la Pura echó a caminar decidida por la ribera del río sin sospechar que se encontraba cada vez más cerca del campamento de Agrícola y sus mercenarios.

5

Que escucharan a fray Augusto sin verlo solo quería decir que debía encontrarse subido en un árbol, hundido detrás de su follaje. Sanpedro y Mardoqueo se dedicaron a escudriñar en lo alto y allí lo vieron, encima de ellos, medio oculto tras las hojas de un árbol bajo y frondoso, en cuclillas, una mano aferrada a un recio tallo, la otra con un banano comido hasta la mitad. Parecía un perfecto mono blanco y lampiño, desgreñada la cabeza, los ojos idos, ¿no sentía miedo?, ¿nada lo aterraba, estaba loco? No demoró en advertir que los frailes lo contemplaban. Arrojó el banano a los aires, abrió la boca anonadado y se quedó observándolos en silencio como si arrojara sobre ellos palabras invisibles que por supuesto no oyeron o no lograron entender.

Y dijo al fin, igual que un alarido de bienvenida:

—Padre Las Casas, lo buscaba.

Lo dijo mientras miraba a Mardoqueo.

Y enseguida, midiendo con los ojos a Sanpedro:

—¿Fray Diego de Landa, supongo?, ¿o Fray Toribio de Benavente?

—Primero baje usted de ese árbol, padre Augusto, se lo ruego —lo conminó Sanpedro extendiendo sus brazos.

Augusto Recto se echó para atrás, amenazando con escapar de un instante a otro. Además, no parecía oírse sino a sí mismo.

—Padre Las Casas —empezó a decir dirigiéndose a Mardoqueo, con voz más sosegada, su verdadera voz, por lo que pareció recuperar a medias su juicio—: Han sido injustos los hombres con su obra. Ahora dicen que usted se estaba volviendo loco cuando escribió sus crónicas, o que sin duda ya estaba loco; que nada de lo que denunció fue cierto, solo calenturas de un cerebro enfermo. Estudiosos y eruditos que se fingen portavoces de la historia, todos ellos apuntan contra usted, para excusar crímenes, para eximir culpables, contra usted, que entre los demás frailes de la conquista fue el auténtico portador de la Palabra. Los demás, tropa de gandules, eran la inteligencia, la soterrada cabeza de otros miles de barbudos trepados en sus equinos que asaban indios y los freían, los empalaban y desollaban, los reventaban y crucificaban en nombre de Dios. Pero de todo ese genocidio usted dejó triste constancia, padre Las Casas, y gracias a usted se nos quitó la venda de los ojos.

—Muy bien, fray Augusto —se entusiasmó vanamente Torcuato Sanpedro—, así es como queremos oírle. Pero bájese de allí, acompáñenos. —Pronto Sanpedro se desencantó porque fray Augusto parecía escuchar sin escuchar y mirar sin mirar, enajenado a cabalidad. Ahora se rascaba los piojos de la cabeza.

—Qué misa de silencio —gritó desgañitado como si lo hirieran en los oídos, porque se tapaba las orejas. Pronto recuperó su voz inalterable—: Es triste y parte el alma —dijo—, la historia se repite, ¿a qué horas me recibe el papa?, debo hablar con el pontífice, oigo las campanas sonar, hace frío en Roma, la más alta de las penitencias es sin duda el hambre.

Los ojos de fray Augusto giraban desorbitados. Solo entonces los santos que lo miraban repararon en las heridas de su torso, los chichones de su frente, la sangre reseca en sus brazos y manos. El pelo se le había vuelto blanco, tenía la ropa hecha jirones, más desnudo que vestido, y cualquiera pensaría que se había martirizado él mismo o que permitía sin defenderse que lo martirizara la selva.

Mardoqueo Vanín no se quedó atrás y habló con voz fuerte:

—Hace falta la Imposición de Manos —dijo.

Y luego, conminatorio:

—Padre Augusto, en nombre de Dios y de su Hijo bienamado, yo lo redimiré. Volverá el Espíritu Santo a su cabeza. Será el padre Recto que conocemos. Venga a mí, acerque su cabeza.

Y se abrió de brazos y aguardó, confiado, los ojos entrecerrados, a que fray Augusto se arrojara a sus pies. Ahora era Sanpedro el asombrado, porque de pronto no recordaba que Jesús hubiera sanado locos, ¿o sí?, por lo general eran tullidos y ciegos, y también exorcizaba demonios, ¿pero no es un demonio la locura?, y resucitó a los muertos, ¿y fray Mardoqueo?, ¿sigue con sus andadas?, ¿representante de Él en la tierra? Sanpedro vio que el Señalado ya intentaba trepar al árbol, acaso para sorprender a fray Augusto y obligarlo a descender. Pero antes de que Mardoqueo ganara la primera rama, la figura martirizada de fray Augusto se hundió en el follaje con un grito de espanto y ya no lo volvieron a ver. Adivinaron que había saltado del árbol porque oyeron sus pasos en la hojarasca y su voz que rezaba, cada vez más lejana, cada vez más espesa, como si se durmiera.

Y lo perdieron.

Sanpedro y Mardoqueo reanudaron su camino sin destino, resignados, y así continuarían extraviados en la jungla hasta que un día no muy lejano los mismos Uao los salvarían de morir.

6

Dídima la Pura había andado buena parte de la tarde por la alta y rocosa ribera del río, sin detenerse, pensando que tarde o temprano sus fuerzas desfallecerían y caería al fin en las quietas pero palpitantes aguas, oscuros espejos que se la tragarían sin misericordia como se tragaron a Eusebio Zas: acaso los dos se reunirían en el turbio lecho de arena y seguirían durmiendo abrazados para la eternidad. Y cuando ya temblaban sus piernas, cuando ya resbalaba al río empujada por su propia debilidad, vio alargarse en el cielo la sinuosa espiral de un humo azul que se elevaba como promesa de vida. «Es humo de una fogata», pensó, y de inmediato se alejó del río y se metió a la jungla, siguiendo el rastro de humo en el cielo. Ya estaba cerca, y por mirar todo el tiempo para arriba no advirtió la honda zanja a sus pies. Si bien no llovía —hacía un calor hostigante, reduplicado por el bochorno del agua apozada en la tierra que se evaporaba—, el barro en los filos de la zanja, de un légamo liso y brillante, la greda espesa y verdosa y todavía húmeda la hicieron trastabillar y deslizarse. Rodó unos diez metros hasta lo profundo de la zanja natural. Y cuando se recuperó y se puso de pie y se limpió el fango de los ojos y miró a lo alto lo primero que distinguió fue la silueta colosal de la mujer que se asomaba a ella desde la cima, tan asombrada como ella, pero feliz.

—Monjita bonita —la saludó la Nena Madagascar.

Y, como un ídolo brillante y sudoroso, los brazos en jarra, meneaba lenta la cabeza de un lado a otro como si no se lo creyera.

—Monjita bonita —repitió.

Era Nena la Casta o la Casta Huracán, que después de una extenuante jornada en brazos del general Agrícola en su tienda de campaña había salido a orinar —aunque dijo que iría a buscar flores de selva, como en las fábulas.

—Monjita bonita —volvió a repetir la Nena desde la cima.

Y luego, la voz meliflua, como a punto de cantar:

—Esto no me lo esperaba, pero ya los sueños me hablaban, mis mejores sueños, los más altos y los más sudados, la extrañé, ¿todavía tiene fe?, pero qué linda se ve en el barro, enlodada parece una negrita de ojos claros, ¿conque la llaman Dídima la Puta?, así me dijeron que se llamaba, quién iba a pensarlo, quién, quién.

Al principio, en segundos, la monja Dídima se creyó salvada y estuvo a punto de llorar y agradecer a Dios que la socorriera, y ya retomaba fuerzas para trepar por la zanja y extender una mano a la formidable mujer bizca que de seguro la ayudaría a acabar de subir como se ayuda a un gorrión que se ahoga en el cieno, ya trepaba esperanzada y alargaba su mano cuando acabó de entender una detrás de otra las palabras hirvientes de rencor y lujuria que profería la Nena Madagascar, porque al decirlas meneaba las caderas como si bailara al ritmo de extrañas músicas, al ritmo de quién sabe qué ideas.

—Quién —preguntó Dídima, desistiendo de subir—, quién puede llamarme así.

—Un pajarito —respondió la inmensa mujer.

—Yo soy Dídima y nada más, ¿por qué me quiere ofender?

—¿Ofender?, solo repito lo que me dijeron: Dídima la Putica.

Y ya no fue Dídima la que pretendió subir por la zanja sino la Nena la que empezó a bajar, con sumo cuidado, mientras reía y no paraba de reír, cada vez más fuerte, y a medida que descendía en ese espacio caluroso, esa zanja igual que fauces abiertas, sumidero acuoso como un bostezo de la selva, parecía que la tierra se tragaba su risa, como si risa y mujer se enterraran poco a poco en una fosa. De pronto, sin que cayera una gota de lluvia, veloces relámpagos desde el cielo las alumbraron a intervalos. Era un azul en las caras como pintura. También las enormes hojas de los plátanos se asomaban a la cima y hacían venias, movidas por el viento fugaz. Los relámpagos como ojos merodeaban en torno a sus cabezas. Después de dudar la monja Dídima dio la espalda y echó a correr al lado opuesto de la zanja, donde otra cima la aguardaba, menos vertical pero igual de resbalosa. Con esfuerzo trepó por el barro y ya alcanzaba la cima, ya salía de la zanja cuando sintió que su tobillo izquierdo era aferrado por una mano como una soga de acero, una serpiente viva que se enroscaba a ella, la mano regordeta y llena de anillos de la Madagascar. Cuando la angustiada Dídima volteó a mirar se encontró a bocadejarro con la cara embadurnada de afeites de la Madagascar, su perfume de almendras y nardos que se iba en oleadas contra su boca y nariz y la emborrachaba. No sabía cuál de los ojos de la Nena la miraba: su estrabismo la hacía parecer de una indiferencia de hielo, de una despreocupación inhumana, como si no existiera.

—Suélteme —gritó.

Pero la Nena no la soltaba. Y su sonrisa ya era una carcajada.

Dídima puso entonces su zapato derecho en el hombro de la Nena, apoyó la suela con toda su fuerza y empujó, exactamente como recordaba que había hecho la Nena hacía días para deshacerse del soldado cuando descendían por la escalera del helicóptero. Pero no logró doblegarla. Y cuando quiso apoyar su zapato en el cuello de la Nena, como hizo la Nena con el soldado, ya fue tarde: la Nena había capturado los dos tobillos de la monja y ambas resbalaron por la limosa pared de la zanja hasta el fondo. Allí quedó Dídima bocarriba mirando al cielo como si implorara ayuda de los ángeles, pero antes de empezar a incorporarse se interpuso entre el cielo y sus ojos la prodigiosa Nena Madagascar: de un brinco felino se había acaballado en la cintura de la monja y con sus manos extendidas le inmovilizaba los brazos. Ambas quedaron mirándose fijo un segundo como si ninguna de las dos creyera que era verdad lo que ocurría. Después del segundo Dídima sintió que la Nena la besaba, profunda y ardiente, un beso eterno porque parecía que no iba a acabar nunca: no demoraría Dídima en morir de la asfixia más inaudita, un primer y último beso. Cuando ya se desvanecía, no sabía si de la asfixia o la exaltación, la Nena separó su rostro de ella y le dijo con voz enronquecida: «Pero qué dulce tienes la lengua», y siguió besándola. Dídima iba a rogar que la dejara, que en nombre de Dios no la obligara de semejante manera, y no pudo, tragada otra vez por la lengua afanosa de la Nena, por su beso tan sabio como cataclísmico, un sopor iluminado que la monja experimentó como el más íntimo terremoto, porque ya no pretendió defenderse ni hablar, ni siquiera pensar. Solo sentía que la boca de la Nena bajaba por su mejilla hasta su cuello y de pronto mordía con fuerza el paño delgado de su hábito y, echándose para atrás, lo desgarraba por la

mitad, encima de sus pechos. Si el hábito de la monja estaba negro de barro, no así sus carnes, que aparecieron blancas y temblorosas como un estallido ante los ojos de la Madagascar. Con un rugido como un lamento la Nena se arrojó sedienta sobre Dídima y empezó a lamerla como si la venerara, pero sin nunca soltarla de los brazos, precaución innecesaria porque Dídima ya desfallecía de sopor a merced de la mujer que la dominaba, no solo con el peso de su cuerpo sino con la explosión de sus besos, martirio que Dídima la Pura jamás había conocido: Dios, Dios, era lo único que pronunciaba mientras la boca de la Nena seguía adorándola, Dios, Dios, y recordó a su pesar sus ensoñaciones de hacía días cuando velaba en la noche junto a los frailes y se imaginaba el ataque de indios y pedía para sí misma que la mancillaran, la quebrantaran, la traspasaran, y se preguntó si acaso su alma no estaba penando por su lujuria.

Cuando la Nena se quitó de encima y se sentó a su lado y le compuso el hábito y le acarició la mejilla, la tarde ya se esfumaba encima de ellas, arrebolada. De un rojo intenso, los plátanos allá en lo alto de la zanja parecían incendiarse.

La Madagascar tomó de la mano a Dídima y la ayudó a subir por la pared de la zanja. Salieron de ella como de una sepultura, resucitadas.

Dídima la Pura no pretendió deshacerse de la mano de la Nena, ya no quiso huir. Absolutamente derrotada, no era dueña de sí misma. Como una cría se dejaba llevar sin oponerse, sin pronunciar palabra.

Libro XII

1

Siempre tomadas de la mano y en absoluto silencio las dos mujeres arribaron al campamento del general. Anochecía y fogatas dispersas alumbraban el descampado. Agrícola había mandado talar árboles en un círculo de mil metros de diámetro y los troncos se dispusieron alrededor, igual que paredes de una fortaleza, como si pudiera producirse un ataque imprevisto de los Uao, aunque no era eso lo que temía el general. Desde hacía días se había desengañado, no solo porque estaba seguro de que no aparecerían los Uao por ninguna parte sino porque una indolencia sobrenatural se había apoderado de él y de sus mercenarios. No sabía si atribuirlo a la magia de la selva o a su infierno, a los ardores de la Nena Madagascar y a la pujanza de Amadora Perroverde, maja inagotable que atendía generosa por docenas a los esbirros desenfrenados, o a la chicha, esa bebida irreal que disparataba las mentes, o a que él, cabeza del ejército, sufría de un tardío enamoramiento como nunca le ocurrió: quería acabar de consumir su sangre en la jungla, pero en brazos de la Madagascar, oyendo su arrullo que lo adormecía como las canciones de su madre cuando niño, ¿lo habían embrujado?, una vez la Nena soltó encima de su boca una bocanada de humo de cigarro que olía a estiércol de vaca y raíces de mandrágora y jengibre estrujadas, pero ya no le importó averiguarlo, le daba igual: si el poder de la Nena se desmandaba tendría que estrangularla con sus propias manos mientras la amaba: así la

hechicera no lo desposeería de su voluntad y él podría, al menos, fundar una ciudad.

Pero en ese recodo de la selva se habían enraizado sus hombres como árboles, en medio de cantos de loros y guacharacas, chillidos de monos y otros murmullos y clamores naturales que parecían un hervidero de estallidos, algunos cortos y suaves, otros alargados y delgados, otros tajantes y solemnes, todos indescifrables, ¿eran voces de pájaros, de ofidios, de insectos y felinos, o eran solo voces vegetales, de hojas y madera expansionándose? Agua pura recogían de un arroyo que corría al pie del campamento, con cascada de agua transparente que les servía de ducha, casi un Edén, y tenían caza y pesca, aparte del rancho de enlatados y carne oreada que todavía les quedaba de la Aldea. Pero la verdad fulgía sobre el tapete: esa era una guerra inventada, concebida por el gobierno para acabar con la selva y los indios que la habitaban, dinamitarlos a cabalidad, bombardearlos hasta el tuétano, repasarlos y aplanarlos con púas y ruedas de acero. Agrícola reconocía que él y sus mercenarios —los pistoleros soviéticos y alemanes, los americanos armados hasta los dientes—, los veteranos del Regimiento Invencible y los expresidiarios de los Condenados Libres, con los que estaba en estrecho contacto, eran poco menos que títeres del gobierno, fantoches de sus oscuros proyectos. De los africanos duchos en matar a garrotazos no tenía noticia, pero también ellos eran víctimas de la componenda, igual que los Canarios Blancos, aristócratas homicidas que se habían embarcado en las cañoneras y no daban señales de vida. En cuanto a los porquerizos de la Legión Estambul ya eran traidores declarados y merecían la última pena. Ocurriera lo que ocurriera Agrícola ya discernía que cada facción de su ejército

de mercenarios empezaba a forjar sus propios planes con total independencia y que a él le tocaba hacer lo mismo.

Los pocos indios que encontraban eran los que llamaban civilizados o simples jornaleros de plantaciones, en realidad esclavos de gamonales dedicados a la minería y toda clase de explotación, dispersos en la selva inmensa que daba para todo. Ya habían tropezado con varias cuadrillas de cazadores de indios, en las que los mismos indios adoctrinados colaboraban para cazar a los suyos, pero los indios perseguidos no eran precisamente guerreros en plan de batalla: eran familias enteras de aborígenes acorralados, no interesaba si viejos o enfermos o niños, todos servían para trabajar hasta reventar y no importaba que aguantaran un solo día. Para asombro de Agrícola (no para Basilio Bastidas y el empresario Belén) esos cazadores de indios eran pagados, organizados y dirigidos por misioneros, ya evangelistas o protestantes, y todos ellos ingleses y norteamericanos. Las sorpresas que daba la selva no paraban allí: uno de los mercenarios americanos, un pistolero de apellido Miller Smith, se encontró con su hermano Ethan, el Intratable, que hacía parte de un grupo de misioneros recién llegados al campamento. El Intratable, después de vender esclavos en los mercados de Jamaica, de negociar niños y niñas en Haití y convertirse en capataz del infierno, de capitanear secuestros y extorsiones y cometer él mismo con sus propias manos degollaciones al otro lado del mundo —donde existía otro mundo de esclavos—, fungía ahora de santo predicador del llamado Instituto Lingüístico de Verano y era cazador de indios, «cosechador de almas», decía, «recolector de espíritus», además de «bautizador de caníbales», aunque hasta ese momento nadie daba con ejemplos verídicos de canibalismo. El reencuentro de

los dos hermanos superó las expectativas. No se veían hacía años y de pronto la selva los había reunido en pro de lo mismo: enriquecerse a costa de los indios. Esa noche hubo fiesta para celebrar el destino, y aunque nadie se atrevió a lidiar al toro negro, imbatible y mugidor, las marimbas sonaron al unísono, en un compás infernal y delirante como el bombeo de un corazón subterráneo, se echaron tiros al aire, se hicieron torneos de fuerza, de lucha, de boxeo, se lanzaron cuchillos a un formidable jaguar —crucificado en dos troncos de cedro como cualquier cristiano en tiempos de Diocleciano—, se jugó al póker, se apostó a los dados y nadie por esa vez resultó herido.

2

La Nena Madagascar conducía a Dídima la Pura —que ya empezaba a despertar de su letargo de pasión— por un camino alrededor del campamento. Había dispersas tiendas de campaña en donde dormitaban los jefes. Los mercenarios rasos cabeceaban aquí y allá tendidos en hamacas guindadas de árboles, o sentados a la luz de las hogueras donde bebían chicha y jugaban a los dados. Ante una de las tiendas más vistosas, como una pequeña carpa de circo, hacían cola unos veinte hombres que se balanceaban ebrios y pendencieros. Allí los atendía Amadora Perroverde, a la delgada luz de una lámpara de queroseno. Allí no entraron Dídima y la Nena. Soslayaron esa carpa y siguieron por los filos del campamento, haciendo equilibrio encima de los árboles derribados como si flotaran en el olor de la madera recién herida, en dirección a la exclusiva

tienda que la Madagascar usaba para ella —cuando Máximo Agrícola no demandaba su compañía.

En un recodo en tinieblas la Nena se detuvo y le hizo una seña de complicidad a la monja. Ambas se asomaron a mirar debajo de la empalizada de troncos. Alrededor de una hoguera, a su mortecina luz, departían sombras hundidas a mitades en la penumbra, por lo que a veces parecían pedazos de cuerpos flotantes o solo caras fantasmales, y bebían en vasijas de calabazo, sigilosas, como si acabaran de conocerse. Dídima no demoró en reconocer a los dominicos Apolonio Low, Pompeyo Rojo y Pelagio Sincara. La esbelta pero renca madre Púrpura se encontraba apartada del grupo, con un totumo en sus manos que temblaban. Los dominicos no estaban solos, pero la Madagascar empezó a hablar únicamente de ellos, a susurros.

—Los descubrieron medio muertos de hambre, afiebrados, las caras moradas, a un kilómetro de aquí, acosados por una manada de pumas que los perseguía desde hacía días. Los trajeron como a desahuciados, en parihuelas. A la madre Púrpura, desmayada, la traía cargada un filibustero alemán que es como un Sansón pelirrojo. Ahora ya están resucitados, vivitos y coleando. Llevan con nosotros varios días. En cuanto a esos dominicos, ¡qué trío de pícaros! A uno de ellos, no sé cuál, lo escuché la otra noche mencionarla a usted, y no precisamente como Dídima la Pura sino Dídima la Puta, ¿entiende por qué se lo dije?, ¡perdóneme!, ya tendrá oportunidad de saludarlos, ya averiguará quién fue, no se preocupe, no muerden.

La monja no respondió, ¿quién de los dominicos se había referido así a ella?, no le importó, intrigada por las sombras que

acompañaban a los frailes. Llegaban a su oído sus voces desconocidas, ¿quiénes eran?

—Son dos misioneros ingleses, un tal Jones y un tal Davies, y otro americano, Ethan, al que llaman el Intratable, que nos visitan —informó la Nena, fascinada—. Los calvos que los acompañan son Jorgito Belén y Basilio Bastidas, preciosos amigos del general, y ese alto demacrado como esqueleto que toma notas en su cuaderno es el historiador Alexander von Geier, un alemán dinamitero que dará cuenta al mundo de las hazañas de mi general Máximo Agrícola, mi mascota personal, mi gatito, mi perrito, mi miau-miau, mi guau-guau, lo que prefiera. Pero ¿sí distingue esas sombras allá, al fondo? —La voz de la Madagascar humedecía la oreja de la monja, la calentaba con su aliento y, después, al apartarse, la sumía en un frío de hielo—. Mañana los verá mejor, son los indios, y no van amarrados, van encadenados, llevan cadenas y candado hasta en el alma, pobrecitos. Hay unos treinta, recién cazados. Los misioneros ingleses y el americano no llegaron solos, sus cazadores los acompañan, usted los vio: hacían cola para probar a la Perroverde.

Del grupo de misioneros las voces se duplicaban. Dídima aguzó el oído.

—Siempre y cuando los bauticemos —decía una voz— habrán hallado la salvación, no importa que hambrientos y enfermos, porque Dios sabe cómo hace sus cosas, Dios se las sabe todas, la única responsabilidad es de Dios, el Señor está de nuestro lado, por eso hemos invertido en Dios, salvar almas caníbales es nuestra consigna, Dios nos ordenó que atáramos las almas o de lo contrario se escaparían, por eso las atamos con tristeza y resignación.

El que hablaba era Ethan el Intratable. Su voz le pareció a Dídima una especie de eructo alargado, tétrico, como la voz de las apariciones en las películas de horror que vio cuando niña. Y en eso escuchó la voz del casi enano padre Low que intervenía, tímido pero incisivo:

—¿Almas atadas, padre Ethan?, yo diría que encadenadas. Pero, padre, ¿por qué lo llaman a usted el Intratable?

—Porque soy todo lo contrario —arremetió el Intratable—. Yo trato bien a mis prójimos, yo intercambio con ellos hasta la sangre, yo soy todo lo tratable que puede ser un predicador, un sembrador de la Palabra, y es cierto que uso el látigo, pero solo cuando es necesario, igual que Jesús con los mercaderes.

Y aquí se hizo la señal de la cruz y todos obedecieron a su gesto, exceptuando el historiador, que trascribía la charla en su cuaderno, y la madre Púrpura, esbelta pero renca, que se removió en su sitio, incómoda: Dídima la oyó exclamar algo, ¿una interjección de asco?, no la entendió porque el aliento como de calor húmedo en su oreja que venía de la boca o de la voz de la Madagascar le impidió escuchar con claridad. Además, las recias manos de la Nena envolvían y apretaban su mano y tiraban suavemente de ella.

—Te voy a llevar a la cascada —decía tuteándola como si profetizara un sueño que se haría realidad—. Ambas tenemos barro hasta en los ojos —dijo a su oído—, y después te pondrás uno de mis vestidos, perdóname por rasgar tu hábito, yo no sabía lo que hacía.

—Si hay hilo y aguja yo lo arreglaré —dijo la monja.

—Hay hilo y aguja y todo lo que quieras, mi luz.

Para entonces ya habían descendido de la empalizada y bordeaban la espalda distante del campamento. En ese sitio se hallaban las ruinas de lo que fue un prominente astillero hacía años: Puerto Redondo. Se levantaban sus muros lóbregos como borrones vivificados todavía olorosos a detritus humano. Con repugnancia atravesaron sus calles medio invadidas de hiedras, bejucos y madreselvas salvajes. No demoraron en escuchar el transparente ruido de la cascada. En el penumbroso horizonte las franjas iluminadas del cielo, restos de atardecer que la noche no acababa de tragarse, coloreaban de azul la efigie de árboles alrededor de un brazo plateado del río. La cascada fulguraba de blanco en la noche. La Nena contó que en su orilla un piquete de soldados había descubierto un reloj de sol que muchos años atrás el explorador Percy Fawcett, testarudo visionario, soñador y geógrafo construyó a petición de los colonos, y señaló los despojos de una gran figura de piedra y madera que se erguía a no mucha distancia de la cascada, como iluminada por ella, y se echó a reír otra vez sin motivo, pero la monja no hizo eco de su jolgorio: el calor, de una humedad pegajosa, la hería en cada una de sus articulaciones, y la extenuante caminata de ese día, la caída en el pozo y después el abrazo infernal y torrencial y demencial de la Madagascar encima de ella la hacían desear con ansias el agua de la cascada como si invocara una purificación. No sentía miedo, no quería averiguar si aguardaba escondido en la maleza un cocodrilo, un jaguar, un enjambre de avispas. Delante de ella la Nena se desnudó y avanzó a la cascada por una trocha de agua que llegaba a sus rodillas. La monja se dejó el hábito puesto para lavarlo con ella. Pero cuando estuvo debajo de

la cascada, cuando el impacto del agua la sacudió y la revivió, una sonrisa de niña feliz alumbró su rostro y se despojó del hábito y empezó a fregarlo debajo de la gran ola blanca. Pensaba que la cascada y la noche la cubrirían, pero ella sola fulgía más que la cascada y parecía que alumbraba en lo oscuro, ardía. A su lado, la Madagascar la rodeaba sin tocarla, la llenaba de una confianza feliz que jamás había conocido.

—Aquí cerca queda mi tienda —gritó en la bulla de espuma la cara riente de la Madagascar—. Como buen soldado que soy, como jefa del jefe, tengo también mi tienda de campaña para mí solita, ¿quieres comer algo?, ¿quieres beber? Ordenaré al primer asesino que te sirva, soy la dueña de mi pequeño Agrícola, nadie me dice que no, nadie me toca, nadie me mira, nadie me huele, pierde cuidado, pajarita, tampoco a ti te tocarán, so pena de muerte.

La Nena volvió a reír.

Pero, sin que la Nena jamás se lo esperara, fue la monja desnuda quien la abrazó a ella y la besó con fuerza debajo del agua.

3

Primero llegaron los perros, muy pocos, tres, y no demoraron en morir, famélicos, al día siguiente. Después llegaron los hombres, muy pocos, seis, y tres de ellos murieron porque se volcaron a comer desaforados hasta la extinción. Los que sobrevivieron no lograron articular palabra durante días, y así estuvieron, a merced de la compasión de Agrícola, que tuvo que desechar su propósito de amarrarlos a un tronco de palosanto para que las hormigas de fuego

los devoraran por desertores: eran los sobrevivientes de la Legión Estambul, más muertos que vivos, hundidos en fiebre de quién sabe cuántas enfermedades desconocidas. Cuando pudieron hilvanar las ideas, cuando lograron ponerse de acuerdo para recordar su tragedia en conjunto, contaron que un ejército de chimpancés los había aniquilado. Allí Agrícola y sus mercenarios dudaron de su buen juicio, pero ellos siguieron contando sus desventuras sin arredrarse, corroborando todavía más su locura.

Ahora repetían su historia en la noche, ante el historiador Geier, ante Jorgito Belén y Basilio Bastidas, ante los dominicos Low, Rojo y Sincara, ante la madre Púrpura y los misioneros Jones, Davies y Ethan, cazadores de almas. Seguían alrededor del fuego, en el mismo sitio donde la monja Dídima y la Madagascar los habían espiado. Algunos bebían agua de valeriana, otros vino de palma. Faltaba Agrícola, que dormía sin tregua en su tienda después de toda la mañana con la Madagascar.

—Los culpables de la desgracia fueron los frailes —explicó un sobreviviente.

—¿Qué frailes? —preguntó de inmediato el casi enano padre Low.

—Franciscanos —dijeron al tiempo los sobrevivientes—: Se llamaban Singer, Gallo y Gracia. Con esos nombres estrafalarios ¿quién iba a olvidarlos?

»Ojalá nunca hubieran llegado.

»Trajeron la mala suerte.

»Habíamos sido atacados por indios.

»Cientos de miles de indios, en una plantación de cacao, no lejos de la Aldea.

»Nos defendimos como pudimos.

»Los pusimos en fuga.

»Entonces los franciscanos se aparecieron de la nada.

»Nos dieron la misa.

»Hicieron que nos arrepintiéramos.

»Convencieron a nuestro sargento Esturión de reunirse con el general Agrícola, para pedir perdón.

»Y emprendimos el camino de vuelta, rezando padrenuestros, cantando villancicos.

»Ya en el camino de ida habíamos sido atacados por mandriles, especie de micos, orangutanes o simios o chimpancés del tamaño de cualquiera de nosotros. Quebraron nuestra retaguardia y mataron a varios.

»En el camino de vuelta ocurrió lo peor. Esos monos desvergonzados nos cayeron a traición por docenas, apalearon y apedrearon a todos, la tierra se mojó de sangre, nos reventaron.

»Somos los tres últimos de una legión de quinientos hombres.

»Todo por culpa de los frailes.

—Son santos, que Dios los tenga en su gloria —se apresuró a intervenir Ethan el Intratable, como congraciándose con los dominicos y sobre todo con la esbelta pero renca monja Púrpura, que de verdad se apesadumbraba por las malas noticias.

—¿Santos? —se asombraron los sobrevivientes.

Y uno de ellos, con un suspiro desgarrado:

—Murieron por su capricho cientos de hombres.

»Nos impidieron huir cuando pudimos.

»Hasta ese momento los monos solo se habían desquitado con la retaguardia: atacaban y huían.

»Pero a Gracia, Singer y Gallo les dio por decir que los monos eran guardianes de un tesoro.

»Hablaban de un cielo de oro custodiado por monos.

»Nos prometieron el cielo de oro.

»Seguramente por eso el sargento aceptó la batalla. Nada menos que perseguir a los monos.

»El sargento y los frailes iban a la cabeza.

»Nuestro sargento fue un tarambana.

»De tres sargentos que hubo, sobrevivió el más pendejo.

»Consintió en buscar a los monos o diablos o lo que fueran.

»Se decía que eran indios disfrazados, pero no nos consta.

»Los frailes estaban felices de la posibilidad de encontrarlos. Como que pretendían evangelizarlos.

—No sería exactamente eso —dijo el casi enano Low—. Buscaban el nexo de los monos con los hombres que los dirigían. Tenía que haber hombres detrás de los monos entrenados.

—Hay otra posibilidad —terció el alcalde Bastidas—. Podría tratarse de los mercenarios africanos. En medio de las sombras de la selva los confundieron con monos. Además, ¿no eran casi doscientos? Y duchos en matar a garrotazos.

—Que vengan acá, los esperamos —dijo el Intratable, cazador de almas.

Se oyó golpear en la noche el palpitar de una marimba, y enseguida retumbaron otras marimbas como un aguacero.

La fiesta empezaba.

4

—Es una visión desoladora, madre Dídima.

»Es cierto que las dos nacimos para ayudar, somos monjas, pero esta vez me siento inútil y cobarde, y pido perdón.

»He ido cuatro veces a verlos y sigo arrepentida, no hablan nuestra lengua, nosotros mucho menos la de ellos, nadie quiso facilitar un intérprete, solo pretendieron disuadirme, y con razón: los indios no nos miran a los ojos, se diría que no existimos para ellos.

»Y sin embargo sufren por culpa de nosotros.

La madre Púrpura tragó aire, su frente se contrajo como si le doliera el alma. Siguió hablando:

—Son esos extraños misioneros los culpables, ¿deberíamos llamarlos religiosos?, mercaderes de almas, peor que cazadores y tramperos, los engañan, los aprisionan como animales de circo: el primer día vi a varios enjaulados como pájaros a punto de morir de la tristeza. Cuando los mercaderes vieron que yo protestaba los desenjaularon y los encadenaron a un árbol, como si eso cambiara las cosas.

»Si está decidida a ir yo la acompaño, si quiere verlos yo se los indico, pero se arrepentirá como yo me arrepentí, ¿qué vinimos a hacer aquí?, ¿qué soñábamos?, ¿transformarnos en predicadores como Ethan y su pandilla?, esos misioneros son los enemigos de Dios, nos engañan, alguien tiene que ayudarnos a salir de aquí.

La monja Dídima escuchaba cada palabra como un martirio. También ella dudaba, también ella padecía el artificio: la misión en busca de los Uao fue una horrible componenda y la madre Púrpura lo confirmaba con su lamento:

—Es el infierno —decía—, ¡ya no soporto esta música, este ruido, estas marimbas! Al principio las agradecí como si cantaran los

ángeles. Ya no. Cada noche, cuando inician su fiesta, es como si empezaran a matarme por los oídos hasta llegarme al alma, ¿cómo hacer para no escuchar estas marimbas?, ¿cómo rebelarse?, ¡habría que morir!

Para no ser acechadas las dos monjas se encontraban en lo que fue ese caserío abandonado que en su tiempo se llamó Puerto Redondo y que olía a estiércol humano y estaba siempre vacío. A nadie le gustaba transitar por sus calles inverosímiles, torcidas y retorcidas en lo recóndito de la manigua, tapias y esquinas que las raíces de los árboles reventaron, una iglesia partida, medio tragada por las enredaderas, el edificio de la alcaldía explosionado de vegetación, y vías y pasadizos que todavía se adivinaban como extrañas cicatrices. Allí era imposible que las espiaran. Horas enteras las monjas habían transitado por los mismos lugares, hablando a susurros como si temieran por su vida, como si también ellas se encontraran enjauladas de otra manera en esa selva donde en lugar de barrotes había miles de árboles como guardianes de brazos cruzados, verdugos estáticos. Hasta ese punto las había cambiado la selva, hasta el punto de odiar a los árboles, temer su presencia, la aparición de más y más árboles, su muro impenetrable, su eterno color verde, y sin que ninguna actividad de misioneras las redimiera, solo padecer el aire espeso, la ardiente humedad, la sed, los mosquitos, la fiebre, el desvanecimiento, y eso a pesar de que ya no recorrían duras y largas jornadas, solo despertaban y dormían, dormían y despertaban en un campamento sonámbulo, aguardando, ¿qué aguardaban?, sitiadas por mercenarios que se burlaban de ellas

y las ponderaban con ojos enfermos y se envilecían de lujuria a sus expensas, sin la protección del general Agrícola, sino todo lo contrario: cuando se lo encontraban a bocadejarro el general miraba al cielo y se pellizcaba la quijada socarrón y justiciero como si advirtiera de antemano que no se haría cargo de nada.

Dídima la Pura comprendía que gracias a la Madagascar seguían vivas, ¿cómo no reconocerlo? Por su parte, la esbelta pero renca monja Púrpura no podía con la curiosidad:

—Usted, madre Dídima, duerme con ella, con esa mujer, en su tienda, ¿es cierto?

Dídima asintió con la cabeza.

Las dos religiosas se miraron un instante en silencio.

Entonces Dídima confesó, en pocas palabras, que dormía con la Nena Madagascar en el mismo lecho y que eso «la ayudaba contra el miedo», así dijo simplemente, y contó de las penurias sufridas por la creciente del río, la dispersión del grupo jesuita en las aguas, la huida del juvenil Remolino Santángel con los indios.

—¿Con los Uao? —preguntó esperanzada la madre Púrpura.

—Nunca supimos si eran Uao —repuso Dídima, y enseguida recordó el ahogamiento del guía Zas en el río, su cabeza cubierta de arañas comedoras de pájaros, sus manos que se crispaban al cielo. De los frailes Sanpedro y Mardoqueo no tenía noticia. Tampoco la madre Púrpura sabía, y por lo visto no estaba enterada de la muerte a flechazos de los agustinos. Dídima la Pura decidió no revelárselo. Prefirió contar de la ciudad de piedra donde ella y los jesuitas perdieron sus morrales y de cómo en apariencia les fueron devueltos

por los simios. Se explayó en los pormenores de la conferencia a base de señas entre fray Sanpedro y un chimpancé amarillo que parecía el jefe —emperifollado con las baratijas de la nunciatura, rosarios y escapularios y cascabeles y hasta una túnica—, y de pronto se sonrió abochornada como si ya dudara de lo que contaba. La madre Púrpura la escuchaba incrédula, a pesar de que oyó hablar a los legionarios de simios que atacaron su retaguardia. Entonces Dídima guardó un apesadumbrado silencio: su historia tenía tal viso de sospechosa fantasía que era mejor olvidarla para siempre.

Pero la madre Púrpura reanudó la charla con vehemencia: se lamentó de los frailes dominicos que la acompañaban: le revelaron que formarían parte del grupo de misioneros ingleses y se irían con ellos a la residencia de una Misión que ya tenían fundada en la selva y que ni siquiera contaba con una capilla sino un bar y una tarima de baile. Era la casa grande de una compañía explotadora de oro. Los dominicos, ese fraile enano que bromeaba como un niño y aseguraba poseer un par de ojos detrás de su cabeza, y ese otro que parecía no tener boca y nariz y se apellidaba con toda razón Sincara, y el último, Pompeyo Rojo, que se jactaba de guardar dos corazones en el pecho y se consideraba él mismo un milagro, ya la tenían tan desesperanzada como avergonzada, ¿alguien oyó una vez semejantes disparates en la boca de un religioso? —preguntó la madre Púrpura como si llorara—, ¿qué se proponen?, ¿por qué son tan sandios y sin embargo tan peligrosos?, cuando caminábamos perdidos en la selva, cuando nos asoló el hambre, llegué a temer por mi vida, pensé que me devorarían viva en un santiamén como se devora un cabrito asado, todo ese horror me provocaron cuando el hambre retransformó sus caras y los volvió animales, o más

animales que los mismos animales, pues los escuché hablar a escondidas: decían que uno de los cuatro debía ser ofrendado, eso repetían, y estoy segura de que ninguno de ellos iba a ser justamente el ofrendado sino yo: no solo no eran frailes representantes de Dios en la tierra sino tampoco seres humanos, ¿entonces qué eran?, ¡demonios!, ¿por qué, a diferencia de ellos, yo sí resistí?, ¿por qué nunca pensé en matarlos y comérmelos?, ¡débiles!, ¡pecadores!, hasta el último segundo fui la que soy, sin perder un ápice de mi espíritu, no extravié mi fe, resulté más fuerte que ellos, pero me desmayé al fin: nos salvaron nada menos que estos esbirros que hoy nos rodean, qué suerte, ¿es que Dios nos ha abandonado?, me trajo en sus brazos un mercenario alemán que es pelirrojo, todo este tiempo me ha acosado y no solo mirándome: me sigue a todas partes, ¿estará acechándome ahora?, una noche desperté al sentir que una mano se posaba en mi pecho, solo la palma de esa mano ocupó mi pecho por entero, pero desapareció tan pronto abrí los ojos, qué gran error cometimos al venir a esta selva sin la preparación que se requiere, por desgracia la conversión al cristianismo es solo una excusa para aniquilar indios, madre Dídima, ¿es que usted no ha pensado nunca en eso?, ¿es que perdí la fe?, ¿es que ya pequé con el pensamiento?

La monja Dídima no supo qué responder.

Y hastiadas del fantasmal Puerto Redondo volvieron a la tienda de la Madagascar, fresca y deshabitada. Allí bebieron agua, sentadas alrededor del lecho, protegidas por el mosquitero. Dídima reveló que según la Madagascar el Regimiento Invencible, al mando de los

mayores Ágato y Carmelo, regresaría en pocos días a la Aldea. En ese convoy de veteranos desilusionados la madre Púrpura podría regresar.

—Así lo haré —dijo la madre Púrpura—, ¡de mil amores! —Y enrojeció más que su nombre—: Que Dios me perdone.

Como Dídima quería ver a los indios encadenados, intentar comunicarse con ellos, quedaron de verse al día siguiente. La madre Púrpura prometió que la llevaría, y no quiso esperar el regreso de la Madagascar, ¿para qué?, el solo nombre de esa mujer le provocaba miedo. Como una sombra rauda abandonó la tienda y Dídima quedó sola, transitando la dura noche de la selva, la peor de las noches, porque sentía la sorpresa de la muerte en el aire. Se lamentaba en silencio, dentro del mosquitero, hundida en el húmedo calor, los ojos puestos en lo negro.

La Nena Madagascar no fue a dormir esa noche con ella.

5

La mañana siguiente Dídima la Pura fue a ver a los indios «para librarlos», según dijo, «de las cadenas que les pusieron los cazadores de almas». La Jaula, como la llamaban los cazadores, quedaba en la punta lejana del campamento, cerca de los escombros de Puerto Redondo. Gracias al poder de la Madagascar, Dídima se había hecho con la llave de la cadena que atrapaba a los indígenas por los tobillos y los mantenía unidos como un collar de cuerpos alrededor del tronco de una ceiba. En torno a ellos habían puesto un cerco de lona, no se sabe si para apartarlos del mundo y

que no vieran a nadie, o para no verlos. Se distinguía por encima de la lona el tronco nudoso del árbol y, debajo, las cabezas apretujadas, unas de ojos cerrados y otras de ojos pasmosamente abiertos, como si alucinaran. Encima de ellos la fronda profusa de la ceiba daba una sombra retinta, casi una noche perpetua. No había guardianes: solo en la madrugada alguien les dejaba agua y comida. Entre las ramas del mismo árbol donde se hallaban encadenados cantaban las aves libres, libres como antes eran ellos. Pululaban las alimañas, atraídas por el olor y el calor de los cuerpos, por el sudor que parecía pegarse en el aire. Muy a su pesar Dídima debió cubrirse las narices con la manga del hábito. A su lado la madre Púrpura llevaba una canasta con regalos.

Entonces se asomaron a un abismo de ojos que ni siquiera las miraban a ellas y tampoco se miraban entre ellos, ojos negros y melancólicos que no parpadeaban, no daban señales de vida, no asentían ni negaban, no las fisgaban ni determinaban, como si ellas y ellos no existieran, ¿o era que todavía no se percataban de su presencia?, imposible, pensó Dídima, deben saber que estamos aquí, tienen que vernos. En vano les dirigió la palabra, incluso rozó con su mano la mejilla de una vieja que no se inmutó, y luego los cabellos de un niño que tampoco la miró, ni siquiera el niño respondió a su caricia, ¿nadie realmente la veía?, el niño, desnudo, estaba sentado sobre excrementos y la monja no pudo evitar la náusea fugaz; a su lado la madre Púrpura la aferró por el hombro: «Es mejor que nos vayamos», dijo. Todavía Dídima no se dio por vencida. Oró en voz alta y, con la madre Púrpura, ofreció los regalos extendiéndolos ante los ojos sin vida. Eran brazaletes y collares de semillas, espejitos, cascabeles, «Debimos traer comida», se regañó Dídima y se decidió

por fin: sacó del bolsillo la llave del herrumbroso candado y la mostró a los capturados. Y mientras oraba en voz alta abrió el candado y lo arrojó a la espesura y después arrojó la cadena lo más lejos que pudo: la sintió como una serpiente viva que se enredó a sus piernas y la azotó en la cara y estuvo a punto de hacerla caer: fue un suceso de tanta incompetencia, rayano en la ridiculez, que esta vez sí sintió que un par de ojos la observaban curiosos por un segundo. Esperanzada los buscó entre los demás ojos idos y congelados y ya no los encontró. Y, lo más triste para ella, lo más atormentador: nadie se movió de su sitio, nadie saltó a correr a la jungla, ¿qué sucedió?, ¿estaban definitivamente paralizados por el terror, o pensaban que se trataba de una trampa?, Dídima quiso gritar de impotencia, sus ojos buscaban los demás ojos, su rostro enfrentaba los demás rostros, uno por uno, sin encontrar un eco, una respuesta: era como si candados y cadenas se los hubiesen puesto en el alma —recordó las palabras de la Madagascar— y se dejó arrastrar por la madre Púrpura lejos de la Jaula.

En el camino de regreso por entre las tiendas de los mercenarios y sin que ellas se dieran cuenta, detrás de los árboles dispersos, los cazadores de almas se reían a mandíbula batiente: si uno de esos indios hubiese dado un solo paso a la selva era indio muerto, y los indios lo sabían.

6

Entre Dídima la Pura y la Nena Madagascar no había otra felicidad que los abrazos. Las dos eran tan distintas que siempre que

intentaban hablar solo podían echarse a reír la una de la otra, pero eso jamás les importó: se abrazaban en el silencio caluroso del mosquitero y la más sabia enseñaba a la más inocente los rudimentos del secreto de amor, en un fuego de pasión que era como si temieran morir y nunca volver a abrazarse.

Una tarde entró en la carpa, enardecida, la maja Amadora Perroverde, con una escasa franela transparente encima de las nalgas, que más parecía desnuda que vestida, y descorrió el mosquitero y se quedó mirándolas furiosa:

—¿Por qué no me ayudan? —dijo—. Tantas visitas todos los días me van a partir por la mitad.

Y se fue intempestiva como había llegado, dejando en la tienda un olor reconcentrado de cuero mojado como la silla de montar de un caballo después de un viaje de días.

La Nena se echó a reír desenfrenada y la siguió la monja Dídima y volvieron a caer una en brazos de otra hasta el siguiente día, sin saciarse, porque esos eran sus días, abrazo tras abrazo en mitad de la desidia que se había apoderado del campamento.

La última noche que durmieron un auspicio de tristezas ensombreció sus caras y les impidió el abrazo, para su estupor. Buscaron aire fresco, lejos de la tienda, en el repicar de las marimbas que esa noche, como todas las noches, quebraba el silencio con su aguacero.

La tala de árboles que había ordenado el general para montar el campamento permitía mirar el cielo: tomadas de la mano vieron pasar una veloz raya de luz incendiada, una estrella fugaz que las abismó todavía más en el presentimiento.

7

La mañana siguiente, cuando despertó, la monja Dídima no encontró en el lecho de hojas a la Madagascar. Había, en su lugar, un plato de arroz y tajadas de plátano frito, el desayuno como un saludo que la Madagascar le dejaba cuando se iba con Máximo Agrícola. Dídima la Pura se desayunó al pie de la tienda, sentada en un tronco de árbol, y allí esperó a la madre Púrpura, con quien solía ir a bañarse en el río. Desde mucho antes se acompañaban, y más cuando la madre Púrpura sufría la persecución del alemán pelirrojo: había vuelto a despertarla con la manaza encima de su pecho, y no solo eso: la había besado en los párpados, con fuerza y estruendo, sin que se percataran de eso los dominicos que roncaban repartidos en la carpa, ¿es que pretendía cargarla y llevársela como cuando la salvó de la selva, pero raptándola esta vez quién sabe adónde?, ¿qué debería hacer?, ¿enfrentarlo a gritos, delatarlo?, eso se preguntaba impotente la madre Púrpura, porque sabía de antemano que cualquier resolución era infructuosa en ese campamento de asesinos a duras penas controlados por un general maniático. Se lamentaba de su suerte mientras Dídima la Pura decidía que lo mejor para las dos sería regresar a la Aldea con los veteranos del Regimiento Invencible.

Habían estado en el río toda la mañana, bañándose a pedazos, con la penosa certidumbre de que miles de ojos las espiaban, y ahora volvían al campamento cruzando las calles cuarteadas de Puerto Redondo, esta vez sin hablar, cuando por fin el destino se

presentó irrevocable: apareció de la nada el grandote pelirrojo al que llamaban el Rojo y las escrutó de pies a cabeza y les dijo:

—Siempre pensé que las monjas eran feas.

Risas de guacamayas que volaban en bandada le contestaron, pero enseguida el silencio se apoderó otra vez de las ruinas de Puerto Redondo, y fue más silencio, más negro, más profundo, de mal agüero.

—Feas y asustadoras —siguió diciendo el gigante, y se tiraba del lóbulo de una oreja.

»Todas las monjas que conocí en mi vida eran feas.

»Monjas de rostro de perro, de comadreja, monjas de rostro de ardilla, de rostro como de hueco sin fondo, de uva pasa, de queso podrido, monjas de todos los rostros, menos de mujer.

»Hoy Dios me castiga: ustedes son las monjas más hermosas de este mundo y del otro, sus voces son cantos, sus ojos alumbran como violetas, sus sexos tienen que ser loados y bendecidos y glorificados no solo por sexos de santas sino por sexos de putas, manjares sabrosos, hembras perfectas y solitarias, amantes del diablo.

Las misioneras abrieron la boca, desencajadas, más asombradas que atemorizadas, ¿o iban a reírse de los nervios?, ¿de qué mundo surgía esta especie de juglar desvergonzado?

Se hallaban como suspendidas en una esquina del carcomido Puerto Redondo, en medio de ventanas por donde asomaban las hiedras, de calles cargadas de flores salvajes y mariposas centelleantes, de iguanas trasparentes que zigzagueaban por entre raíces monstruosas como el decorado de un teatro de horror. El hombrote de cara de pan, una masa sebácea y pecosa, de barba y

de pelo porfiadamente rojos, como sus ojos, como sus manazas peludas, ya había dado tres pasos con toda confianza hasta ellas y las encaraba.

—¿Quién quiere ser la primera? —gritó.

Y, llevándose ambas manos a la entrepierna, se desabotonó: allí saltó algo como una morcilla sangrienta.

La risa de las guacamayas que regresaban le respondió. Pero imperó el silencio inmediato.

El Rojo, de una impaciencia al filo de la locura, se contoneó majestuoso, igual que un gallo de pelea, y le vieron la dentadura de rojas encías, los negros colmillos, la lengua como la punta de un látigo. Su aliento de chicha fermentada las aturdió. La manaza que se agitó a un centímetro de sus pechos les pareció una zarpa que las trizaría.

Ya la monja Dídima iba a gritar pidiendo ayuda en nombre de Dios cuando una sombra veloz —como el ala de un ave inmensa— apareció detrás del gigantón, se abrazó a él con brazos y piernas y enseguida acuchilló fulminante su cuello, lo derrumbó. Era la Nena Madagascar, Nena la Casta o la Casta Huracán. Igual que una Furia lo hirió relampagueante una y otra vez. Igual que un lagarto el gigante Rojo se arrastró por el barro como si pretendiera huir, pero la sangre humeante, todavía más roja que él, se regaba inexorable. Por fin la negra muerte lo hundió.

La Nena lo observaba atenta, los brazos en jarra. Se guardó el cuchillo ensangrentado en el corpiño, sin limpiarlo. Volteó la cabeza en dirección a las religiosas. Tenía el rostro empalidecido, los ojos desorbitados, la boca distorsionada.

—Ningún perro —dijo—, mientras yo esté viva, las va a tocar, ¿a qué juegan aquí, solitas, en esta porqueriza?, yo las estoy buscando desde hace horas, vámonos al campamento, les voy a dar una buena noticia y también un tentempié.

Y se las llevó.

Todavía no salían de las calles abominables de Puerto Redondo: se encontraban en un último tramo, una explanada de arbustos enanos como la ruina de un parque, ante la fortaleza de troncos que circunvalaba el campamento. Fue al iniciar ese trayecto cuando ocurrió lo impensable: se apareció el toro negro, preternatural, en el extremo opuesto de la explanada, como si alguien lo hubiese acabado de poner o de azuzar con un mágico pinchazo en el anca desde la muralla de troncos acostados o como si algo como un duende lo hubiese acabado de soplar como un encantamiento, así de inopinado brotó de entre los troncos amarillos y se plantó frente a ellas, rascando con sus patas delanteras la hierba, bufando vapor por sus ollares, alto como un árbol, así lo vieron las monjas, tres mil veces más atemorizador que el hombretón pelirrojo.

Las monjas retrocedieron paso a paso porque no lograban correr, y al fin quedaron quietas detrás de la Madagascar —igual que si se protegieran detrás de una montaña.

—A ver, corderito —inició la Madagascar, la incipiente risa en los labios, abriéndose de brazos como el luchador que se dispone a la contienda.

Y dio un paso largo hacia el toro.

—Qué hace, por Dios —pudo gritar Dídima la Pura—. Vámonos de aquí.

La renca pero esbelta madre Púrpura la secundó. No demoró en oírse la gritería de las monjas como sollozos de niños atemorizados, como gorjeos de pájaros desamparados cuando presienten que la serpiente ya se lanza sobre su nido, pero eso justamente gustó a la Madagascar, que se relamía los labios y avanzó esta vez tres pasos en dirección al diablo que rascaba la tierra con la incendiada pezuña.

Y con un gesto de manos lo retó, como si lo convocara.

El diablo en un segundo se volcó contra la Nena que lo esperó parapetada en su confianza demencial, los brazos extendidos como si se dispusiera a atrapar al toro por los cuernos, tumbarlo y luego acuchillarlo. No logró su cálculo. En el último segundo el toro inclinó la testa, las manos de la Nena asieron el aire y los puntudos cachos la ensartaron por las axilas en un turbión de sangre como un ramalazo y la catapultaron. Las monjas la vieron pasar volando por encima de sus cabezas y cuando siguieron la ruta de su vuelo ya no la vieron, estrellada y extraviada en la manigua. El toro pasó como un soplo a medio metro de ellas y desapareció detrás del rastro de su adversaria.

Pero ya las dos monjas no se preocuparon por averiguar el final: huían en dirección al campamento y cientos de dudas las asaltaban, ¿habría muerto la Nena?, ¿por qué soltaron al toro?, ¿o el toro se escapó?, ¿cómo fue que se apareció?, ¿era un regalo guardado?, ¿la venganza del pernicioso hombretón que la Nena acuchilló sin misericordia?, ¿o una broma pérfida del general Agrícola y sus matarifes?, ¿acaso el ejército entero las espiaba, grosero y burlón, detrás de la empalizada?

Nada se oía. No veían nada.

Con un ronco suspiro las religiosas se lamentaban: de seguro la Madagascar ya agonizaba, si no se encontraba muerta, ¿y cómo buscarla?, ¿de dónde sacar fuerzas para rescatarla del toro infernal?, acaso ni Dios las podría ayudar. En una acequia las dos monjas cayeron de rodillas: no sabían si llorar o rezar, ya no tenían quién velara por ellas, estaban solas, no solo en mitad de la selva sino en mitad de un ejército de matarifes, y ninguna sabía qué era peor.

Como pudieron se incorporaron y avanzaron a ciegas.

Pero cuando arribaron al campamento ningún ejército de mercenarios las aguardaba. Cualquier indicio de vida, cualquier sonido de voz humana, todas las tiendas y todas las fogatas se habían esfumado. Se desmanteló hasta el aire del campamento porque una suerte de asfixia flotaba alrededor. No se oía nada en absoluto, ningún relincho de mulas y caballos, se había ido el aguacero de las marimbas y ni los micos y pájaros se oían alrededor. En lo que duró esa mañana las abandonaron, ¿como otra burla? ¿Y cuál era la buena noticia de la Nena?, ¿no dijo que las buscaba desde hacía horas?, ¿iban ese mismo día a emprender camino a la Aldea?, ¿acaso las esperaron?, ¿acaso desesperaron y se marcharon?, cualquier recluta podía haber ido en su busca, cualquier fraile malvado.

Encontraron por azar el lugar donde antes se erguía la tienda de Amadora Perroverde, donde atendía las filas de cazadores: no descubrieron nada: estaba el sucio terreno desnudo de todo —del mosquitero, del lecho de hojas, del calabazo con agua y jabón, del

crucifijo—; pero distinguieron, providencialmente, una olleta de aluminio, vacía como una burla, y un papel periódico abierto en el piso, clavado en la tierra con la pierna de una muñequita de plástico, desnuda y sin pelo y sin un pecho. Había una frase a grandes trazos en mitad del papel, escrita con lápiz labial:

Y se quedaron solas
Por no colaborar
Santas putitas

Se echaron a orar en voz alta.

Como enjauladas en la selva iban de un lado a otro igual que fantasmas, los fantasmas de las dos monjas en que se iban a convertir.

Libro XIII

1

Como se lo pronosticó a sí mismo el general Agrícola, los primeros en liberarse de todo compromiso fueron los mercenarios, los consentidos esbirros que el presidente de la república mandó traer de América y Europa. También los veteranos del Regimiento Invencible abandonaron la expedición pretextando insalubridad y agotamiento. Agrícola, que había perdido entera la Legión Belcebú, que no recibía noticias de las tres cañoneras que pilotaban los Canarios Blancos, se resignó a conservar los algo más de quinientos expresidiarios que conformaban los Condenados Libres, famosos estranguladores y desorejadores al mando de los capitanes Quinto Visanio y Segundo Salustio, y se quedó con los tres arquitectos moscovitas y el ingeniero vienés que sentarían las bases de las ciudades que pensaba fundar, además del historiador profesional, gran dinamitero, doctorado en Leipzig, que daría cuenta al mundo de sus hazañas de conquistador: Alexander von Geier.

Para sorpresa de Máximo Agrícola, buena parte de sus matarifes se fue a disparar bajo el mando de Ethan el Intratable y su tropilla de cazadores de indios. Iba con ellos la cuadrilla de predicadores ingleses que se dedicaron a bautizar a mansalva, encabezados por Apolonio Low, Pelagio Sincara y Pompeyo Rojo, la Biblia como estandarte. Seguían sin encontrar al pueblo Uao, arisco a la Palabra de Dios, pero toparon en su lugar una muchedumbre de indígenas regados por la selva que se plegaron alucinados al Nuevo Orden.

Cansados de tanta incertidumbre el empresario Jorgito Belén y el alcalde Basilio Bastidas se fueron con sus mineros y sus marimbas de regreso a la Aldea. Una recua de mulas los precedía: cargaban el centenar de pepas de oro, cada una del tamaño de una cabeza, que hallaron entre murciélagos en el hueco de un árbol. Pretendían ganar la capital del país y fundar un partido político que les permitiera elegirse el uno presidente de la república y el otro su primer ministro.

Después de un par de meses Agrícola supo que los dominicos Low, Rojo y Sincara, por su propia cuenta, habían establecido una destilería donde fabricaban un aguardiente artesanal que denominaron Sangre de Dios, con el que emborrachaban a los aborígenes para amansarlos, domesticarlos y entregarlos como fuerza de trabajo a las factorías. El bautismo lo practicaban en masa, principalísimo designio de su misión, para salvar a los indios del infierno.

Abandonar el campamento de un día para otro, desprotegiendo a las religiosas Dídima y Púrpura y a la portentosa Nena Madagascar, bienhechora de las monjas, fue un plan muy bien premeditado por Agrícola. Fraguó eliminar a su amante, la cada vez más entrometida Madagascar, y encargó del asunto al alemán pelirrojo. Ya la historia reveló quién murió a manos de quién.

La aparición del toro negro sí fue cosa del azar: a la hora de levantar el campamento los cocineros de Agrícola no quisieron acordarse del cornúpeta iracundo, nadie se atrevió a sacrificarlo y lo soltaron a la buena de Dios.

El toro negro fue el minuto final de la Madagascar.

De ella y el toro se habla desde entonces y no se sabe cómo se enteró el mundo de su extraordinario enfrentamiento, pero el prostíbulo que inauguró Amadora Perroverde a mil kilómetros de la Aldea se llamó La Nena y el Toro en memoria de su patrona.

Y era que Amadora se encontró en un lugar de la selva con Mariana Rajado, la maja que se fugó en compañía del mercenario africano, y los tres fundaron el prostíbulo. Lo conformaron de niñas nativas, igual que La Meca, y ningún otro prostíbulo tuvo más fama en cien años.

Amadora Perroverde y Mariana Rajado envejecerían en su Casa Roja, de seis pisos y con balcones, en mitad de la bulliciosa manigua, las dos mujeres reverberantes de lujuria, pero no tendrían una muerte pacífica: las encontrarían enterradas en un piélago de arenas movedizas, solamente las cabezas asomadas y mondadas por los pájaros de presa. El prostíbulo siguió a cargo del africano, que se jactaba de ser padre de mil hijos y que un día desapareció sin dejar rastro.

2

¿Qué harían, qué iban a hacer las dos santas abandonadas en lo secreto?, la muerte más lenta las acechaba. Cumplían veinte días refugiadas en lo que fue el campamento y vivían de los restos de comida que encontraron y de una palma de cocos que se erigía al otro lado del río, aunque los cocos eran cada vez más difíciles de bajar. Agua dulce y transparente sí tenían, y agradecían a Dios, pero

los peces que miraban nadar en el arroyo, serpenteando irisados, parecían burlarse de ellas cuando intentaban pescar, ¿qué harían, qué iban a hacer?, la muerte más lenta las acechaba.

Y no se atrevían a aventurar el retorno a la Aldea: era preferible esperar, ¿a quién?, mejor morir en un soplo, debajo de la avidez de una fiera, de su veloz indulgencia, y no padecer la soñolienta tortura del hambre.

Y, como si convocaran su destino, en mitad de una tarde enrojecida presenciaron resignadas la aparición de la fiera. Era una bestia en los huesos que bostezaba mirándolas, sentada sobre sus cuartos traseros, absolutamente quieta, como ellas, que se adormilaban debajo de la empalizada, acostadas en su cama de hojas, una al lado de otra, ojerosas, fantasmales.

Supieron que había llegado su hora.

La monja Dídima recordó al animal que los había despertado una mañana a ella y al guía Zas y luego de escudriñarlos durante segundos de miedo se escabulló de un salto a la jungla. Ojalá ocurriera lo mismo esta vez, pensó sin convencimiento. Se preguntaron a susurros qué era, ¿un jaguar, un puma, una pantera?, ¿no era lo mismo?, era en todo caso un gatazo gigantesco —a pesar de que flotaba en los huesos— que bostezaba ante ellas y las contemplaba como si ya las engullera, ¿y desde hacía cuánto?, ellas dormitaban cuando despertaron y lo vieron, o las despertó el olor de la fiera, su aliento, algo como el hedor de la náusea que provoca el hambre. Una de las monjas, como en trance, como si impartiera una clase de zoología a chiquillos de su parroquia, recordaba en voz alta

que el león americano es capaz de romper la caparazón de una tortuga de una sola mordida. Después dijo, absurda como un sueño: «Creo que la pantera negra es un jaguar negro», y se sonrió y añadió: «El puma es ágil, pero el jaguar es poderoso, puede saltar hasta cinco metros de altura», y ahora lanzó una risotada como de niño travieso: «La pantera cae de una altura de treinta metros sin lastimarse». Entonces su voz languideció y se afligió como si dudara, «Perdón», dijo a nadie, y se detuvo para siempre cuando se oyó estridente como un choque de cuchillos en el aire el canto de un ave encima de la empalizada de árboles derribados, ¿el Espíritu Santo?, se preguntó otra de las monjas, escalofriada, esperanzada, pero vio con el rabillo del ojo que la fiera seguía allí sin inmutarse, mirándolas.

—Recemos, madre Dídima —dijo por fin la madre Púrpura, su voz apenas audible—. Que el profeta Daniel, que sobrevivió a los leones, nos proteja, que nos envíe un ángel para que cierre la boca a la fiera, o que nos infunda valor para morir.

—Y morir sin demora —repuso Dídima la Pura. Su voz no era la misma. Era rabia, desolación ante el vacío, cuando no se habla a nadie ni a sí mismo—: Es lo único que pido, porque ya no creo que ningún profeta nos socorra o nos envíe un ángel, madre Púrpura. A esta conclusión sacrílega he llegado, y que Dios me perdone, si acaso existe y me oye, ¿me oyes, Dios?, ah, mientras los malos dominicos y los horribles intratables y los generales agrícolas y sus asesinos comen y bailan a esta hora, al son de sus marimbas, nosotras padecemos los dientes de la muerte, ¿y qué hicimos para merecerlo?, solo ser buenas y rezar, solo intentar velar por indios que ni siquiera nos miran a los ojos, ¿dónde estás, Dios?, ¿por qué

no asomas?, ¿por qué no hablas?, ¡dame una señal!, ah, prefiero la fiera, es más honesta, prefiero que acabe conmigo, ya, ya, de un mordisco, estoy exhausta de cada día, viviendo sin otra pregunta que la de cómo vamos a morir.

La esbelta pero renca madre Púrpura no se asombró de lo que oía. Puso una temblorosa mano en la frente de la monja Dídima, enfebrecida, le dijo que no con la cabeza mientras sonreía y siguió acariciando un buen tiempo sus cabellos desordenados como si la peinara con los dedos. Después ambas volvieron los ojos al sitio donde se hallaba la fiera, acaso con la esperanza de que se hubiese ido —vano milagro que no se cumplió—: la fiera se hallaba más cerca de ellas, a escasos dos metros del lecho de hojas, y ya no estaba sentada sino enhiesta en sus cuatro patas rígidas, ¿disponiéndose a saltar?, ningún rugido brotaba de su pecho, pero las aguzadas orejas se tensaban para atrás y sus ojos, que antes parecían de plomo afilado, relumbraban ahora como llamas. De pronto abrió la potente bocaza y brotó de su garganta algo como el grito de una mujer, breve, fugitivo. Las dos monjas se abrazaron con fuerza y cerraron los ojos. Nada sucedió. Nada se oyó. Nada las tocó. Levantaron los ojos con la esperanza otra vez de un milagro: que la fiera se hubiese esfumado, desaparecido. Pero la fiera seguía allí, en carne y hueso y ojos y llamaradas. La madre Púrpura era en ese instante la más combativa. Se incorporó no sin dificultad del lecho de hojas y dio tres pasos hasta el lugar donde escondían de las hormigas la olleta con el poco alimento que atesoraban, algo de arroz quemado revuelto con frijoles y pedazos anaranjados de

chontaduro. La monja se fue con la olla directamente hasta donde aguardaba la bestia famélica. Primero le puso la olla ante el hocico enorme aunque chupado y herido de picadas de avispas. Los ojos del animal la escudriñaron —a ella y su olla— sin emoción, un rey al que presentan los regalos. Después la madre Púrpura volcó la ofrenda de frijoles y arroz y chontaduro en tierra, ante las dos patas delanteras, colosales, amarillas, ofrenda que la fiera se comió de un solo lametazo antes de soltar un como gruñido interrogador. La despensa de las monjas no la sació, apenas sí la fortaleció para atacar de una vez y para siempre. Así lo entendió la madre Púrpura, encorvada y engarrotada frente a la fiera. Empezó a rezar en voz alta a Dios y al santo Daniel y ya no soportó el horror: cayó a tierra, cataléptica, más muerta que un muerto, y pareció otra ofrenda, el sacrificio auténtico ante la bestia que se relamía enardecida: tenía los pelos de la cabeza erizados, la bocaza humosa de saliva.

Acaso esta vez la catalepsia serviría a la madre Púrpura para morir de verdad sin saber que moría, y moriría entre las fauces de la bestia impasible que se la llevó a rastras, de una pierna, y desapareció con ella detrás de la empalizada.

Después otra vez se elevó el grito de mujer en la selva.

El grito fugaz y recto, casi una herida en el aire.

La monja Dídima no supo si fue grito de la fiera o grito de la madre Púrpura recién acabada de despertar, pero la duda dolorosa la sacudió empujándola a correr a la jungla. Se le ocurrió subir a un árbol, el primer árbol que vio o que salió a su encuentro, como si la monja en su candidez creyera que la bestia no lograría llegar al árbol —y nunca llegó, en efecto, ni siquiera un insecto.

Allí, acaballada al primer brazo del árbol, porque ya no pudo subir más, Dídima la Pura sobrellevó otra noche en la selva, la dura travesía al filo de morir del puro pánico. Allí la encontró la luz de la mañana, allí la encontró Eusebio Zas, el guía desaparecido. Fue lo primero que ella vio al abrir los ojos, pero ya no pensó que se trataba de un milagro, y tampoco pensó que era una fábula, porque de un instante a otro no creyó nunca más en Dios ni en la fábula sino en la realidad escueta y llana como un pellizco ahora en tu mejilla, allí la saludaba el guía Eusebio Zas, más real que ella misma, ¿o soñaba?, ¿o los dos estaban muertos?, en todo caso muertos de verdad, ¿sería esa la verdadera felicidad y no se había dado cuenta?, allí se aproximaba el guía Zas y la ayudaba a descender de su refugio, tan conmocionado como ella, pero vivo, ambos vivos en mitad del destino que los reunía otra vez.

3

Los más de quinientos Condenados Libres, expresidiarios envilecidos, ocuparon la primera ciudad fundada por Agrícola: Santa Nazaria, que era el nombre de su madre. Después los rufianes y alcahuetes, los mercaderes y abogados habitarían San Olegario, nombre del padre del general, y los matasanos, los sacamuelas, los envenenadores, ocuparían Santa Apolonia, nombre de la menor de sus hijas, muerta al nacer. Pero desde otros puertos lejanos y de la misma Aldea llegaron otros hombres y otras mujeres a poblar las nuevas ciudades.

Los indios padecerían el principal legado que los Condenados Libres trajeron desde sus tierras, muy bien escondido en el ano y el corazón: el virus de la viruela, el sarampión, la escarlatina, la difteria y la sífilis. Las carreteras se multiplicaron y por primera vez la selva cedió a la pala arrasadora, aunque siguió todavía exorbitante, tan ancha como larga, impenetrable en la médula. Si de verdad el pueblo Uao existía, si de verdad los Uao todavía respiraban, gozaban de gran espacio para huir. Con todo, se aseguraba que dormían en huecos rectangulares de menos de un metro de profundidad, igual que sepulturas o agujeros que ellos disimulaban con ramas y terrones para que nadie los sorprendiera. También se proclamaba que los Uao eran solo un invento, un espejismo, una confusión, o que eran simplemente todos los indios que tarde o temprano caían como peces en las redes de la civilización.

De entre la maraña de sombras que pululaban en las esquinas de Santa Nazaria, capital del país recién inventado, aparecieron las sombras iluminadas de los jesuitas Torcuato Sanpedro y Mardoqueo Vanín, el Señalado, que ya no querían ser misioneros ni pastores ni predicadores sino simplemente Nuevos Elegidos, que así se hicieron llamar —ellos y quienes los seguían, una docena de jóvenes juiciosos, entre hembras y varones, que además servían de mediadores con la caterva de menesterosos que los rondaba, ávidos de leche y miel.

Como da constancia de ello el historiador Alexander von Geier, doctorado en Leipzig, gran dinamitero, los dos santones del cándido país tenían razones principalísimas para que los reverenciaran como

Elegidos: el más ilustre de ellos, Mardoqueo Vanín, hacía milagros: había devuelto la vista a un ciego y resucitado a un muerto, había puesto a caminar a un parapléjico y devuelto el oído a un sordo, le pegó la oreja a un mutilado y curó a una virgen del mal del alma, que es el amor.

Esa fue la noticia que dio en sus *Memorias* el historiador Alexander von Geier de Mardoqueo Vanín y Torcuato Sanpedro.

Sobre los otros ángeles y santas que emprendieron la aventura de la selva el historiador es todavía más escueto y solo refiere lo que supo de oídas, de imposible verificación, aunque él mismo reconoció que frecuentó en el campamento de mercenarios a algunos de los frailes misioneros, al casi enano padre Low, a Pompeyo Rojo y Pelagio Sincara, más tarde convertidos en destiladores de aguardiente, y a las madres Dídima y Púrpura, que se le antojaron ínfimas beatas atemorizadas.

En sus *Memorias de la Conquista* Alexander von Geier solo nos dice lo que otros dijeron, solo atestigua que oyó que otros oyeron, que supo de gentes que supieron de fantasmas de frailes sacrificados a flechazos que cantaban encima de los árboles y mostraban las flechas fantasmales todavía perforándolos, y nos habla de aldeanos que vieron en el río el fantasma de una monja guarnecida de serpientes que más que estrangularla la adornaban, y cuenta que vieron brincar de las aguas del pantano como trasparente danzarina a una monja que vestía un hábito de escamas resplandecientes como si se tratara de un pez en dos piernas, y detrás de ella otra monja se paseaba feliz montada en el lomo de una pantera monstruosa, y supo del fantasma meditabundo de un fraile sentado en la copa de un árbol como un pensador beatífico.

A ninguno de esos fantasmas se les entendió nunca lo que cantaban, pero hoy los aldeanos los veneran, les suplican por la salud de sus enfermos, les demandan novios y novias y oro y más oro y mucho más oro todavía.

4

En lo que sí resultó minucioso Alexander von Geier fue en la confección de hechos inmortales por parte de las huestes de Máximo Agrícola. A este general, que era poco menos que imbécil, al que llamó en primera instancia «estratega de la selva», «gigante enamorado», «venganza cósmica», lo nombró además «conquistador», «libertador», «pater patriae» y «símbolo universal».

Al malogrado teniente Juvencio Malverde, que se adentró con trescientos treinta y tres aristócratas en las tenebrosas aguas del Gran Río lo bautizó «almirante intrépido», «decano de los mares», «enviado de Neptuno», y tejió fabulosas historias alrededor de los petimetres que lo acompañaban, víctimas, finalmente, del sorpresivo leviatán que nadó desde el Atlántico al Gran Río con el propósito de aniquilar al «piloto impecable y sus jóvenes bravíos, que ya se equiparaban a dioses y había que castigarlos». Con el paso de los años, un monumento ciclópeo representaría a estos «mártires del agua» a bordo de las tres cañoneras, las furiosas miradas puestas en las aguas furiosas, disparando a quemarropa a visiones ultraterrenas, todo eso bruñido en toneladas de mármol.

Pero la escultura de más relieve, hecha para exaltación de futuras generaciones, fue la que se cinceló en las paredes de mármol de la

catedral de Santa Nazaria y que inmortalizó, como en un lienzo labrado, la epopeya de la Legión Estambul. En letras de hierro, a los sargentos Jacob Malvenido, Cayo Nestorio y Conrado Esturión se los tilda de «héroes griegos», «magnos alejandros» y «atilas buenos», y el resto de criadores de puercos no son allí desertores sino «eximios conquistadores que impartieron libertad y orden». Una escena épica, esculpida en detalle, representa a más de seis mil indios caníbales que atacan; y el día de la matanza, reproducida en oro y jaspe, los legionarios son apenas cincuenta humanistas armados solo de espadas que resisten el ataque de los seis mil bárbaros rabiosos, entre los que corren mujeres tan procaces como suicidas, niños recién destetados pero muy bien adiestrados en las artes de la guerra y micos venenosos, de largos colmillos emponzoñados.

Los religiosos acompañantes de la Legión, los frailes Claus Singer, Adán Gallo y Zósimo Gracia se elevan en tres estatuas descomunales, en granito rosado, vistiendo el hábito franciscano, impartiendo la comunión a miles de estatuillas de indios arrodillados, entre los que destacan incluso algunos simios —de los que ni el historiador ni el escultor dan razón por su presencia.

También los dominicos Apolonio Low, casi enano, Pompeyo Rojo y Pelagio Sincara ganan su presea: en un mural de la universidad de Santa Nazaria aparecen sentados como Budas sonrientes en mitad del pueblo indio que les ofrece mazorcas y micos asados. Los dominicos, a su vez, vierten en la boca de los indios un licor trasparente que debe ser agua bendita y que solo cometiendo sacrilegio se podría afirmar que se trata de Sangre de Dios —el aguardiente que destilaron.

Los capitanes Quinto Visanio y Segundo Salustio engañan la historia con el rango de mariscales, y de un solo brochazo el historiador los llama «espartacos de los indios», con increíbles hazañas de pundonor en su haber, entre las que sobresalen el salvamento de un cachorro de jaguar en mitad de una cruenta batalla y el rescate de mil bellas indias «encerradas a la fuerza dentro de sus chozas».

A los mayores Carmelo Valaquia y Ágato Lázaro, comandantes del Regimiento Invencible —esos dos poderosos ancianos que se impusieron a su vejez y lucharon igual que imberbes y dirigieron triunfales a mil veteranos cuyo promedio de edad era de ciento dos años— los nombra «invictos matusalenes». En el portentoso monumento que les erigieron, y no se sabe por qué, los Matusalenes aparecen debajo de un árbol de plátano, calvas las cabezas, desdentados y huesudos, mientras miles de avispas hurgan en sus traseros.

También los mercenarios se inmortalizaron. Soviéticos y alemanes sobresalen como «excelsos colosos sacrificados», «águilas de Marte», «Faustos», «estoicos desinteresados» y «sabios disfrazados». A los americanos se les llama «legión extranjera», «vigilantes de otro mundo», «osos del Polo», «búfalos azules», y a los trescientos africanos duchos en matar a garrotazos «macacos apolíneos» y «egregios exterminadores».

Para ninguna monja hubo ninguna escultura.

Ni Dídima la Pura, la más bella entre las bellas, ni la esbelta pero renca madre Púrpura, devorada no se sabe si por un puma, un jaguar o una pantera, ni la madre Inmaculada, muy bien llamada la Deliciosa, ni mucho menos la monja Teodora, encantadora de

serpientes, fueron petrificadas en estatuas, ellas, las cuatro gloriosas que acompañaron a los frailes en la expedición sobrehumana.

¿Por qué no hubo una basílica a la maja Amadora Perroverde, que había devorado en la cama con las fauces de su sexo a más de la totalidad de los mercenarios —si se piensa en los cocineros y lavanderos y otros esbirros esclarecidos?

¿Por qué no otro panteón a la memoria de la otra maja, Mariana Rajado, a quien el poeta comparó con una flor carnívora, y que puso a ser felices a cientos de miles de degenerados desgraciados en la selva? ¿Y por qué no un lienzo inmortal, o en su defecto un monolito, un dolmen, un túmulo de oro a la fornida Nena Madagascar, Santa Patrona de la Alegría?

¿Y qué decir del padre coronel Nigidio Sexto, comandante espiritual de cabeza de caballo?, ¿de su cándido novicio Ladislao Adistancia?, ¿de la tropa de veinte monjas sempiternas que desaparecieron en la selva?, les hace falta un obelisco, por lo menos. ¿Y de las rancias monjas angelicales que luego de comerse un pollo desaparecieron en el río Niebla?, otro mausoleo. ¿Y por qué no se petrificó en busto de oro y plata, como se debía, al docto pero loco padre Augusto Recto, develador de crímenes de la conquista?, ¿y no se dedicó una garbosa estatua de cuerpo entero, en actitud danzante, al rubio y juvenil Santángel, feliz de la felicidad, adoptado por los Uao?

¿Por qué no un monumento en bronce a la pantera que se tragó entera a la renca pero esbelta madre Púrpura?, una portentosa esfinge doble serviría, ¿por qué ignorar ese panteón, ese sepulcro, esa pirámide, si se tiene en cuenta que a estas alturas de la vida nadie más volvió a ver una pantera, un jaguar, un puma?

Faltas graves y terribles, menoscabos y omisiones, afrenta infame, encubrimiento voluntario de los hechos: así cumplió con su labor de historiador Alexander von Geier, doctorado en Leipzig, dinamitero.

5

Pero otra historia auténtica ocurrió en la vida, de la que nadie da cuenta y en la que nadie piensa a la hora de hacer libros.

Lo primero que se le ocurrió al Nuevo Elegido Mardoqueo Vanín —cuando se vio rodeado no solo de su cortejo de jóvenes sino de una inusitada multitud de curiosos que repletaban las afueras de Santa Nazaria— fue arrojar a los cuatro puntos cardinales su bendición, sentado en lo alto de una gran piedra de río, y dar al mundo su versión del Sermón de la Montaña.

«Bienaventurados los que oyen, porque yo los estoy oyendo.

»Bienaventurados los que miran, porque yo los estoy mirando.

»Es mejor estar con Dios, a estar sin Dios.

»Dichosos los ojos de ustedes porque ven.

»Dichosos sus oídos porque oyen.

»Muchos profetas y justos anhelaron ver lo que ustedes, pero no lo vieron; quisieron oír lo que ustedes, pero no lo oyeron.

»Somos Iglesia para entender a Dios, para imitarlo en su bondad.

»Las insidias clandestinas del diablo nos rodean de la noche a la mañana.

»Para regocijo de Satanás nuestros hermanos caen en la tentación: si no matan a su prójimo lo roban, si no lo acusan injustamente se acuestan con su mujer. Matar al prójimo es la más

grave injusticia, peor que matarnos a nosotros. Robar es perder el alma.

»Nos gozamos en los vicios sin pensar más allá, ¿qué sucederá con nosotros cuando el alma se libere de la carne?, ¿a dónde iremos a parar? ¿Fue tan pobre nuestro esfuerzo que solo dimos para nosotros y nadie más?

»¿Cuál es nuestra religión? La del amor.

»En el amor, sea con una palabra o con un beso, está Dios.

»Por eso digo que es mejor Dios que no Dios.

»Los hijos de la selva, que no conocían a Dios, agradecen ahora su Presencia, se gozan de su visión.

»Pero también de los hijos de la selva aprendimos el amor, el amor libre y desnudo, como Dios.

»Tenemos que infundir ese amor universal.

»Los coros celestiales se empezarán a oír en el instante en que cerremos los ojos. Su Palabra nos acogerá en la gloria como el abrazo de un padre al hijo perdido.

»¡Apréstate al camino del cielo!»

El rostro de Mardoqueo irradiaba divinidad. Se creía que lo poseía Dios y que por eso profería palabras insólitas: ese era el instante aguardado por sus discípulos para glorificarlo.

Mardoqueo mismo se titulaba «varón de espíritu encendido, de carne apagada; amante del cielo, despreciador de la tierra; ebrio de Dios».

A su lado Sanpedro rezaba. Con un cayado en la mano, su rostro de simio pensativo inspiraba admiración. A los dos profetas la selva

los había curtido: la vida con los indios que un día los salvaron de morir fue para ellos un milagro del cielo, y pagaron con creces a los indios su protección: les entregaron la Palabra de Dios, los convirtieron, pero también los indios los convirtieron a ellos.

Fueron más de seis años de convivencia, y seguramente ese trueque de experiencias despertó en los dos santos dudas mayores con su propia religión, pues no hablaron nunca del Pecado Original ni del pecado común, no se atrevieron.

Vivieron desnudos como los indios que los protegían, aprendieron a cazar con cerbatana, a saludar las aguas del río cada mañana, y no solo se bañaban una sino muchas veces al día, algo que jamás soñaron hacer en la fría soledad de sus conventos.

Cohabitaron con muchachas indias durante esos años de extrañamiento en los que no se reconocieron pero se emanciparon: predicaron las leyes de la Biblia de otro modo: si uno se moría se iba al cielo, sea uno el que haya sido. No había Dios ni Redención ni Eternidad ni «más allá» ni «juicio final», solo amor. Y en amor vivieron esos años.

Los mismos indios con quienes vivieron los condujeron otra vez a la civilización, y allí los dejaron, sin despedirse, internándose otra vez en la selva, en el secreto profundo de su territorio, en su paraíso resguardado del mundo por una barrera de árboles petrificados y pantanos desecados que hacían pensar en todo menos en la felicidad. ¿Habían sido los Uao?, quién sabe, quién puede saberlo, y ya no les importó averiguarlo.

Regresaron a la civilización, ya no santos sino héroes, muy distintos a los frailes que integraron una vez la descabellada expedición en busca de los Uao. No fundaron una destilería, no

comerciaron con esbirros la esclavitud de los indios, no se vendieron a cambio de oro: siguieron en su primigenia obstinación.

El Señalado, el Nuevo Elegido, volvió a la carga con su sermón. Su vigorosa voz se alcanzaba a oír en las filas más retiradas:

«No merecen vivir», recitó de memoria, «quienes ponen su máximo interés en el estómago, sin pensar en los banquetes celestiales. Hinchados de comida terrenal, se hunden en el Tártaro arrastrados por el peso de la tripa, mientras los enflaquecidos servidores de Dios se remontan al cielo. La naturaleza aprueba la parquedad. Ni la tierra, ni el mar, ni el aire pueden dar abasto a la tragonería de un solo hombre, hasta que sea pasto del fuego y atormentado sin fin y medida.

»Lo que no impide que de vez en cuando nos hartemos de pan y jamón, y si tenemos llena la despensa invitemos al mundo, pues cualquier día de hambre el mundo nos invitará.

»En una buena sopa de mondongo compartida con amigos como se comparte a una dulce mujer está Dios.

»¡Seamos simples y naturales como el sol que calienta y la luna que ilumina y la lluvia que moja, seamos simples y naturales! Quitémonos la ropa si no hace frío: veamos con ojos buenos nuestra desnudez, fea o bella, y entonces veremos a Dios.

»No es la Biblia. Soy yo. Este libro lo escribí yo, inspirado, porque soy el Nuevo Esperado, el Señalado. Este libro me lo dictó Dios al oído cuando viví con los indios».

Mardoqueo había sacado de su alforja un único libro y lo enseñó al cielo como si lo ofrendara, lo agitó tres veces con fuerza, de modo

que pareció que sacudiera un ave de grandes alas que sonaron como llamas, y lo guardó otra vez, en el silencio latente de la muchedumbre.

Entonces se oyó un presagio en el grito de un pájaro. Una bandada de loros amarillos cruzó los espacios encima de todas las cabezas, igual que si las alas amarillas de los loros bautizaran de fuego a la muchedumbre.

Y siguieron viendo y oyendo presagios el resto del día, impregnadas las almas de fe.

Fue ese domingo de agosto que se le acercó su primer ciego a implorar con devoción el milagro que Mardoqueo concedió, encomendado al Altísimo: puso sus manos en los párpados del ciego y, cuando las retiró, los ojos abiertos irradiaban luz y entendimiento. No se sabe si fue ese domingo que sanó al sordo y al paralítico y a la virgen con mal de alma, pero se sabe, de boca en boca, que fue ese domingo que resucitó a su primer muerto y que ese milagro demostró su parentesco con lo divino.

Ocurrió después del Sermón de la Piedra —que así fue llamado su primer sermón—: lo rodeaban los fieles por todas partes y una mujer se acercó a sus espaldas y, sin que él la viera, rozó su hombro. Entonces él preguntó: «Quién me ha tocado», y la mujer cayó a sus pies y rogó por su hija que acababa de morir.

Fue a la casa donde velaban a la muerta y la tomó de una mano y le dijo: «Lázara, levántate y anda».

Y ella se levantó y andó.

La trascendental misión que se asignó a sí mismo fue la de acabar con los brujos y hechiceros que pululaban. No solo habló contra ellos sino los maldijo. Les daba primero la opción de acogerse a los Elegidos; si renegaban los maldecía en público y ocurría lo extraordinario: las maldiciones surtían su efecto y el brujo o bruja de marras desaparecían: ¿alguien socorría fraudulento al Señalado para desaparecer nigromantes y videntes, magos y encantadores, profetas falsos y médicos negros?, quién sabe, quién puede saberlo, pero también a él lo denunciaron como profeta falso y médico negro, pues ¿quién era él para proclamarse depositario de la Verdad?

En la palestra pública, Mardoqueo Vanín enseñó por fin al mundo su cabeza de tamaño descomunal, sus ojos como globos, la lengua roja apuntando a todos como si los enredara por las gargantas y se los tragara, los huecos de su nariz como extraordinarias sepulturas, su robusta nuca, tallada en piedra, que ostentaba en su cima seis o diez escamas de serpiente, su joroba, los seis dedos que tenía en cada uno de sus pies, los pelos como cerdas de puerco alrededor de los tobillos, su cola de pez en el borde superior de las nalgas, su frente en donde ondeaban dos diminutos cuernos, y dijo: «Soy el Señalado. Él me señaló».

Era un ángel. Nunca un brujo o un vidente, solo un ángel puro.

Y su apóstol bienamado, Torcuato Sanpedro, era otro ángel: se le podían ver las alas inmensas, casi transparentes, que resguardaban su extraordinaria constitución: su piel repetía el color que tocaba; cuando comía parecía una ardilla; su aliento era más caliente que el de las ovejas, le gustaba revolcarse en el barro, estaba revestido de

pelos, ostentaba la fuerza del hierro en sus manos, era un ángel caído del cielo, otro bienaventurado.

Y ambos difundían exquisita paz alrededor.

La presencia multitudinaria crecía como espuma alrededor de los sermones del Nuevo Elegido. Crecía tanto el número de seguidores —lúbricas mujeres parlanchinas, tahúres, holgazanes, solitarios pensadores— que a las basílicas de Santa Nazaria ya ningún devoto acudió: los reverendos de la Iglesia romana perdieron sus fieles, nadie más volvió a sus santuarios, las ovejas del mundo brillaron por su ausencia.

Todavía se conserva en el museo de Santa Nazaria una fotografía en sepia de Mardoqueo Vanín y Torcuato Sanpedro.

Allí, rodeados de sus fieles, al aire libre, porque no tenían templo, se podía apreciar hasta las pulgas que brincaban entre las añosas barbas de los santos. Allí, en mitad de arbustos de café, nidos de avispas, hombres sin brazos ni piernas, una india amamantando a un lechoncillo, cerdos carroñeros merodeando en las basuras, gallinas cadavéricas picoteando en el barro, charcos de cobre derretido en donde bebían oscuros chivos como de misa de aquelarre, anacondas anudadas a los árboles, monos enjaulados, monos atados a otros monos, monos a horcajadas en el lomo de las guacamayas, codornices desplumadas por docenas en bandejas de plomo, humo de mirra brotando de incensarios, sudor de alma en los ojos, allí, por primera vez, el Señalado levitó en presencia del mundo, se sentó en el aire y se elevó hasta nueve metros en dirección al cielo, pero pareció arrepentirse de abandonar a sus fieles y regresó otra vez.

La foto en sepia, en la sala principal del museo, muestra a Mardoqueo volando a nueve metros de la tierra, en mitad de todos sus apóstoles y enfermos: no se ven estacas de apoyo ni andamiaje alguno que lo sostenga: ¿visión?, ¿artilugio de santón?, quién sabe, quién puede saberlo.

Ocurrido el milagro, lo repitió otra vez, con sus variantes: caminó sobre las aguas amarillas del Gran Río de una orilla a otra y volvió.

Solo estallaban los grillos alrededor.

Para ese tiempo el Señalado ya era luz y esperanza de los nuevos habitantes de la selva. Nadie más volvió a las iglesias. Los inmarchitables curas vestidos de negro tuvieron que reunirse a deliberar y protestar a escondidas.

Balaron tan alto y entristecidos que desde Roma el santo pontífice los escuchó.

6

De modo que fueron enviados a Santa Nazaria, en busca de los jesuitas descarriados, los frailes Grajo, Sátiro, Ictias, Sísifo y Ganímedes, igual que una tropa divina; iban también los celestiales Felisco Orfelino, Androstenes, Bueno y Cernícalo, los incorruptibles José de Vorágine, Barba, Calvo, Sirio, Eucario, Lázaro y Pascasiano, y los implacables Modesto Extraño, Blando, Fausto y Marsilio, todos soldados de Dios que descienden a la batalla desde Las Más Altas Regiones.

La historia de la Verdad nos dice que los veinte frailes emisarios se encerraron a orar con los ensoberbecidos Mardoqueo Vanín y

Torcuato Sanpedro una semana entera, en la catedral de Santa Nazaria, donde yacía desde hacía años, expuesto en doble urna de cristal, el libertador y fundador Máximo Agrícola «apuñalado mil veces por una india pecadora», según reza la placa de mármol —el desnudo cuerpo del héroe embalsamado con artes egipcias, que se diría vivo.

No se supo de qué hablaron los frailes en su llamado Concilio de Santa Nazaria.

¿Qué amenazas o qué rezos cundieron en sus piadosas cabezas? Quién sabe, quién puede saberlo. Se cavila, únicamente, sobre las frases sueltas oídas a través de las puertas y un insulto de Mardoqueo a los emisarios del papa que retumbó en la sala y sacudió los vitrales: «¡Raza de víboras! ¡En poco tiempo irán donde deben! ¡Allí será el llanto y el rechinar de dientes!».

Los veinte frailes no encontraron justa esa admonición de Mardoqueo, surgida no solo de la santísima Biblia sino de la boca de Jesús, y precisamente por eso le reprocharon su falta de legitimidad. Tenían conocimiento de primera mano de sus sermones: en algunos se había investido de las cualidades de los inauditos animales que describe Plinio, en otros remembró a Lucrecio y a Juvenal sin vergüenza, y en el llamado Sermón de la Piedra no hizo otra cosa que enlazar y desenlazar, enredar y desenredar, envolver y desenvolver a san Pablo con san Mateo, el Apocalipsis con el Eclesiastés —y todo untado con las ideas del impío Johann Valentin Andreae y con sus propios disparates de renegado, ¿era eso digno de un apóstol de Cristo?

Solo el silencio de Mardoqueo Vanín respondió a sus detractores.

Silencio que aprovechó Torcuato Sanpedro para intervenir en defensa de su maestro. Esgrimió una reflexión acerca de los números que nadie se explica todavía por qué la esgrimió. Se dice que les dijo que mírese por donde se mire los números nos rodean por todas partes, sin distingo, sin que unos predominen más que los otros, y que la suma y resta de todos los números siempre será el mismo número. No se sabe por qué dijo eso, ¿quién puede saberlo?, conferenciaban a puertas cerradas y solo flotaba el eco escabulléndose a través de los resquicios. Y todavía Sanpedro insistió en defender al Nuevo Elegido. Dijo sin que viniera a cuento que la realidad de los hombres seguirá siempre igual, que los menesterosos existirán para la eternidad, así como los poderosos, los pérfidos y los necios y sobre todo los hombres de muerte, los «asesinos héroes», dijo, que no solo son los más malos sino los más estúpidos, y dijo que el deber de los apóstoles era uno único: consolar a las mujeres y a los niños de la maldad del varón.

Silencio absoluto. Tosidos. Jadeos. Como si los veinte comisionados estuvieran a punto de echarse a reír desaforados.

Se sabe que el papa ofreció la «capa magna» a los dos tránsfugas, con la promesa de convertirlos en obispos, y exigió de ellos la obligación de viajar a Roma y dedicarse allí, en los jardines del Vaticano, a pedir perdón por sus pretensiones de Nuevos Elegidos. El Señalado contaría además con otro voto pontificial: sería canonizado al morir —si se comprobaban sus milagros en la selva.

Semejante propuesta papal no podía ser desatendida.

Los monjes rebeldes abandonaron la catedral y juraron por Dios y la Santísima Trinidad poner orden en tres días a sus asuntos terrenales: la despedida para siempre de sus fieles y un último Sermón de la Partida.

Después se embarcarían a Roma.

Los frailes comisionados asistieron imperturbables al Sermón de la Partida. Allí Mardoqueo empezó fustigándolos, al tiempo que los señalaba con el dedo, con las mismas palabras que usó el Maestro Eckhart contra sus detractores:

«¡Indoctos! ¡Ignorantes! ¡Tarados! ¡Burdos!»

Después hizo que la muchedumbre coreara con él los Nombres de Dios a gritos unánimes, igual que olas del mar en tempestad:

«El Sin Nombre, Vida, Luz, Verdad, Bondad, Amor, Sabiduría, Eterno, Verbo, Piedra, Sol, Estrella, Fuego, Agua, Aire, Rocío, Nube, Santificación, Redención, Brisa Suave».

Cuando el mar en tempestad hubo cesado, Mardoqueo Vanín trajo al aire otros nombres de Dios:

«¡Pezón Rosado! ¡Ano! ¡Pie! ¡Rodilla! ¡Oreja! ¡Ceja! ¡Ojo! ¡Labios! ¡Lengua! ¡Vello! ¡Saliva!

»¡También el cuerpo es Dios!».

Y, no contento con los señalamientos que le hicieron los emisarios sobre su falta de autenticidad, trajo a su discurso, envolviéndolos y revolviéndolos y poniendo además sus añadiduras, al ya mencionado Eckhart, a Plotino, a san Gregorio, a san Hieroteo, al zapatero Jakob Boehme y al pseudo Dionisio Areopagita.

Y recitó:

«Nadie es bueno sino Dios.

»¡Tómate en serio!

»La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no prevalecen en la luz, el mundo es eterno, cada hombre justo se transformará en esencia divina.

»¿Qué es un hombre justo? El que te escucha y quiere entenderte, igual que nosotros a él.

»Dios es todo lo que te mata y te resucita. Nos enseña que para aprender a matar tenemos que aprender a renacer. El infierno es esta vida. El paraíso es esta vida: nosotros elijamos dónde queremos estar.

»Hermanos: Dios y el diablo son lo mismo, más grandes y poderosos que nosotros. Protejámonos de Ellos debajo de las faldas de una hermosa mujer, entre su cálido templo. Allí no se atreverán a mirar.

»La chispa de luz es el Hombre.

»Es necesario nacer de nuevo, todos los días.

»Nos llamaremos Bondad.

»Dios y yo somos Uno. Nadie podrá poseer a Dios si no ha muerto profundamente en este mundo.

»Debemos comportarnos como si estuviéramos muertos.

»Que ni el amor ni el sufrimiento nos conmuevan: la muerte nos da un ser.

»Si hemos perdido la vida hemos encontrado un ser.

»Para Dios nada muere; todas las cosas viven en Él».

Los frailes enviados se repartieron por las parroquias de Santa Nazaria, a la espera de que se cumplieran tres días y los rebeldes Mardoqueo y Sanpedro reaparecieran y se embarcaran a Roma.

No aparecieron.

Entonces la larga mano del papa se extendió como serpiente prodigiosa desde su reino humeante, atravesó el océano y alcanzó la selva sembrada de ciudades populosas, y allí, en la capital de capitales, encontró a los santos ya excomulgados y los atenazó por el cuello y los precipitó a la selva, al útero materno, los abandonó rodeados de otros frailes enemigos por todas partes, y allí les propinaron mil latigazos, los obligaron a comer tierra como los indios y parece que fueron crucificados, el uno al derecho y el otro al revés —pero quién sabe, quién puede saberlo.

Domingo 7 de julio, 2024



«El infierno es esta vida. El paraíso es esta vida: nosotros elijamos dónde queremos estar».

Mardoqueo Vanín y otros doce frailes pintorescos aterrizan en el territorio de los indios Uao con una misión: convertirlos en Hijos de Dios para impedir su exterminio a manos de las fuerzas militares. Escoltados por cuatro guías y cuatro monjas novatas en expediciones, los salvadores se adentran en la manigua. La misión comienza como una aventura tragicómica de religiosos minúsculos ante la ferocidad del trópico, pero a medida que pasan los días y avanzan los planes ocultos del general Máximo Agrícola, la jungla deviene escenario —y víctima— de la más perversa crueldad humana.

Lluvia de frailes en la selva es una lúcida sátira sobre la eterna conquista de América Latina. Una novela llena de misticismo y lujuria

que nos habla de la hipocresía del poder, el absurdo de la codicia y las distorsiones de la historia. Con una prosa exuberante y vivaz, Evelio Rosero construye un mundo palpitante e inhóspito en el que despliega la potencia visual de su escritura.

«Un talento narrativo indiscutible».

ANA MARÍA MOIX



EVELIO ROSERO

Nació en Bogotá, en 1958. Aunque ya había publicado en Colombia la novela corta *Mateo solo* (1984) y en España *Juliana los mira* (1987), fue con la publicación de *Los ejércitos* (2007) cuando su nombre alcanzó resonancia internacional, al ser merecedora del prestigioso Independent Foreign Fiction Prize, en Reino Unido (2009), y del ALOA Prize, en Dinamarca (2011), además de ser traducida, hasta el momento, a 27 idiomas. Entre sus obras destacan las novelas *Señor que no conoce la luna*, *Las muertes de fiesta*, *Plutón*, *Los almuerzos*, *En el lejero*, *La carroza de Bolívar* (Premio Nacional de Novela en Colombia), *Plegaria por un Papa envenenado* y *Toño Ciruelo* —traducidas todas a varios idiomas—, así como la reunión definitiva de sus *Cuentos completos*. En 2021 Alfaguara presentó al público *Casa de furia*. Su novela más reciente es *Lluvia de frailes en la selva* (2026).

© Ximena Ruiz



Título: *Lluvia de frailes en la selva*
Primera edición en Alfaguara: febrero de 2026

© 2026, Evelio Rosero
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.S.
Carrera 7 # 75-51, piso 7, Bogotá D.C., Colombia
PBX: (57-1) 7430700
penguinlibros.com

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué
© Ilustración de cubierta: Randy Mora

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de datos.

ISBN 978-628-7880-01-6

Conversión a formato digital: Numerikes

Índice

Lluvia de frailes en la selva
Dedicatoria
Libro I
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6

Libro II
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8

9
10
Libro III
1
2
3
4
5
6
7
Libro IV
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
Libro V
1
Libro VI
1
2
3
Libro VII

1
2
3
Libro VIII
1
2
3
Libro IX
1
2
3
4
5
Libro X
1
Libro XI
1
2
3
4
5
6
Libro XII
1
2
3
4
5

6
7
Libro XIII
1
2
3
4
5
6
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos